

EL ALFABETO DEL CRIMEN



SUE GRAFTON



La misma semana que Kinsey recupera su piso destrozado por una bomba (véase E de evidencia) y cumple 33 años ocurren dos cosas que durante un tiempo van a trastornar su vida: viajando desierto a través en su Volkswagen en busca de una anciana desaparecida, alguien desde una camioneta le vuela inesperadamente los neumáticos. Sólo entonces Kinsey se convence de que un exconvicto, a quien ella había contribuido a apresar, al salir en libertad ha ofrecido 1.500 miserables dólares por su cabeza.

Aun consciente de lo poco que vale su vida, decide no obstante contratar a Robert Dietz, un guardaespaldas, muy duro, algo introvertido y misterioso, quien —vaivenes del oficio— acaba protegiéndole algo más que la cabeza... Entretanto, si fue cosa fácil dar con la vieja bruja de Agnes Grey, bastante más complicado será descifrar los inconfesables misterios en los que va enredando cada vez más a Kinsey Millhone. ¿Adónde la conducirá esta vez su insaciable necesidad de meterse en líos?



Sue Grafton

G de guardaespaldas

El alfabeto del crimen - 07

ePub r1.2
Titivillus 25.01.15

Título original: *G is for Gumshoe*
Sue Grafton, 1990
Traducción: Antonio-Prometeo Moya
Diseño original de cubierta: LaNane
Adaptación de cubierta: Zaucio Olmian

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Molly Friedrich y Geoffrey Sanford,
por abrirme un camino en la jungla.

AGRADECIMIENTOS

La autora desearía agradecer la inapreciable ayuda que ha recibido de las siguientes personas: Steven Humphrey; Eric S.H. Ching; Harvey Giss, ayudante del fiscal del distrito, condado de Los Angeles; Joe Driscoll, de Driscoll & Associates Investigations; Noel Waters, *fiscal del distrito*, Carson City, Nevada; Terry Roeser, abogada de oficio del estado de Nevada; Richard y Vicki Windsor; Allen Glanze, de Stano Components; Lucy Thomas, de la Biblioteca Médica Reeves, Cottage Hospital; Bobbie Kline, jefe de personal de la sala de urgencias del Cottage Hospital; Karen Nelson, de la unidad de patología del Cottage Hospital; teniente Tony Baker, de la comisaría del *sheriff* del condado de Santa Barbara; Robert Simonet, jefe de seguridad de Four Seasons Biltmore; sargento Dennis Prescott y agente Lawrence Gillespie, de la oficina del forense del condado de Santa Barbara; Pepper Breault, secretario judicial del condado de Santa Barbara; Ken Orrock, ayudante del *sheriff* del condado de Imperial; Bob Hall y Carter Blackmar.

Alrededor del 5 de mayo, que no sólo es fiesta en California sino también mi cumpleaños, me sucedieron tres cosas. Aparte de cumplir los treinta y tres (después de tener treinta y dos durante doce meses interminables), recuerdo la fecha por lo siguiente:

1. La reconstrucción de mi domicilio tocó a su fin y volví a instalarme en él.
2. La señora de un tal Clyde Gersh me contrató para que fuera al desierto de Mojave, en busca de su madre.
3. Me situé entre los primeros puestos de la lista de víctimas de Tyrone Patty.

No he enumerado los tres acontecimientos por orden de importancia, sino por el orden que me resulta más fácil de explicar.

Para quien le interese, me llamo Kinsey Millhone y soy investigadora privada, con licencia expedida por las autoridades del estado de California. Tengo (a partir de ahora) treinta y tres años, peso cincuenta y tres kilos y mido metro sesenta y siete. Tengo el pelo negro, espeso y lacio. Siempre lo he llevado corto, pero últimamente me lo estoy dejando crecer para ver cómo me queda. Por lo general me lo corto yo misma cada seis semanas, con unas tijeras de uñas. Mis ingresos no me permiten pagar los 28 dólares que me cobrarían en un salón de belleza. Tengo los ojos castaños y una nariz que me han roto dos veces, pero que aún cumple con su cometido bastante bien; eso creo, por lo menos. Si me pidieran que calificara mi aspecto en una puntuación del uno al diez, me negaría en redondo. Debo decir, sin embargo, que sólo me maquillo de uvas a peras, por lo que mi aspecto, sea cual fuere al levantarme, sigue una línea coherente con el resto del día.

Desde Año Nuevo venía hospedándome en el domicilio de mi casero, Henry Pitts, un caballero de ochenta y dos años en cuyo reconvertido garaje monoplaza he vivido como inquilina durante veinticuatro meses. Este habitáculo indescriptible, pero bastante útil, había saltado por los aires a causa de una bomba y Henry me había sugerido que, mientras me reconstruían la vivienda, me instalara en el pequeño dormitorio que tiene en la parte trasera. Según parece, en el reino de la naturaleza hay una ley que estipula que toda reparación doméstica debe duplicar el coste calculado en el presupuesto y multiplicar por cuatro el tiempo previsto. Ello explicaría por qué, después de cinco meses de trabajo intensivo, se había planeado inaugurar por fin el monumento con el boato propio de un estreno cinematográfico. En lo tocante a la nueva casa, yo no las tenía todas conmigo, porque no estaba totalmente convencida de que fuera a gustarme lo que el propio

Henry había tramado a la hora de trazar la planta y diseñar la «decoración» interior. Se había mostrado muy reservado y también muy complacido desde que las autoridades municipales habían aprobado su proyecto. Lo que me preocupaba era la posibilidad de que al echarle el primer vistazo se me notase en la cara la desilusión. Miento como respiro, pero en cuestión de gustos no me las apaño tan bien. De todos modos, tal como ya me había dicho a mí misma infinidad de veces, la propiedad era suya y podía hacer con ella lo que quisiese. ¿Tenía sentido que me quejara por 200 dólares al mes? Desde luego que no.

Aquel jueves desperté a las seis en punto, salté de la cama y me puse la ropa de deporte. Me cepillé los dientes, me lavé la cara, hice unas flexiones de rutina y salí por la puerta posterior de la casa de Henry. Santa Teresa suele estar cubierta de niebla durante los meses de mayo y junio, y el clima es tan soso y monótono como el zumbido de la pantalla de un televisor al acabar las emisiones nocturnas. Las playas de invierno se vacían y las piedras van quedando al descubierto a medida que las mareas se llevan la arena del verano. En marzo y abril había llovido mucho, pero al entrar en mayo habían vuelto el buen tiempo y el cielo despejado. Las corrientes primaverales nos devolvían la arena y las playas estaban otra vez a punto de caramelo para los turistas que comenzarían a invadir la ciudad alrededor del día de los Caídos y que permanecerían en ella hasta que concluyera el fin de semana del día del Trabajo^[1].

Fue un amanecer digno de verse, las nubes matutinas surcaban el cielo dejando una estela de copos grisáceos y el sol acariciaba su vientre con dedos de un matiz rosa intenso. Había bajado la marea y la playa parecía prolongarse hacia el horizonte como un espejo de plata que reflejaba el firmamento. Santa Teresa se engalanaba de verdor y lozanía y el aire tibio se advertía impregnado del perfume de las hojas de los eucaliptos y de la hierba recién cortada. Hice *footing* a lo largo de cuatro kilómetros y media hora más tarde volvía a estar en casa, a tiempo para que Henry me canturrease «¡Cumpleaños feliiiiiiiiz!», mientras sacaba del horno una bandeja de rosquillas de canela. Que me canten canciones no es mi entretenimiento favorito, pero Henry lo hizo tan mal que acabó por hacerme gracia. Me duché, me puse unos tejanos, una camiseta estampada y unas zapatillas deportivas, y minutos más tarde recibía de manos de Henry un estuche envuelto en papel de regalo que contenía la llave de mi nueva casa. Parecía un crío con aquella cara magra y bronceada deshecha en sonrisas de timidez y con los ojos azules relampagueantes a causa de una emoción apenas contenida. Salimos ceremoniosamente por la puerta trasera, desfilamos por el patio empedrado y llegamos a la puerta principal de mi domicilio.

Ya lo había visto por fuera: dos plantas con la fachada pintada de color crema y esquinas achaflanadas según un estilo que yo calificaría de modernista. Había una gran cantidad de ventanas de manivela y el jardín, organizado por el mismo Henry, estaba totalmente cambiado. Si he de ser sincera, el aspecto exterior prometía más bien poco, lo cual no representaba ningún obstáculo. Lo que más me había preocupado desde el principio era que el interior resultara demasiado caprichoso para mi gusto.

Estuvimos unos minutos contemplando la fachada mientras Henry me contaba con todo detalle los enfrentamientos que había tenido con los funcionarios de la Comisión de Planificación Urbana y de la Junta de Reformas Arquitectónicas. Me daba cuenta de que alargaba las explicaciones para aumentar el suspense y la verdad es que acabé por ponerme nerviosa y por desear que concluyera todo aquello de una vez. Por fin me dejó girar la llave en la cerradura y abrir la puerta, que tenía un ojo de buey semejante a las portillas de los barcos. No me había formado ninguna idea previa

sobre el interior. Me había esforzado por no fantasear al respecto, pero lo que vi me dejó sin habla. Parecía el camarote de un barco. Las paredes eran de teca y roble pulimentados a más no poder y por todas partes había estantes y cubículos. La cocina se encontraba a la derecha, como la anterior, y se había organizado igual que en los yates, con el frigorífico al lado. Se le había añadido un microondas y un triturador de basura. Pegado a la cocina había un lavavajillas y al lado mismo de este un cuarto de baño diminuto.

En la zona correspondiente a la sala, en el hueco formado por una especie de mirador, había instalado un sofá con el que se había formado un tresillo anteponiéndole dos sillas de respaldo de lona azul, de esas de director de cine. Henry me hizo una demostración rápida de cómo podía extenderse el sofá y transformarse en cama para las visitas, vamos, que era un sofá-cama. La estancia principal seguía teniendo, como la vivienda anterior, entre cuatro y cinco metros de lado, pero ahora contaba con un dormitorio en la planta de arriba, al que se accedía mediante una pequeña escalera de caracol, situada donde antes estaba el rincón de los trastos. En la vivienda anterior solía dormir desnuda en el sofá, envuelta en un edredón. Por fin iba a tener un dormitorio de verdad.

Subí y me quedé boquiabierta al ver la cama de matrimonio con cajones empotrados en la parte inferior. En la parte del techo que quedaba encima de la cama había una abertura cilíndrica que se prolongaba más allá del tejado, cubierta por una claraboya de plástico transparente que parecía bañar de luz el cobertor blanqui azul de la cama. Por dos ventanas abiertas en sendas paredes podía verse el mar y las montañas. En la pared del fondo había un recodo, revestido de madera de cedro, habilitado como armario, con una barra central para las perchas, alcayatas para colgar de todo, un mueble para los zapatos y cajones hasta el techo.

Había un cuarto de baño adjunto con un juego de ducha y bañera hundida en el suelo. Al nivel de esta había una ventana con macetas en el alféizar. Me podría bañar entre la copa de los árboles y mientras contemplar las nubes que se amontonarían sobre el océano igual que burbujas. Las toallas eran del mismo azul marino que los felpudos. Hasta los jabones ovalados de la blanca jabonera de porcelana que había a un lado del redondo lavabo de bronce eran de color azul.

Cuando terminé de inspeccionarlo todo, me di la vuelta y me quedé mirando a Henry sin saber qué decir. Mi reacción le dio risa, pues sin duda estaba satisfecho por haber sabido ejecutar tan bien lo que había planeado de antemano. Con las lágrimas a punto de saltármeme, apoyé la frente en su pecho y me dio unas palmaditas con cierta torpeza. No podía existir un amigo mejor en el mundo.

Se fue al cabo de unos minutos y me puse a revolver todos los armaritos, todos los cajones, aspirando el aroma de la madera, escuchando los fantasmagóricos crujidos que producía el viento en las vigas de la techumbre. Tardé quince minutos en trasladar mis enseres. La misma bomba que había reducido a escombros la vivienda anterior había destruido casi todo lo que poseía. El vestido multiuso había sobrevivido, al igual que un chaleco que me gustaba y el helecho aéreo que Henry me había regalado por Navidad. La pólvora, los detonantes y la metralla habían hecho trizas todo lo demás. Con el dinero del seguro había comprado algunos pertrechos —tejanos y otras prendas— y el resto lo había puesto en un depósito bancario a plazo fijo, donde se dedicaba a acumular intereses con el mayor entusiasmo.

Salí a las nueve menos cuarto, me asomé a la casa de Henry para darle otra vez las gracias, agitó la mano para darme a entender que lo olvidara y seguí mi camino. Puse rumbo a la oficina,

que está en el centro de la ciudad, a diez minutos de distancia. En el fondo deseaba quedarme, pasearme por la nueva casa como un capitán de barco que se dispone a emprender un viaje fabuloso, pero sabía por otra parte que había facturas y recibos que pagar y llamadas telefónicas a las que responder.

Solucioné ciertas minucias rellenando un par de facturas relativas a dos cuentas que tenía congeladas. El último nombre de la lista de llamadas telefónicas era el de una señora de un tal Clyde Gersh, que me había dejado un mensaje en el contestador automático a última hora del día anterior, con la indicación de que la llamara cuando me viniera bien. Marqué su número mientras me hacía con un taco de notas. El teléfono sonó dos veces y descolgó una mujer.

—¿La señora Gersh?

—Sí —dijo. Había un tono de cautela en su voz, como si yo fuera a pedirle un donativo para una obra de caridad, como si sospecharan que en mi llamada había gato encerrado.

—Soy Kinsey Millhone y he recibido su mensaje.

Se produjo un silencio durante una fracción de segundo y de pronto pareció recordarme.

—Ah, sí, Millhone. Le agradezco su rapidez. Me gustaría discutir con usted cierto asunto, pero no sé conducir y preferiría quedarme en casa. ¿No podría pasar usted por aquí? Hoy mismo, cuando le venga bien.

—Por supuesto —respondí. Me dio la dirección y como según mi agenda no tenía nada más que hacer, le dije que estaría en su casa en menos de una hora. No parecía haber ningún apremio particular en relación con el asunto, fuera este cual fuese, pero el trabajo es el trabajo.

La dirección que me había dado estaba en el centro mismo de la ciudad, no muy lejos de mi oficina, concretamente en una calle tranquila y bordeada de árboles donde se alzan las residencias unifamiliares más antiguas de Santa Teresa. Los enmarañados arbustos formaban una muralla casi impenetrable que mantenía la propiedad a salvo de las miradas de los transeúntes. Estacioné el coche enfrente de la casa y crucé la puerta crujiente que daba al jardín. El edificio estaba hecho una ruina, era de madera de color verde oscuro, tenía dos plantas y se encontraba a un lado de una parcela abarrotada de sicomoros. Ascendí los peldaños de madera grisácea que conducían al porche y que aún olían a la mano de pintura que les habían dado en fecha reciente. El cancel estaba abierto, me acerqué a la puerta principal y apreté el timbre mientras observaba la fachada. La casa databa sin duda de los años veinte y no tenía ni un ápice de elegancia, si bien se había construido a lo grande: cómoda, sin pretensiones y edificada expresamente para encontrar un comprador entre la clase media de antaño; dada la situación actual del mercado de la propiedad inmobiliaria, estaba fuera del alcance del ciudadano medio. Una casa como aquella no se vendería hoy por menos de medio millón de dólares, y aun así habría que modificarla a fondo para que tuviera un aspecto decente.

Me hizo pasar una mujer negra voluminosa ataviada con un uniforme amarillo canario, de cuello y puños blancos.

—La señora Gersh está arriba, en la terraza —dijo, señalándome la escalera que tenía enfrente. Echó a andar sin prisas, como si temiese que fuera a llevarme alguna de las chucherías de vidrio que adornaban la consola que había a la derecha del vestíbulo.

Al pasar ante la sala de estar vi sin mucho detenimiento una ancha chimenea de ladrillo, flanqueada por librerías con portezuelas de vidrio emplomado, y grandes alfombras de lana que de tanto pisarse habían perdido la blancura. La mitad inferior de las paredes estaba adornada con

paramentos de madera pintados de un color crema y la mitad superior con un papel estampado que se extendía por el techo como un prado de flores silvestres que crecieran en sentido inverso. La estancia era muy oscura y pedía a gritos unas cuantas lámparas de mesa. Toda la casa estaba sumida en el silencio y olía a coliflor y a curry.

Subí. Al llegar al primer rellano, vi que la escalera se bifurcaba y que el otro tramo bajaba directamente hasta la cocina, donde columbré una olla de agua hirviendo encima de uno de los quemadores. La criada que me había hecho pasar cortaba hojas de cilantro en una mesa. Intuyó mi mirada, se volvió y me observó con ojos indiferentes. Seguí subiendo.

Al final de la escalera había un cancel que comunicaba con una terraza grande bordeada de macetones de madera con geranios naranja y de un rosa encendido. El tráfico de la avenida principal, a un par de manzanas de allí, producía un murmullo oscilante que recordaba el flujo de las olas. La señora Gersh estaba recostada en una tumbona, con una manta de cuadros sobre las piernas. Habría podido pasar perfectamente por una mujer que tomaba el aire en la cubierta de un barco, en espera de que el capitán la aconsejara sobre las actividades del día. Tenía los ojos cerrados y una novela de Judith Krantz, boca abajo, encima de la manta. Un sauce llorón derramaba los flecos y encajes de sus ramas sobre una esquina de la terraza, moteándola de sombras.

Aunque el día era cálido, allí arriba hacía un poco de frío. La mujer era delgada como un palillo y su rostro tenía la palidez propia de quién está muy enfermo. Me pareció una de esas mujeres que hace un siglo habrían permanecido internadas muchísimo tiempo en un sanatorio, aquejadas de lo que los médicos de la época habrían calificado de ansiedad, tristeza, adicción al láudano o aversión al lecho matrimonial. Tenía el pelo ralo y de un rubio pajizo que se volvía blanco a pasos agigantados. La anchura de la boca estaba determinada por el rojo chillón del lápiz de labios, que compaginaba con el rojo brillante que se había puesto en las uñas, que llevaba muy cortas. Las cejas, depiladas como Jean Harlow, le daban una expresión de asombro y fragilidad. Sus ojos parecían prisioneros de las pestañas postizas, que se proyectaban sobre los párpados inferiores como suturas quirúrgicas. Le eché cincuenta y tantos años, aunque podía ser más joven. La enfermedad es por sí misma un mecanismo envejecedor. Tenía el pecho encogido y unos senos tan lisos como el cierre de un sobre. Vestía una blusa de seda blanca y unos pantalones anchos de gabardina gris, de aspecto caro, y calzaba unas zapatillas de raso verde muy vivo.

—¿La señora Gersh?

Sufrió un sobresalto y abrió de repente unos ojos que se inundaron de azul. Durante unos segundos pareció desorientada.

—Usted debe de ser Kinsey —murmuró—. Soy Irene Gersh. —Me tendió la mano izquierda y estrechó la mía con dedos fríos y sarmentosos.

—Disculpe si la he asustado.

—No se preocupe. Soy un manojo de nervios. Por favor, coja una silla y siéntese. Duermo mal por la noche y aprovecho cualquier oportunidad para dar una cabezada.

Miré a mi alrededor y en un rincón de la terraza vi tres sillas blancas de jardín, de asiento de rejilla metálica, formando una pila. Cogí la de arriba, la acerqué a la tumbona y me senté.

—Espero que Jermaine tenga serenidad suficiente para servirnos el té, aunque no cuento con ello —dijo. Se incorporó un poco y se arregló la manta. Me observó con atención. Me pareció que obtenía su visto bueno, aunque no sabría decir a propósito de qué—. Es usted más joven de lo que

me había figurado.

—Ya soy mayorcita —dije—. Hoy es mi cumpleaños. Cumpló treinta y tres.

—Pues felicidades. Espero no haber interrumpido ninguna celebración.

—En absoluto.

—Yo tengo cuarenta y siete. —Esbozó una ligera sonrisa—. Ya sé que parezco una vieja bruja, pero aún soy relativamente joven... en comparación con la media californiana.

—¿Ha estado enferma?

—Es una forma de decirlo. La verdad es que no me he encontrado bien. Mi marido y yo vivíamos en Palm Springs y nos trasladamos a Santa Teresa hace tres años. Esta casa era de sus padres. Clyde quiso cuidar de su madre cuando su padre murió. Su madre falleció hace dos meses.

Murmuré algo que esperaba estuviese a tono con las circunstancias.

—El caso es que no hacía ninguna falta que nos mudáramos aquí, pero Clyde insistió. No tuvo en cuenta ninguna de mis objeciones. Se había criado en Santa Teresa y estaba empeñado en volver.

—Y usted no estaba precisamente entusiasmada.

Me fulminó con la mirada.

—No me gusta esta ciudad. Nunca me ha gustado. Solíamos venir de visita, un par de veces al año tal vez. Detesto el mar. Y esta ciudad siempre me ha parecido asfixiante. Tiene algo siniestro. Todo el mundo se deshace en elogios al hablar de sus maravillas. Me revientan las actitudes de autocomplacencia y no me gusta ver tanto espacio verde. Nací y me crié en el desierto, y eso es lo que prefiero. Mi salud no ha hecho más que empeorar desde que vinimos, aunque los médicos, por lo visto, no me encuentran nada anormal. Clyde se encuentra perfectamente, como es lógico. Me temo que piensa que me hago la delicada para llamar la atención, pero no es así. Es angustiante. Todas las mañanas me despierto presa de un nerviosismo enervante. A veces es como una descarga eléctrica, como si tuviera un peso abrumador en el pecho.

—¿Se refiere usted a ataques de pánico?

—Así los llama el médico —dijo.

Murmuré no sé qué para salir del paso, mientras me preguntaba por el objeto de toda aquella información. Al parecer, adivinó mis pensamientos.

—¿Qué sabe usted del Hormigón? —preguntó de súbito.

—¿El Hormigón?

—Nada en absoluto, ya se nota. No me extraña. El Hormigón se encuentra en el desierto de Mojave, al este del mar de Salton. Durante la segunda guerra mundial los marines tuvieron allí una base, el Campamento Dunlap. Ahora ya no existe. Lo único que queda es el hormigón de los cimientos de los barracones. Todos los inviernos bajan del norte miles de personas que se instalan en el Hormigón. Les llaman las golondrinas porque huyen de los crudos inviernos del norte. Allí fue donde me crié. Mi madre, que yo sepa, sigue viviendo en aquel lugar. Las condiciones de vida son muy primitivas: no hay agua corriente, no hay alcantarillado, no hay servicios municipales de ninguna clase, pero es gratis. Las golondrinas viven como los gitanos, unas en remolques de superlujo, otras en barracas hechas con cartones. Al llegar la primavera, casi todas vuelven al norte. Mi madre es de las pocas residentes fijas, pero hace meses que no sé nada de ella. No tiene teléfono ni dirección oficial. Estoy preocupada. Quisiera que fuera alguien allí y comprobase que está bien.

—¿Cada cuánto suele ponerse en contacto con usted?

—Una vez al mes. Hace autoestop y me llama desde una casa de comidas que hay en Niland. A veces me llama desde Brawley o desde Westmoreland, según el vehículo que la recoja. Charlamos un rato, compra provisiones y vuelve en autoestop.

—¿Dispone de algún ingreso? ¿Cobra algún subsidio de la Seguridad Social?

Negó con la cabeza.

—Sólo tiene los cheques que le envío. Y no creo que haya cotizado nunca en la Seguridad Social. Cuando yo era pequeña, sobrevivíamos gracias a las faenas domésticas que ella hacía; y siempre le pagaban en el acto y en metálico. Ahora tiene ochenta y tres años y está jubilada, como es natural.

—Si no tiene dirección oficial, ¿cómo le llega la correspondencia?

—Tiene un apartado de correos. Por lo menos lo tenía.

—¿Y los cheques? ¿Los ha seguido cobrando?

—Creo que no, porque no aparecen en los extractos que me envía el banco. Eso es lo primero que me hizo sospechar. Y precisa de dinero para la comida y otras necesidades.

—¿Cuándo tuvo noticias de ella por última vez?

—En Navidad. Le mandé dinero y me llamó para darme las gracias. Todo le iba bien, por lo que me dijo, aunque si he de serle sincera, yo la encontré algo rara. Bebe de vez en cuando, ¿sabe usted?

—¿Y sus vecinos? ¿Hay forma de comunicarse con ellos?

Volvió a negar con la cabeza.

—Ninguno tiene teléfono. No puede imaginarse qué duras son las condiciones de vida en aquel lugar. Incluso la basura la tienen que transportar ellos mismos hasta los depósitos municipales. El único servicio de que disponen es un autobús escolar para los niños y aun así se organizan campañas de protesta en la ciudad de vez en cuando.

—¿Qué me dice de la policía? ¿Cree que podríamos localizarla a través de ella?

—Me resisto a avisar a la policía. Mi madre es muy celosa de su intimidad, un poco caprichosa si a ello vamos. Se enfadaría si avisara a las autoridades.

—Seis meses es mucho tiempo para andarse con escrúpulos.

Se le encendieron las mejillas.

—Ya lo sé. Pero esperaba tener noticias en cualquier momento. Hablando con sinceridad, no quisiera disgustarla y tener que enfrentarme a ella. Se lo advierto: es una mujer terrible, sobre todo cuando está furiosa. Es muy independiente.

Medité la situación y sus posibilidades.

—Dice usted que no tiene dirección oficial. ¿Qué he de hacer para localizarla?

Metió la mano debajo de la tumbona y cogió un joyero de piel del que sacó un sobre pequeño y dos fotos Polaroid.

—La última nota que me mandó. Y dos fotos que hice la última vez que estuve allí. Este es el remolque donde vive. Lo siento, pero de ella no tengo ninguna foto.

Observé las fotos. Se trataba de un remolque tipo vivienda, viejísimo y pintado de azul mate.

—¿De cuándo son las fotos?

—De hace tres años. Fue poco antes de que Clyde y yo nos trasladáramos aquí. Si quiere un mapa, le puedo indicar dónde está aparcado el remolque. De sitio no ha cambiado, eso se lo

garantizo. Cuando alguien se instala en una parcela del Hormigón, aunque sea de diez metros cuadrados, ya no se mueve. No puede usted figurarse lo posesiva que se vuelve la gente cuando tiene un pedazo de tierra sucia y unos matojos. Por cierto: mi madre se llama Agnes Grey.

—¿Y no tiene ninguna foto suya?

—Pues no, pero todos la conocen. No creo que le cueste identificarla, si aún está allí.

—¿Y qué hago cuando la encuentre?

—Ante todo, informarme de su estado de salud. Ya pensaremos después lo que más nos convenga. He de decirle que la he elegido porque es usted una mujer. A mi madre no le caen bien los hombres. De entrada se siente incómoda en presencia de desconocidos, pero si son hombres, peor todavía. ¿Acepta el caso?

—Si le parece bien, puedo partir mañana mismo.

—Estupendo. Esa es la respuesta que esperaba —dijo—. Necesito que me diga además cómo localizarla fuera de la jornada laboral. Si mi madre me llamara, me gustaría hablar con usted y no con el contestador automático. Deme también una dirección, si no le importa.

Anoté mi dirección y teléfono particulares en el dorso de una de mis tarjetas.

—Le ruego que sea discreta, no suelo dar esta información a cualquiera —le dije mientras le tendía la tarjeta.

—No se preocupe, gracias.

Discutimos las condiciones de la transacción. Había llevado conmigo un modelo normal de contrato y lo rellenamos a mano. Me dio un anticipo de 500 dólares y me dibujó un plano de la zona del Hormigón donde estaba el remolque de su madre. No me tocaba un caso de personas desaparecidas desde junio y estaba deseosa de trabajar. Parecía un asunto normal y corriente y lo tomé por un bonito regalo de cumpleaños.

Salí de la casa de los Gersh a las doce y cuarto, fui directamente al McDonald's que me quedaba más cerca y celebré el acontecimiento con una superhamburguesa con queso.

A eso de la una estaba otra vez en mi domicilio sintiéndome satisfecha de la vida. Me habían encargado otro caso, acababa de estrenar una casa que me gustaba...

Nada más abrir la puerta se puso a sonar el teléfono. Descolgué un segundo antes de que se pusiera en marcha el contestador.

—¿Señorita Millhone? —Era voz de mujer y no me resultaba conocida. Las interferencias sugerían que podía tratarse de una conferencia.

—Sí, soy yo.

—Le pongo con el señor Galishoff.

—Muy bien —dije, experimentando una curiosidad repentina.

Lee Galishoff era un abogado del turno de oficio de Carson City, Nevada, con el que había trabajado hacía alrededor de cuatro años. Andaba a la sazón tras la pista de un sujeto llamado Tyrone Patty y pensaba que podía encontrarse en mi territorio. Un sospechoso de atraco a mano armada que respondía al nombre de Joe-Quincey Jackson había sido detenido y acusado de homicidio intencionado tras haber cosido a balazos al empleado de una tienda de licores. Jackson había afirmado que quien le había dado al gatillo era Tyrone Patty. Galishoff estaba muy interesado en hablar con él. Se rumoreaba que Patty se había refugiado en Santa Teresa, pero como la policía de aquí no había podido localizarle, Galishoff se había puesto en contacto con el detective del turno de oficio de Santa Teresa, que a su vez le facilitó mi teléfono. Galishoff me puso al corriente y me envió más tarde toda la información disponible sobre Patty, junto con una foto que le habían hecho en una detención anterior.

Estuve tres días rastreando el paradero del individuo en todos los registros públicos disponibles: el directorio municipal, la guía telefónica, las licencias de matrimonio, las sentencias de divorcio, las partidas de defunción, los archivos judiciales de la localidad y del estado, y por último la jefatura superior de tráfico. Di aquí con una pista al descubrir que le habían multado la semana anterior por contravenir el código. En la citación judicial figuraba una dirección de Santa Teresa —la de un amigo suyo, según averigüé más tarde—, fui a la casa, llamé a la puerta y me abrió Patty en persona. Como me había disfrazado de vendedora de productos Avon, fue una suerte no tener que vérmelas con la señora de la casa. Cualquiera mujer en su sano juicio se habría dado cuenta en el acto de que yo no tenía ni idea de maquillaje. Patty, respondiendo a otros instintos, me había dado con la puerta en las narices. Informé sobre su paradero a Galishoff, que por entonces había localizado un testigo que confirmaba la versión de Jackson. La fiscalía del distrito de Carson City dictó orden de busca y captura. Patty fue detenido dos días después y extraditado. Lo

último que supe era que lo habían declarado culpable y que cumplía condena en la Prisión Estatal de Nevada, que está en Carson City.

Oí la voz de Galishoff al otro lado del hilo.

—¿Kinsey? ¿Qué hay? Lee Galishoff al habla. Espero no haberte cogido en mal momento.

Hablaba tan alto que tuve que ponerme el auricular a unos centímetros de la oreja. Las voces engañan por teléfono. A juzgar por su forma de hablar, siempre me lo había imaginado sesentón, medio calvo y gordo, pero al ver una foto suya en un periódico de Las Vegas había descubierto que era un cuarentón delgado, atractivo y con una abundante mata de pelo rubio.

—El momento es bueno —dije—. ¿Cómo anda todo?

—Por ahora bien. Tyrone Patty está otra vez en la cárcel del condado en espera de que se le juzgue por tres homicidios.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Él y un colega suyo atracaron una tienda de licores y mataron a tiros al empleado y a dos clientes.

—Pues no me había enterado.

—Ni tenías por qué enterarte. Mira, el asunto es que nos quiere cubrir de mierda hasta el cogote. Dice que su vida es un desastre desde que lo metimos en la trena. Ya sabes cómo son estas cosas. La mujer se divorció de él, le quitaron a los críos y cuando salió no encontró trabajo. Siguiendo una lógica implacable, volvió a cometer atraco a mano armada y liquidó a todo el que se le puso por delante. Por culpa nuestra, naturalmente.

—Naturalmente. ¿Y quién dice que no?

—Ya, claro, claro. Ahora escucha lo más interesante. Por lo visto, hace dos semanas contactó con otro preso para negociar con él una especie de contrato de homicidio cuyas víctimas éramos nosotros dos, el fiscal del distrito y el juez que lo encerró.

Fruñí el ceño al auricular mientras me tocaba el pecho con el dedo.

—¿Nosotros dos quiere decir que yo también? —La voz se me había puesto más trémula que un flan, como si acabara de tener la primera menstruación.

—Exacto. Por suerte, el otro preso era un confidente que nos lo comunicó enseguida. Por orden del fiscal del distrito, dos agentes se disfrazaron de presos y se hicieron pasar por pistoleros en potencia. Acabo de oír una grabación que te helaría la sangre.

—Pero ¿lo dices en serio?

—Aún falta lo peor —dijo—. Por lo que se oye en la grabación, cabe la posibilidad de que haya hablado con más gente, aunque no sabemos con quién. Lo que nos preocupa es que haya estado en contacto con otros individuos que en este momento estén actuando ya en una dirección de la que lo ignoramos absolutamente todo. Lo hemos notificado a la prensa, con la esperanza de que la cosa se hinche hasta un punto intolerable. El juez Jarvison y yo estamos protegidos por agentes armados las veinticuatro horas del día y pensamos que lo mejor era ponerte al tanto de lo que ocurre. Lo más sensato sería que avisaras a la policía de Santa Teresa para que te diera protección.

—Maldita sea, Lee. Yo no sería tan optimista. Ten en cuenta que la amenaza procede de otro estado. La policía de Santa Teresa no tiene ni personal ni presupuesto para una cosa así. —La verdad es que no había tuteado a Galishoff hasta el presente, pero en vista de lo que acababa de contarme, me pareció que tenía algún derecho a ello. Si Patty era el conspirador, Galishoff y yo

éramos compañeros de la misma lista negra.

—No creas, aquí tenemos el mismo problema —dijo—. La protección que nos puede dar el *sheriff* no es eterna... cuatro o cinco días a lo sumo. Ya veremos cómo nos las arreglamos después. Mientras tanto, podrías contratar a alguien por tu cuenta. De manera provisional, claro.

—¿Un guardaespaldas? —dije.

—Bueno, alguien versado en técnicas de seguridad.

—Tendría que pensarlo —dije tras titubear un segundo—. No quisiera parecer roñica, pero me costará un ojo de la cara. ¿De veras crees que es necesario?

—Te lo diré de otro modo: yo, en tu caso, no me arriesgaría. Tiene antecedentes por seis delitos con violencia.

—¡Ah!

—Eso mismo, ¡ah! Y lo ofensivo del asunto es que ha ofrecido una miseria. Cinco de los grandes por los cuatro. ¡Menos de mil quinientos dólares por cabeza! —Se echó a reír de repente, pero no creo que porque le hiciera gracia.

—No puedo creerlo —dije, tratando todavía de hacerme a la idea. Cuando nos dan una mala noticia, se produce siempre un momento en que todo avanza más despacio, ya que el cerebro es incapaz de asimilar lo que sucede.

—Si te decides por mi solución —dijo Galishoff—, conozco a cierto individuo. Es un detective privado de aquí y ha trabajado en seguridad. Está ya hasta las narices, pero es magnífico.

—Exactamente lo que necesito, una persona harta de su trabajo.

Se echó a reír otra vez.

—Vamos, no te desanimes. Te digo que es muy bueno. Estuvo viviendo en California hace años y le encanta la región. Puede que le entusiasme cambiar de aires.

—O sea que está disponible.

—Creo que sí. Precisamente hablé con él hace un par de días. Se llama Robert Dietz.

Di un respingo.

—¿Dietz? Lo conozco. Hace un año más o menos estuve hablando con él, mientras trabajaba en un caso.

—¿Tienes su teléfono?

—Lo debo de tener en alguna parte, pero dámelo de todos modos —dije.

Tomé nota del número. Sólo había tratado con él por teléfono, pero había resultado un hombre muy eficaz y además no me había cobrado ni un centavo. En el fondo estaba en deuda con él. Oí un zumbido al otro extremo del hilo.

—Un momento —dijo Galishoff. Cortó la comunicación, se produjo un breve silencio y volvió a ponerse al habla—. Lamento despedirme con brusquedad, pero acabo de recibir una llamada. No dejes de contarme lo que hayas decidido.

—De acuerdo —dije—. Gracias por todo. Y cuídate.

—Tú también —dijo y colgó.

Puse el auricular en la horquilla sin dejar de mirar el teléfono. ¿Un contrato de homicidio? ¿Cuántas veces habían querido matarme en los últimos doce meses? Bueno, no *tantas*, me dije poniéndome a la defensiva; pero aquello era distinto. Nadie (que yo supiera) me había incluido jamás en un contrato como objeto de la transacción. Traté de imaginar a Tyrone Patty charlando

del asunto como si tal cosa con un pistolero de Carson City. No dejaba de tener sus puntos extraños. Ante todo, me costaba imaginar que nadie pudiese vivir de aquello. ¿O era un trabajo que se hacía por temporadas? ¿Habría dietas para el contratado y se le daría de alta en la Seguridad Social? ¿Se habría ofrecido un precio reducido, dado que éramos cuatro las víctimas? Tuve que admitir que Galishoff tenía razón: 1.500 por cabeza era una miseria. A los asesinos a sueldo de las películas se les paga entre cincuenta y cien billetes, aunque sin duda porque el público quiere creer que la vida humana vale tanto. Supongo que habría tenido que sentirme halagada por haberseme incluido en el trato. ¿Qué más quería? Un abogado de oficio, un fiscal del distrito y un juez. Distinguida compañía para una investigadora de provincias. Me quedé mirando el número de Dietz, pero no me animaba a llamar. Puede que el conflicto se solucionase antes de verme obligada a tomar medidas de protección. El problema de fondo era si se lo contaba a Henry Pitts. Noooooo. Se pondría muy nervioso y además no tenía ningún sentido.

Al oír el golpe en la puerta, salté como si me hubieran disparado. No me pegué precisamente a la pared, pero adopté toda clase de precauciones cuando fui a ver de quién se trataba. Era Rosie, una húngara que tiene una casa de comidas en el barrio y un apellido que ni sé pronunciar ni sabría deletrear aunque me lo propusiera. Creo que le gusta interpretar el papel de madre, aunque primero hay que saber provocar sus reproches y regañinas. Se había puesto una de sus sayas tropicales estampadas, de color verde oliva, con islas, palmeras y loros en tonos rosáceos y amarillentos. Llevaba en las manos un plato grande tapado con una servilleta de papel.

Nada más abrirle la puerta, la empujó sin el menor miramiento, de acuerdo con su estilo habitual. Algunos lo llaman mala educación.

—Como es tu cumpleaños, te he traído rollos de queso y fruta —dijo—. Con nueces, no con manzana. Es el mejor *strudel* que he hecho en mi vida. Te va a saber a poco.

—Tiene una pinta estupenda —dije.

—Ha sido idea de Klotilde —admitió en un brote de sinceridad.

Rosie es sesentona, bajita y pechugona, y se tiñe el pelo de ese color rojizo-anaranjado que tienen los ladrillos recién hechos. Ignoro qué producto emplea para conseguir el efecto (seguramente algo que pasa de contrabando durante sus viajes semestrales a Budapest), pero el caso es que el cuero cabelludo se le pone de un rosa subidísimo a lo largo de la raya del pelo. Aquel día se había peinado hacia atrás los aladares y se los había sujetado con horquillas, un estilo que goza de mucha popularidad entre la población de cinco años. La última quincena había estado buscando con ella una pensión para su hermana Klotilde, que acababa de mudarse a Santa Teresa, procedente de Pittsburgh, cuyos inviernos ya no podía soportar. Rosie no tiene coche y como vivo muy cerca de su casa de comidas, ayudarla a encontrar alojamiento para Klotilde me pareció de rigor. Al igual que Rosie, Klotilde era bajita, gordinflona y adicta al mismo tinte que teñía de rosa el cuero cabelludo de Rosie y le enrojecía las mechas. Tenía que ir en silla de ruedas por culpa de una enfermedad degenerativa que le hacía refunfuñar y mostrarse intransigente, aunque Rosie juraba que siempre había sido así. Se llevaban como el perro y el gato, y después de pasar una tarde con las dos, también yo refunfuñaba y me mostraba intransigente. Tras descartar quince o dieciséis lugares posibles, le habíamos encontrado un alojamiento que parecía ideal, una habitación en la planta baja de una antigua vivienda bifamiliar de la zona este, situación que me ponía fuera de su alcance.

—¿No quieres pasar? —Mantuve la puerta abierta mientras Rosie meditaba la invitación. Se

balanceaba ligeramente, pero sin mover los pies, como si se los hubieran clavado en el suelo. A veces le gusta hacerse de rogar, sobre todo cuando se siente insegura. Cuando está en su territorio es más agresiva que un gallo de pelea.

—A lo mejor no te gusta la compañía —dijo, bajando los ojos con recato.

—Entra de una vez —dije—. Sí me gusta la compañía. Tienes que ver la casa. Henry ha hecho una obra de arte.

Hizo un movimiento nervioso de indecisión y entró de costado en la sala. Me dio la sensación de que inspeccionaba el interior por el rabillo del ojo.

—Qué bonita.

—Me encanta. Deberías ver el desván —dije.

Dejé el *strudel* en la cocina y puse agua al fuego para preparar un té. Paseé a Rosie por toda la casa, subí y bajé con ella por la escalera de caracol y le enseñé el sofá-cama, los cubículos y las perchas para colgar ropa. Emitió toda clase de exclamaciones admirativas y sólo se permitió hacer un ligero reproche al comprobar lo exiguo de mi vestuario. Según ella, no me saldrá un novio formal mientras no tenga dos vestidos como mínimo.

Acabada la excursión, tomamos el té y devoramos el *strudel*. Al final rebañé el plato, pasando el dedo humedecido sobre las crujientes migas que habían quedado. La incomodidad que sintiera Rosie se fue desvaneciendo, mientras la mía aumentaba de forma proporcional a la prolongación de la visita. Hacía dos años que la conocía, pero si exceptuamos la última quincena, nuestras relaciones se habían desarrollado exclusivamente en su casa de comidas, de la que era dueña, señora y tirana. No teníamos mucho que decirnos y me vi obligada a improvisar temas de conversación para que no surgieran tiempos muertos de silencio embarazoso. Cuando apuramos el té, yo ya no hacía más que consultar la hora de reojo.

Rosie se quedó mirándome de hito en hito.

—¿Qué te pasa? ¿Has quedado con alguien?

—Pues no. Se trata del trabajo. Tengo que ir mañana al desierto y quisiera pasar hoy por el banco.

Me apuntó con un dedo y me lo clavó en el brazo.

—Esta noche cenas en mi local. Te invitaré a una copa de aguardiente de patata.

Salimos juntas. Me ofrecí a llevarla en coche, pero como la casa de comidas estaba a media manzana, dijo que prefería ir andando. Poco antes de perderla de vista, la brisa jugaba con el ancho vuelo de su saya tropical estampada. Parecía un globo a punto de remontarse a las alturas.

Me dirigí al centro y de paso me detuve en un cajero automático de mi banco para depositar el anticipo que me había dado la señora Gersh y sacar 100 dólares en efectivo. Di la vuelta a la manzana y dejé el coche en el aparcamiento público que tengo detrás del despacho. Confieso que el asunto del asesino a sueldo me había hecho tomar conciencia de que tenía espalda y tuve que contener el deseo de seguir una trayectoria zigzagueante cuando subí por las escaleras descubiertas que daban al exterior.

Ya en el despacho, cogí la máquina de escribir portátil, un puñado de fichas y la pistola, y entré en las oficinas de la compañía de seguros La Fidelidad de California, que tengo al lado mismo. Estuve charlando un rato con Darcy Pascoe, que hace de secretaria general y de recepcionista. Me había ayudado en un par de casos y meditaba la posibilidad de cambiar de oficio. En mi opinión podía resultar una investigadora excelente y me dedicaba a estimularla. Es

mejor ser detective que limpiar con el culo las sillas de otro.

Para completar el recorrido pasé al despacho de Vera Lipton. Es una de esas mujeres que traen de cabeza a los hombres. Desde mi punto de vista no hace nada fuera de lo corriente, pero supongo que su secreto radica en el aire de confianza total que emana por todos los poros. Le gustan los tíos y ellos se dan cuenta, incluso cuando los envía a hacer gárgaras. Tiene treinta y siete años, está soltera y es adicta al tabaco y a la Coca-Cola, sustancias que consume sin parar. Puede que sean perjudiciales para la salud, pero al parecer no se alarma nadie. Es alta, pelirroja, pesa alrededor de sesenta y cinco kilos y lleva gafas de cristales grandes, redondos y de un matiz oscuro. Ya sé que estas características nada tienen que ver con la mujer ideal, por lo menos desde el punto de vista femenino, pero se diría que tiene algo irresistible. No es precisamente una mujer promiscua, pero si va al supermercado, seguro que la aborda un tío que acaba saliendo con ella varios meses. Y al final de la relación seguirán manteniendo una amistad tan intensa que ella conseguirá emparejarlo con alguna amiga.

No estaba en su despacho. Por lo general la localizo por el olor del tabaco, pero aquel día no me sentí capaz de hacerlo. Despejé una silla, tomé asiento y estuve unos minutos hojeando un libro sobre las estafas en el mundo de los seguros. Allí donde hay dinero siempre hay alguien dispuesto a robar.

—Hola, Kinsey. ¿Qué tal va todo?

Vera entró en el despacho y dejó un expediente sobre la mesa. Llevaba un vestido-pantalón de una sola pieza, con hombreras y un cinturón ancho de piel. Se sentó en la silla giratoria y automáticamente metió la mano en el cajón inferior, donde suele guardar una nevera portátil llena de Cocas. Sacó una botella sin abrir y la levantó como si me estuviera invitando. Negué con la cabeza.

—¿Sabes una cosa? —dijo.

—No me atrevo a preguntar.

—Mira a tu alrededor y dime qué ves.

Me encantan estas adivinanzas. Me recuerda un juego que solíamos practicar en las fiestas de cumpleaños, cuando estaba en primera enseñanza: la mamá de quien fuera nos enseñaba una bandeja con objetos variados, la mirábamos durante un minuto y después teníamos que decir de memoria lo que contenía. Es el único juego de salón al que he ganado en toda mi vida.

Me puse a observar lo que había en el escritorio de Vera. El revoltillo de cachivaches era el mismo de siempre. Expedientes, folletos sobre seguros, cartas amontonadas. Dos botellas vacías de Coca-Cola...

—No veo colillas —dije—. ¿Y el cenicero?

—Lo he dejado.

—No me lo creo. ¿Cuándo?

—Ayer. Desperté hecha polvo y con una tos que se me salían los pulmones. Me había quedado sin tabaco y tenía que haberme visto a cuatro patas, revolviendo la basura en busca de una colilla lo bastante grande para no quemarme los labios al encenderla. No encontré ninguna. Ahora bien: para saborear la primera calada del día tenía que vestirme, coger las llaves del coche y salir zumbando hasta la esquina. Y me dije: que se vaya al cuerno. Se acabó. No pienso pasar por ello nunca más. Y lo dejé. Hace ya treinta y una horas.

—Eso es fabuloso. Estoy orgullosa de ti.

—Gracias. Me siento llena de salud. El deseo es inevitable y me gustaría poder celebrarlo fumándome un cigarrillo. Tú obsérvame y verás que cada siete minutos, cuando me vienen las ganas, se me acelera la respiración. ¿Has venido por algo concreto?

—Ya me iba a casa —dije—. He pasado sólo a saludaros. Mañana me voy fuera y ya he quedado para cenar.

—Pues qué chasco. Porque estaba pensando que podíamos cenar juntas para presentarte a alguien.

—¿Presentarme a alguien? ¿Una especie de cita a ciegas? —La noticia me fascinó tanto como la idea de ir al dentista.

—No lo digas de ese modo, criatura. Es un tipo que te vendrá como anillo al dedo.

—No me atrevo a preguntarte qué quieres decir con eso —dije.

—Quiero decir que no está casado, como otro que no quiero mencionar.

Se refería a Jonah Robb, las rupturas y reanudaciones de cuyo matrimonio habían originado no pocos conflictos. Había estado liada con él de manera intermitente desde el otoño pasado, pero el éxtasis se había acabado hacía mucho tiempo.

—Es una relación normal y corriente —dije.

—Y un rábano —me espetó—. Nunca está cuando le necesitas. Siempre está con la descarada esa en el consultorio de algún consejero matrimonial.

—Eso es verdad. —Jonah y Camilla no hacían más que ir de un psicoanalista a otro; cada vez que estaban a punto de llegar a un acuerdo, cambiaban de especialista; no sé cómo lo llaman, conflictividad endémica seguramente. Habían estado juntos desde que estudiaban en el colegio y por lo visto se habían acostumbrado a la cara oculta del amor.

—No la dejará nunca —dijo Vera.

—Puede que sea verdad, pero no me importa.

—Te importa y sabes que te importa.

—Te digo que no. En mi vida sólo hay sitio para lo que ya he tenido y poco más. No quiero vivir ninguna pasión desenfundada. Jonah es un buen amigo y cumple su cometido a la perfección...

—Tía, tú no tienes sensibilidad.

—Y tú no tienes derecho a descalificarme. Porque de eso se trata.

—No es una descalificación. Es más bien una recomendación.

—¿Quieres convencerme para endosarme el producto? Pues adelante. Descríbemelo. Me muero de impaciencia.

—Es un hombre perfecto.

—«Perfecto». Entendido —dije, fingiendo que lo anotaba todo—. Muy bien. ¿Qué más?

—Salvo en un punto.

—Ah.

—No voy a mentirte —dijo con seriedad—. Si fuese totalmente perfecto, me lo ligaría yo.

—¿Qué defecto tiene?

—No me metas prisa. Ya llegaremos a eso. Primero te enumeraré las virtudes.

Consulté la hora.

—Tienes treinta segundos.

—Es elegante. Divertido. Cariñoso. Competente...

—¿Cómo se gana la vida?

—Es médico del seguro... pero no de los que se pasan todo el día trabajando. Es abierto a nivel sentimental. Sincero. Dulce, sin sobre pasarse.

—Sigue hablando.

—Tiene treinta y nueve años, sigue soltero, aunque le interesa emparejarse en serio. Está bien físicamente, no fuma ni se droga, aunque tampoco hace campaña en contra, ya entiendes lo que quiero decir. Vamos, que no es un puritano.

—Ya, ya, ya, ya —dije con voz cansina. Le hice un gesto giratorio con la mano, dándole a entender que fuese derecha al asunto.

—Además es guapo. En serio. Ocho y medio en una escala del uno al diez. Esquía, juega al tenis, va al gimnasio...

—Y no se le levanta —dije.

—¡Es una fiera en la cama!

Me eché a reír.

—Vamos, Vera, ¿dónde está la trampa? ¿Mastica con la boca abierta? ¿O le gusta contar chistes? Sabes que detesto a los graciosos.

Negó con la cabeza.

—Es bajito.

—¿Cuánto?

—Uno sesenta y dos. Yo mido uno setenta y cuatro.

La miré con incredulidad.

—¿Y qué? Has salido con media docena de hombres más bajos que tú.

—Sí, pero no en público. Siempre me ha molestado.

Seguí observándola.

—¿Y no ligas con él por eso?

Adoptó una actitud de desafío.

—Es un tipo fabuloso, pero no es lo que yo quiero. No lo estoy juzgando. Es sólo una de mis manías.

—¿Cómo se llama?

—Neil Hess.

Cogí un trozo de papel de la papelera y un bolígrafo que había encima de la mesa.

—¿Y el teléfono?

Me miró de hito en hito.

—¿De verdad vas a llamarle?

—Yo sólo mido uno sesenta y siete. ¿Qué importancia tienen cinco centímetros entre colegas?

Me dio el teléfono, lo apunté y me guardé el papel en el bolso.

—Estaré fuera un día. Le llamaré cuando vuelva.

Me levanté para irme, pero me detuve al llegar a la puerta.

—Si me caso con él —dije—, tú serás la madrina.

Como estaba deseosa de coger la carretera, al día siguiente me salté la sesión matutina de *footing*. Salí de Santa Teresa a las seis de la mañana con el coche lleno de trastos: un petate, la Smith-Corona portátil, la información relativa a la madre de Irene Gersh, el maletín, útiles de índole diversa y una nevera portátil donde había metido una caja de seis latas de Pepsi Light, un bocadillo de atún, dos mandarinas y una bolsa de plástico, de cierre hermético, con pastelitos de chocolate preparados por Henry.

Tomé la nacional 101, en dirección sur, siguiendo la costa hasta la salida de Ventura, donde la carretera se desvía hacia el interior. El pequeño VW se puso a gemir y rechinar al subir la cuesta de Camarillo, y al llegar a la cima lo puse en punto muerto hasta que entré en Thousand Oaks. Eran casi las siete cuando llegué al valle de San Fernando y el tráfico llenaba ya toda la anchura de la carretera. Algunos vehículos cambiaban de carril con la gracia y velocidad de los monopatines urbanos, lo que daba lugar a aparatosos accidentes ocasionales. El valle estaba cubierto por una nube de contaminación y niebla y esta ocultaba hasta tal punto las montañas que lo bordeaban que cualquiera que no supiese que estaban allí habría pensado que el terreno era llano como una bandeja.

En Hollywood Norte se bifurca la carretera, la 134 se dirige hacia Pasadena mientras que la 101 sigue hacia el sur, en dirección al centro de Los Angeles. En cualquier plano de la ciudad, el núcleo de Los Angeles parece un agujerito en el centro de un mantón de punto ancho que abarcara todo el condado y se extendiera hasta el condado de Orange, que está al sur. Las autopistas se juntan y entrelazan alrededor de elevados edificios. Nunca he conocido a nadie que tuviera algo que hacer en el centro de Los Angeles. A no ser que se tengan muchas ganas de ver Union Station, Olvera Street o la calle de los vagabundos y los tirados, el único motivo para aventurarse en los alrededores de las calles Sexta y Spring es curiosear en el mercado de oro al por mayor para joyeros o visitar Cooper Bulding para comprar ropa de diseño a precio de saldo. Por lo que afecta al resto, lo más sensato es pasar de largo a toda velocidad.

Se habrá advertido ya que he corrido un tupido velo sobre los acontecimientos del jueves por la noche. Lo cierto es que me dejé caer por la casa de comidas de Rosie para tomarme la copa que me había ofrecido y descubrí que entre ella y Henry me habían preparado una fiesta sorpresa. Se trató de una de esas ocasiones humillantes en que las luces se encienden de pronto y todo el mundo salta de detrás de los muebles. Yo no podía dar crédito a mis ojos. Jonah estaba entre los presentes; y Vera (la muy zorra no me había dicho ni una palabra, y eso que la había visto aquella misma tarde), Darcy y Mac, de La Fidelidad de California; y Moza, que vive en mi misma calle; y

algunos parroquianos habituales de la casa de comidas; y un par de antiguos clientes míos. No sé por qué me cuesta tanto confesarlo, pero me habían preparado una tarta y me hicieron regalos que tuve que abrir allí mismo. Lo que pasa es que no me gustan las sorpresas ni ser el centro de atención. Quería a todos los que estaban allí, pero me turbaba ser objeto de tantos parabienes. Supongo que respondí como es debido. No me emborraché ni me aislé en un rincón, pero me sentí desconectada, como si hubiera caído en una especie de trance místico. Al reflexionar sobre ello en la intimidad del coche, se me dibujó en los labios una sonrisa incontenible. Las experiencias así me parecen mejores cuando las recuerdo.

La fiesta había concluido a las diez. Henry y Jonah me acompañaron a casa, Henry se despidió y enseñé a Jonah mi nuevo domicilio, sintiéndome más cohibida que una novia.

Me dio la sensación de que le apetecía pasar la noche conmigo, pero yo no me sentía con fuerzas. Ignoro por qué —puede que se debiese a la charla que había tenido con Vera—, pero me sentía distante y cuando se acercó para darme un beso, me aparté de él.

—¿Te ocurre algo?

—No, nada. Es que preferiría estar sola.

—¿He hecho algo que te haya molestado?

—No, de verdad. Estoy rendida, eso es todo. La fiesta ha estado a punto de acabar conmigo. Ya me conoces. No me siento bien en situaciones así.

Sonrió de oreja a oreja.

—Tendrías que haber visto la cara que ponías. Era increíble. Cuando estás desprevenida, tienes una pinta muy graciosa.

Se había apoyado en la puerta con las manos en la espalda y la luz de la cocina le manchaba un lado de la cara de amarillo intenso. Sin darme cuenta, me lo representé en la imaginación: ojos azules, pelo negro. Parecía cansado. Jonah es un poli de Santa Teresa que trabaja en la sección de Personas Desaparecidas, razón por la que nos conocimos hace casi un año. En la actualidad ya no estaba segura de lo que sentía por él. Es un hombre amable, despistado y bueno que quiere obrar bien, a despecho de las consecuencias. Comprendía el dilema que le atribulaba en relación con su mujer y no le echaba en cara el papel que le tocaba jugar. Sus vacilaciones eran inevitables. Tiene dos hijas que complican mucho la situación. Camilla le había dejado dos veces y en ambas ocasiones se había llevado consigo a las hijas. Él había salido adelante sin ella, pero en cuanto ella le hizo una seña con el dedo, él había vuelto corriendo a su lado. La historia se había vuelto un incesante tira y afloja desde entonces, con situaciones de doble filo. En noviembre, Camilla había llegado a la conclusión de que la suya tenía que ser una relación matrimonial «abierta»; según él, no era más que una forma eufemística de decir que quería dedicarse a la vida alegre a sus espaldas. Desde su punto de vista, la medida le liberaba hasta el extremo de relacionarse en serio conmigo, pero yo estaba convencida de que nunca se lo contaría a su mujer. No estaba nada claro hasta dónde podía llegar la «apertura» de aquel matrimonio abierto. Aunque yo no esperaba mucho de la relación, me inquietaba no saber en ningún momento cuál era mi lugar. Jonah se comportaba unas veces como el típico padre de familia que lleva a las niñas al zoológico los domingos por la tarde. Otras jugaba a ser un padre divorciado y hacía exactamente lo mismo. Jonah y las pequeñas se pasaban las horas contemplando a los monos mientras la madre hacía Dios sabe qué. Por mi parte, me sentía igual que un personaje secundario en una obra que no habría pagado por ver. No me hacía falta ningún agravante. Pero me resultaba difícil quejarme, ya

que había conocido su situación matrimonial desde el principio. No importa, me había dicho a mí misma, ya soy una mujer adulta. Sé lo que he de hacer. Pero la verdad es que no tenía la menor idea del lío en que me estaba metiendo.

—¿A qué viene esa cara? —dijo Jonah.

Sonreí.

—Es de despedida. Estoy reventada.

—Entonces me iré y te dejaré dormir. La casa es de fábula. Espero que me invites a cenar cuando vuelvas.

—Pues claro, ya sabes cuánto me gusta cocinar.

—Iremos a divertirnos por ahí.

—Buena idea.

—Llámame.

—De acuerdo.

A decir verdad, el mejor momento de la jornada llegó cuando me quedé sola por fin. Cerré la puerta con llave y recorrí el perímetro de la casa para comprobar que todas las ventanas tenían el pestillo echado. Apagué las luces de abajo y subí al desván por la escalera de caracol. Para celebrar la primera noche que pasaba en la casa, abrí el grifo del baño y eché dentro parte del frasco de sales que me había regalado Darcy. Olía a pino y me recordó los productos de limpieza que se utilizaban en la escuela de mi primera enseñanza. A los ocho años solía preguntarme qué lumbrera del mantenimiento había inventado el truco de echar serrín encima de las vomitonas.

Apagué la luz del cuarto de baño y me senté en la humeante bañera, de cara a la ventana que daba al océano, que desde allí no era más que una lámina negra rasgada por el ancho y rielante sendero plateado que proyectaba la luna. Los sicomoros que se alzaban delante mismo de la ventana tenían el tronco blanco como la tiza y la fría brisa de primavera despertaba crujidos entre las hojas coloreadas de gris. Costaba creer que hubiese en el mundo exterior una persona contratada para matarme. Estoy firmemente convencida de que la inmortalidad es una ilusión con la que nos engañamos día tras día para seguir tirando, pero la idea de un contrato criminal me resultaba inconcebible.

El agua de la bañera se puso tibia, quité el tapón y fue desapareciendo con un movimiento solemne y espiral cuyo ruido hizo que me vinieran a la cabeza todos los baños que había tomado hasta el presente. A medianoche me metí desnuda entre las sábanas sin estrenar de la cama sin estrenar y me quedé mirando el cielo que se perfilaba a través de la claraboya. Las estrellas parecían granos de sal pegados a la cúpula de plástico y ordenados en figuras bautizadas por los griegos hacía siglos. Podía identificar la Osa Mayor y a veces incluso la Osa Menor, pero jamás había visto nada que se pareciera remotamente a una osa, una quilla o un cangrejo. Puede que los griegos antiguos se pasaran las noches tumbados junto al Partenón, fumando un porro tras otro, señalando las estrellas y vacilándose entre sí. No me di cuenta de que me había dormido hasta que el despertador me hizo volver a la realidad con un sobresalto.

Me concentré en la carretera mientras dirigía miradas ocasionales al mapa que tenía abierto en el asiento contiguo. El Parque Nacional de las Yucas y el Parque Regional del Desierto de Anza-Borrego estaban pintados de color verde oscuro y parecían piezas de un rompecabezas gigantesco.

Los bosques eran de un verde más claro, el desierto de Mojave de un matiz color crema amarillento y las cordilleras se habían sombreado con rayas. La idea de que la civilización no podría engullir nunca todo el desierto me resultaba estimulante. No soy una fanática de la naturaleza, pero simpatizo con su terquedad.

En la salida de San Bernardino-Riverside, los ramales de la autopista se entrecruzan a varios niveles, igual que en las ilustraciones futuristas de los libros de los años cincuenta. Una vez la has dejado atrás, no hay nada en los arcones salvo cables telefónicos, zanjas del color del azúcar moreno y alambradas que discurren entre los amarantos. El resplandor rojizo que se advertía a lo lejos indicaba que los algarrobos volvían a estar en flor.

En los alrededores de Cabazon me detuve en un área de descanso para estirar las piernas. Había ocho o diez mesas metálicas plegables en una zona cubierta de hierba, sombreada por los sauces y los álamos. Los servicios estaban en una estructura de piedra artificial con tejado a dos aguas. Entré en un lavabo y me sequé las manos con el aparato de aire caliente porque las toallas de papel se habían acabado. Como ya eran las diez y tenía hambre, cogí la nevera y la puse en una mesa situada a unos diez metros de la zona de estacionamiento. Una de las ventajas de las personas solteras es que son ellas quienes establecen las propias costumbres. ¿Quieres cenar a medianoche? Pues adelante, hija, no te va a ver nadie. ¿Quieres comer a las diez de la mañana? Tú mandas, criatura. Comes cuando quieres y lo llamas como se te antoja. Me senté de cara a la carretera y me puse a engullir un bocadillo mientras veía pasar el tráfico.

Un niño de unos cinco años jugaba en el sendero con unos camiones de juguete mientras el padre echaba una siesta en un banco, con un ejemplar de *Sports Illustrated* abierto sobre la cara y con los desnudos y gruesos brazos apoyados en la pechera de una camiseta estampada a la que se le habían quitado las mangas. El aire era cálido y suave y el cielo una sábana azul infinita.

Reanudé el viaje y pasé ante la interminable sucesión de centrales eólicas, donde el viento se transformaba en electricidad al pasar por las turbinas circulares dispuestas en fila. El viento era flojo aquel día y podía verlo recorrer el interior de las turbinas gracias a las finas aspas que giraban de manera caprichosa como las hélices de un aerostato. Puede que cuando desaparezca el hombre de la faz de la Tierra, estos tótems extraños sigan en pie, acumulando los elementos a la buena de Dios y transformando el viento en energía para mover máquinas primitivas.

El paisaje vuelve a transformarse en las cercanías de Palm Springs. Grandes carteles anuncian la proximidad de gasolineras y restaurantes de comida instantánea. Los campings de lujo se autodenominan «comunidades residenciales de adultos en plena forma». Detrás de las lomas se perfilan los montes pelados y moteados de grandes pedruscos calcinados por el sol. Pasé ante un camping de remolques llamado Vista del Mar, aunque no había ningún mar a la vista.

Tomé la dirección sur por la 111 y atravesé Coachella, Thermal y Mecca. El mar de Salton apareció a lo lejos, a mi derecha. Había tramos en que no veía más que el asfalto bordeado de tierra polvorienta y la masa de agua que despedía brillos grisáceos bajo el creciente calor del desierto. De tarde en tarde pasaba ante pequeños huertos de cítricos que eran como oasis en medio de un valle por lo demás castigado por un sol implacable.

Atravesé Calipatria. Más tarde oíría hablar a ciertos lugareños de una población que me pareció que se llamaba Caupat y que no era, según comprendí después, más que una forma abreviada de Calipatria. El único monumento destacado de la población es un edificio que hay en el centro con una pilastra de ladrillo que parece roída por las ratas. En realidad es una víctima

sismológica que se ha dejado tal como quedó, quién sabe si para apaciguar a los dioses.

Veinticinco kilómetros al sur de Calipatria se encuentra Brawley. En las afueras divisé un motel con el rótulo de HABITACIONES LIBRES. El motel *El Vagabundo* era una estructura de dos plantas y con unas cuarenta habitaciones, que dibujaban una L alrededor de un aparcamiento de asfalto. Pedí una individual y me dieron la número 20, que se encontraba en uno de los extremos. Estacioné el coche en la plaza que había delante de la habitación y trasladé a esta el petate, la máquina de escribir y la nevera portátil.

Era una habitación práctica, aunque olía un poco a esencia de microbio. La moqueta era de fibra sintética, de un verde bitonal y con tanta pelusa que habría podido segarse con guadaña. Los estampados botánicos verde y oro del edredón hacían juego con los de las cortinas y representaban hiedras de no sé qué especie que trepaban por una espaldera. En el cuadro que colgaba encima de la cama de cuerpo y medio podía verse un alce metido hasta las corvas en el agua de un lago. Las montañas que se divisaban más allá eran de la misma tonalidad verde que la alfombra, inteligente detalle decorativo del que doy constancia para que lo aprovechen los profesionales. Llamé por teléfono a Henry para decirle dónde estaba. Trasladé a continuación el resto de mis pertenencias, comprobé de qué color era el agua del lavabo, volví a ponerme al volante, puse rumbo al norte y no paré hasta llegar a Niland, un pueblo muy pequeño.

Aparqué junto a lo que habría podido ser el bordillo de una acera de haber existido una en las inmediaciones. Pregunté cómo se llegaba al Hormigón a un granjero de cara correosa y vestido con un mono. Extendió el brazo y el dedo sin decir palabra. Giré a la derecha al llegar a la esquina y recorrí otros dos kilómetros de llanura, accidentada únicamente por postes telefónicos y cables eléctricos. De vez en cuando cruzaba acequias con las orillas cubiertas de hierbajos. A la derecha y a lo lejos divisé un cerro pelado en cuya cima había una formación rocosa decorada con mensajes religiosos, DIOS ES AMOR y ARREPIÉNTETE se habían escrito con caracteres gigantesco. No alcancé a descifrar lo que ponía debajo. Seguramente era una cita de la Biblia. En las cercanías había un camión medio desguzado con una barraca de madera montada en la parte de atrás y decorada igualmente con mensajes de cariz fundamentalista.

Dejé atrás lo que sin duda había sido un puesto de guardia cuando la antigua base militar estaba en pleno funcionamiento. No era más que un quiosco de hormigón de un metro cuadrado, más o menos del tamaño de una cabina telefónica. Seguí adelante. Al cabo de doscientos o trescientos metros vi otra garita pintada de azul celeste. El perfil de la fachada se había decorado con follaje, BIENVENIDOS A se había escrito con letras negras debajo mismo del tejado y HORMIGÓN CITY trazaba un arco blanco sobre fondo negro encima de una bandada de palomas blancas que volaban en todas direcciones. Vi DIOS ES AMOR en dos sitios. La decoración era seguramente obra de los *hippies* que habían ocupado el lugar allá en los años sesenta. Nada parece en el desierto, salvo la flora y la fauna, como es lógico. El aire es tan seco que nada parece corromperse, y el calor, aunque intenso casi todo el año, conserva más que destruye. Atrás había dejado barracones de madera vacíos que sin duda se habían abandonado hacía más de medio siglo.

En medio de la infinita llanura de tierra y grava vi camiones en abundancia y unos cuantos coches, muchos con la puerta abierta para airear el interior. Remolques caros y baratos, tiendas,

camionetas y furgonetas se habían agrupado en comunidades vecinales de carácter provisional. Las calles eran anchas y estaban limitadas por arbustos. Sólo una se había señalado y el rótulo, apoyado en una piedra, decía CALLE 18.

En la arteria principal se había montado uno de los mercadillos de ocasión más grandes del mundo. Los mostradores estaban abarrotados de trastos de vidrio, ropa vieja, neumáticos de segunda mano, asientos de coche usados y televisores que ya no funcionaban. Todo era «bueno, bonito y barato». Un rótulo escrito a mano anunciaba SE HACEN ARREGLOS. No había ni un solo cliente. Tampoco veía a ningún lugareño, ni siquiera fugazmente. De un asta improvisada pendía una bandera nacional; también vi banderas regionales y todas ondeaban al tórrido viento que lo llenaba todo de polvo. No había antenas de televisión, ni verjas, ni postes telefónicos, ni cables eléctricos, ni nada que fuera estable y permanente. Con los toldos multicolores para resguardarse del sol de mediodía, el poblado entero parecía un campamento gitano. Sólo el ladrido ocasional de algún perro rompía el silencio imperante.

Me hice a un lado del camino, detuve el coche y bajé. Me protegí los ojos con la mano y escruté el paisaje. Cuando se me acostumbraron los ojos a la luz cegadora, comprobé que en realidad había gente por los alrededores: una pareja sentada a la puerta abierta de su casa móvil, un hombre que cruzaba de un pasillo de vehículos a otro. Nadie parecía prestarme atención. Las idas y venidas de desconocidos eran por lo visto hechos tan frecuentes que mi presencia no despertaba el menor interés.

A unos cincuenta metros vi a una mujer sentada en el rectángulo de sombra que proyectaba un paracaídas rojo y naranja tendido entre dos furgonetas. Daba de mamar a un niño e inclinaba la cara para que la viese el pequeño. Eché a andar y me detuve a unos quince metros. No sabía qué determinaba allí los límites de la propiedad privada y no quería ser una intrusa.

—Hola —dije—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Levantó la cabeza para mirarme. Podía tener perfectamente dieciocho años. Se había recogido el pelo negro en un moño desordenado en lo alto de la cabeza. Vestía pantalón corto y una camisa de algodón que llevaba totalmente abierta por delante. El niño mamaba con tanta fuerza que desde donde me encontraba oía los ruidos producidos por la succión.

—¿Busca a Eddie?

Negué con la cabeza.

—Busco a una mujer que se llama Agnes Grey. ¿La conoces?

—No, yo no. A lo mejor la conoce Eddie. Lleva aquí mucho más tiempo que yo. ¿Es de las fijas?

—Me han dicho que lleva aquí varios años.

—Pregunte entonces en el Centro Cristiano. Está más abajo, a la izquierda. Es el remolque que tiene fuera el tablón donde están apuntados todos los trabajos que se hacen aquí. Mucha gente da allí su nombre por lo que pudiera pasar. ¿Por qué la busca?

—Tiene una hija en Santa Teresa que no sabe nada de ella desde hace meses. Me ha pedido que averigüe por qué su madre no da señales de vida.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Es usted detective o algo así?

—Sí, algo así. En realidad soy amiga de la familia y como en cualquier caso tenía que pasar cerca de aquí, he aprovechado la ocasión para venir personalmente. —Saqué las dos fotos que me

había entregado Irene Gersh. Me acerqué a la joven y se las puse delante para que las viera—. Este es su remolque. De ella no tengo ninguna foto, pero es una señora mayor, ya octogenaria.

La muchacha adelantó la cabeza para mirar las fotos.

—Ah, sí, ya sé quién es. No sé cuál es su verdadero nombre, pero todos la llaman «la Abuela».

—¿Sabes dónde está?

—Su remolque sí, pero a ella hace tiempo que no la veo.

—¿Recuerdas cuándo la viste por última vez?

Se puso a hacer guiños mientras pensaba.

—Nunca me fijo en la gente y no sabría decirle. Cada vez que tiene que ir a la ciudad, se pone a esperar en la carretera. Aquí se ayudan todos en eso, por ejemplo cuando a uno se le estropea el coche y tiene que ir a algún sitio. Pero es una mujer un poco rara.

—¿En qué sentido?

—Bueno, no sé, le da a ratos, cuando se pone a hablar sola. Hay gente que se pasea sola y se pone a gesticular como si discutiera con alguien. Eddie la ha llevado un par de veces a Brawley y dice que no le pasa nada. Que huele mal, pero que no está loca ni nada por el estilo.

—¿Y no la has visto últimamente?

—No, pero tiene que estar por aquí. Yo estoy muy ocupada con el niño. A lo mejor la han visto otros. Yo no he hablado nunca con ella.

—¿Y Eddie? ¿Cuándo tiene que volver?

—No antes de las cinco, creo. Si quiere mirar en el remolque de la Abuela, siga por esta misma calle unos cuatrocientos metros. Entonces verá un Chevrolet viejo y oxidado. Aquello es la calle del Chevrolet Oxidado. Gire a la derecha y siga hasta llegar a unos depósitos de hormigón que hay a la izquierda. Tienen forma de U. No sé qué son, pero el remolque de la Abuela está a continuación. Cuando llame a la puerta, golpee muy fuerte. Por lo que me ha contado Eddie, está medio sorda.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

—Si no está, vuelva y espere a que venga Eddie si quiere. A lo mejor le puede decir más cosas.

Consulté el reloj. No eran más que las doce y veinticinco.

—No sería mala idea —dije—. Gracias otra vez.

El remolque de la calle del Chevrolet Oxidado estaba hecho una lástima y guardaba muy poca semejanza con el de la fotografía, que, aunque viejo, era sin embargo un sólido remolque de turismo, pintado de azul mate, y con las cuatro ruedas íntegras. Calculé por la foto que databa de hacía treinta y tantos años, época en la que seguramente se enganchaba a un Buick y se recorría medio país con él. La carrocería del que tenía delante se había aprovechado para pintar con aerosol cierta clase de palabras que mi tía me aconsejaba ahorrar al máximo. Se habían roto algunas persianas de las ventanillas y la puerta colgaba de un solo gozne. Al acercarme vi a una criatura de sexo indeterminado, de unos doce años aproximadamente, sentada en el umbral, de pelo ensortijado y mugriento, vestida con un pantalón corto de perneras deshilachadas, y hurgándose con el dedo las profundidades de la nariz. Pasé de largo, di media vuelta y detuve el coche enfrente del remolque, al otro lado de la calle. No había nadie en el umbral cuando bajé del vehículo. Di unos golpes en el marco de la puerta.

—Hola —canturreé—. Hoolaaaaa.

Asomé la cabeza. Estaba vacío, por lo menos el sector que alcancé a ver. El interior, que seguramente no se había limpiado jamás, estaba alfombrado de basura. Botellas y latas vacías se amontonaban donde habría tenido que haber una mesa plegable. Casi todas las superficies estaban recubiertas de polvo. A la derecha había un banco con toda la pinta de haberse aprovechado para hacer leña. Las portezuelas de los armarios de la cocina habían desaparecido. La despensa estaba vacía. La pequeña cocina de butano de cuatro quemadores parecía no haberse utilizado desde hacía meses.

Miré a mi izquierda y avancé por un corto pasillo que conducía al pequeño dormitorio del fondo. A la derecha había una puerta que daba a un cuarto de baño consistente en una estropeada letrina autodepuradora, un feo agujero en la pared donde antaño habían instalado un lavabo y un trozo de cañería que asomaba sobre la pila de una ducha llena de trapos. En el dormitorio había un colchón y dos sacos de dormir engarzados por la cremallera y enrollados. Alguien vivía allí y no precisamente la madre de Irene Gersh. Miré por la ventana, pero fuera no vi más que el desierto color hueso, limitado por una cadena montañosa de escasa altura, a veinte o veinticinco kilómetros. Las distancias son engañosas en este lugar porque no hay puntos de referencia.

Volví al exterior y me dispuse a dar la vuelta al remolque. Al doblar la esquina vi un cubo con una bolsa de plástico dentro que hacía las veces de letrina provisional. Más allá había un montón de bolsas iguales, cerradas por la embocadura, como una auténtica fábrica de moscardas. Al otro lado de la calle había un Winnebago amarrado encima de un bloque de hormigón. Junto al

remolque había una camioneta con una casita portátil en la parte de atrás. El bloque de hormigón estaba resquebrajado y los hierbajos asomaban por entre las grietas. Se había montado una parrilla Weber y desde allí me llegaba el olor del encendedor de carbón y de las humeantes briquetas. Al lado había una mesa plegable rodeada de sillas metálicas desparejadas. Mientras cruzaba la calle salió del remolque una mujer que llevaba en las manos una bandeja con condimentos, cubiertos y un plato grande tapado con papel de plata. Tendría cuarenta y tantos años, era delgada, de pelo corto y algo encanecido, y tenía una cara alargada, curtida y sin maquillaje. Llevaba unos tejanos y una camisa de franela que de tanto lavarse se habían vuelto medio grises. Fue a lo suyo, sin hacer caso de mi presencia. Vi que ponía cinco hamburguesas en la parrilla. Se acercó a la mesa y se puso a distribuir los tenedores y los platos de cartón.

—Disculpe —dije—, ¿conoce usted a la mujer que vive ahí enfrente?

—¿Es pariente suya?

—Soy amiga de la familia.

—Pues ya era hora de que alguien se preocupara —dijo en tono cortante—. Es una vergüenza lo que pasa ahí dentro.

—¿Y qué es lo que pasa?

—Que se han instalado unos gamberros. Lo han llenado todo de porquería. Ponen la música a todo volumen, discuten en voz alta y se pelean continuamente. Aquí nadie se mete en la vida de los demás, pero todo tiene un límite.

—¿Y Agnes? ¿Dónde está? Porque salta a la vista que ya no vive en el remolque.

La mujer volvió la cabeza hacia el Winnebago.

—¡Marcus! ¿Quieres hacer el favor de salir? Una mujer pregunta por la Abuela.

Se abrió la puerta del Winnebago y se asomó un hombre. Era de estatura mediana, de esqueleto pequeño y con un color de piel que indicaba un origen mediterráneo. Tenía el pelo negro, peinado hacia atrás, la nariz menuda y recta, los labios muy carnosos y unos ojos castaños rodeados de pestañas negras. Parecía un modelo de anuncio de ropa masculina italiana. Me miró durante un segundo con cara inexpresiva.

—¿Quién es usted? —me preguntó sin que se le notase acento alguno. Llevaba pantalones de pinzas y una camiseta de cordoncillo de las que suelen ponerse los ancianos.

—Me llamo Kinsey —dije—. La hija de Agnes Grey me dijo que viniera a ver cómo se encuentra. ¿Sabe usted dónde está?

Me dejó de piedra alargando la mano para presentarse.

Nos dimos un apretón. Tenía la palma blanda y caliente y estrechó la mía con firmeza.

—Yo soy Marcus y esta es Faye, mi mujer. Hace mucho que no vemos a la Abuela. Varios meses, diría yo. Nos dijeron que estaba enferma, pero no sé nada concreto. En Brawley hay un hospital. Vaya y pregunte allí, a ver si está.

—Habrían avisado a su familia, ¿no cree?

Marcus se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos.

—Puede que ella no dijera que tenía parientes. Hasta este mismo momento yo no sabía que tuviese familia. Es una persona muy reservada. Casi una asceta. Va a la suya y no se mete con los demás. ¿Dónde vive su hija?

—En Santa Teresa. Estaba preocupada por Agnes pero no sabía cómo localizarla.

Los sentimientos de Irene no impresionaron al parecer a ninguno de los dos. Cambié de tema y

me volví para mirar el remolque del otro lado de la calle.

—¿Quién es el duendecillo que estaba sentado en el umbral de la puerta?

—Hay dos —dijo Faye con acritud—. Un chico y una chica. Vinieron hace unos meses y se apropiaron del lugar. Oirían que estaba vacío porque se instalaron con mucha rapidez. Es gente desordenada y sin control. Yo no sé de qué viven. Seguramente roban o se prostituyen, lo que primero les salga. Les dijimos que limpiaran los restos, pero no lo quisieron hacer.

Restos, evidentemente, era un eufemismo; ella se refería a las bolsas de mierda.

—El chico que vi tendría unos doce años —dije.

—Tienen quince —dijo Faye—. Él por lo menos. Se comportan como animales salvajes y sé que se drogan. Siempre están rebuscando en nuestra basura, en busca de comida. A veces vienen otros muchachos y acampan con ellos. Seguramente ha corrido el rumor de que hay una casa disponible.

—¿Por qué no dan parte a la policía?

Marcus negó con la cabeza.

—Ya lo hicimos. Pero se esfuman en cuanto aparece alguien.

—¿Creen que hay alguna relación entre la desaparición de Agnes y la aparición de los chicos?

—No lo creo —dijo Marcus—. Cuando llegaron, ya hacía un par de meses que la Abuela se había ido. Puede que alguien les dijera que el remolque estaba vacío. No parecen preocupados por la posibilidad de que aparezca la Abuela. Han destrozado el remolque, pero ya no podemos remediarlo.

Les di mi tarjeta.

—Ese es mi número de Santa Teresa. Estaré por aquí un par de días tratando de localizarla. Después se me puede llamar marcando el prefijo 805. ¿Me avisarán si da señales de vida? Procuraré pasar por aquí antes de irme por si han tenido noticias. Puede que se les ocurra algo que me sirva de ayuda.

Faye miró la tarjeta por encima del hombro de su marido.

—Detective privada. ¿No dijo que era amiga de la familia?

—Amiga contratada —dije. Me dirigía ya hacia el coche cuando Marcus me llamó por mi nombre y me volví.

—En Niland hay una subcomisaría del *sheriff*, nada más pasar la antigua cárcel de la calle Primera. Podría preguntar allí al agente de guardia. Siempre cabe la posibilidad de que haya fallecido.

—No crea que no lo he pensado —dije.

Me sostuvo la mirada durante unos instantes y seguí andando.

Volví al pueblecito de Niland, situado a cuarenta metros por debajo del nivel del mar y con una población de mil doscientos habitantes. La antigua cárcel es un pequeño edificio pintado de blanco, con tejado de ripias y una rueda de hierro ornamental adosada a la barandilla del porche de madera. A continuación, a menos de cuatro metros, se alza la nueva cárcel, anexa a la subcomisaría: también está pintada de blanco y su anchura no es superior a la resultante de yuxtaponer una puerta y dos ventanas. Un aparato de aire acondicionado sobresale por el flanco de una ventana. Aparqué enfrente mismo. En la puerta principal habían pegado una nota con cinta adhesiva. «Volveré a las 4 de la tarde. En caso de urgencia o de lo que sea, llamar a los agentes de Brawley». Ni una sola indicación sobre cómo ponerse en contacto con el personal de Brawley.

Fui a la gasolinera y mientras me llenaban el depósito localicé un teléfono público y me puse a buscar el número de la subcomisaría del *sheriff* de Brawley en el manoseado listín que se había colgado a la pared con una cadenita. Por la dirección que figuraba en el listín, deduje que no estaba lejos del motel de la calle Mayor donde me hospedaba. Tras una rápida llamada supe que el sargento Pokrass, el funcionario a quien tenía que dirigirme, estaba comiendo en aquellos instantes y volvería a la una en punto. Miré el reloj y vi que era la una menos diez.

La subcomisaría del *sheriff* es un edificio blanco de una sola planta y con tejado de tejas rojas que se alza enfrente mismo del departamento de Policía de Brawley. Delante de la subcomisaría había dos coches blancos con los distintivos del *sheriff* de la comarca. Entré por una puerta de vidrio. Lo más destacado de la entrada era una máquina de Pepsi Cola. A la izquierda había una puerta cerrada que, según el rótulo indicador, conducía a una sala de diligencias judiciales. Al otro lado del pasillo de entrada había dos pequeños despachos comunicados por una puerta. El interior consistía en suelos de linóleo marrón, mostradores de formica, escritorios de pino, archivadores metálicos y sillas giratorias. Vi dos agentes y un funcionario civil, este hablando por teléfono. El agudo sonsonete de la radio contrapunteaba el murmullo de la conversación telefónica.

Resultó que el sargento Pokrass era *la* sargento Pokrass, una treintañera alta y de buen ver, de pelo corto y rojizo, y gafas de montura de concha. Le quedaba tan bien el uniforme que parecía hecho a medida. Había muy poca vitalidad en sus facciones. Tenía los ojos castaños y penetrantes, más bien fríos, y sus modales, aunque no exactamente rudos, poseían la desconsideración del sentido práctico. No perdimos el tiempo en ceremonias. Me planté ante su mesa y le hice un resumen escueto y funcional de la situación. Me escuchó atentamente, sin hacer comentarios, y cuando terminé cogió el teléfono. Llamó al hospital de la localidad, el Pioneers Memorial, y pidió que la pusieran con admisiones y con secretaría con una voz que sólo adquirió un tono ligeramente cordial cuando habló con alguien llamado Letty. Cogió una libreta de papel timbrado y un lápiz afiladísimo y de punta perfecta. Escribió cierta dirección con caligrafía de rasgos angulares. Seguro que ya a los doce años le repateaba tener que poner los puntos sobre las íes. Colgó y con ayuda de una regla cortó el pedazo de papel donde había anotado la dirección.

—Agnes Grey fue ingresada en la sala de urgencias del Pioneers el 5 de enero. Una ambulancia la recogió inconsciente delante de una cafetería del centro. El médico de guardia diagnosticó pulmonía, desnutrición, deshidratación aguda y demencia. El 2 de marzo se la trasladó al hospital de convalecencia Río Vista. Aquí tiene la dirección. Avísenos si da con ella. En caso contrario, puede usted volver para informar oficialmente de la desaparición.

Miré el papelito, lo doblé y me lo guardé en el bolsillo de los tejanos.

—Gracias por todo.

Aún no había terminado yo de decirlo cuando ya se había dado la vuelta para seguir con el informe que estaba mecanografiando. Desvié la mano que le había tendido y me rasqué la nariz, sintiéndome como quien levanta el brazo para devolver el saludo a una persona que resulta que está saludando a otra.

Mientras me dirigía al coche, se me ocurrió pensar que en la secretaría del hospital de convalecencia podían mostrarse reacios a darme información sobre Agnes Grey. Si aún estaba ingresada, lo mejor sería averiguar el número de su habitación y colarme directamente. Si la habían dado de alta, las cosas podían complicarse. El personal de los hospitales ya no es tan

simpático como antaño. Demasiados pleitos por violar el derecho a la intimidad. Mejor no tentar a la suerte.

Volví a El Vagabundo, abrí el petate y saqué el vestido multiuso. Le di unas sacudidas. Esta prenda fiel es el único vestido formal que tengo, pero me sirve para ir a cualquier parte. Es negro, escotado, de manga larga, con cremallera a la espalda y de una tela suave y milagrosa que admite toda clase de excesos. Se puede doblar, pisotear, retorcer y enrollar como una pelota; no pasa nada porque no se arruga. La verdad es que no sabía por qué lo había llevado conmigo: a lo mejor había previsto una noche de marcha en el pueblo. Lo eché encima de la cama junto con los zapatos negros de tacón bajo (y que me rozan un poco) y unos pantis negros. Me di una ducha de tres minutos y me arreglé como una adulta. Trece minutos más tarde estaba otra vez en el coche.

El hospital de convalecencia Río Vista se encontraba en el centro de una zona residencial y era un edificio de dos plantas, con las fachadas enlucidas y pintadas de un blanco que tiraba a gris. Estaba rodeado por una valla metálica y nada más cruzar la ancha verja de entrada se accedía a un aparcamiento. No se parecía a ningún hospital que yo conociera. El terreno era llano, carecía de vegetación y casi todo estaba cubierto por el mismo asfalto resquebrajado sobre el que aparcaban los coches. Al aproximarme a la puerta advertí que en la quebradiza superficie alquitranada había dibujos que representaban círculos y cuadrados de significado desconocido. No supe de qué se trataba hasta que crucé la puerta y pasé al vestíbulo. Era un patio escolar de recreo. Antaño el lugar había sido un centro de primera enseñanza. Los dibujos eran para jugar a las cuatro esquinas y a otros juegos infantiles. El interior era casi idéntico al de la escuela en la que yo había estudiado. Techos altos, suelos de madera y lámparas redondas y blancuzcas. Incluso había una fuente de pared con pila de porcelana blanca y asideros de cromo lo bastante bajos para que pudieran llegar los niños. Hasta el aire olía igual, a sopa de verduras. Durante un instante sentí la presencia del pasado, un pasado superpuesto a la realidad como una lámina de celofán que lo envolviese todo. Volví a experimentar el nerviosismo que había sufrido todos y cada uno de los días de mi infancia. No me gustaba la escuela. Los peligros que intuía eran más fuertes que yo. La escuela elemental estaba llena de amenazas. Siempre había obligaciones: exámenes de lectura, de geografía, de matemáticas, tareas para hacer en casa, preguntas espontáneas y cuadernos de deberes. Todo se juzgaba y criticaba, se calificaba y repasaba. La única clase que me gustaba era la de música porque en ella se podía consultar el libro, aunque a veces, claro, no había más remedio que ponerse en pie y cantar, y era morir. Los demás niños eran un martirio peor que las clases. Yo era demasiado baja para mi edad y siempre estaba expuesta a cualquier agresión. Mis compañeros de clase eran traidores y tramposos y solían poner en práctica cuantas maldades veían en la tele. ¿Y quién podía protegerme de su vileza? Con los profesores no se podía contar, desde luego. Cada vez que sufría algún percance, se inclinaban sobre mí para situarse a mi nivel y su cara llenaba mi campo visual como un planeta descarriado a punto de chocar contra la Tierra. Al recordar estas vicisitudes, comprendo que llegara a preocuparles. Yo era la típica niña que se ponía a vomitar o a llorar sin ningún motivo. En los días particularmente horribles hacía ambas cosas. Mis sufrimientos fueron continuos en quinto curso. No era una chica rebelde —era demasiado apocada para eso—, pero contravenía todas las normas. Después de comer, por ejemplo, en vez de volver a clase me escondía en los lavabos. Deseaba que me expulsaran porque suponía que así no tendría que ir a la escuela nunca más. Pero lo único que conseguía era que me llevaran a ver al director o que me castigaran haciéndome salir al pasillo, donde tenía que

permanecer sentada en una silla pequeña. Un escarmiento público, sí señora. Mi tía, semejante a un ángel vengador, se lanzaba en picado sobre el director y armaba un zipizape por haberme sometido a una humillación así. La verdad es que la primera vez me fastidió, pero luego empezó a gustarme. El lugar era tranquilo y por lo menos estaba sola. Nadie me hacía preguntas ni me obligaba a escribir en la pizarra. Entre clase y clase, los compañeros, confundidos por mi comportamiento, ni siquiera me miraban.

—Usted dirá.

Alcé los ojos. Ante mí había una enfermera. Miré a mi alrededor y me di cuenta de repente de que el pasillo estaba lleno de sillas de ruedas y de que todos los pacientes eran ancianos, lisiados y paralíticos. Unos contemplaban el suelo con melancolía, otros emitían sonidos quejumbrosos. Una mujer repetía hasta la saciedad la misma petición conflictiva: «Que alguien me saque de aquí. Que alguien me ayude a levantarme. Que alguien me saque de aquí...».

—Busco a Agnes Grey.

—¿Es una paciente o una empleada?

—Paciente. Por lo menos lo era hace un par de meses.

—Pregunte en secretaría.

Me señaló las oficinas de mi derecha. Hice de tripas corazón, tratando de no ver aquella colección de inválidos. Puede que la vida no sea más que un tránsito entre los horrores de la escuela primaria y los horrores del asilo.

La secretaría se había instalado provisionalmente en las dependencias donde sin duda antaño había estado el despacho del director del colegio. Se había acotado con tabiques de vidrio un sector del ancho pasillo central y se había convertido en salita de recepción. Para sentarse no había más que un banco de madera. Esperé ante el mostrador hasta que de la oficina interior salió una mujer cargada con un montón de expedientes. Cambió de rumbo al verme y se me acercó con una sonrisa de encargada de relaciones públicas.

—¿En qué puedo servirla?

—Busco a una mujer llamada Agnes Grey —dije—. Tengo entendido que ingresó aquí hace unos meses.

Titubeó un instante y dijo:

—¿Se puede saber por qué?

Opté por decirle la verdad, aunque lo positivo o negativo de la medida no se sabe hasta que se han comprobado los efectos. Le di una tarjeta y le conté lo de Irene Gersh y que me había encargado que averiguara el paradero de su madre; para terminar, le hice la consabida pregunta:

—¿Sabe por casualidad dónde se encuentra ahora?

Me miró de hito en hito. La expresión se le modificó en virtud de algún proceso interno, aunque ignoraba de todo punto si tenía que ver o no con mi pesquisa.

—¿Me disculpa un momento?

—Claro.

Entró en la oficina y poco después reapareció con otra mujer que, según dijo al presentarse, era la señora Elsie Haynes, administradora de la institución. Era una sesentona gorda con un peinado consistente en un penacho de rizos del color del jengibre que al bajar hacia la nuca se convertía en alfombrilla de pelos no más largos que los de un bigote. La cara, en consecuencia, parecía demasiado ancha para armonizar con aquella cabeza. A pesar de lo cual me sonrió con

toda cordialidad.

—Es un gran placer, señorita Millhone —dijo tendiéndome las dos manos. Más que estrechar la mía, hizo con ella un bocadillo manual, valga la expresión, encerrándola entre las suyas—. Soy la señora Haynes, pero llámeme Elsie. Bueno, no tiene más que decir en qué podemos servirla.

Era una coyuntura preocupante. No se me suele recibir así cuando trabajo en un caso.

—Mucho gusto en conocerla —dije—. Estoy buscando a una mujer llamada Agnes Grey. Tengo entendido que la trajeron aquí desde el Pioneers.

—Así es. La señora Grey está con nosotros desde principios de marzo. Y como seguramente querrá usted verla, he llamado a la jefa de planta. Ella la conducirá a la habitación de la señora Grey.

—Estupendo. Se lo agradezco mucho. Si he de serle sincera, no esperaba encontrarla aquí. Vamos, que pensaba que se habría marchado ya. ¿Está bien?

—Desde luego que sí. Está muchísimo mejor... completamente recuperada... aunque estábamos preocupados por tenerla que atender sin necesidad. No damos de alta a un paciente si no tiene adónde ir. Por lo que sabemos, la señora Grey carece de domicilio fijo y en ningún momento ha confesado que tuviese familia. Nos complace saber que tiene parientes en este Estado. Comuníquesele usted sin falta a la señora Gersh y que haga las gestiones pertinentes para trasladarla a un centro de Santa Teresa que reúna las mismas condiciones.

Vaya, vaya. Asentí mecánicamente. Se le acababa la ganga de los subsidios públicos a la tercera edad. Traté de esbozar también yo una sonrisa de encargada de relaciones públicas para no comprometer a nada a Irene Gersh.

—No sé con exactitud lo que hará la señora Gersh. Le dije que la llamaría en cuanto supiera cómo están las cosas. Seguramente querrá hablar con usted antes de tomar una decisión, pero supongo que me dirá que vuelva a Santa Teresa con Agnes.

Cambió una rápida mirada con la enfermera.

—¿Hay algún inconveniente?

—No, en absoluto —dijo. Desvió la mirada hacia la puerta—. Aquí está la señora Renquist, la supervisora de sala. Es la persona indicada para comentar con usted este asunto.

Acometimos otra ronda de presentaciones y explicaciones. La señora Renquist tendría alrededor de cuarenta y cinco años, era delgada y morena, tenía la boca grande y agradable, y la tez oscura y arrugada de los fumadores. Llevaba el pelo cobrizo peinado hacia atrás, donde le sobresalía un moño en forma de roscó sujeto seguramente con una de esas cosas esponjosas de nailon que venden en Woolworth's. Las tres mujeres parecían revolotear a mi alrededor como si fueran monjas, deshechas las tres en murmullos y frases tranquilizadoras. Minutos más tarde la señora Renquist y yo avanzábamos por el pasillo en dirección a su sala.

Oí a Agnes Grey antes de verla en persona. La señora Renquist y yo habíamos subido por las anchas escaleras que trazaban una curva hasta la segunda planta. Avanzamos por el pasillo sin pronunciar palabra apenas. El espíritu del colegio de primaria era todavía palpable en el lugar a pesar de las profundas reformas que se habían hecho para adaptar el edificio a sus funciones actuales. Las antiguas aulas habían sido muy grandes, con amplias vidrieras que llegaban casi hasta el techo. La luz se filtraba generosamente por el cristal cubierto de tela metálica. Se había respetado y conservado la ebanistería original y con el paso del tiempo el roble había adquirido un brillante matiz rojizo. Los gastados suelos de madera de la planta superior se habían cubierto con baldosas de vinilo de un blanco jaspeado y las grandes salas de antaño se habían dividido en pequeñas habitaciones de dos camas. Las paredes conjugaban la gama clara del azul y el verde. Todo estaba limpio aunque despersonalizado y el aire había adquirido cierta cualidad agria a causa de los olores propios de las funciones corporales más íntimas. Los ancianos estaban por todas partes, en las camas, en las sillas de ruedas, en las camillas, acurrucados en los duros bancos de madera del ancho pasillo; sin nada que hacer, aislados del entorno inmediato en virtud de una insensibilización de los sentidos que los años no habían hecho más que acentuar. Parecían tan inanimados como vegetales que se hubieran resignado a la falta de agua. Hasta el espíritu más vital se marchitaría sometido a un régimen en el que faltaban el ejercicio, el aire y el sol. No sólo habían enterrado a los amigos y a la familia, sino que además habían superado casi todas las enfermedades, de tal suerte que a los ochenta, a los noventa años, parecían monumentos incorruptibles, elegidos para durar, para seguir soportando sin consuelo una vida de aburrimiento que se prolongaba hasta el infinito.

Pasamos ante una sala de costura donde seis mujeres sentadas alrededor de una mesa tejían salvamanteles de fibra sintética en bastidores metálicos de color rojo. No obstante su empeño, lo hacían tan mal como yo a los cinco años. De pequeña me reventaba el ganchillo y no tenía previsto reconciliarme con él en la vejez. Puede que con un poco de suerte me atropellase un camión de cervezas y así no me vería obligada a caer en semejante humillación.

La sala de actividades recreativas tenía que encontrarse al final del pasillo porque oí en aquella dirección el alboroto que producía un televisor puesto a todo volumen para que lo oyeran los duros de oído. Tenía que tratarse de un documental. Los golpetazos y alaridos parecían proceder de ritos tribales de una cultura poco amante del sosiego. Giramos a la izquierda y entramos en una sala de seis camas separadas entre sí por cortinas. Al fondo de la sala descubrí la causa material del alboroto; fue como descubrir las fuentes del Nilo. No era un televisor. No hice

ninguna pregunta, pero supe que se trataba de Agnes. Estaba completamente desnuda y bailaba encima de la cama un *boogie-woogie* porno, mientras marcaba el ritmo golpeando un orinal con una cuchara. Era alta y enjuta y sin un solo pelo en toda la anatomía salvo en la huesuda cabeza, cubierta por un casco de pelusilla blanca y enmarañada. La mala alimentación le había descolgado el estómago y reducido las extremidades a puro hueso.

La parte inferior de la cara se le había replegado sobre sí misma y la quijada, sin dientes que se lo impidieran, había buscado la nariz con ahínco. No se le veían los labios por ninguna parte y el perfil truncado del cráneo le daba el aspecto de un ave zancuda y de pico sobresaliente. Chillaba como un avestruz y sus ojos negros y relampagueantes iban de un lado a otro. Nada más vernos nos arrojó el orinal, que corrió a nuestro encuentro como un misil de orientación termoscópica. Por lo visto, se lo estaba pasando en grande. Una enfermera, de unos veinte años, la contemplaba con impotencia. Saltaba a la vista que en la escuela no la habían preparado para aquella clase de fenómenos.

La señora Renquist se dirigió a Agnes con decisión, aunque antes se detuvo un momento para palmear la mano de la señora que estaba en la cama contigua y que parecía rezar con fervor para que Jesús se la llevara pronto. Agnes, mientras tanto, tras haber dejado claro quién mandaba allí, se había puesto a desfilar trazando círculos sobre las mantas y a saludar a todo bicho viviente. A mí me pareció una manera estupenda de hacer ejercicio sin salir de casa. Su conducta evidenciaba una salud que no se advertía en la pasividad de sus compañeras de sala, algunas de las cuales se limitaban a permanecer inmóviles, quejándose y regodeándose en su propia desdicha. Sin duda había sido una cabra loca desde pequeña y su estilo no se había modificado un ápice en la vejez.

—Tiene visita, señora Grey.

—¿Qué?

—QUE TIENE VISITA.

Agnes se detuvo, se quedó mirándome y me enseñó la lengua.

—¿Quién es esta?

Tenía la voz ronca de tanto chillar. La señora Renquist le tendió la mano para ayudarla a bajar de la cama. La enfermera cogió una bata limpia que había en la mesita de noche. La señora Renquist la desplegó de una sacudida, la puso sobre los hombros descarnados de Agnes e introdujo los brazos de la anciana por las mangas. Agnes se dejó hacer con sumisión infantil sin dejar de mirarme con ojos de acatarrada. Tenía toda la piel salpicada de colores: manchas pardas, puntos entre rosáceos y blancuzcos, venas varicosas de tonalidad azul y zonas correosas surcadas por cortes cerrados de un rojo subido. Su epidermis parecía tan fina que casi esperaba ver a través de ella los órganos perfilados en gris, tal como pueden verse en un pájaro recién salido del huevo. ¿Qué hay en la vejez, que nos devuelve al nacimiento? Oía intensamente a una mezcla de orina seca y calcetines sudados. De manera automática me puse a recapacitar a propósito de la posibilidad de volver a Santa Teresa con ella en un coche tan pequeño como el mío. La enfermera murmuró una disculpa y se alejó a toda velocidad.

—Hola, Agnes —dije, tendiéndole la mano con educación— Soy Kinsey Millhone.

—¿Eh?

La señora Renquist pegó la boca a la oreja de Agnes y repitió mi nombre en voz tan alta que dos ancianas se despertaron y se pusieron a emitir sonidos cloqueantes.

—KINSEY MILLHONE. ES AMIGA DE SU HIJA.

Agnes se echó hacia atrás y me miró con suspicacia.

—¿De quién?

—DE IRENE —grité.

—No te he preguntado a ti —replicó la anciana con irritación. Se puso a mover los labios mecánicamente, como si paladeara algo que hubiera comido hacía quince años.

La señora Renquist repitió lo dicho, pronunciando las palabras con claridad y distinción. Me dio la sensación de que Agnes se batía en retirada. Un velo de simplicidad pareció empañar el brillo de su mirada y de pronto se enzarzó en un incoherente diálogo consigo misma.

—Guarda silencio. No digas ni una palabra. Bueno, lo haré si quiero. No, no lo harás. Peligro, peligro, uuuuh, silencio, basta, basta. Ni la menor INSINUACIÓN... —Y se puso a barbotar una versión atiplada de *Good Night, Irene*.

La señora Renquist elevó los ojos al cielo y dejó escapar un breve suspiro de impaciencia.

—Se pone así cuando no la dejan hacer lo que quiere —dijo—. Se recuperará.

Esperamos. Agnes se había puesto a gesticular como si discutiera con alguien. Había adoptado la actitud pendenciera de quien está en la cola del supermercado, detrás de un cliente que trata de endosar en caja el cheque al portador que le han dado en el trabajo. Fuera cual fuese el universo en el que había despertado de pronto, nosotras no estábamos en él. Me hice a un lado con la señora Renquist y hablé con ella en voz baja.

—¿Y si la dejáramos sola por el momento? De todos modos tendré que llamar a la señora Gersh para preguntarle qué quiere que haga. Seguir molestando a la madre no tiene sentido.

—Como quiera —dijo la señora Renquist—. En mi opinión, no es más que una testaruda. ¿Quiere llamar desde secretaria?

—Llamaré desde el motel.

—No se olvide de decirnos el modo de localizarla —dijo con cierta inquietud.

Advertí en sus ojos un asomo de miedo ante la idea de que me pudiera ir de la ciudad sin gestionar el alta de Agnes.

—Le daré a la señora Haynes el teléfono del motel.

Volví a El Vagabundo y desde allí llamé primero a la subcomisaría del *sheriff*, para notificar a la sargento Pokrass que Agnes Grey había aparecido por fin. Acto seguido llamé a Irene Gersh y le detallé la situación en que se encontraba su madre. Me respondió guardando un silencio sepulcral. Esperé mientras escuchaba su respiración.

—Tendré que hablar con Clyde —dijo al cabo del rato. No manifestó la menor alegría por haber llevado yo a buen término la misión encomendada e imaginé cuál sería la reacción de Clyde.

—¿Qué quiere que haga mientras tanto? —pregunté.

—Quédese ahí, si no tiene inconveniente. Llamaré a Clyde al despacho y volveré a hablar con usted en cuanto pueda, aunque lo más probable es que lo haga a la hora de cenar. Si pudiera usted volver al Hormigón y poner un candado en la casa de mi madre, se lo agradecería.

—No creo que sirva de mucho —dije—. Esos desgraciados forzarán la puerta en cuanto me dé la vuelta. Ya han roto una ventana. Si se les lleva la contraria, son capaces de destrozarlo todo.

—Creí que lo habían hecho ya.

—Bueno, sí, pero no hay por qué buscarse más complicaciones.

—No me importa. Detesto a los intrusos y no pienso renunciar. Mi madre puede tener objetos

personales en el remolque. Además, puede que quiera volver cuando se recupere. ¿Ha hablado con el *sheriff*? Tiene que haber una forma de vigilar la zona.

—Yo no lo veo tan fácil. Usted sabe mejor que yo cómo están allí las cosas. Es absurdo poner un vigilante armado para tener a raya a los intrusos. El remolque está hecho ya una ruina.

—Quiero que ponga un candado —dijo con determinación.

—Haré lo que pueda —dije sin ocultar mi escepticismo.

—Gracias.

Le di el teléfono de El Vagabundo y dijo que me llamaría más tarde. Me puse unos tejanos y unas zapatillas deportivas, me colé en el coche y me dirigí a una ferretería, donde compré un candado gigantesco que pesaba más de un kilo. El empleado me juró que para hacer saltar el gorrón haría falta un cartucho de dinamita. ¿El gorrón? ¿Y qué es el gorrón?, me dije. Compré además todo lo necesario para instalarlo, un pasador metálico, armellas y las herramientas de rigor. Nada iba a ahuyentar a aquellos críos. Había visto por lo menos dos agujeros en la carrocería del remolque.

Sólo necesitaban hacer uno más grande y colarse por él como ratas. Por otra parte, me pagaban por hacer lo que hacía y los resultados me traían sin cuidado. Cogí unos clavos y un par de tablas y volví al coche.

Puse rumbo al norte por la 111 y me dispuse a recorrer los veinticinco kilómetros que había hasta el Hormigón. De pronto me di cuenta de que no recordaba dónde estaba el desvío que tenía que tomar, así que reduje la velocidad y seguí adelante sin dejar de mirar a la derecha. Pasé ante un palmeral que había a la izquierda. A lo lejos se veía el verde subido de los campos cultivados. El paisaje se me antojaba diferente, pero sólo cuando vi el rótulo que decía ÁREA DE RECREO DEL MAR DE SALTON estuve en situación de calcular que había sobrepasado en unos diez kilómetros el desvío que llevaba al Hormigón. Un poco más adelante vi un ensanchamiento en el arcén izquierdo y me dije que podía aprovecharlo para dar la vuelta. Por el otro carril se acercaba un camión grande y viejo que a pesar de que iba sólo a quince kilómetros por hora levantaba un reguero de polvo.

Reduje la velocidad para dar la vuelta y miré por el retrovisor. Una camioneta roja me pisaba los talones, pero el conductor tuvo que advertir la maniobra porque giró a la derecha para evitarme en el momento en que yo pisaba el acelerador para no entorpecerle el paso. Oí el crujido seco de una piedra, pero sólo cuando hube girado 180 grados y vuelto al asfalto de la 111 reparé en la repentina cojera del vehículo. Una sucesión de chasquidos blandos me indicó que se me había pinchado una rueda trasera.

—Fabuloso —murmuré.

Estaba claro que había pisado algo más traicionero que una piedra. Me desvié hacia el arcén y bajé del coche. La llanta de la rueda trasera de la derecha se apoyaba directamente en el suelo, aplastando la masa esponjosa del neumático reventado. Hacía cinco o seis años que no cambiaba una rueda, pero supuse que la mecánica de la operación seguiría siendo la misma de antes. Sacar el gato, darle a la manivela hasta despegar del suelo la rueda pinchada, quitar el tapacubos, joderse los dedos para desenroscar las tuercas, quitar la rueda pinchada y poner la de recambio. Luego colocar todas las tuercas en su sitio y apretarlas antes de hacer descender el vehículo con el gato.

Abrí el capó y comprobé la rueda de recambio, que, la verdad sea dicha, parecía un poco

floja. La saqué y la dejé caer en el suelo para ver cómo rebotaba. No estaba lo que se dice en condiciones, pero supuse que por lo menos me llevaría hasta la estación de servicio más cercana; recordaba haber visto una a pocos kilómetros. Para esto echo una carrera todas las mañanas y me torturo la columna levantando pesas, para hacer frente a las pequeñas molestias de la vida. Suerte que no llevaba pantis ni zapatos de tacón alto ni me había pintado las uñas.

El camión destartado, mientras tanto, se había detenido a unos cien metros en una desviación de la carretera. Unos diez o doce braceros de sexo masculino bajaron de la parte trasera sacudiéndose la ropa. Por lo visto, mi situación les hizo gracia y se pusieron a gritarme cosas en un idioma desconocido. No habría sabido traducir literalmente lo que decían, pero capté el mensaje. No me daban indicaciones precisas sobre cómo cambiar una rueda, de eso estaba segura. Parecía gente campechana y demasiado harta del azadón para querer hacerme daño. Alcé los ojos al cielo y les hice gestos disuasorios con la mano. Uno me respondió agarrándose la ingle y lanzando un aullido de lobo.

Me olvidé de ellos y me puse a trabajar, maldiciendo como un estibador, mientras el camión reemprendía la marcha. En ocasiones así suelo hablar conmigo misma, darme instrucciones. Serían ya las tres y el sol pegaba fuerte. El aire era seco y nada alteraba el silencio imperante. No estoy acostumbrada al desierto. El sol me deslumbraba y me daba la sensación de que no había ni un alma por los alrededores. A ras del suelo, donde me encontraba empuñando la llave inglesa, no veía más que un algarrobo seco a unos metros de distancia. Me han dicho que si se escucha con atención se puede oír el mordisqueo de la carcoma cuando agujerea la madera seca para depositar los huevos en el interior.

Me despreocupé de la soledad y volví a concentrarme en el trabajo. Acabé por acostumbrarme al silencio del mismo modo que los ojos terminan por acostumbrarse a la oscuridad. De vez en cuando oía el zumbido de un insecto y de pronto me percaté de la presencia de ciertos pajarillos que cazaban bichos en pleno vuelo. Los auténticos ciudadanos del desierto de Mojave salen de la madriguera por la noche: el lagarto y la serpiente de cascabel, la liebre orejuda, el colín, el búho y el halcón de Harris, la zorra del desierto y la ardilla terrestre, todos en busca de presa, haciendo lo posible por comerse entre sí en una interminable cadena depredadora que empieza por las termitas y acaba en el coyote. No era el sitio más indicado para extender el saco de dormir y apoyar la dulce cabeza. Bastaba una araña de las gordas para llevarse un susto de los que duran toda la vida.

Terminé la operación a eso de las tres y veinte. Empujé la rueda pinchada hacia la parte delantera del coche. En el interior cascabeleaba el objeto responsable de la avería, una piedra o un clavo, a juzgar por el sonido. Busqué el agujero pasando los dedos por la superficie del neumático. Estaba en la parte lateral, una perforación de circunferencia mellada y menor que la punta de mi dedo meñique. Parpadeé. Tenía el corazón en un puño y me negaba a dar crédito a lo que veía. Parecía un agujero de bala. Se me escapó un sonido involuntario mientras experimentaba el típico estremecimiento que se apodera de los niños cuando salen de una habitación a oscuras. Alcé la cabeza. Miré a mi alrededor. Nadie. Nada. Ningún otro coche a la vista. Había que irse de allí.

Levanté la rueda y la metí en el capó. Recogí a toda prisa el gato y la llave inglesa y subí al coche. Encendí el motor, apreté el embrague, puse la marcha atrás y volví al asfalto de la carretera. Conduje a más velocidad de la recomendable, dado el estado de la rueda de recambio,

pero no me gustaba la idea de estar sola en aquellos parajes. Tenía que haber sido el conductor de la camioneta. Me había adelantado en el momento justo del pinchazo. Por supuesto, también lo podía haber producido una piedra, pero no acababa de comprender cómo podía colarse una piedra por el lateral y abrir un agujero tan limpio.

La primera gasolinera que vi estaba fuera de servicio. Los surtidores seguían en pie, pero los cristales estaban rotos y las paredes se habían cubierto de pintadas con aerosol. Los comerciantes de los alrededores habían aprovechado las columnas para colgar carteles de propaganda y una inmobiliaria anunciaba con letras mayúsculas que el solar estaba en alquiler. Una verdadera ganga.

En las afueras de Niland, en el cruce de la calle Mayor y la carretera de Salton, localicé una pequeña estación de servicio donde vendían gasolina de una de esas marcas raras que producen eructos en el motor. Puse un poco de aire en la rueda de recambio y saqué la pinchada.

—Tengo que ir al Hormigón a solucionar un asunto —dije—. ¿Podría reparar esto en hora y media más o menos?

El empleado observó el neumático. La mirada que me dirigió sugería que había sacado una conclusión parecida a la mía, pero no hizo ningún comentario. Dijo que quitaría el neumático de la llanta, que le pondría un parche y que la rueda estaría lista para cuando yo volviese. Calculaba que estaría de vuelta alrededor de las cinco. No quería estar en el desierto después de que el sol se pusiera. Le di 10 dólares por las molestias y añadí que le pagaría el servicio a mi regreso. Subí al coche y saqué la cabeza por la ventanilla.

—¿Dónde está la carretera del Hormigón?

—Está usted en ella —dijo.

Fui por la calle Mayor hasta el punto en que se transforma en carretera de Beal y entré en Hormigón City con la sensación de quien conoce ya el terreno que pisa. Me sentía más segura allí. El lugar parecía más poblado a aquella hora: un remolque estaba aparcando y de un autobús escolar amarillo y de proa lisa se apeaba un reguero de niños. Giré a la derecha al llegar a la calle del Chevrolet Oxidado y no tardé en divisar el remolque azul de Agnes Grey. Aparqué al lado mismo y saqué las herramientas que llevaba en el asiento trasero. Con la paranoia metida ya en los huesos, cogí la pequeña Davis semiautomática y me la empotré en los riñones, entre la camiseta y los tejanos. Busqué una camisa vieja de algodón y me la puse encima de la camiseta, cogí una tabla, el candado y el pasador metálico y me dirigí al remolque.

Los duendes estaban en casa. Alcanzaba a oír sus murmullos. Llegué a la puerta, aunque sin poder evitar que la grava crujiese bajo mis pies. Las voces enmudecieron al instante. Me apoyé en la jamba y me asomé con cautela. Por lo que me habían contado, me podían dar un viaje con un trozo de viga. Por el contrario me encontré cara a cara con la criatura de pelo mugriento a la que había estado espionando horas antes. Otra cara, no menos espantosa, apareció junto a la primera. Ya me habían dicho los vecinos que eran un chico y una chica. Supuse que la primera criatura sería el varón, pero la verdad es que no podía apreciar diferencias sexuales entre ellas. Ninguna de las dos tenía vello facial. Las dos eran jóvenes, con los rasgos amorfos de los angelitos, vestidas con andrajos y con la testa coronada por un estropajo inmundito. Y no olían mejor que Agnes.

El chico y yo nos quedamos mirándonos y nos erguimos igual que los monos. Fue ridículo. Teníamos la misma estatura, uno sesenta y siete, y ni él ni yo pesábamos más de cincuenta y cinco kilos. Gamberretes de peso mosca. La única diferencia, quizás, era que yo tenía unas ganas locas

de darle con un canto en los dientes y no creía que él estuviera preparado para hacer lo mismo. Miró a su colega y se balanceó sin despegar los talones del suelo, con las manos en los bolsillos, como si dispusiese del día entero.

—Hola, mamaíta —dijo—. ¿Qué coño haces aquí?

Sentí que la sangre se me encendía. Tenía ya los nervios a punto de estallar y sólo faltaba que me pinchase un comemierda.

—Este lugar es mío, imbécil —dije con sequedad.

—¿En serio? Demuéstralo si puedes.

—Y tanto, *papaíto*. He traído la escritura y todo. —Saque la pistola y la sostuve con el cañón apuntando hacia arriba. No estaba cargada, pero infundía miedo. Si hubiese tenido mi viejo Colt, habría amartillado el percutor para impresionarle. No tengo empacho en admitir que aunque sé intimidar a los jovencuelos, con los adultos no soy tan eficaz—. Largo —añadí.

Fue inevitable que tropezaran y cayeran aparatosamente mientras corrían hacia la parte de atrás. El pataleo sacudió el remolque y desaparecieron como por ensalmo. Eché a andar por el pasillo, me asomé al cuarto de baño. Tal como me había figurado, habían abierto un agujero en la pared, que utilizaban como salida de emergencia.

Lo primero que hice fue tapar el boquete con una tabla, que fijé a la delgada pared del lavabo con un montón de clavos. Luego cogí un taladro de mano y abrí los agujeros de los tornillos del cierre que iba a instalar. No voy a decir que trabajara con habilidad rayana en el virtuosismo, pero hice lo que me había propuesto y el esfuerzo físico mejoró mi humor. Golpear y destrozar objetos estimula. Sudar estimula. Controlar un pequeño rincón del universo estimula. Ya que estaba allí, hice una rápida inspección para ver si quedaba algo de la Abuela. No encontré ni una horquilla. La alacena estaba vacía, los armarios y cajones también vacíos, y en los bancos y recodos no había absolutamente nada. Puede que los enseres de la Abuela se hubieran vendido en el mercadillo que había en la entrada del Hormigón.

Volví al VW y cogí la cámara de 35 milímetros que guardo en la parte de atrás. Quedaba aún bastante película y fotografié el remolque hasta que se me terminó. Era la única forma de que Irene Gersh «lo comprendiera». Había hablado como si su madre pudiera pasar en aquella pocilga sus últimos días.

Antes de poner el candado en su sitio, cogí los sacos de dormir y demás trastos de los duendes y los amontoné junto a la entrada. Crucé la calle a continuación y conté a Marcus lo sucedido. Al volver al remolque, vi un hueco en la parte inferior, una especie de depósito improvisado donde habían empotrado algunos objetos. Me puse a gatas, metí la mano entre las arañas y las chinches y saqué dos cajas de cartón aplastadas. Una estaba abierta y contenía una variopinta colección de herrumbrosas herramientas de jardinería: paletas, una pala y una azada de mango corto. Las tapas de la otra se habían enganchado entre sí para proteger el contenido, pero no se habían asegurado ni con cuerdas, cinta adhesiva ni nada por el estilo. La abrí y miré lo que había dentro. Estaba llena de objetos de porcelana envueltos en papel de periódico, un juego de té infantil. Me dio la sensación de que ni siquiera estaba completo, pero pensé que Irene o su madre querrían echarle tal vez un vistazo. En cualquier caso, no estaba dispuesta a dejar aquellos objetos a merced de la rapiña de los duendes. Volví a cerrar la caja. Puse el candado en la puerta del remolque y lo cerré también. Estaba convencida de que los dos capullitos de mamá no se iban a dar por vencidos tan fácilmente, pero al menos les había dicho con claridad cuál era su sitio. Llevé la caja al coche y la

puse en el asiento trasero. Aún era de día cuando salí del Hormigón, pero cuando recogí el neumático y puse rumbo a Brawley ya era noche cerrada.

Tenía en el bolsillo el proyectil de 9 milímetros que el mecánico había extraído del neumático. En el fondo no estaba segura del sentido que podía tener aquello, pero como tengo ojos para ver, lo sospechaba.

Volví a El Vagabundo y me aseé de arriba abajo. Metí la camisa en el petate, me cambié de camiseta y me ceñí la sobaquera. Puse el maletín en la cama, cogí una caja de cartuchos de 0,32 pulgadas de calibre, cargué la pistola y me la enfundé bajo el brazo izquierdo. Saber que la propia vida está amenazada produce extraños efectos. Parece a la vez ridículo e inconcreto. No tenía ningún motivo para negar lo evidente. Estaba en la lista de víctimas de Tyrone Patty. Un tipo que conducía una camioneta me había reventado una rueda de un balazo en una carretera solitaria. Puede que hubiera sido un bromazo sin ninguna relación en absoluto, pero me temo que si el camión lleno de braceros no se hubiera detenido cerca de donde me encontraba, el tipo de la camioneta habría dado media vuelta para rematarme. Era la monda. Salvada por un montón de mexicanos que me hacían gestos obscenos. Habrían podido secuestrarme o liquidarme sin más, y sin embargo, providencialmente, seguía vivita y coleando. El problema ahora era qué hacer a continuación. No podía ir a la policía local. Ignoraba la marca, el modelo y la matrícula de la camioneta y del conductor tenía una imagen muy confusa. Dadas las circunstancias, puede que los polis se solidarizaran conmigo, pero nada podían hacer para ayudarme. Al igual que los de Santa Teresa, se preocuparían mucho y solucionarían poco.

Entonces, ¿qué? Una posibilidad era meterlo todo en el coche y volverme a Santa Teresa a toda pastilla. Por otra parte, no me parecía prudente ponerme al volante de noche, en particular en un territorio como aquel, donde podía recorrer perfectamente quince kilómetros sin ver una sola luz eléctrica. El colega de la camioneta lo había intentado ya una vez. Era preferible no darle otra oportunidad. Otra alternativa era llamar al detective de Nevada y pedirle ayuda. La cofradía de los detectives privados es pequeña y sus miembros tienden a protegerse entre sí. Si había alguien capaz de ayudarme, tenía que ser una persona que jugase al mismo juego que yo y con las mismas cartas. Aunque me enorgullezco de mi independencia, no soy idiota y no me da vergüenza pedir ayuda cuando la situación lo exige. Es lo primero que se aprende cuando se ingresa en la pasma.

De todos modos, y he aquí lo extraño, la coyuntura no me parecía tan apurada. La amenaza era auténtica, pero no acababa de asociarla con mi seguridad personal. Sabía que el peligro estaba allí, pero no me sentía realmente en peligro, distinción que me podía costar muy cara si no me andaba con pies de plomo. La prudencia me aconsejaba tomarme la situación en serio, pero no sentía la menor inquietud. Supongo que los que se enteran de que sufren una enfermedad mortal reaccionan del mismo modo. «¿Que yo...? Usted bromea, oiga».

Tendría que trazar algún plan en cuanto me llamara Irene Gersh. Mientras tanto, como me moría de hambre, me dije que lo mejor sería tomar un bocado. Me puse una cazadora de nailon

para que no se notaran la pistola ni la sobaquera.

En la otra parte de la carretera había una cafetería con un parpadeante rótulo de neón que decía COMIDA RÁPIDA. Exactamente lo que necesitaba. Crucé la carretera con mucha precaución, mirando a ambos lados, igual que una niña. Cada vehículo que pasaba se me antojaba una camioneta roja.

La cafetería era pequeña. Había demasiada luz, pero el detalle resultaba tranquilizador. Después de varias generaciones de películas de miedo, tiendo a creer que lo malo sólo ocurre en la oscuridad. Peor para mí. Opté por sentarme pegada a la pared del fondo y lo más lejos posible de la ventana. No había más que seis clientes y los seis parecían conocerse. Ninguno me pareció de mal agüero. Consulté el menú, una fotocopia metida en una funda de plástico. Los platos parecían divididos equitativamente en colesterol y grasa. Era mi restaurante ideal. Pedí un combinado de hamburguesa con queso, que además incluía patatas fritas, unas hojas de lechuga y una rodaja de tomate maduro. Lo regué todo con una Coca-Cola doble y de postre me tomé una ración de tarta de cerezas que me hizo lanzar un gemido en voz alta. Era la tarta de cerezas de mi infancia, rellena de fruta, con gelatina y corteza rociada con azúcar quemado. Parecía cocida con un soplete de acetileno. El banquete me sumió en un estupor químico. Tenía la impresión de haber consumido aditivos y conservantes en cantidad suficiente para prolongar mi vida durante un par de años... si no me mataban antes.

Al volver al motel, pasé por recepción por si había recibido alguna llamada. Había recibido dos del hospital de convalecencia y una de Irene, esta última hacía diez minutos más o menos. El mensaje de las tres era idéntico: que llamase a mi vez lo antes posible. Vaya, vaya. Me guardé las notas en el bolsillo y me dirigí a la puerta. Nada más salir me detuve en seco, vencida por la impresión inconcreta de que me espían. Fue como si un temblorcillo intangible me recorriera de la cabeza a los pies, y tan frío como un copo de nieve que se me derritiera en la nuca. Me fijé de pronto en el resplandor de las ventanas que tenía detrás de mí. Me aparté de la luz y me detuve en la oscuridad. El aparcamiento estaba mal iluminado y mi habitación estaba en el extremo del motel. Agucé el oído, pero sólo alcancé a oír los ruidos de la carretera: el gemido de los camiones, el resonante bocinazo de un volquete lanzado a toda velocidad que avisaba a los demás vehículos para que se apartasen. No sabía qué me había alarmado. Escruté las sombras mientras me giraba a derecha e izquierda, esforzándome por situar los sonidos concretos en la confusa niebla de los ruidos de fondo. Esperé con el corazón retumbándome en los oídos. No me gustaron los ecos que se me produjeron en la cabeza. A lo lejos capté el campanileo musical de un crío que se reía en alguna parte. Era una risa picara, aguda, el chillido entrecortado e impotente que lanza la persona a quien hacen cosquillas de un modo inmisericorde. Me acuclillé junto a un seto.

En el otro extremo del aparcamiento, envuelto en sombras, apareció un hombre que avanzaba hacia mí con un niño sobre los hombros. Iba con los brazos levantados, tanto para sujetar al niño como para torturarlo, ya que se dedicaba a hundirle los dedos en las costillas. El niño, muerto de risa, se agarraba al pelo del hombre y oscilaba a idéntico ritmo que el paso del adulto, como si estuviera montado en un camello. El hombre se agachó al llegar a un recodo iluminado donde había unas máquinas de helados y refrescos. Momentos después oí el conocido cacharreo que producen las latas al caer por la obertura. Reaparecieron cogidos de la mano y charlando con espíritu de camaradería. Expulsé el aire que había contenido mientras les veía girar la esquina para subir por las escaleras exteriores. Volví a verles en la primera planta; entraron en la tercera

habitación, empezando desde el fondo. Fin del episodio. Sin darme cuenta siquiera, me había bajado la cremallera de la cazadora y empuñado la pistola. Me enderecé mientras volvía a enfundar el arma. El corazón se me calmó un poco y sacudí los brazos y las piernas para eliminar parte de la tensión, tal como hacen los corredores al final de una carrera.

Volví a mi habitación por el estrecho camino que discurría por la parte de atrás. Estaba muy oscuro, pero parecía más seguro que el aparcamiento. Rodeé el extremo del edificio, abrí la puerta, alargué la mano y encendí la luz antes de cruzar el umbral. Todo estaba tal y como lo había dejado al salir. Cerré a mis espaldas y eché las cortinas. Al tomar asiento junto a la mesita de noche y coger el teléfono, me di cuenta de que tenía los antebrazos húmedos de sudor, miedo de efecto retardado y comparable a las convulsiones finales de un terremoto. Tardé un rato en conseguir que las manos dejaran de temblarme.

Llamé a Irene en primer lugar. Descolgó al instante, como si hubiera estado de guardia junto al aparato.

—Ay, Kinsey, gracias a Dios —exclamó en cuanto le dije que era yo.

—Parece usted inquieta. ¿Qué ocurre?

—Hace una hora me han llamado del hospital de convalecencia. Esta misma tarde estuve hablando con la señora Haynes y llegamos a un acuerdo para que trasladaran a mi madre en helicóptero. A Clyde no le resultó fácil encontrar plaza en los asilos privados de aquí. La verdad es que es un sitio encantador y nos queda muy cerca de casa. Pensé que le gustaría, pero cuando se lo comunicó la señora Haynes, se puso hecha una furia... perdió totalmente la cabeza. Tuvieron que darle calmantes, pero sigue alborotando. Es necesario que alguien vaya y la haga entrar en razón. Espero que no le importe.

Joder, me dije.

—Mire, Irene, no quiero discutir, pero no creo que yo pueda solucionar nada. Su madre no tiene ni la menor idea de quién soy y, además, le importa un comino. Cuando me vio esta tarde, me tiró un orinal desde el otro extremo de la sala.

—Le pido mil perdones. Ya sé que es una molestia, pero yo tengo la cabeza a punto de estallar. Quise hablar con ella por teléfono, pero no decía más que incoherencias. La señora Haynes dice que la medicación produce a veces estos efectos, que en vez de tranquilizar a los ancianos, parece más bien estimularles. Ya hay una enfermera en camino, pero vive en El Centro y no llegará hasta las once. La sala es un auténtico caos y necesitan ayuda.

—Está bien, haré lo que pueda, pero no tengo la menor experiencia en estas cosas.

—Ya lo sé —dijo—, pero es que no sé a qué otra persona pedírselo.

Le dije que iría al hospital enseguida y colgué. Me parecía increíble que quisieran endosarme aquella papeleta. Mi presencia en el pabellón geriátrico iba a ser tan eficaz como el candado en la puerta del remolque. Pura formalidad y ninguna sustancia. Pero lo que en el fondo me sulfuraba era la sospecha de que ni siquiera se les habría ocurrido encargarme la gloriosa misión si yo hubiera sido un hombre. No tenía ganas de volver a ver a la vieja. Admiraba su fuerza, pero no quería *responsabilizarme* de ella. Ya tenía bastantes preocupaciones. ¿Por qué se supondrá sin más que todas las mujeres tenemos instintos maternos? A mí me desaparecieron por culpa de mi muñequita meona. Cada vez que mojaba las braguitas de lana, me enfadaba terriblemente. Dejé de darle el biberón y se curó, pero el hecho hizo que reflexionara, ya a los seis años, acerca de mis aptitudes maternas.

Partí hacia el hospital Río Vista con este piadoso enfoque. Conduje sin apartar los ojos del espejo retrovisor, por si me seguían, y atenta a la aparición de camionetas de cualquier color y tamaño. Creía que la que había visto era una Dodge, pero como no me había fijado bien en su momento, no habría podido jurarlo.

Llegué sin contratiempos. Entré en el recinto hospitalario, dejé el coche en el aparcamiento de las visitas, crucé la puerta principal y subí las escaleras. Reinaba un silencio inquietante. Ningún indicio del estado de Agnes. Aunque no eran más que las ocho de la tarde, la iluminación general se había reducido y sólo se oían los apagados murmullos que constituyen la tónica nocturna de los hospitales. Los ancianos duermen mal, ya que los miembros se quejan cuando sufren. Las noches tienen que ser infinitas, llenas de sueños espantosos, el temor a la muerte o, lo que sin duda es peor, la convicción de que habrá un nuevo despertar y otro día interminable. ¿Qué esperaban? ¿Qué ilusiones podían alimentar en aquel limbo de luz artificial? Percibía el silbido del oxígeno en las paredes, el sudario químico de los fármacos que les introducían en el organismo. Los corazones seguirían latiendo, los pulmones bombeando, los riñones filtrando las toxinas de la sangre. Pero ¿quién diagnosticaría sus sentimientos de temor? ¿Y quién pondría remedio a su enfermedad más profunda, la desesperanza?

Cuando llegué a la sala, advertí que sólo había luz en la cama de Agnes. Una joven enfermera de color puso a un lado la revista que estaba leyendo y se me acercó de puntillas con un dedo en los labios. Hablamos en voz baja. Me dijo que la medicación había acabado por surtir efecto y que la anciana dormía. Ahora que había llegado yo, podía cumplir con sus restantes obligaciones. Añadió que si necesitaba alguna cosa, que la buscara en la sala de enfermeras del pasillo. Salió de la estancia.

Me acerqué despacio al charco de luz en que Agnes dormía. La manta que la cubría era de algodón, muy gruesa y pesada, de un blanco deslumbrante y de superficie apenas accidentada por el magro cuerpo de la mujer. Roncaba con suavidad. Parecía tener los ojos entornados y los párpados se le contraían como si estuviera concentrada en algún fenómeno interior. Su diestra aferraba la sábana con fuerza y los nudillos artríticos le sobresalían como si fueran sabañones. Tenía el pecho inmóvil. De la barbilla le brotaban pelos gruesos y ásperos, como si la vejez le estuviera cambiando el sexo. Me di cuenta de que contenía el aliento mientras la observaba, deseando que respirase de manera visible y preguntándome si no se estaría muriendo ante mis ojos. Por la tarde me había parecido animada y llena de energía, pero en aquellos momentos me recordaba a ciertos gatos viejos que he visto: sus huesos parecen huecos y menudos y tienen un aspecto tan sobrenatural que se diría que son capaces de levitar en el aire.

Consulté la hora. Habían transcurrido doce minutos. Volví a mirarla y vi sus ojos negros clavados en mí con un asombroso despliegue de vitalidad. Había algo sobrecogedor en aquel despertar inesperado, como una visita procedente del mundo de los espíritus.

—No me saques de aquí —murmuró.

—Yo no me preocuparía. Me han dicho que es un asilo precioso. De verdad. Mucho mejor que este lugar.

Su mirada se volvió penetrante.

—No lo entiendes. Quiero quedarme.

—Lo entiendo, pero no puede ser. Usted necesita que la atiendan. E Irene quiere tenerla cerca para cuidarla personalmente.

Cabeceó con actitud quejumbrosa.

—Me moriré. Me moriré. Es demasiado arriesgado. Ayúdame a escapar.

Los pelos se me pusieron de punta.

—No pasa nada. Todo está bien —dije. Había levantado la voz y me acerqué a ella para reducir el volumen—. ¿Se acuerda de Irene?

Me observó por un momento. Habría jurado que no sabía si admitirlo o negarlo. Asintió con la cabeza.

—Mi pequeña —dijo con voz entrecortada.

Alargó la mano temblorosa y se la cogí. Era huesuda y cálida y revelaba una fuerza sorprendente.

—He hablado con Irene hace un rato —dije—. Clyde ha encontrado un sitio cerca de casa. Irene dice que es muy bonito.

Cabeceó. Las lágrimas se le saltaron y le bajaron por las profundas arrugas que le cuarteaban las mejillas. Agitó los labios y en la expresión se le dibujó un deseo que por lo visto no era capaz de expresar con palabras.

—¿Por qué no me dice de qué tiene miedo?

Me di cuenta de que se debatía por dentro y cuando por fin pudo articular sonidos, su voz era tan frágil que tuve que despegarme de la silla para entender lo que decía.

—Emily ha muerto. Quise avisarla. La chimenea se hundió durante el terremoto. La tierra temblaba. Ah, yo misma lo vi... fue como si la tierra formase olas. Un ladrillo la alcanzó en la cabeza. No quiso escucharme cuando le dije que era peligroso. Déjalo estar, le dije, pero no me hizo caso y siguió adelante. Vender la casa, vender la casa. No quería echar raíces, pero allí fue donde murió, en la misma tierra.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté, con la esperanza de que la conversación no decayera. Cabeceó sin responder.

—¿Por eso está preocupada? ¿Por lo que le pasó a Emily?

—Me contaron que la sobrina del dueño de la vieja casa que había al otro lado de la calle había muerto hacía unos años. Era de los Arpista.

Agnes había puesto la directa.

—¿Tocaba el arpa? —pregunté.

Negó bruscamente con la cabeza.

—Era de la familia de los Arpista, Arpista era el apellido. Ocupaba un puesto importante en el Citizens Bank y no se casó nunca. Él tenía una novia que se llamaba Helen. Lo dejó por culpa de su carácter y entonces apareció Sheila. Era muy joven. No sabía nada de nada. La otra Arpista era bailarina y se casó con Arthur James, un acordeonista profesional que tenía una casa de instrumentos musicales. Yo lo conocía porque las chicas de la Asociación Juvenil solíamos ir a la tienda para verle tocar después de cerrar —dijo—. El mundo es un pañuelo. Las chicas decían que la casa de su tío era una segunda casa para ellas. Si se la dejó en herencia, puede que ella siga allí. Ella me ayudaría.

La observé con atención, esforzándome por comprender lo que pasaba. ¿Hablaban de aquel modo porque su miedo tenía una causa real?

—¿Fue Emily la que se casó con Arthur James?

—Siempre había alguna historia... siempre alguna explicación. —Sacudió la mano en el aire

con talante resignado.

—¿Fue en Santa Teresa? Tal vez pueda ayudarla, si me lo acaba de explicar.

—Santa Teresa, Santa Claus nos visitaba expresamente y nos regalaba muchos juguetes a todas. Yo la dejaba jugar con los míos.

—¿A quién? ¿A Emily?

—No hablemos de Emily. Ni una palabra más. Fue el terremoto. Todos lo dijeron. —Se soltó la mano y en sus ojos se aposentó una expresión de astucia—. La artritis la tengo en el hombro y en la rodilla. Me he dislocado el hombro dos veces. El médico ni siquiera me lo ha tocado, sólo lo ha visto con rayos X. Me han operado de cataratas por lo menos dos veces, pero jamás he necesitado que me empastaran ninguna muela. Mira. —Abrió la boca.

No tenía ningún empaste, efectivamente, pero la cosa carece de mérito cuando no hay dientes que empastar.

—Para la edad que tiene, su aspecto es estupendo —dije para ganarme su confianza. Nuestro tema de conversación parecía dar más vueltas que la bola de una máquina de billar.

—La otra era Lottie. Era más tonta que nadie y siempre sonreía de oreja a oreja. Tenía menos cabeza que un clavo. Salía por la puerta trasera y se olvidaba de cómo se volvía a entrar. Se sentaba en los peldaños del porche y se ponía a gemir como un cachorro hasta que la llevaban de la mano hasta la puerta y se la abrían. Para volver a salir tenía que gemir otro rato. Era la mayor. Murió de una gripe. Ya no recuerdo cuándo murió mi madre. Tuvo un ataque al morir mi padre. Él quería conservar la casa, pero no hubo forma de hacérselo entender a Emily. Yo era la menor y no discutía. Pero no lo supe con seguridad hasta que apareció Sheila. Fue entonces cuando me marché.

—Ya, ya —dije. Traté de abordar el asunto por otro lado—. ¿Es el viaje lo que la preocupa? Negó con la cabeza.

—El olor de la humedad —dijo—. Al parecer, a nadie más le molestaba.

—¿Prefiere que venga a recogerla Irene?

—Trabajaba haciendo faenas domésticas. Irene y yo sobrevivimos así durante muchos años. Había observado a Tilda y sabía cómo se hacía. La echaron, como es lógico. Él se encargó de eso. Nada de informes financieros. Nada de bancos. Ella fue la única víctima. Fue la única ocasión en que su nombre apareció en la prensa.

—¿El nombre de quién?

—Ya lo sabes —dijo con expresión misteriosa.

—¿Emily?

—El tiempo hiere a todos los curados, ¿no?

—¿Se refiere entonces a su padre?

—No, querida. Mi padre había muerto hacía mucho. Puede que esté en los cimientos, si se sabe dónde buscar.

—¿Qué cimientos?

Me miró con ojos inexpresivos.

—¿Hablas conmigo?

—Parece que sí —dije—. Hablábamos de Emily, la que murió al desplomarse la chimenea. Hizo como que se cerraba la boca con llave y tiraba esta a continuación.

—Hice lo imposible por salvarla. Mis labios están sellados. Por el bien de Irene.

—Pero ¿qué ocurre, Agnes? ¿Qué es lo que no puede contar?

Noté sus ojos intrigados dirigidos hacia mí. De pronto me di cuenta de que quien estaba allí a mi lado era la auténtica Agnes Grey. Y parecía totalmente cuerda.

—Querida, no tengo motivos para dudar de tu amabilidad, pero no sé quién eres.

—Me llamo Kinsey —dije—. Soy amiga de su hija. Estaba preocupada porque no tenía noticias de usted y me dijo que viniera para saber qué ocurría.

Le mudó la cara otra vez y volvió a remontarse a las nubes.

—Es que no lo sabía nadie. Ni figurárselo siquiera.

—Agnes, ¿sabe por casualidad dónde está usted ahora?

—Yo no. ¿Y tú?

Me eché a reír. No pude contenerme. También ella se echó a reír segundos más tarde y con espasmos tan cristalinos que parecía un gato estornudando. Antes de que me diera cuenta volvió a dormirse.

No dormí bien. Pensaba continuamente en Agnes, cuyos temores eran tan contagiosos que acabaron por sembrar en mí las semillas de la preocupación. La realidad de la amenaza de muerte consiguió filtrarse hasta lo más profundo de mi cerebro y se puso a absorber energía. Me volví sensible a todos los ruidos, a los cambios de temperatura que experimentaba la habitación a medida que avanzaba la noche, a las formas mudables que producía la luz en las persianas. A eso de la una de la madrugada aparcó un coche en la zona de estacionamiento que tenía enfrente de mi habitación, me levanté de un salto y me puse a espiar por entre los listones de la persiana a la pareja que bajó del vehículo, un Cadillac último modelo. Aunque todo estaba en sombras, me di cuenta de que estaban borrachos, ya que avanzaban tambaleándose, sosteniéndose mutuamente y con ostensible fricción de caderas. Me aparté de la ventana con los sentidos aguzados por la ansiedad mientras la pareja entraba dando trompicones en la habitación contigua a la mía. Si hubieran sido asesinos a sueldo, no habrían pospuesto mi liquidación para entregarse a los ruidosos movimientos que comenzaron nada más cerrarse la puerta. La cabecera de la cama se puso a golpear la pared igual que un niño cuando patalea. De tarde en tarde había intervalos de calma, motivados por las sugerencias que hacía la mujer a su desafortunado compañero. «Ahora al estilo de los perros», decía. Y «Trae aquí esa cabecita calva».

Y el alce del cuadro que colgaba en mi parte de pared reanudaba el retozo. Lo tenía que sujetar para que no se descolgara y me cayera encima. La mujer era de las chillonas, tanto que aquello parecía más un parto que un polvo. El ritmo se fue acelerando. De pronto, la mujer lanzó un aullido de pasmo, aunque no supe distinguir si se había corrido o si se había caído de la cama. Al cabo de un rato, el olor del tabaco se filtró por las paredes y escuché sus murmullos postmortem. Doce minutos después volvieron a la carga. Me levanté, descolgué el cuadro, cogí el sostén, lo rellené con calcetines, me encasqueté la prenda como unos auriculares y me até los tirantes bajo la barbilla. Fue inútil. Y así me quedé, con un cono en cada oreja, igual que una extraterrestre asombrada de las particularidades de la sexualidad de los humanos. Iba a tener mucho que contar cuando volviera a mi planeta.

A las cinco menos cuarto renuncié a toda esperanza de conciliar el sueño. Me duché, me lavé la cabeza y volví al dormitorio envuelta en una toalla del motel del tamaño de un salvamanteles. Mientras me vestía, ella empezó a gritar con gorgoritos a la tirolesa y él parecía imitar a una zorra. Jamás había escuchado tantas variantes de la expresión *ah*. Cerré la puerta a mis espaldas y crucé el aparcamiento.

El aire del desierto era fresco y dulce. El cielo estaba aún negro como el carbón, aunque las

nubes bajas del horizonte aparecían surcadas ya de franjas rojizas. Estaba mareada de no dormir, pero me había abandonado la sensación de peligro. Si me hubieran estado esperando entre los matorrales con un fusil de precisión, me habría ido de este mundo sin enterarme siquiera.

Acababan de abrir la cafetería y el parpadeante anuncio de neón deletreaba en verde vibrante la palabra CAFETERÍA, que trazaba una línea tan sinuosa como el dentífrico cuando se aprieta el tubo. Una camarera con uniforme rosa se rascaba las nalgas mientras daba un bostezo. No circulaba ningún vehículo y crucé la carretera con despreocupación. Necesitaba café, beicon, tostadas, zumo y no sabía qué más, pero sin duda algo que me recordase mi infancia. Tomé asiento al extremo del mostrador, con la espalda contra la pared, consciente pese a todo de la existencia de la ventana y de la luz grisácea del amanecer. La camarera, que resultó llamarse Frances, tendría mi edad y tenía una larga historia que contar a propósito de un sujeto llamado Arliss, que incurría en la infidelidad de manera sistemática y que últimamente se la pegaba con Charlene, una amiga suya.

—Esta vez lo he perdido para siempre —dijo mientras me ponía delante un tazón de leche humeante con cereales.

Cuando hube terminado el desayuno, sabía ya todo lo que había que saber acerca de Arliss y ella sabía otro tanto sobre Jonah Robb.

—Yo de ti, me pegaba a él como una lapa —dijo—, aunque antes tendrías que conocer a ese médico que tu amiga Vera quiere endosarte. Yo no dejaría escapar la oportunidad. A mí me parece una ocasión única, aunque tengo por norma no salir con hombres que me conozcan por dentro mejor que yo. Una vez salí con un médico. Bueno, la verdad es que era estudiante de medicina. Cuando nos dimos el primer beso, me dijo el nombre de una cosa que pasa cuando un pelo del pubis se te pega al fondo de la garganta. Que se adhiere o algo así. Vamos. ¿Por quién me tomaría? —Se inclinó con desgana sobre el mostrador y pasó por encima un trapo húmedo para dar la impresión de que estaba ocupada si llegaba el jefe.

—Un médico ligando con una detective. En mi vida he oído cosa igual. ¿Y tú?

—Querida, tú eres la primera detective que conozco. A lo mejor se ha cansado de las enfermeras, las expertas de los laboratorios, las abogadas y todo eso. Ya ha salido con Vera, ¿no? ¿Y qué hace Vera? ¿Es arregladora de pólizas o algo así?

—Directora de reclamaciones —dije—. Despidieron a su jefe.

—A eso es a lo que voy. ¿A que cuando han estado en la intimidad, los dos solitos, no se han puesto a hablar de las meteduras de pata de los médicos? El está harto de eso y busca una persona distinta. Además, fijate en lo que te digo: seguro que no tiene ninguna enfermedad contagiosa.

—Sí, hay que tener mucho cuidado últimamente —dije.

—Por supuesto que sí. ¿Con los tiempos que corren y a nuestra edad? Yo exigiría un análisis de sangre antes del primer chupetón.

Se abrió la puerta y entraron dos parroquianos.

—No te olvides de lo que te digo —añadió mientras se alejaba—. Ese tipo te conviene. Y antes de terminar el año podrías ser la señora del doctor “*Como Se Llame*”.

Aboné la consumición, compré un periódico en la máquina que había fuera y volví al motel. En la habitación contigua reinaba el silencio. Me recosté en la cama y leí el *Brawley News*, que

traía un largo artículo sobre los «jardines de palmeras», que por lo visto eran la designación oficial de los palmerales que bordeaban el mar de Salton. Los árboles, trasplantes exóticos traídos de África del Norte hacía un siglo, transpiraban nada menos que quinientos sesenta litros de agua al día y tenían que polinizarse a mano. Las diversas variedades de dátiles que producían —Zahid, Barhi, Kasib, Deglet Noor y Medjool— me sonaban a partes del cerebro relacionadas con los ataques de apoplejía.

Esperé a que fuera una hora civilizada, llamé al hospital de convalecencia y hablé con la señora Haynes a propósito de Agnes Grey. Por lo visto, el resto de la noche había estado más mansa que un cordero. Habían concluido las gestiones para trasladarla a Santa Teresa en helicóptero y la paciente lo había aceptado sin protestar. Al parecer ni siquiera recordaba lo que la había puesto fuera de sí durante la víspera.

Colgué, llamé a Irene y le comuniqué las últimas noticias. El arrebato de Agnes me inquietaba todavía, pero por otro lado tampoco comprendía el sentido de mis aprensiones.

—Bueno, mi madre es así —dijo Irene cuando le manifesté mi preocupación—. Se siente culpable si no organiza algún escándalo.

—La vi muy asustada y por eso se lo he contado. A mí me puso los pelos de punta.

—Se pondrá bien. No se preocupe. Ha hecho usted un trabajo excelente.

—Gracias —dije. Como no me pareció que hubiese ningún motivo para seguir en la zona, le dije que me marcharía enseguida y que la llamaría en cuanto llegase a Santa Teresa.

Hice el petate, cogí el maletín, la máquina de escribir y los demás objetos y lo guardé todo en el coche. Acto seguido me dirigí a recepción para pagar la cuenta.

Al volver al coche vi salir a los dos enamorados de la habitación contigua. Tendrían cincuenta y tantos años, a los dos les sobraban más de veinte kilos y vestían sendos tejanos de tamaño extragrande y camisa vaquera a tono con el pantalón. Hablaban sobre la tasa de interés de los bonos del Tesoro a corto plazo. En la ventanilla trasera del Cadillac había un rótulo que decía: RECIÉN EMPAREJADOS. Los vi alejarse por el aparcamiento, cogidos por la cintura o por lo menos hasta donde la mano alcanzaba. Mientras se calentaba el motor del coche, saqué la pistola del maletín, donde la había guardado la noche anterior, y la metí en el bolso de mano, que había puesto en el asiento del copiloto.

Me dirigí directamente a Westmoreland por la nacional 86. Durante los primeros quince kilómetros no hice más que mirar por el retrovisor. El día era soleado y la abundancia de vehículos resultaba tranquilizadora, pero el tráfico empezó a menguar en los alrededores de Salton City. Manipulé el sintonizador de la radio en busca de una emisora que me ofreciera algo más que electricidad estática o el precio de la soja, la alfalfa y la remolacha azucarera. Oí de pronto unos acordes de los Beatles y me concentré en la radio unos segundos, tratando de sintonizar bien la emisora.

Cuando alcé los ojos de nuevo y miré automáticamente por el retrovisor, vi que la camioneta Dodge de color rojo me seguía a toda velocidad. Estaría a lo sumo a cincuenta metros de distancia y corría a ciento treinta por hora mientras que yo no iba ni siquiera a ochenta. Lancé un ladrido de sorpresa y pisé a fondo el acelerador, en un intento inútil de ganar terreno. El motor estuvo a punto de calarse a causa de aquel apremio inesperado, el coche se estremeció, dio un brinco, patinó y

saltó hacia delante. La rejilla del radiador de la camioneta apareció en la ventanilla de atrás, ocultando el resto del paisaje. Estaba claro que el conductor se proponía subir tubo de escape arriba para aplastarme en la operación. Giré el volante a la derecha, pero me faltó rapidez. La camioneta me dio un testarazo en el parachoques trasero, el VW dio un giro de 180 grados y donde antes estaba el norte apareció de pronto el sur. Pisé el freno y el coche patinó en el arcén levantando una cortina de grava. El bolso saltó del asiento y se me puso en el regazo por propia iniciativa. El motor se paró. Giré la llave de arranque y animé al coche para que se pusiera en marcha. Advertí por encima que la carretera estaba vacía. No había nadie que pudiera ayudarme. Un poco más adelante, a la izquierda, un camino de carros trazaba una curva siguiendo el trazado de una acequia que bordeaba un campo en barbecho, pero no vi ninguna granja ni la menor señal de vida.

A mis espaldas, la camioneta había dado media vuelta y corría otra vez hacia mí. Volví a girar la llave con insistencia, medio canturreando de miedo y con la mirada fija en el retrovisor, donde la camioneta aumentaba de tamaño a una velocidad espeluznante. El impacto me lanzó a diez metros de distancia con un *boom* ensordecedor. Me di con la frente en el parabrisas con tal fuerza que el golpe estuvo a punto de dejarme fuera de combate. El parabrisas se resquebrajó y se transformó en telaraña. El asiento se partió en dos y, libre de la contención del cinturón de seguridad, salí disparada hacia delante. Lo que impidió que me clavara el volante en el pecho fue el bolso, que funcionó como una cámara de aire y amortiguó el golpe.

El otro conductor puso el vehículo al revés y apretó el acelerador. La camioneta saltó hacia atrás, luego hacia delante y me golpeó como si estuviéramos en una pista de autochoques. El VW salió por los aires y aterrizó en la acequia rodeado de salpicaduras. A punto estuve de mordirme la lengua al rebotar en el borde superior del asiento y salir disparada hacia la consola de mandos. Me llevé la mano a la boca y de manera automática me tanteé los dientes para comprobar que no me faltaba ninguno. El coche flotó durante unos instantes y se hundió hasta tocar el fondo embarrado. No había más que un metro de agua, pero las puertas se habían abierto a causa del impacto y el vehículo empezó a llenarse de líquido cenagoso.

Mi agresor bajó de la camioneta, que se había detenido en el arcén, y avanzó hacia la parte trasera con una palanqueta en la mano. Tal vez pensara que machacarme el cráneo pegaba más con un accidente de tráfico que agujereármelo de un tiro. Era un hombre corpulento, de piel blanca, y llevaba gafas de sol y gorra de béisbol. Gimiendo de pánico, busqué la pistola en el bolso y salí arrastrándome del coche. Me acuclillé, escudada por el vehículo, mientras montaba el arma. Apoyé el cañón en el techo y lo puse en posición de tiro con ayuda de ambas manos.

Como por un milagro, el individuo dejó la palanqueta en la parte de atrás de su vehículo, se puso ante el volante y cerró la puerta de un golpe. La ventanilla del copiloto estaba cerrada y encima se había pegado una hoja de papel. Como si estuviera en el oculista para someterme a una prueba oftalmológica, descifré en la parte superior del papel las palabras AS IS, seguidas a continuación por varios renglones; era la pegatina provisional de las casas de vehículos usados. Me pareció ver que otra cara se asomaba rápidamente para mirarme en el momento en que el motor se ponía a rugir y la camioneta arrancaba. Creí reconocerla en el curso de un chispazo intuitivo que no tuve tiempo de procesar. El dolor hizo acto de presencia y las tinieblas empezaron a rodearme, encogiendo mi campo visual y reduciéndolo a un túnel negro y largo en cuyo extremo titilaba la luz del sol. Aspiré una profunda bocanada de aire para despejarme y alcé los ojos con

la prontitud suficiente para ver en el último instante que la camioneta partía en dirección norte, hacia Mecca. Habían manchado con barro la matrícula para ocultar el número.

Pasaron dos turismos en dirección sur. El conductor del segundo, un Ford ya antiguo, pareció darse cuenta de lo que pasaba al ver el VW medio sumergido en la acequia. Dio un frenazo, los gemidos de la transmisión acusaron el cambio de marcha y el vehículo empezó a recular. La descarga de adrenalina que me recorría el organismo avanzó con ímpetu como si fuera una ola y me eché a temblar. Ya había pasado todo. Me di cuenta de que lloraba ruidosamente, de dolor, de miedo, de alivio.

—¿Necesita ayuda? —El anciano se había desplazado hasta el arcén en sentido transversal y había bajado la ventanilla.

Me di cuenta por encima de que podía borrar las huellas de los neumáticos de la camioneta, aunque también es verdad que la grava del arcén era demasiado compacta para registrar nada. Al carajo con las huellas. Estaba a salvo y eso era lo más importante. Guardé la pistola en el bolso, me enderecé tambaleándome y avancé por la acequia en dirección a la carretera. Tuve que subir el terraplén arrastrándome porque las zapatillas deportivas resbalaban en el barro. Al acercarme al Ford, el anciano advirtió que tenía un chichón en la frente, el pelo revuelto, la cara ensangrentada y los tejanos empapados. Me limpié la nariz con la manga y me di cuenta de que lo que había tomado por lágrimas era un reguero de sangre. Apenas me podía tener en pie.

Sentía en la frente las palpitations del bulto que me crecía como si se tratara de un cuerno. De pronto tuve ganas de vomitar. Avancé hacia el coche y vi que la cara del conductor se contraía con preocupación creciente al comprobar mi estado.

—Hermana, a usted le pasa algo gordo.

—¿Podría avisar a la patrulla de carreteras? He sufrido un accidente provocado.

—De acuerdo, pero ¿no prefiere que la lleve antes a cualquier sitio? A juzgar por su aspecto, necesita una cura de urgencia. Yo vivo un poco más adelante.

—Estoy bien. Sólo necesito una grúa...

—Mire, jovencita, llamaré al *sheriff* y le conseguiré una grúa, pero no pienso dejarla tirada en la cuneta.

—No quiero abandonar el coche.

—No se preocupe que no se moverá, ni yo tampoco si no hace lo que le digo.

Titubeé. El VW estaba destrozado. Toda la parte trasera parecía haberse encogido y el guardabarros derecho estaba aplastado. Desde tiempos inmemoriales venía sufriendo toda clase de roces y abolladuras, la primitiva pintura beige había adquirido un matiz blanco sucio y el óxido había acabado por comérselo. Me había durado casi quince años. Me di la vuelta con una punzada de pesar y avancé cojeando hacia el asiento del copiloto del Ford. Me sentía como si me estuviera despidiendo de un amigo. Al parecer me había dado un golpe en la rodilla izquierda y me notaba el muslo agarrotado. Cuando reuniese fuerzas suficientes para bajarme los pantalones, seguro que vería una moradura del tamaño y el color de una berenjena. El anciano me abrió la puerta.

—Me llamo Carl LaRue —dijo.

—Kinsey Millhone —contesté. Subí al vehículo y me arrellané en el asiento para apoyar la cabeza en el respaldo. Nada más cerrar los ojos se me pasaron las ganas de vomitar.

El Ford volvió a pisar la carretera y anduvo en dirección sur algo menos de un kilómetro, punto en que giró a la izquierda para tomar una carretera secundaria. Deseaba con toda el alma

que no fuera un plan preconcebido y que el viejo no estuviera compinchado con el conductor de la camioneta. Volví a ver la pegatina que decía AS IS y la cara que había vislumbrado. Me incorporé con cuidado al recordar dónde había visto antes aquella cara. Había sido al dirigirme al desierto, en el área de descanso donde había tomado el bocadillo. Había visto un niño por allí, un niño de unos cinco años que se entretenía con unos coches de juguete. El padre dormía la siesta con una revista sobre la cara... un sujeto de piel blanca, de brazos gruesos, vestido con una camiseta estampada sin mangas. Nada más establecer la relación, recordé que les había vuelto a ver. Era el mismo hombre que había cruzado el aparcamiento del motel con el niño sobre los hombros, en dirección a la máquina de refrescos. Sufrí una sacudida al acordarme de las cosquillas que el adulto hacía al pequeño. Lo que resonaba en mi cabeza era el campanilleo de la picara risa infantil, que ahora se me antojaba tan impúdica y perversa como la de un demonio. ¿Qué clase de asesino a sueldo sería el que complicaba a su propio hijo?

Mientras el señor LaRue llamaba por teléfono a la comisaría del sheriff del condado, me doblé como una navaja, vencida por el deseo de dormir, en el incómodo sofá de su salita. Tenía la cabeza a punto de estallar. Notaba el cuello agarrotado a causa del rebote sobre el apoyacabezas y las costillas me dolían por los cuatro puntos cardinales. Me sentía helada y pequeña, igual que tras el accidente en que habían muerto mis padres. Sin que pudiera explicármelo, el cerebro se puso a repetir con voz cantarina el artículo que había leído aquella mañana en el periódico. «Las palmeras pueden superar los veinte metros de altura y producir alrededor de 150 kilos de dátiles. La palmera adulta produce entre 15 y 18 racimos. Cuando el dátil ha alcanzado el tamaño de un guisante, los racimos han de envolverse con papel de estraza para protegerlos de los pájaros y la lluvia...». Lo que ya no alcanzaba a recordar era dónde estaba ni por qué me dolía todo.

Carl me sacudía el hombro con insistencia. Al parecer había llamado al hospital y el personal de urgencias le había dicho que me llevara con el coche. Su mujer, cuyo nombre no acababa de archivar yo en la memoria, había humedecido un paño con agua fría para limpiarme la suciedad y la sangre de la cara. Me habían levantado los pies y tapado con un edredón. Me incorporé ante su insistencia y me arrastré otra vez hacia el coche, envuelta aún en el edredón como un gusano con patas.

Cuando llegamos a urgencias, estaba ya bastante despejada, lo suficiente para identificarme y para responder bien a preguntas tales como «¿Cuántos dedos hay aquí?», y otros acertijos neurológicos que me plantearon mientras permanecía en posición horizontal. El techo era de color crema, los armarios azules. Entraron el equipo móvil de rayos X. Primero me radiografiaron el cuello, dos veces, para comprobar que no se me había roto, y a continuación el cráneo, que al parecer no presentaba fracturas.

Luego me incorporaron y un médico joven me observó los ojos, mezclando su aliento con el mío en rara intimidad, mientras comprobaba los reflejos de la córnea, el tamaño de la pupila y mis reacciones ante la luz. Rondaría los treinta años y tenía el pelo castaño y rizado, con algunas entradas en la frente surcada por finas arrugas horizontales. Debajo de la bata blanca llevaba una camisa beige y una corbata de lunares pardos. Su loción de afeitado olía a hierba recién cortada, aunque la afeitadora eléctrica se había olvidado de dos pelos exactamente debajo de la barbilla. Me pregunté si se daba cuenta de que yo comprobaba sus constantes vitales mientras él comprobaba las mías. Mi presión sanguínea estaba entre los 110 de máxima y los 60 de mínima, y tenía la temperatura, el pulso y la respiración normales. Lo sé porque cada vez que anotaba algo leía lo que escribía. En una casilla que había en la parte inferior de la hoja garabateó la expresión

«síndrome postraumático». Me llenó de alegría comprobar que el accidente no había alterado mi capacidad de leer al revés. Me administraron remedios de primera necesidad, casi todos dolorosos, entre ellos una inyección antitetánica que estuvo a punto de hacerme perder el conocimiento.

—En mi opinión, sería conveniente que pasara aquí la noche —dijo—. No parece tener lesiones de consideración, pero ha recibido un fuerte golpe en la cabeza. En cualquier caso, me quedaría más tranquilo si nos permitiera tenerla en observación durante las próximas doce horas. ¿Quiere que avisemos a alguien?

—No, no hace falta —murmuré.

Lo cierto es que me sentía demasiado magullada para protestar y demasiado asustada para enfrentarme al mundo exterior. Se fue por la puerta que comunicaba con la sala de enfermeras, que entreví por una ventana interior, protegida, para salvaguardar la intimidad, por persianas de listones parcialmente cerrados. En el pasillo había aparecido un ayudante del *sheriff*. Lo vi fragmentado en secciones horizontales mientras charlaba con una joven que señaló por encima del hombro la sala en que me encontraba. Los demás receptáculos de la sala de urgencias estaban vacíos y el silencio reinaba en la zona. El agente conferenció con el médico, que sin duda le comentó que me encontraba en condiciones de responder a preguntas relativas al motivo por el que mi coche había aterrizado en una acequia.

El agente se llamaba Richie Windsor, uno de esos polis con cara de niño, nariz respingona y mejillas redondas y enrojecidas por el sol. Tenía que ser un pardillo con no más de veintiún años, la edad mínima que se exigía para ser ayudante de *sheriff*. Tenía los ojos de color avellana, el pelo castaño claro y cortado a cepillo. Todavía le faltaba experiencia para adoptar la actitud distante y paranoica que caracteriza a casi todos los polis. Le describí lo ocurrido de manera ordenada, sin ahorrarle detalles, mientras tomaba notas y lanzaba exclamaciones ocasionales en una mezcla de inglés y español mexicano. «¡Guau!», decía, o «¡*Mi madre*, qué listo!». Habría jurado que le daba envidia que hubieran querido matarme.

Terminado el informe, me dijo que avisaría para que se diese orden de «estén alerta» por si la Dodge se encontraba aún en la zona. Los dos sabíamos que la posibilidad de localizar al sujeto era muy pequeña. Si efectivamente era un tío «listo», habría abandonado el vehículo a la primera de cambio. Al ver que se disponía a marcharse, no pude contenerme y lo cogí por la manga del uniforme.

—Una cosa —dije—. El médico quiere que pase aquí la noche. ¿Se podría arreglar para que mi ingreso no se registrara oficialmente? Este es el único hospital que hay por aquí. Al individuo le bastaría con llamar a información para saber dónde estoy.

—Bien pensado, *amigo*. Voy a averiguarlo —dijo y se guardó el bolígrafo.

Al cabo de unos minutos, me enviaron a una joven empleada con una silla de ruedas, una carpeta llena de formularios que había que rellenar y una cinta identificadora de plástico que la joven me puso en la muñeca con un aparatito que parecía un taladro.

Carl LaRue y su mujer habían estado pacientemente sentados en el pasillo durante todo el tiempo transcurrido. Por fin se les permitió verme mientras se gestionaban los últimos detalles para asignarme una cama. El agente, por lo visto, les había dicho ya que fueran prudentes en lo tocante a mi paradero.

—Nadie sabrá nada por nosotros —dijo Carl—. No diremos ni una palabra.

Su mujer me palmeó la mano.

—Descanse, recupérese y no se preocupe por nada más.

—Les agradezco todo lo que han hecho —dije—. Sinceramente. Creo que nunca podré pagar la deuda que he contraído con ustedes. De no haber pasado por allí, seguramente habría muerto.

Carl se removió incómodo.

—Vamos, olvídelo. Ha sido un placer ayudarla. Sabemos lo que es tener hijos y nos gustaría que en una situación así les ayudaran también.

La mujer se cogió al brazo del marido.

—Será mejor que nos vayamos. Querrán que descanse.

En cuanto se marcharon, me metieron en el montacargas, me subieron al primer piso y me condujeron a una sala privada, perteneciente sin duda al pabellón de enfermedades contagiosas, donde no se permitían las visitas. No eran más que las tres de la tarde, pero el día duraba ya una eternidad. No me habían administrado calmantes a causa de la herida de la cabeza, ya que si me dormía podía entrar en coma. Cada sesenta minutos se comprobaban mis constantes vitales. Los carritos de la comida hacía rato que habían dejado de circular, pero una enfermera muy amable me trajo un tarro de comida infantil y un paquete de galletas saladas. Imaginé a la empleada de la oficina rellenando un vale por 26 dólares. Esperaba que la factura del hospital no excediera de 700 u 800 dólares, aunque no estaba segura, porque a lo mejor me ponían una tirita o un imperdible y la cuenta se disparaba. Estaba asegurada, como es lógico, pero que me cobrasen lo que me costaría la entrada de un coche nuevo me parecía indignante.

Me quedé mirando el teléfono. Había una guía en la parte inferior de la mesita de noche. Busqué el prefijo de Carson City, Nevada (el 702 para todas las poblaciones, por si le interesa a alguien), llamé a Información, me dieron el número de Investigaciones Decker-Dietz y lo marqué a continuación. Oí cinco timbrazos. Esperaba ya que se pusiera la operadora o un contestador automático cuando descolgaron de pronto y respondieron con brusquedad y tono de fastidio.

—¡Sí!

—¿Podría hablar con Robert Dietz?

—Yo soy Dietz. ¿Qué se le ofrece?

—No sé si se acordará de mí —dije—. Me llamo Kinsey Millhone, soy amiga de Lee Galishoff y le llamo por indicación suya. Hablé con usted hace cosa de un año, desde Santa Teresa. En aquella ocasión me ayudó usted a localizar a una mujer que se llamaba Sharon Napier...

—Sí, sí. Ya me acuerdo. Lee me dijo que a lo mejor llamaba usted.

—Bueno, pues parece que voy a necesitar ayuda. Estoy en Brawley, California, retenida por el momento en la cama de un hospital. Un tipo me obligó a salirme de la carretera...

—¿Son de gravedad las lesiones? —dijo, interrumpiéndome.

—No, estoy bien. Creo. Cortes y chichones, pero ningún hueso roto. Aún estoy en observación. El coche quedó destrozado, pero por suerte pasó un vehículo antes de que el tipo aquel acabara de...

—¿Dónde está Brawley? —interrumpió de nuevo—. Refrésqueme la memoria.

—Al sur del mar de Salton, a hora y media de San Diego, yendo hacia el este.

—Voy para allá.

Fruñí el ceño, incapaz de contener la sorpresa.

—¿De veras va a venir?

—Dígame cómo encontrarla. Un amigo tiene un avión y me puede llevar a San Diego. Alquilaré un coche en el aeropuerto y estaré ahí alrededor de medianoche.

—Yo, bueno, eso es estupendo. Quiero decir que le agradezco la rapidez, pero si viene mañana es igual. En cualquier caso no creo que me den de alta hasta las nueve.

—No se ha enterado usted de lo del juez —dijo sin ninguna inflexión en la voz.

—¿Qué juez?

—Jarvison. Le han dado el pasaporte. El primero de la lista. Lo cosieron a balazos esta mañana delante del garaje de su casa.

—Creí que tenía protección policial.

—Sí, la tenía. Por lo que sé, debía permanecer oculto con los otros dos, pero insistió en quedarse en casa. Su mujer acababa de dar a luz y no quería dejarla sola.

—¿Dónde ha sido, en Carson City?

—En Tahoe, a unos veinte kilómetros.

Dios mío, pensé, más o menos a la misma hora que habían intentado matarme a mí.

—¿A cuántos matones ha contratado Tyrone Patty?

—Por lo que parece, a más de uno.

—¿Y Lee? ¿Se encuentra bien?

—No lo sé. No he hablado con él. Pero seguro que está bien protegido.

—¿Y el asesino? ¿Consiguió escapar?

—La asesina. Se hacía pasar por inspectora de Servicios Públicos y se había apostado con una furgoneta al otro lado de la calle.

Sentí una sacudida de rabia.

—Oiga, Dietz, no soporto esta situación. ¿Me puede usted decir qué pasa? El tipo que trató de matarme iba con su hijo, un niño pequeño.

Invertí unos minutos en ponerle al tanto de lo sucedido. Me escuchó con atención, haciéndome preguntas ocasionales para aclarar algún que otro pormenor. Cuando hube terminado, se produjo una pausa que me indicó que había encendido un cigarrillo.

—¿Tiene pistola? —preguntó. Casi percibí el olor del tabaco a través de la línea.

—En el bolso. Pequeña, de 0,32 pulgadas. No es gran cosa, pero donde pongo el ojo pongo la bala.

—¿Y no se la han confiscado? —dijo con incredulidad.

—¿Por qué habrían de hacerlo? Cuando se ingresa en un hospital, se hacen preguntas relacionadas con la medicina; a nadie se le ocurre preguntar si una va armada o no.

—¿Quién sabe que está usted ahí?

—No puedo saberlo. Esto es un pueblo. Le dije al ayudante del *sheriff* que fuera discreto, pero siempre hay rumores. En realidad me sentía segura hasta que he hablado con usted.

—Estupendo. Siga con el nerviosismo. Llegaré lo antes que pueda.

—¿Cómo me encontrará? No creo que le dejen entrar a las tantas de la noche.

—No se preocupe. Tengo mis métodos —dijo.

—¿Cómo sabré que es usted y no un colega de Tyrone Patty?

—Elija una contraseña.

—Pepinillos en vinagre.

Se echó a reír.

—¿Significa algo?

—Nada. Es lo primero que me ha venido a la cabeza.

—Pepinillos en vinagre. Hacia la medianoche. Tenga cuidado.

Nada más colgar, me levanté de la cama y me dirigí a la sala de enfermeras, sujetándome por detrás la bata que me habían dado. Detrás del mostrador había tres enfermeras, una administrativa y una asistenta. Las cinco levantaron la vista y a continuación posaron los ojos en un punto situado a mis espaldas. Me volví. El agente novato estaba sentado en un banco con la espalda apoyada en la pared. Levantó la mano con apocamiento y un asomo de rubor en las mejillas.

—Me ha descubierto. Estoy avergonzado —dijo—. Pensé que sería mejor cuidar de usted por si volvía el chulo ese. Supongo que no le importará.

—¿Bromea? De ningún modo. Le agradezco el interés.

—Le presento a mi novia, Joy...

La asistenta me dedicó una sonrisa. Acto seguido me presentaron a las otras cuatro mujeres.

—Hemos avisado a seguridad —dijo una de las enfermeras—. Si lo desea, puede dormir un rato.

—Gracias, no es mala idea. Más tarde vendrá un detective privado que se llama Robert Dietz. Avísenme cuando haya llegado y procuren que esté solo. —Les dije la contraseña y la hora aproximada a la que llegaría.

—¿Qué aspecto tiene?

—No lo sé. No lo he visto en mi vida.

—Esté tranquila. Ya nos ocupamos nosotros de todo —dijo Richie.

Dormí hasta la hora de la cena, momento en que me incorporé lo suficiente para engullir un plato de comida hospitalaria que me sirvieron tapada con una campana de aluminio. Volvieron a comprobarme las constantes vitales y caí dormida de nuevo hasta las once y cuarto de la noche. Había notado, en medio del sueño, que de vez en cuando se acercaba alguien para tomarme el pulso con dedos tan tibios como los de un ángel. Cuando desperté, advertí que habían recogido los enseres que llevaba en el coche. La máquina de escribir y el petate estaban apoyados en la pared. Apreté los dientes y salté de la cama. Al agacharme para bajar la cremallera del petate, sentí en la cabeza una punzada como si tuviera resaca. Saqué unos tejanos limpios y un suéter de cuello alto y los puse encima de la cama. En el cajón de la mesita de noche había jabón, un cepillo de dientes, dentífrico y una botellita de plástico de Lubriderm. Entré en el cuarto de baño y me cepillé los dientes, contenta de estar rodeada de gente y de poder contar con ella. Tomé un prolongado baño caliente en una bañera que tenía asas en todos los puntos imaginables de la pared. Falta me hacían. El hecho de entrar y salir en la bañera me sirvió para recordar el doloroso mapa de magulladuras que me cubría todo el cuerpo.

Mientras me secaba, me contemplé en el espejo, pero lo que vi me llenó de desánimo. Además del chichón de la frente, alrededor de los ojos se me habían formado sendas moraduras rubricadas por riachuelos de color rojizo; un maquillaje ideal para la fiesta de Halloween, lástima que faltasen seis meses. Tenía la rodilla izquierda violeta y el tórax moteado de manchas del color del hollín. Al peinarme me deshice en muecas mientras sorbía el aire por entre los dientes apretados. Pasé a la otra habitación y tardé una eternidad en vestirme porque después de ponerme una prenda tenía que descansar. La operación fue agotadora, pero a fuerza de tenacidad conseguí rematarla.

Todos los daños sufridos en el accidente querían pasarme factura.

Volví a estirarme en la cama mientras miraba la hora. Las doce en punto. Dietz llegaría de un momento a otro. No sé por qué, pero suponía que querría ponerse en camino inmediatamente, cosa que también a mí me interesaba.

Si había sufrido una conmoción, tenía que haber sido leve. Ni siquiera estaba segura de haber perdido el conocimiento y, que yo supiera, no sufría ningún síntoma de amnesia postraumática; claro que, si había olvidado algo, ¿cómo iba a saberlo en el fondo? La cabeza seguía doliéndome, pero no me importaba. El dolor podía durar semanas y yo quería largarme en el ínterin. Necesitaba que cuidaran de mí, a ser posible alguien con una pistola de las grandes y que no tuviera reparos en utilizarla. Me di cuenta de que trataba de no pensar en el juez Jarvison.

Abrí los ojos al oír el suave campanilleo con que se anunciaba el servicio del hospital y el rumor metálico de los carritos del desayuno que circulaban por el pasillo. Ya era de día y había una mujer delante de mí. Tardé un minuto en recordar dónde estaba.

—¿Señorita Millhone? Es la hora de tomarle la temperatura...

Abrí la boca mecánicamente y me puso un termómetro frío y húmedo bajo la lengua. No lo habían lavado bien y sabía a alcohol. Me sujetó el brazo derecho, pegándolo contra sí, mientras me ajustaba el manguito del esfigmomanómetro para medirme la presión arterial. Me colocó el disco del estetoscopio en la sangría del brazo y se puso a dar aire con la pera. Abrí los ojos. Era la primera vez que veía a aquella chicana esbelta de labios carnosos, pintados de rojo chillón, y con el largo pelo castaño recogido en una coleta. La aguja del esfigmomanómetro bajaba en sentido contrario a las agujas del reloj y ella no despegaba los ojos del aparato. Supuse que tenía la presión normal porque no dijo absolutamente nada. No estaría mal que los médicos nos explicaran cosas de vez en cuando.

Me volví hacia la ventana y vi a un hombre apoyado en la pared con los brazos cruzados a la altura del pecho. Dietz. Cuarenta y siete o cuarenta y ocho años, alrededor de uno setenta, tejanos, botas camperas y chaqueta deportiva de mezclilla de cuyo bolsillo superior sobresalía un cepillo de dientes azul como si fuera un bolígrafo. Estaba recién afeitado, llevaba el pelo ni largo ni corto y le encanecía ya alrededor de las orejas. Me observaba con ojos grises e inexpresivos.

—Soy Dietz —voz ronca, registro intermedio.

La enfermera me quitó el manguito con ruido rasgante y apuntó algo en una gráfica. Me saqué el termómetro de la boca con la mano libre.

—¿A qué hora llegó?

—A la una y cuarto. Dormía usted como un ángel y no quise despertarla.

La enfermera cogió el termómetro y lo observó con el ceño fruncido.

—Tendría que haberlo tenido en la boca un poco más.

—No tengo fiebre. Estoy aquí por un accidente —dije.

—La enfermera jefe se enfadará conmigo si no le tomo la temperatura.

Me empotré el termómetro en la comisura de la boca como si fuera un cigarrillo y se puso a bailotear cuando me dirigí a Dietz.

—¿Ha dormido?

—¿Aquí?

—En cuanto venga el médico, nos largamos de este lugar —dije—. El tipo que iba con el niño estaba en el mismo motel que yo. Podríamos volver para hablar con el encargado. Puede que

averigüemos el número de matrícula de la camioneta.

—Caballero, ¿tendría la bondad de esperar en el pasillo?

—Han encontrado la camioneta. Nada más llegar, llamé al *sheriff* del condado desde una cabina. El vehículo fue abandonado en las afueras de San Bernardino. Han ido a ver si encuentran huellas, pero creo que nuestro hombre es demasiado listo para haber dejado alguna.

—¿Qué me dice de las casas de coches usados de los alrededores?

—Podemos probar, pero me da la sensación de que si seguimos la pista de la camioneta, nos encontraremos en un callejón sin salida.

La enfermera se estaba poniendo nerviosa.

—Caballero...

Dietz le dirigió una mirada fugaz. Fui a protestar, pero en aquel instante se apartó de la pared.

—Me voy al salón de abajo a fumar un cigarrillo —dijo.

Serían poco más de las diez y media cuando me ayudó a introducir los vapuleados huesos en el asiento delantero de un Porsche de color rojo subido. Le vi rodear el vehículo por la parte delantera y sentarse ante el volante.

—¿Es alquilado?

—Es mío. He venido con él. No quise esperar a mi colega del avión. Le era imposible despegar enseguida.

Me abroché el cinturón de seguridad y me hundí en el asiento de cuero negro. Arrancó con un rugido y salimos de la zona de estacionamiento mientras conectaba la refrigeración. El sólido interior del vehículo olía a cuero y tabaco. Como las ventanillas ahumadas estaban subidas para preservar del calor del desierto, me sentía aislada de la cruda realidad de la vida rural.

—¿Adónde vamos?

—Al taller donde llevaron su coche.

—¿Estará abierto en domingo?

—Hoy sí.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Llamé al número de urgencias. El tipo nos está esperando.

Entramos en Brawley y nos dirigimos a un garaje situado en el recinto de una antigua gasolinera que estaba en una travesía de la calle principal. El VW se encontraba en una sección lateral, detrás de una valla de tela metálica. Al entrar en el área de servicio, el propietario salió de la oficina con un manajo de llaves en la mano. Abrió el candado que cerraba la valla y empujó la puerta. Entramos, Dietz estacionó el coche y me puso una mano en el brazo cuando ya me disponía a salir.

—Bajaré yo primero —dijo.

Por su tono de voz, no me pareció que se tratara de una cuestión de galantería. Esperé y vi que se ponía delante de mi puerta para protegerme mientras yo salía. El dueño del establecimiento no pareció advertir nada raro en nuestras operaciones. Dietz le entregó un billete doblado, pero no alcancé a distinguir su valor. Supuse que lo bastante elevado para que el individuo hubiera aceptado abrir el negocio en un día de fiesta.

Rodeamos el VW para comprobar los desperfectos. Apenas había un centímetro cuadrado que no hubiera resultado afectado de un modo u otro.

—Por lo visto recibió un trompazo de aúpa —dijo el propietario a Dietz.

No supe si se refería al coche o a mí. Abrí de un tirón la abollada puerta derecha y vacié la

guanteras; la documentación del coche me la guardé en el bolso; los albaranes de las gasolineras eran de hacía mucho tiempo y los tiré. Aún quedaban objetos personales en el asiento trasero: libros jurídicos, herramientas manuales, el equipo fotográfico, diversas prendas de vestir, un par de zapatos. Muchos se habían caído del asiento durante la embestida y estaban húmedos y sucios del agua fangosa de la acequia. Comprobé la maltrecha caja de objetos de porcelana y vi con alegría que no se había roto ninguno. Trasladé lo que pude al maletero del Porsche de Dietz. Lo que no tiré allí mismo, lo metí en una caja grande de cartón que me proporcionó amablemente el propietario del garaje. En ella metí la caja que contenía el juego de té. Pagué con un cheque el importe de la grúa y convine con el propietario que me lo enviaría todo a Santa Teresa. En cuanto volviera, solicitaría a mi compañía de seguros la indemnización pertinente, aunque no esperaba que me dieran mucho por el coche.

Diez minutos más tarde nos dirigíamos al norte por la nacional 86. Nada más coger la carretera, Dietz se puso un cigarrillo entre los labios y levantó de un golpe el capuchón de un Zippo. Me miró de soslayo y titubeó.

—¿Le molesta que fume?

Tenía intención de ser educada, pero me pareció absurdo. ¿De qué sirve la comunicación si no hay intercambio de verdades?

—Supongo —dije.

Bajó la ventanilla, tiró el mechero, a continuación el cigarrillo y acto seguido el paquete de Winston que llevaba en el bolsillo de la camisa.

Le miré atónita mientras se me escapaba una risa nerviosa.

—¿Qué hace?

—Dejar el vicio.

—¿Así, sin más?

—Yo hago todo lo que me propongo.

Parecía una fanfarronada, pero estoy convencida de que lo dijo muy en serio. No intercambiamos palabra durante quince kilómetros. Al aproximarnos a Salton City le dije que redujera la velocidad. Quería ver el lugar donde me había agredido el individuo de la Dodge. No nos detuvimos (carecía de sentido), pero no podía pasar de largo sin sacar a relucir el incidente.

Al llegar a Indio, nos dirigimos a una pequeña arteria comercial y estacionamos el coche delante de un restaurante mexicano empotrado entre un videoclub y el consultorio de un veterinario.

—Supongo que tendrá hambre —dijo Dietz—. No quisiera parar cuando lleguemos al área metropolitana de Los Angeles. El tráfico está imposible los domingos.

—De acuerdo —dije.

La verdad es que me sentía en tensión y necesitaba estirar las piernas. Dietz conducía bien, pero con talante competitivo, y perdía la paciencia cada vez que se le ponía alguien delante. La autopista no tenía más que dos carriles y su forma de adelantar me obligaba a sujetarme al asiento. Prestaba una atención obsesiva a la carretera, la que teníamos delante y la que dejábamos atrás, atento (digo yo) a la aparición de vehículos sospechosos. No encendía la radio y el silencio absoluto que reinaba en el interior del coche sólo se rompía cuando se ponía a tamborilear con los dedos en el volante. Era una forma de vitalidad que me sacaba de quicio. Supongo que al aire libre no me molestaba, pero en las reducidas dimensiones del coche me ponía al borde de la

claustrofobia. Me inquietaba la idea de tenerlo pegado a mí las veinticuatro horas del día durante un período de tiempo incalculable.

Empujamos las puertas de cristal y accedimos a un espacio rectangular, largo y sin características especiales, sin duda construido expresamente para instalar un pequeño comercio. La cocina estaba separada de las mesas del comedor por un tabique insuficiente. Desde la puerta se veía la cocina y un frigorífico abollado que habría podido comprarse perfectamente en la tienda de cualquier área de servicio de una autopista. Dietz me recomendó que esperara mientras se dirigía al fondo y miraba por la puerta trasera. Hacía frío en el local y cuando apartamos las sillas para sentarnos, el eco resonó en todas partes. Dietz se situó de manera que pudiera vigilar el coche a través del ventanal de la entrada.

El cocinero asomó la cabeza y nos miró con desconfianza. Quizá pensara que éramos inspectores de Sanidad en busca de excrementos de rata. Oí un cambio de murmullos y apareció una camarera. Era baja y gorda, una cuarentona mexicana envuelta en un delantal grande y adornado con manchas. Ensayó su habilidad políglota con no poca timidez. Mi dominio del español se reduce (aproximadamente) a tres palabras, pero habría jurado que nos quería servir un plato de sopa de ardilla. Dietz la miraba de reojo mientras negaba con la cabeza. Por último se enzarzaron en una conversación en español que duró unos minutos. Dietz no parecía dominar el idioma, pero se las arregló para hacerse entender.

Le observé por encima mientras conjugaba el vocabulario que sabía. Tenía aspecto cascado, la nariz un poco aplastada y con un bulto en el puente. La boca era grande y de trazo recto, y perdía la simetría cada vez que esbozaba una sonrisa. Tenía la dentadura completa y en buen estado, pero recelaba que con alguna prótesis por medio. Me parecía demasiado imperturbable y su piel demasiado blanca. Se volvió hacia mí.

—El local se inauguró ayer mismo. La camarera nos recomienda menudillos o el plato combinado.

Me incliné hacia él para evitar los brillantes ojos de la camarera.

—No aguanto los intestinos de animal. ¿Los ha visto alguna vez? Son blancos y parecen trozos de esponja, con agujeros y bultitos. Yo creo que los seres humanos no tenemos esas cochinas.

—La señorita tomará el plato combinado —dijo a la camarera con amabilidad. Y le enseñó dos dedos para que le sirvieran otro a él también.

La camarera se alejó arrastrando los guaraches que llevaba encima de los calcetines blancos. Al cabo de unos minutos volvió con una bandeja con vasos, dos cervezas, un platito de salsa y una cestita con tortas de maíz cubiertas de aceite que todavía crepitaba.

Mientras esperábamos la comida nos entretuvimos con las tortas y la salsa.

—¿De qué conoce a Lee Galishoff? —pregunté.

En la boca de la botella de cerveza descansaba una rodaja de lima y la exprimí en el interior. Hicimos caso omiso de los vasos, que acababan de lavarse y todavía estaban calientes.

Se llevó la mano al bolsillo para coger el tabaco, sin recordar que había tirado el paquete. Cuando se dio cuenta, cabeceó y esbozó una sonrisa.

—Me contrató para que le buscara a un testigo que necesitaba en uno de sus primeros juicios. Luego nos vimos para jugar al *racquetball* y nos hicimos amigos. ¿Y usted?

Le expliqué con brevedad las circunstancias por las que había acabado buscando a Tyrone Patty por cuenta suya.

—Tengo entendido que ya ha trabajado usted antes en servicios de seguridad.

Asintió.

—Es una ocupación secundaria, pero lucrativa, sobre todo en los tiempos que corren. Limita un poco las actividades personales, pero por lo menos te ahorra la rutina detectivesca, que es un aburrimiento, como usted bien sabe. La semana pasada me pasé seis horas mirando microfilms en una delegación de Hacienda. Así no se puede trabajar.

—Lee me dijo que estaba usted harto.

—Harto no. Aburrido. Hace diez años que trabajo en esto y ya va siendo hora de cambiar.

—¿A qué? —La cerveza estaba muy fría y contrastaba de un modo exquisito con la salsa picante, que me había aflojado el moquillo. De vez en cuando me pasaba con disimulo una servilleta de papel por la nariz; parecía una yonqui que necesitara una dosis.

—Aún no lo sé —dijo—. Entré en el oficio porque no tenía un empleo mejor. Al principio elaboraba informes y entregaba citaciones a cuenta de un tipo que tenía una agencia y que al final me contrató en firme. A Ray no le gustaba el trabajo de campo, era demasiado vulgar para su gusto; él se encargaba del papeleo y yo de los morosos. Era de los que trabajan con la cabeza, tenía mucho de aquí —se tocó la sien.

—Habla usted en pasado. ¿Qué le pasó?

—Se quedó frito de un ataque al corazón hace diez meses. Hacía *footing* y levantaba pesas. Se casó, dejó de beber y de fumar, no probó más drogas y renunció a la vida nocturna. Compró una casa, tuvo un hijo, era más feliz que un cerdo comiendo mierda y la palmó. A los cuarenta y seis años. Hace un mes, la viuda empezó a hablarme como si estuviese esperando que yo ocupara la plaza vacante. La rehostia. No, gracias. La obligué a despedirme.

—¿Ha vivido en California?

Hizo un ademán de indiferencia.

—He vivido en todas partes. Nací en una furgoneta, en las afueras de Detroit. Mi madre estaba a punto de parir y el viejo no quería detenerse. De pequeño me llevaron de aquí para allá. Mi padre trabajaba en la construcción de torres y plataformas petrolíferas y estuvimos bastante tiempo en Los Angeles... Esto fue entre fines de los cuarenta y principios de los cincuenta, cuando el negocio estaba en auge. Texas, Oklahoma. Era un trabajo peligroso, pero se ganaba mucho. Mi padre era un pendenciero y un fanfarrón, y se deslomaba por mí, por lo menos mientras le imité. Era de esos que se entrometen en las peleas de los bares y lo ponen todo patas arriba; le gustaba. Si tenía algún roce con el jefe o no le gustaba la faena concreta que le encargaban, cogíamos los trastos y volvíamos a la carretera.

—¿Y podía compaginarlo con los estudios?

—Evitaba la escuela siempre que podía. Me reventaba estudiar. Me parecía absurdo. Era como prepararse para algo que no me interesaba. No entraba en mis proyectos trabajar en una tienda de comestibles, ¿para qué tenía que aprender entonces cuántos centímetros hay en un pie? ¿Es acaso un tema de debate? ¿Y que dos trenes salgan de ciudades diferentes a cien kilómetros por hora? No podía aguantar esas estupideces. A los chicos que eran como yo les llaman hoy hiperactivos. Todo se reducía a reglas, leyes y normas, y sin el menor objeto. No lo soportaba. No terminé los estudios, pero al final saqué el graduado escolar. Me presenté a un examen escrito y aprobé sin abrir un libro. Los planes de estudios no se hacen para los tránsfugas. Me gustaban la educación física y las manualidades, ebanistería, mecánica automovilística, cosas por el estilo.

Pero de lo académico, nada. No tiene sentido, a menos que empieces por el principio y sigas con ello hasta el final. Yo siempre aparecía a mitad de curso y me marchaba antes de que terminara. Es la historia de mi vida.

Llegó la comida y nos entretuvimos adivinando sus ingredientes. Había arroz, un charco de sustancias refritas, un objeto doblado del que chorreaba queso y una cosa plana. Identifiqué un tamal porque estaba envuelto en una hoja de maíz. Todo natural y sin aditivos: ni perejil, ni rodaja de naranja encima. Mi plato quemaba tanto que habría podido planchar una camisa con él. El cocinero salió de la cocina con timidez y nos sirvió, envuelta en un paño, una humeante torre de tortas de maíz. Las dos comidas del hospital me habían dejado en las papilas un deseo vehemente de productos exóticos. Devoré lo que tenía delante y sólo me detuve los segundos que necesité para engullir otra cerveza fría. Todo estaba excelente y con un sabor como para chuparse los dedos. Llegué a la meta un poco antes que Dietz y me limpié los labios con una servilleta de papel.

—¿Y su madre? ¿Qué hacía mientras?

Se encogió de hombros con la boca llena y no habló hasta tragarse el bocado.

—Estaba allí. Mi abuela también. Los cuatro viajábamos en una furgoneta antigua con las herramientas amontonadas en la parte de atrás. Todo lo que sé me lo enseñaron mi madre y mi abuela mientras recorríamos el país. Geografía, geología. Comprábamos libros de texto y los leíamos por el camino. Siempre estaban bebiendo cerveza, gastando bromas y riéndose como locas. Lo normal para mí era aquello y aprender resultaba divertido. Pero en cuanto me metía en un aula, el silencio me deprimía.

Sonreí.

—Seguramente era usted el típico alumno que me atemorizaba cuando yo iba a la escuela. Los chicos me desconcertaban. No acababa de comprender de dónde habían salido. Cuando estaba en quinto, los viernes por la tarde representábamos obras de teatro. Argumentos improvisados que ensayábamos en los vestuarios. Las chicas preferían las historias de amor con mucha tragedia y autosacrificio. A los chicos les gustaba hacer de espadachines, daban saltos y volteretas y hacían muchos ruidos con la boca. Se quedaban pegados a la pared y se desplomaban muertos. No entendía qué diversión se podía encontrar en aquello. Tampoco me gustaba lo que hacían las chicas, pero por lo menos no morían acuchilladas por bandidos imaginarios.

Sonrió.

—¿Se crio usted en Santa Teresa?

—Siempre he vivido allí.

Cabeceó con asombro fingido.

—Yo ni siquiera podría enumerar todos los lugares en que he estado.

—¿Ha estado en alguna guerra?

—Me libré, gracias a Dios. Demasiado joven para la de Corea y demasiado mayor para la de Vietnam. En cualquier caso, no creo que hubiera pasado el examen médico. De pequeño sufrí fiebre reumática...

Volvió la camarera para llevarse los platos.

—¿Dónde está el lavabo de señoras, por favor? —le pregunté.

—*Gracias* —dijo, sonriéndome con alegría mientras cargaba la bandeja.

—*El cuarto de damas* —tradujo Dietz.

—¡Aaaah! —Se echó a reír al darse cuenta de la confusión. Me hizo una seña en dirección a la cocina.

Eché atrás la silla. Dietz casi se incorporó como si quisiera acompañarme, pero se lo impedí.

—Por el amor de Dios, hombre. Todo tiene un límite, ¿no?

Lo dejó correr, pero advertí que me observaba con atención mientras me dirigía hacia la puerta del fondo. Por lo visto, las mujeres hacían sus necesidades en el cuarto de las escobas que había en la parte trasera. Mientras me lavaba las manos poco después, me vi en el trozo de espejo que había apoyado sobre la pila. Tenía peor aspecto que la noche anterior. La frente se me había puesto de color morado y las cuencas de los ojos estaban teñidas de añil. Y con aquellas rayas rojas en los párpados, parecía que tuviese conjuntivitis. La sequedad del desierto me había afectado al pelo, dándole el aspecto de esos ovillos de polvo que salen cuando se pasa la escoba por debajo de la cama. No podía creer que hubiera estado en público sin que nadie gritara y me señalase con el dedo. Volvía a sentir martillazos en la cabeza.

Dietz había pagado ya la cuenta cuando volví a la mesa.

—¿Todo bien? —dijo.

—¿No tendría por casualidad un analgésico?

—En el coche tengo Darvocet.

Compró una lata de Coca-Cola y nos la llevamos al marcharnos. Mientras desechaba la llave del vehículo vi que inspeccionaba los alrededores. Me abrió la puerta y antes de subir esperó a que lo hiciera yo. Cuando se hubo abrochado el cinturón de seguridad, buscó las pastillas en la guantera.

—Si no surte efecto, dígamelo. Tengo de todo. —Miró un par de frascos, encontró el que buscaba, lo inclinó y se puso una pastilla en la mano. Le di las gracias con un murmullo. Me abrió la lata de Coca-Cola y me tragué la pastilla. Al cabo de unos minutos empezó a remitir el dolor. Poco después me quedaba dormida.

Desperté al cruzar la frontera del condado de Ventura. Aspiré el aroma del océano antes siquiera de abrir los ojos. El aire era húmedo y salobre, y el paisaje, cubierto de enebros y palmeras, combinaba todos los matices del verde. Me había acostumbrado hasta tal punto a la escueta monotonía del desierto que la vegetación de la costa me parecía de cine. Notaba que todas mis células respondían a aquel cambio y absorbían la humedad. Dietz se volvió hacia mí.

—¿Mejor?

—Bastante.

Me incorporé, me pasé la mano por el pelo y me ordené las mechas aplastadas. La pastilla me había quitado el dolor, pero me sentía un poco mareada. Volví a apoyar la cabeza en el respaldo y dejé resbalar el trasero.

—¿Cómo ha estado el tráfico?

—Ya hemos pasado lo peor.

—Si no me doy una ducha pronto, voy a reventar.

—Quedan menos de cuarenta kilómetros.

—¿No nos ha seguido nadie?

Desvió la mirada hacia el retrovisor.

—¿Para qué? Es probable que el tipo sepa dónde vive.

—Una pregunta tonta —dije—. ¿Cuánto cree usted que durará esto?

—Es difícil decirlo. Hasta que desista o hasta que lo atrapen.

—¿Quién lo atrapará?

Sonrió.

—Yo no. Mi trabajo es cuidar de usted, no perseguir a los malos. Dejemos que lo haga la policía.

—¿Y qué hago yo mientras tanto?

—Ya hablaremos de eso por la mañana. Lo que yo exijo se resume en una frase: obedecer sin protestar. Aunque pocas mujeres lo consiguen.

—Me conoce usted muy poco.

Me recorrió las facciones con la mirada.

—No la conozco en absoluto.

—Bueno, ahí va una pista —dije sin mucho entusiasmo—. Me crio la hermana de mi madre. Mis padres murieron en un accidente y viví con ella desde los cinco años. ¿Y sabe qué es lo primero que me dijo? «Regla número uno, Kinsey... regla número uno...», me puso el índice muy cerca de la cara y añadió: «Nada de lloriqueos».

—Joder.

Sonreí.

—No fue un mal consejo. He salido morbosa, pero no mucho. Además, tuve ocasión de desquitarme. Murió hace diez años y lloriqué durante meses. Lloré todo lo que no había llorado hasta entonces. Hacía dos años que trabajaba en la policía y presenté la dimisión. Devolví el uniforme, devolví la porra...

—Muy simbólico —dijo.

Me eché a reír.

—Desde luego. Seis meses después me casé con un bala perdida.

—La historia tiene un final feliz por lo menos. ¿Hijos?

—Ninguno —dije negando con la cabeza.

—A mí me ha pasado al revés. No me he casado, pero tuve dos hijos.

—¿Cómo?

—Vivía con una mujer que no quería casarse, alegando que al final la abandonaría. Y acertó, porque eso es lo que hice.

Le observé durante un rato, pero no dijo nada más. Poco después comenzaron a correr hacia nosotros las afueras de Santa Teresa y el corazón me dio un ridículo salto de alegría al saber que volvía a estar en casa.

Aparcamos el Porsche un par de casas más allá y sacamos los bultos del maletero. Ya habíamos cruzado la entrada y rodeado la esquina para entrar por detrás cuando apareció Henry por su puerta trasera para darme la bienvenida. Se detuvo en seco con sonrisa titubeante mientras sus ojos iban de mi cara a la de Dietz. Los presenté y se dieron la mano. Con un poco de retraso me di cuenta de la impresión que sin duda producía mi cara magullada.

—Sufrió un accidente —dije—. Un individuo me obligó a salirme de la carretera. Tuve que dejar el coche en Brawley y Dietz se ofreció a traerme.

Henry estaba consternado, en particular porque sólo le había contado la mitad de la historia.

—No entiendo nada. ¿Quién lo hizo? ¿No lo denunciaste a la policía?

Me quedé sin saber qué decir, ya que no tenía claro hasta qué punto podía informarle de los detalles en aquellas circunstancias. Dietz resolvió la situación.

—Vamos dentro y le contaremos lo demás. —Era evidente que le inquietaba que estuviéramos al descubierto, a merced de las miradas de cualquiera.

Empujé la puerta y entré en casa seguida de Henry, mientras Dietz se cuidaba de la retaguardia como un perro pastor que conduce el rebaño.

—Estaré lista en un minuto. Primero quiero poner las cosas en su sitio —dije a Henry. Y acto seguido, a Dietz—: La casa la proyectó Henry. Terminaron de construirla hace apenas un par de días. No he pasado en ella más que una noche.

Dejé el petate en el suelo y abrí una ventana para que entrara el aire. El apartamento olía aún a serrín y a paño de moqueta. Parecía una casa de muñecas metida en su propia caja: muebles en miniatura, accesorios empotrados, escalera de caracol y el desván que podía verse desde la planta baja.

—Te he recogido el correo —dijo Henry, sin apartar la mirada de mi huésped.

Tomó asiento en el sofá, confuso ante las libertades que parecía tomarse Dietz. Resultaba interesante constatar las diferencias que había entre ellos. Henry era alto y delgado, y parecía un asceta con aquellos ojos azules resaltando en la cara bronceada; un anciano lleno de sabiduría y entregado a las cosas del espíritu. Dietz era macizo y más musculoso, un toro bravo de pecho fuerte y actitud desenvuelta, con la experiencia pintada en las facciones, como si desde pequeño le hubieran enseñado a martillazos lo que era la vida. Henry tendía a la quietud mientras que Dietz era nervioso y enérgico y estaba siempre rodeado de una extraña tensión.

El segundo recorrió la casa sin hacer comentarios y se puso a comprobar su seguridad de manera automática. Había pestillos en las ventanas, pero aquí se acababa todo. Cerró las

contraventanas, miró los armarios, se asomó al cuarto de baño de la planta baja. Se puso a golpear los dedos de una mano contra la palma de la otra, delatando con ello su agitación interior. Se movía con talante autoritario y Henry no hacía más que mirarme para ver qué hacía yo ante aquella conducta. Le devolví la mirada con una expresión que venía a decir: piensas lo mismo que yo, colega. No me hacía ninguna gracia que se metieran en mi casa dando órdenes, pero mi vida estaba en peligro y quejarme hubiera sido absurdo.

Cogí el correo. Parecía contener mucha publicidad, pero antes de que pudiera mirarlo con detenimiento, Dietz me lo quitó de las manos y lo puso en el banco de madera de la cocina.

—Deje que lo mire yo primero —dijo. Henry ya no pudo soportarlo.

—No entiendo nada. ¿Me podríais decir qué está pasando aquí?

—Hay un asesino suelto con instrucciones de matarla —le soltó Dietz a bocajarro. Yo no habría sido tan brusca, pero Henry tampoco cayó desmayado en el sofá; puede que no fuera tan delicado como pensaba. Dietz le puso al corriente, contándole por encima las circunstancias en que la fiscalía del distrito de Carson City se había enterado del complot criminal de Tyrone Patty—. La policía trata de controlar la situación en Carson City, en la medida de sus posibilidades. Pero la situación de Kinsey es un poco más problemática.

—¿Por qué está aquí entonces? —exclamó Henry—. ¿Por qué no se la lleva fuera de la ciudad?

—He estado fuera de la ciudad —dije— y no me ha servido de nada. Sólo tres personas conocían mi paradero y el individuo me descubrió. Mierda, se las apañó incluso para llegar antes que yo a la primera área de descanso de la carretera. —Le conté que había llegado al área de descanso próxima a Cabazon y cómo había sabido que se trataba de mi agresor.

—Tiene que haber algún sitio —dijo Henry con tenacidad.

—Hablando con sinceridad, creo que podríamos permanecer aquí, siempre que tomemos algunas precauciones —dijo Dietz—. He traído conmigo un sistema de alarma portátil... receptor, sirena, un mecanismo especial para que Kinsey lo accione en caso de que alguien quiera forzar la entrada y yo me encuentre fuera. También podemos instalar cables en el felpudo de determinadas puertas. Quiero que los dos estén atentos a la llegada de desconocidos, carteros, empleados del gas, mensajeros, inspectores de Servicios Públicos... absolutamente todos. —Se volvió hacia mí—. Modificaremos su agenda diaria al máximo. Vaya todos los días a la oficina por un camino diferente. La mayor parte del tiempo estaré con usted, pero quiero que asimile la estrategia básica. Manténgase alejada de acontecimientos y lugares públicos. Por el mismo motivo, no quiero que vaya a ningún paraje solitario ni muy alejado.

—¿Podré correr e ir al gimnasio?

—Olvídese de ello por ahora. Cualquiera puede entrar en un gimnasio con una bolsa de deportes.

—¿Me compro una pistola? —preguntó Henry con cara de estar en una película de policías y ladrones.

—¡Henry, usted detesta las pistolas!

—Podríamos llegar a ese extremo, aunque lo dudo —le dijo Dietz sin hacerme caso—. Lo fundamental es que seamos precavidos. Con un poco de suerte no hará falta disparar a nadie.

—Eh, eh, un momento. ¿Os importa que dé mi opinión?

Dietz se quedó mirándome.

—Si el tipo de la camioneta tiene intención de matarme, lo hará de todos modos. Yo quiero tomar precauciones, pero así nos vamos a volver todos locos.

Dietz negó con la cabeza.

—No estoy de acuerdo. Sólo lo conseguirá si comete usted imprudencias y le da una oportunidad, pero no le han pagado tanto como para jugarse el pellejo.

Me volví hacia Henry para explicárselo.

—Es un asesino a semisueldo. Mil quinientos dólares.

Dietz comentó la información.

—Por esa cantidad, no insistirá durante mucho tiempo. Puede que le resulte lucrativo si es rápido. Si no, acabará cansándose. No es un precio muy convincente.

—Y no nos gustaría que su contable le echara un rapapolvo —dije.

—Escuchen —dijo Dietz—, ese tipo quiere ganarse una pasta. Cada día que pasa en Santa Teresa le cuesta cierta cantidad. Comida, alojamiento, gasolina. Si encima va con un crío, los gastos se duplican. —Hizo tintinear las llaves del coche—. Voy a jefatura a charlar un rato con la policía. ¿Algún plan para esta noche?

Fui a responder cuando me di cuenta de que se lo había preguntado a Henry. Levanté la mano como una colegiala.

—No quisiera suscitar ninguna polémica, pero ¿puedo opinar yo también? —Yo no quería llamar tanto la atención, pero la situación me sacaba de quicio. Y a los dos parecía importarles un pimiento lo que yo pensara.

Dietz esbozó una ligera sonrisa.

—Disculpe, tiene usted razón. Tengo cierta tendencia a dar órdenes.

Murmuré no sé qué para salir del paso. Porque la verdad era que no tenía ni la más remota idea de lo que debía hacer. Lo que pasa es que no me gusta que me dejen de lado. Dietz se guardó las llaves en el bolsillo.

—¿Le hace falta comida? Dígame lo que necesita y al volver pasaré por el supermercado.

Ni siquiera fui a comprobarlo. El frigorífico estaba vacío y en la despensa no había nada.

—¿Algo en especial?

—Lo primero que se le ocurra. No sé cocinar.

—Yo tampoco, pero habrá que apañárselas. Comeremos aquí siempre que podamos. Mientras esté fuera, hágame el favor de no salir y de echar la llave de la puerta. Instalaremos la alarma a primera hora de la mañana. No quiero que salga. Y no coja el teléfono. ¿Tiene contestador automático? —Asentí—. Deje que responda el aparato.

—Me puedo quedar con ella, si a usted le parece aconsejable —dijo Henry.

Dietz me miró para ver cómo reaccionaba. Aprendía rápido el chico. Tenía que admitirlo.

—Me gustaría estar sola un rato —dije. ¿Quién sabía cuándo volvería a disponer de mi propio tiempo?

Dietz parecía dispuesto a respetar mi decisión. Henry se ofreció a hacernos la cena, pero no me sentía con fuerzas para asistir a un banquete. Estaba agotada. Molida. Irritable. Sólo quería comer lo que fuera y meterme en la cama. Mi sabiduría culinaria sólo daba para bocadillos de crema de cacahuete, pepinillos en vinagre y huevos duros con mucha sal y mayonesa. Tendría que sondear a Dietz para que me confesara sus especialidades. Seguro que sabía preparar algo.

Me duché en cuanto se marchó y empecé a pensar en un montón de cosas que me habría

gustado encargarle. Vino, por ejemplo. Me lavé la cabeza a toda velocidad, dominada por una invencible sensación de impotencia. El sonido del agua amortiguaba cualquier otro ruido en el apartamento. Habrían podido romper cualquiera de las ventanas exteriores y yo ni me habría dado cuenta. Hubiera sido mejor decirle a Henry que se quedara a vigilar. Cerré la ducha, me envolví en una toalla y me asomé por la escalera. Todo seguía igual que antes: ninguna ventana rota, ninguna mano ensangrentada tanteando el pestillo.

Me puse unos tejanos y una camisa limpia, busqué sábanas limpias en el ropero y preparé el sofá-cama. Se me hacía extraño tener huéspedes, aunque se tratara de un guardaespaldas. Aún no me había acostumbrado a vivir en aquella casa y menos aún con un tipo al que había conocido aquel mismo día.

Deshice el petate y limpié la sala. Dietz me había dicho que no cogiera el teléfono, pero no había dicho nada sobre telefonar. Sólo eran las seis y cuarto. La rutina laboral me tranquilizaría.

Llamé a la señora Gersh.

—¿Irene? Soy Kinsey Millhone. Llamo por pura formalidad y para saber cómo está su madre. ¿Ha llegado ya?

—Es usted muy amable. Sí, ya está aquí. Llegó a eso de las tres de la tarde —dijo—. Enviamos una ambulancia para que la recogiera en el aeropuerto y la llevara directamente al asilo. Ahora mismo vengo de allí. Se encuentra perfectamente, aunque cansada, claro.

—El viaje ha tenido que resultarle agotador.

Bajó la voz un poco.

—Yo creo que le han dado tranquilizantes, pero nadie ha querido darme detalles. Creí que vendría hecha una furia, pero la he encontrado muy apagada. De todos modos, no sabe cuánto le agradezco que la haya localizado, y tan pronto además. Hasta Clyde parece ya más tranquilo.

—Yo también me alegro. Espero que todo salga bien.

—¿Y usted, querida? Me han contado lo de su accidente. ¿Se encuentra bien?

Fruncí el ceño con desconcierto.

—¿Qué dice que le han contado?

—Bueno, ha sido su socio. Ha llamado esta misma tarde para preguntar cuándo estaría usted de vuelta.

Todos mis procesos internos se detuvieron en seco.

—¿De qué socio habla?

—No lo sé, Kinsey. Supuse que estaría usted al tanto. Dijo que trabajaba con usted, en su agencia. Ahora que lo pienso, no entendí bien su nombre. —En su voz se introdujo un matiz de duda, probablemente como reacción al acento exasperado que se había introducido en la mía.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace una hora. Le dije que no había tenido noticias tuyas, pero que estaba segura de que volvería esta tarde. Entonces me contó que había sufrido usted un accidente. ¿Pasa algo?

—Irene... yo no tengo ningún socio, sino un asesino a sueldo que me busca para matarme...

Creo que la oí parpadear y todo.

—Querida, no entiendo nada. ¿Quiere usted decir...?

—Exactamente lo que le he dicho. Un asesino a sueldo. Alguien que quiere matarme por dinero.

Se produjo una pausa, como si le estuvieran traduciendo lo que acababa de decirle.

—Usted bromea.

—Ojalá.

—Bueno, pues parecía saberlo todo de usted y era muy simpático. Yo no le habría dicho ni una sola palabra si no me hubiera dado la sensación de que la conocía a usted mucho.

—Espero que no le diera mi dirección ni mi teléfono —dije.

—Desde luego que no. Si me hubiera preguntado al respecto, me habría dado cuenta de que fallaba algo. Es espantoso. No sabe cuánto lo siento.

—No se preocupe. No es culpa suya. Si vuelve a tener noticias suyas o de algún sujeto semejante, por favor, avíseme.

—Lo haré. Y le pido mil perdones. Yo no sabía...

—Lo entiendo. Era imposible que usted lo supiera. Lo dicho. Si vuelve a tener noticias suyas, llámeme.

Nada más colgar, fui al cuarto de baño de la planta baja, me metí en la bañera y me puse a mirar la calle. Aún no había oscurecido del todo. Era esa hora crepuscular y confusa en que la claridad del día y las tinieblas de la noche parecen fundirse. Los vecinos empezaban a encender las luces. Pasó un coche despacio y retrocedí involuntariamente. No llegué a lanzar ningún gemido, pero no por falta de ganas. Me desconcertaba la rapidez con que perdía los nervios. Me considero una mujer valiente («con redaños» es la expresión que me viene a la cabeza), pero no me gustaba ni un pelo la idea de sentir en la nuca el aliento de aquel individuo. Volví a la sala y allí me puse a dar vueltas en un espacio poco más amplio que la alfombra de doce metros cuadrados.

A las siete menos cuarto oí un golpecito en la puerta. El corazón me dio un brinco y se me disparó la adrenalina. Pegué el ojo a la mirilla y vi a Dietz en el umbral con los brazos cargados de comestibles. Abrí la puerta y me hice a un lado. Cogí una bolsa de comestibles mientras él ponía la otra en el banco de madera de la cocina. No sé qué cara tendría yo, pero se percató al instante.

—¿Qué ocurre?

Me salió una voz rarísima, incluso a mí me lo pareció.

—Un tipo ha llamado a la mujer para la que he estado trabajando y le ha hecho preguntas sobre mí. Le contó lo del accidente y quiso saber si yo había vuelto ya.

La mano de Dietz corrió hacia el bolsillo donde guardaba el tabaco. Vi que ponía cara de enojo, al parecer consigo mismo.

—¿De qué la conoce?

—No lo sé.

—¡Mierda!

—¿Qué dice la policía?

—Poca cosa. Pero por lo menos ya saben lo que ocurre. Un coche patrulla pasará por aquí de vez en cuando.

—¡Bravo!

—Ahórrese los sarcasmos —dijo con irritación.

—Disculpe. Yo no sabía que las cosas fueran a salir de este modo.

Se concentró en una de las bolsas de comida y sacó una prenda parecida a un chaleco azul que nos poníamos en las competiciones deportivas escolares para diferenciarnos del otro equipo.

—El teniente Dolan dice que se lo ponga. Es un chaleco antibalas; es de hombre, pero servirá igual. Se lo dejó olvidado un novato cuando presentó la dimisión.

Cogí la prenda por una de las solapas adhesivas y la sostuve en el aire. Pesaba más de lo que parecía y tenía el mismo *sex appeal* que una rodillera ortopédica.

—¿Y a usted? ¿No le hará falta uno igual?

Se quitó la chaqueta.

—Ya tengo uno en el coche. Voy a lavarme un poco. Luego hablamos de la cena.

Saqué la comida de las bolsas mientras se duchaba en el lavabo de la planta baja. A juzgar por la compra, se había limitado a recorrer una sección tras otra y a coger un par de artículos de cada. Llevaba muy poco tiempo en la casa para saber dónde colocar las cosas, de modo que me entretuve un rato ordenando el embutido, los artículos de uso diario, las latas, los condimentos, las especias y los productos de limpieza. Por suerte había tenido la suficiente sangre fría para comprar una botella de Jack Daniel's, dos de vino y una caja de seis latas de cerveza. Me da vergüenza decirlo, pero me entró una gran alegría al verlas. Con mi nivel actual de ansiedad, no estaba para despreciar un buen trago de alcohol. Guardé la cerveza y cogí el sacacorchos.

Se abrió la puerta del cuarto de baño y apareció Dietz en tejanos y camisa, descalzo y envuelto en una indiscreta nube de loción para después del afeitado. Se estaba secando el pelo con una toalla y se la enrolló como un turbante. El gris de sus ojos era limpio como el hielo. Vio la radio encima del banco de la cocina, la encendió y sintonizó una emisora en la que daban música *country* con muchos acordes mayores y con un ritmo de caballo de juguete que ponía en peligro mi salud mental. Mi problema con la música *country* es que en la vida real trato de evitar justamente lo que lamentan las letras. Pero después de haberle hecho renunciar al tabaco no me parecía justo quejarme también de sus gustos musicales. Aquella convivencia forzosa le gustaba probablemente tan poco como a mí.

Llené un vaso de vino.

—¿Le apetece?

—¡Desde luego!

Le alargué el vaso y me serví otro. Pensé que podíamos brindar por alguna cosa, pero no se me ocurrió ninguna.

—¿Tiene hambre? He visto que ha traído huevos y beicon. ¿Quiere que preparemos algo?

—De acuerdo. No sabía qué más comprar. Espero que no sea usted vegetariana. Debería haberle consultado antes.

—Yo como de todo... salvo menudillos —dije. Dejé el vaso en el banco y saqué los huevos —. ¿Le gustan bien revueltos? Es que no sé cómo se fríen.

—Ya los hago yo.

—Pero si no me importa.

—No tiene usted por qué responsabilizarse. No estoy aquí como invitado.

Me revienta discutir sobre quién es más amable. Cogí la sartén y cambié de tema.

—Aún no hemos hablado de dinero. Lee no concretó cuánto cobraba usted por hora.

—No se preocupe por eso. Ya lo arreglaremos.

—Preferiría que llegáramos a un acuerdo.

—¿Para qué?

Me encogí de hombros.

—No sé —dije—, me parece más profesional.

—No pienso cobrarle nada. Lo hago por diversión.

Le miré sorprendida.

—¿Le parece esto divertido?

—Ya sabe a qué me refiero. He dejado la profesión y este trabajo lo hago porque quiero.

—No me gusta el planteamiento —dije—. Sé muy bien a qué se refiere y, créame, le agradezco la ayuda, pero no quiero deber nada a nadie.

—No hay ninguna deuda por medio.

—Pienso pagarle —dije con indignación.

—De acuerdo. Usted lo ha querido. Acabo de subir la tarifa. Quinientos pavos la hora.

Me lo quedé mirando y él hizo lo propio.

—Es ridículo.

—Exactamente. Es ridículo. Ya se nos ocurrirá algo. En este momento tengo hambre, así que no discutamos más.

Volví a la sartén cabeceando. La ventaja de la soltería es que siempre haces las cosas como quieres.

Me fui a la cama a las nueve. Estaba deshecha. Dormí de un tirón, consciente de que Dietz velaba y de que estaría ojo avizor hasta el amanecer.

Me desperté de manera automática a las seis en punto y salté de la cama dispuesta a iniciar la sesión matutina de ejercicio al aire libre. ¡Oh, ay, mierda, qué daño! Me encontraba ya a gatas en el suelo y respirando por entre los dientes apretados cuando recordé el consejo de Dietz. Ni *footing* ni levantar pesas. No había dicho nada sobre levantarse. La verdad es que yo no estaba en condiciones ni de mover un dedo. El segundo día (en cualquier cosa) siempre es el peor. Me levanté tambaleándome, renqueé hasta la barandilla de la escalera y eché un vistazo a la sala. Ya se había levantado. Había recogido el sofá-cama. Percibí el aroma del café recién hecho y le vi sentado a la mesa de la cocina, leyendo el *Times* de Los Angeles y añorando sin duda el primer cigarrillo del día. Desde donde me encontraba lo veía en escorzo, destacando en primer término la frente arrugada y la saliente barbilla, encima de la ancha plataforma de los hombros y los bíceps. Pasaba las páginas al revés, de atrás hacia delante, y no se detuvo hasta que llegó a la sección central, que es la dedicada al área metropolitana y donde se recoge con todo lujo de detalles la vida delictiva de Los Angeles. Me aparté de la barandilla, volví a tumbarme en la cama y estuve unos minutos contemplando el cielo a través de la claraboya, que la niebla del mar había cubierto con una capa blanquecina. Imposible vaticinar cómo iba a ser el día. En mayo no llueve apenas. Lo más probable era que el cielo se despejara y tuviéramos mucho sol, brisas suaves, el verde lujurante de costumbre. A veces no es tan fácil soportar la perfección. En fin, no podía estar tumbada todo el día, aunque confieso que la idea me tentaba.

Si bajaba, tendría que ser educada, cooperar con Dietz y cambiar breves frases sobre temas sin concretar aún. Las relaciones recientes, aunque hayan de durar poco, están determinadas por el temor y el desánimo. La gente se ve obligada a proporcionar detalles aburridos sobre su vida anterior. Me fastidiaba el solo hecho de pensar en lo cuantitativo del trato. Ya habíamos abordado los preliminares durante el trayecto, pero aún quedaban zonas informativas que cubrir. Chismes aparte, Dietz podía encender otra vez la radio... más Roy Orbison. Me sentía incapaz de afrontar una cosa así a las seis y cinco de la mañana.

Por otro lado, estaba en mi casa y tenía hambre, de modo que era absurdo no bajar a comer algo. Tampoco tenía por qué hablar con él. Aparté las frazadas, me levanté, me dirigí cojeando al cuarto de baño y me cepillé los dientes. Mi cara seguía pareciendo un espectáculo en technicolor, un arco iris de magulladuras después de una lluvia de golpes. Arqueé varias veces las cejas y me observé con detenimiento. La contusión de la frente quería pasar del azul oscuro al gris y en los ojos amoratados asomaba ya una claridad verdosa que no era de este mundo. He visto sombras de ojos del mismo matiz y nunca he acabado de comprender el motivo por el que las mujeres quieren

tener un aspecto que parece decir: «Anoche me asestaron correazos en la cara». Como acababa de levantarme, tenía el pelo aplastado. Ya me había duchado por la noche, pero volví a meterme en la bañera, no por amor a la higiene, sino para ver si me animaba un poco. El saber que Dietz y yo vivíamos bajo el mismo techo me producía picores en toda la anatomía.

Me puse los tejanos y un suéter viejo, metí la ropa sucia en la cesta de la colada, guardé el petate vacío en el ropero e hice la cama. Bajé a continuación. Dietz me dio los buenos días con un murmullo sin levantar los ojos de las páginas deportivas. Me serví café, me preparé un tazón de leche con cereales, cogí las páginas de las tiras cómicas y me lo llevé todo a la sala; allí tomé asiento y mientras, tazón en mano, comía los cereales con la cuchara, me puse a leer las historietas. Las tiras cómicas nunca me han hecho gracia, pero las leo siempre por si algún día se produce el milagro. Me puse al corriente sobre las aventuras de Rex Morgan, doctor en medicina, de las chicas del Apartamento 3G y de Mary Worth. Es tranquilizador ver con qué lentitud discurre la vida en las tiras cómicas. Hacía unos cuatro días que no leía el periódico y el profesor parecía sorprendido por algo que le había dicho Mary. Qué guasona era. Sabía que él estaba desconcertado por las líneas onduladas alrededor de su cabeza.

Advertí vagamente que Dietz había abierto la puerta y salido al patio de atrás. Cuando terminé los cereales, lavé la taza y la cuchara y las puse en el escurridor. Sin tenerlas todas conmigo, me dirigí a la puerta y me asomé, sintiéndome como una gata doméstica que descubre que se han dejado una puerta abierta por casualidad.

La niebla marina había empezado a disiparse, pero el patio tenía el aspecto blanquizco que la niebla deja tras de sí. La sirena del puerto mugía de vez en cuando —como un ternero al que separan de la madre— en el aire inmóvil de la mañana. El patio olía intensamente a agua salobre. Hay veces que me da la sensación de que las olas van a golpear contra la acera de un momento a otro.

Dietz se había acuclillado junto a los macizos de flores. Henry había plantado rosas el año anterior y ya habían florecido: Sonia, Park Place, Lady X, nombres que ni por asomo sugerían el resultado final.

—Tienen pulgones —dijo—. Tu amigo debería traer mariquitas.

Me apoyé en la jamba de la puerta; tenía encima demasiada paranoia para arriesgarme a cruzar el patio.

—¿Volvemos a hablar de seguridad o quedó resuelto el tema anoche?

Se puso en pie y se concentró en mí.

—De su agenda es de lo que podríamos hablar. ¿Tiene compromisos regulares? ¿La sauna, el salón de belleza?

—¿Acaso tengo aspecto de ir con regularidad a un salón de belleza?

Me observó la cara con atención, pero se abstuvo de hacer comentarios.

—Lo importante es no hacer movimientos previstos de antemano.

Me froté la frente. La tenía aún tan sensible que me dolía sólo con tocarla.

—Eso ya había quedado claro. Está bien, cancelo la cita con el masajista, con la depiladora y con el pedicuro al que voy todas las semanas. ¿Algo más?

Sonrió.

—Agradezco su cooperación. Me facilita el trabajo.

—¿Me creerá si le digo que la idea de morir no me hace ninguna gracia? Pero tengo que ir a la

oficina.

—¿A qué hora?

—Eso es lo de menos. Lo que quiero es coger el correo y pagar algunas facturas. No son más que minucias, pero no quiero descuidarlas.

—No hay ningún inconveniente. Me gustaría ver el lugar.

—Muy bien —dije. Me volví para entrar.

—Kinsey. No olvide la armadura.

—De acuerdo. Tampoco se olvide usted de ponerse la suya.

Una vez arriba, me quité el suéter y me coloqué el chaleco antibalas, que cerré presionando las solapas adhesivas. Dietz me había dicho que aquel chaleco concreto era útil para detener los proyectiles de 9 milímetros y de calibre inferior. Al parecer daba por sentado que un pistolero a sueldo no utilizaba calibres superiores. Traté de no pensar en estrangulaciones, mazazos en la cabeza, rótulas astilladas, la fuerza penetrante de un pico... en todas las clases posibles de agresión que no podría detener aquel babero gigante que acababa de ponerme.

—Cíñaselo al máximo —dijo Dietz desde la planta baja.

—Ya lo he hecho —dije.

Me puse el suéter encima y me miré en el espejo. Parecía que tuviese once años otra vez.

A las nueve menos cuarto cruzamos la puerta principal. Dietz había salido primero para inspeccionar el coche y la calle. Al regresar me indicó por señas que podía avanzar. Echó a andar con paso enérgico, un tanto adelantado y con los ojos alerta mientras recorríamos el trecho que había hasta el Porsche. La operación revistió tal premura que me sentí igual que una estrella de rock.

—Yo creía que los guardaespaldas tenían que pasar desapercibidos —dije.

—Hay otras teorías.

—¿Y si todo el mundo se da cuenta?

Giró la cabeza para mirarme.

—Plantéese de otro modo. Mi objetivo no es llamar la atención sobre lo que hago, pero si el tipo nos vigila, quiero que sepa que no le va a ser fácil salirse con la suya. Casi todas las agresiones se producen de manera repentina y desde muy cerca. Procuraré no ser molesto, pero pienso pegarme a usted como una ventosa.

Bueno, era una respuesta.

Conduje con su determinación habitual. La verdad es que era un sujeto de cuidado, uno de esos individuos que viven como si siempre llegaran tarde a una cita y que se enfadan con todos los que le obligan a retrasarse. Los malos conductores le llenaban de asombro, como si fueran la excepción y no la regla. Le indiqué cómo llegar al centro, que afortunadamente estaba sólo a diez minutos de distancia. Si se dio cuenta de que me encogí entre la puerta y la consola de mandos, no hizo ningún comentario.

Al entrar en el aparcamiento redujo la velocidad y escudriñó la explanada.

—¿Suele dejar aquí el coche?

—Tengo el despacho aquí mismo.

Le vi meditar. Estaba claro que buscaba un modo de cambiar mi rutina, pero aparcar más lejos era sólo prolongar la caminata, lo que a su vez significaba permanecer más rato al descubierto. Cruzó la entrada, me dio el comprobante y buscó un espacio.

—Si ve algo extraño —dijo—, póngase a gritar inmediatamente. A la menor señal de peligro, nos largamos pitando.

—De acuerdo.

Era asombroso el efecto que empezaba a surtir aquel «nos». No se me conoce precisamente por dejar que los tíos me digan lo que tengo que hacer y esperaba no acostumbrarme.

Una vez más bajó y dio la vuelta al coche para abrirme la puerta y barrió el aparcamiento con los ojos mientras yo bajaba. Me cogió por el codo y me hizo cruzar la explanada con rapidez. Me entraron ganas de reír. Me sentía como esas jovencitas a quienes el padre les ordena subir a su habitación. Entró él primero en el edificio. El pasillo del primer piso estaba vacío. La Fidelidad de California no había abierto aún. Abrí la puerta de la oficina. Dietz se me adelantó, inspeccionó el despacho con rapidez y comprobó que no había ningún matón escondido detrás de los muebles.

Cogió el correo que se había amontonado en el suelo, debajo mismo de la ranura del buzón. Se puso a mirar las cartas con rapidez.

—Le diré lo que buscamos por si tiene que hacerlo usted sola en otra ocasión. Remites desconocidos o escritos a mano. Sobres que pongan «personal». Franqueo superior al normal por exceso de peso. Manchas de grasa...

—Paquetes grandes con un trozo de mecha colgando —dije.

Me tendió el fajo de cartas con expresión indiferente. Cuesta animarse cuando una persona nos mira así. Por lo visto no me encontraba tan graciosa como yo suponía. Cogí las cartas y me puse a mirarlas como había hecho él. Casi todo era correo comercial, pero por aquellas fechas esperaba recibir algunos cheques; todos con un remite que yo podía reconocer de un vistazo. Escuchamos los mensajes del contestador automático. Ninguno era amenazador. Como Dietz necesitaba tiempo para familiarizarse con el edificio y sus alrededores, se fue a husmear mientras yo preparaba una cafetera.

Abrí las puertas de cristales y me detuve, extrañamente reacia a salir al balcón. Veía con toda claridad, al otro lado de la calle, los distintos niveles del garaje del aparcamiento y se me ocurrió que cualquiera podía subir a la altura de mi balcón, parar el coche y descerrajarme un tiro. Probablemente ni siquiera haría falta un fusil de matar elefantes. Casi se me podía tirar una piedra desde allí y abrirme la cabeza. Me aparté de la puerta y me refugié en las seguras sombras del despacho. Qué rabia me daba aquello.

A las nueve y cinco llamé a mi compañía de seguros e informé del accidente. La encargada me dijo que el VW no constaba en el registro de reclamaciones a causa de su antigüedad. Tal como me lo planteó, al final tendría que dar las gracias y todo si me daban 200 dólares de indemnización; así pues, no tenía sentido alquilar una grúa para que me trajeran el coche. Buscar un mecánico en Brawley para que le echara un vistazo era demasiada complicación para lo que valía el vehículo. La encargada me dijo que lo consultaría y que se pondría en contacto conmigo. La conversación no me colmó de alegría que digamos. Tengo algunos ahorritos, pero comprar otro coche me podía dejar la cuenta en números rojos.

Dietz llegó corriendo y estuvo a punto de detener a Vera, que se había asomado para saludarme antes de entrar en las oficinas de al lado.

—Santo cielo, ¿qué te ha ocurrido? —dijo al verme la cara.

—Mi coche acabó en una acequia de los alrededores de Brawley —dije—. Te presento a Robert Dietz. Ha tenido la amabilidad de traerme. Vera Lipton, de las oficinas de al lado.

Se dieron la mano. Vera llevaba una minifalda de cuero negro más ajustada y tirante que la tapicería de un coche; emitió un crujido cuando se dejó caer en el sillón de los clientes. Dietz se acercó y apoyó la cadera en el borde del escritorio. Fue divertido ver cómo se calibraban con la mirada. Como no la conocía, Dietz la tenía por una homicida en potencia mientras que ella evaluaba sin duda sus cualidades con vistas a un revolcón en el pajar; si había de ser con ella o conmigo es algo que no habría sabido concretar. Por la cara que ponía, Vera pensaba probablemente que Dietz me había recogido mientras hacía autoestop y como me considera una tradicional impenitente en lo relativo a los hombres, supuse que el malentendido me hacía ganar puntos a sus ojos. Traté de comportarme como la típica mujer que para a cualquier desconocido en plena carretera, pero no me prestó la menor atención; en realidad no dejaba de mirarle a él. Al final tendría que llamar a su amigo el médico para que saliéramos los cuatro juntos.

Metió la mano en el bolso con movimiento mecánico, sacó un paquete de tabaco y cogió un cigarrillo.

—No es para fumármelo —dijo al ver cómo la miraba—. Es sólo para tenerlo entre los dedos. Dejé el tabaco la semana pasada —informó a Dietz en un aparte.

Miré a Dietz para ver cuál era su reacción. Hacía más de veinticuatro horas que no fumaba, todo un récord personal tal vez. Por suerte, parecía distraído por las feromonas que impregnaban el ambiente. No es que Vera hubiese colgado la pierna en el brazo del sillón, pero en su forma de sentarse había un no sé qué provocativo. Aunque la he visto en acción muchas veces, aún no acabo de comprender cómo lo hace. Sea cual fuere su conducta, casi todos los hombres acaban corriendo en pos del hueso que ella les arroja.

—Espero que no te hayas olvidado de la cena de mañana por la noche —dijo. Advirtió por mi expresión que no tenía ni la menor idea de qué me estaba hablando—. La despedida de Jewel. Se jubila —dijo con sencillez para que lo comprendiéramos los que habíamos sufrido conmoción cerebral.

—¡Ah, es verdad! Lo había olvidado por completo. Lo siento de veras, pero creo que me va a ser imposible —dije, señalando a Dietz con la mirada. Por nada del mundo me iba a permitir que apareciera en público.

Vera se percató de la mirada y dijo a Dietz:

—Usted está invitado, naturalmente. Jewel deja la compañía después de veinticinco años de servicio. La asistencia es obligatoria... sin peros ni quizás.

—¿Dónde se celebra? —preguntó Dietz.

—En el hotel Edgewater. En un comedor privado. Tiene que ser elegantísimo. Nos ha costado un riñón.

—¿Cuántos asistirán?

Vera se encogió de hombros.

—Treinta y cinco personas más o menos.

—¿Exclusivamente con invitación?

—Claro. Empleados de La Fidelidad de California y sus invitados. ¿Por qué?

—Imposible —dije.

—Podríamos arreglarlo —dijo Dietz al mismo tiempo—. Sería preferible que no hubiera publicidad por anticipado.

Vera se puso a mirarnos alternativamente.

—¿Qué pasa aquí?

Dietz se lo dijo.

Me mantuve al margen con extraña irritación mientras ellos repasaban la lista de las preguntas incrédulas y las respuestas confirmadoras. Vera se hizo eco de todas las actitudes posibles.

—Dios mío, es espantoso. No puedo creer que estas cosas ocurran realmente. Si preferís no arriesgaros, lo comprenderé.

—Tendré que hacer ciertas comprobaciones —dijo Dietz—, pero ya veremos. ¿Le podemos notificar por la mañana lo que decidamos?

—Por supuesto. Mientras lo sepa hacia mediodía, no habrá ningún problema.

—¿A qué hora es la cena?

—El cóctel a las siete. La cena a las ocho. —Miró el reloj—. Caramba, qué tarde. Ha sido un placer conocerle.

—Lo mismo digo.

Vera se dirigió a la salida.

—Ah, Vera, por favor... —dijo Dietz—. Preferiríamos que nada de esto se supiera.

Vera dejó resbalar las gafas sobre el puente de la nariz y miró a Dietz por encima de la montura. Se produjo un refinado momento de expectación mientras arqueaba una ceja.

—Pues claro —dijo, dejando en el aire la palabra *tontorrón*. Abandonó el despacho con coquetería. Señor, por ligarse a Dietz lo iba a echar todo a rodar.

Me pareció que Dietz se ruborizaba. Era la primera vez que le veía perder el control. Detrás de todo hombre imperturbable hay siempre un pánfilo a quien le gusta sufrir.

Cuando cerramos la puerta, me dirigí a él con indignación.

—¿No había dicho usted que nada de apariciones en público?

—Es verdad. Lo siento. Veo que no se lo esperaba usted. Pero no quiero seguir entrometiéndome en su vida. Si tenía intención de acudir, encontraremos la manera.

—No quiero arriesgar el pellejo por una cosa así.

—Mire, no hay forma de prever todas las posibilidades de agresión. Yo sólo estoy aquí para reducir esas posibilidades, nada más. Pero hasta el *presidente* se deja ver en público, maldita sea. —Cambió de tono—. Por otra parte, no estoy convencido de que nuestro hombre sea realmente un profesional.

—Oh, vaya. Ahora resultará que es un chiflado.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Si jugamos bien nuestras cartas, no correrá usted peligro. La lista de invitados es limitada y usted los conoce a todos. Con la situación bajo control, el problema se plantea en otros términos; es decir: ¿quiere ir usted o no? Responda. Yo no estoy aquí para imponerle pautas de conducta.

—Aún no lo sé —dije, un poco más calmada—. Lo de la cena no me parece nada del otro mundo, pero salir un rato podría sentarme bien.

—Veamos entonces cómo se presentan las cosas y ya decidiremos.

Hacia las doce había terminado ya lo que tenía que hacer y volví a guardar los expedientes. Sonó el teléfono cuando nos dirigíamos ya hacia la puerta. Fui a responder yo, pero me lo impidió levantando una mano. Cogió el auricular.

—Investigaciones Millhone. —Prestó atención durante unos segundos—. Un momento. —Me pasó el auricular.

—¿Diga?

—Kinsey, soy Irene Gersh. Siento molestarla. Ya sé que está ocupada, pero...

—No se preocupe. ¿Ocurre algo?

—Mi madre ha desaparecido. Supongo que no se habrá puesto en contacto con usted.

—Pues no, y no creo que hubiera sabido adónde llamar aunque tuviera intención de hacerlo. Sólo la he visto un par de veces. ¿Cuánto hace que ha desaparecido?

—No se sabe exactamente. La supervisora del asilo jura que estaba presente a la hora del desayuno. Una enfermera la llevó al comedor en una silla de ruedas y fue a atender a otra persona. Le dijo que sería sólo un minuto, pero cuando volvió ya no estaba. Mi madre se había levantado de la silla y se había marchado a pie. Se cree que no ha podido ir muy lejos. Registraron el edificio y los alrededores y ahora se han puesto a buscar por el barrio. Yo ya me iba para allá, pero se me ocurrió llamarla por si sabía algo.

—Lo siento, pero no sé nada en absoluto. ¿Necesita ayuda?

—No, ahora ya no. Han avisado a la policía y ya hay un coche patrulla vigilando la zona. Aún no la han localizado, pero no creo que tarde en aparecer. No quería pasar por alto la posibilidad de que estuviera con usted.

—Me gustaría serle útil. Ahora tenemos que solucionar un encargo, pero la llamaremos más tarde para saber cómo están las cosas. Deme la dirección y el teléfono del asilo. —Sujeté el auricular entre la mandíbula y el hombro mientras garabateaba en un pedazo de papel—. La llamaré en cuanto volvamos.

—Gracias por su interés.

—Y no se preocupe. Seguro que no ha ido muy lejos.

—Eso espero.

Le conté a Dietz de qué se trataba mientras nos dirigíamos a las escaleras de atrás. Tuve la tentación de decirle que me llevara al asilo, pero en el fondo no me parecía urgente. Dietz quería ver el Edgewater y los preparativos del banquete. Me sugirió que llamase a Irene desde el hotel cuando hubiera hecho las comprobaciones de rigor. La sugerencia tenía lógica y asentí, aunque en el fondo sabía que si hubiera estado sola habría actuado de otro modo. Todo aquello me distraía y, por una vez, su forma de llevar las cosas no me molestó. Me costaba imaginar adónde habría podido ir Agnes. Sabía que era capaz de organizar un escándalo cuando le convenía, pero Irene me había dado a entender que había aceptado el traslado. No tuve más remedio que encogerme de hombros. Ya aparecería.

Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y me dediqué a mirar la calle mientras Dietz recorría los alrededores del hotel. Sin duda memorizaría distintos itinerarios y buscaría aquellos tramos en que se nos podría agredir más fácilmente. La verdad es que no tenía tantas ganas de asistir a la cena. En el fondo, ahora que lo pensaba, me traía sin cuidado. Jewel era una señora muy simpática, pero tampoco la conocía hasta tal extremo. No me sentía del todo animada y, si vamos a lo práctico, no tenía nada que ponerme. El vestido multiuso —el único que tenía— estaba en el coche en el momento del accidente. Recordaba que en el garaje de Brawley había guardado las prendas empapadas en una caja de cartón que aún no había llegado a Santa Teresa. Cuando llegase el vestido, seguramente olería a tarquín y estaría cubierto por esas formas de vida microscópica que cría la humedad. También es verdad que podía pedirle a Vera algún trapito. Era más alta que yo, pesaba diez kilos más que yo, pero cierta vez la había visto con una túnica de lentejuelas que le llegaba hasta la ingle y que a mí me llegaría seguramente hasta la rodilla. La verdad es que no estaba para lucir las piernas. Las tenía cubiertas de más magulladuras que un tomate podrido. Claro que, desde una perspectiva más optimista, una vez que me ciñese el chaleco antibalas, ¿qué importancia tendría que su pechuga abultara el doble que la mía?

Dietz no había encontrado nada objetable en los alrededores y nos dispusimos a comprobar los detalles. Estacionó el Porsche en el aparcamiento del hotel y le dio las llaves a un empleado junto con un billete.

—Vigílelo de cerca y avíseme si aparece algún curioso.

El empleado miró el tamaño del billete.

—¡Sí, señor! ¡Lo que usted mande, señor!

Nos dirigimos a la puerta.

—Está muy callada —dijo mientras me conducía por el vestíbulo cogido de mi codo como si fuera el timón de una lancha. Aparté el brazo de manera automática.

—Perdón —murmuré—. He estado pensando en el banquete y me ha puesto de mal humor.

—¿Puedo hacer algo al respecto?

Negué con la cabeza.

—¿Y a usted? ¿No le afecta todo esto?

—¿Se refiere al trabajo?

—Sí, a tener que ir conmigo a todas partes. ¿No le pone nervioso?

—Yo no tengo nervios —dijo.

Me volví y escruté sus facciones, preguntándome si sería verdad.

Buscó al gerente y estuvo charlando un buen rato con él a propósito del comedor donde iba a celebrarse el banquete, el médico más cercano y cosas por el estilo. Yo habría mandado al infierno la cena, pero habíamos invertido ya tanto tiempo y energía que me sentía obligada a seguir hasta el final. Dietz, entretanto, se las apañaba para potenciar las facetas más desagradables de mi ser. Empezaban a venirme a la cabeza ciertos rasgos personales que sin duda habían contribuido a mis dos divorcios. Yo, como es lógico, prefiero creer que la culpa fue exclusivamente de *ellos*, pero por otra parte, ¿a quién trato de engañar aquí?...

Dejé a Dietz en el despacho del gerente y anduve por el pasillo. Adjuntos al vestíbulo había una serie de establecimientos pequeños donde los ricos buscaban la manera de gastar el dinero sin necesidad de abandonar el edificio. Entré en una tienda de ropa y me puse a curiosear. Era fantástico, todos los vestidos se exponían con complementos que combinaban cromáticamente. La idea que yo tenía de combinar complementos no iba más allá de conjuntar los calcetines de ir al gimnasio con los calentapiernas. El aire olía a esos perfumes de película que valen 120 dólares la onza. Para divertirme un poco, miré en la sección de oportunidades. Aunque rebajadas, casi todas las prendas costaban más de lo que ganaba yo al mes. Pasé a la sección de trajes de noche: maxifaldas de brocado, canesúes de lentejuelas, todo bordado a mano, recamado a mano, pintado a mano, festoneado, entorchado, con argentería, abalorios y demás modalidades decorativas. La vendedora se volvió hacia mí con sonrisa experimentada. Al ver que le cambiaba la cara recordé por enésima vez lo desalentador que tenía que parecerles mi aspecto a los desprevenidos. Por lo menos esperaba dar la sensación de que acababa de hacerme la cirugía estética. Una ligera desviación de la nariz, unas arruguitas junto a los ojos. Por lo demás, saltaba a la vista que me había refugiado en el hotel con mi maduro protector en espera de que la hinchazón desapareciese.

Apareció Dietz en la puerta y fui a su encuentro. Me cogió, como de costumbre, por el codo y me arrastró sin ceremonias por el pasillo. Se conducía con brusquedad, abstraído, seguramente con la cabeza llena de movimientos alternativos.

—Vamos a comer.

—¿Aquí? —dije con estupefacción. A mí me gustaban más las hamburgueserías.

—Claro, ¿por qué no? Le levantará el ánimo.

Llegamos a la puerta del restaurante, una sala enorme, flanqueada de cristales, alfombrada de baldosas rojas y resplandecientes y con muebles blancos de mimbre. La vegetación lo llenaba todo: palmas, higueras del caucho y ficus en macetas que daban al ambiente un toque tropical. Los usuarios vestían todos de manera muy informal: conjuntos de tenis, polos y suéteres de diseño. Dietz llevaba aún los tejanos y la chaqueta de mezclilla que se había puesto hacía dos días, y yo seguía con mi pantalón vaquero y mis zapatillas deportivas. Exceptuando las ocasionales miradas de curiosidad a mi cara, nadie nos prestó la menor atención.

Localizó una mesa resguardada y próxima a una salida de emergencia que ostentaba en la parte superior un rótulo llamativo: NO CERRAR ESTA PUERTA EN HORAS DE ASISTENCIA AL PÚBLICO. Ideal si teníamos que salir corriendo. Cerca de allí se encontraba la zona reservada a los camareros, con sus montañas de manteles doblados, cubiertos, platos y bandejas, y una camarera condenada a hacer barquitos con las servilletas.

—Nos gusta aquella —dijo.

La jefa de comedor asintió, nos condujo a la mesa y nos apartó la silla, sin hacer el menor comentario sobre los gustos de Dietz. A continuación nos entregó sendas cartas de tamaño folio y

encuadernadas en piel.

—Enseguida les atenderá el camarero —dijo y se alejó.

Confieso que miré la carta con cierta curiosidad. Me he acostumbrado a los establecimientos de comida rápida y la carta que dan en ellos suele estar ilustrada con fotos de la comida, como si la realidad fuera decepcionante por naturaleza.

Los platos se detallaban en pegatinas rectangulares, escritas a mano por algún escriba culinario que había estudiado jerga alimenticia. «... filetes de ternera de dehesa ligeramente salteados y servidos en hojas tiernas, cubiertos de bayas de zumaque indio y guarnecidos con hojuelas de queso de cabra de fabricación propia, setas, ñames y hierbas aromáticas», 21,95 dólares. Me quedé mirando a Dietz, pero no me pareció que estuviera afligido. Por lo que a mí respecta, volví a sentirme, para variar, como un pez fuera del agua. En mi vida había probado los ñames ni el zumaque indio.

Miré a los demás comensales. En realidad apenas podía verles porque tenía delante un helecho bostoniano. Junto al macetón había una jaula cilíndrica donde gorjeaban los jilgueros. Sujetas a los laterales metálicos había cestitas de bambú y los pájaros entraban en ellas y salían con trocitos de periódico con los que construían nidos. Había algo enternecedor en aquella actividad febril y de ojos relucientes. Los contemplamos con despreocupación mientras esperábamos al camarero.

—¿Sabe usted algo de cuervos? —preguntó Dietz.

—Sé muy poco de pájaros.

—Yo tampoco sabía mucho hasta que conocí a uno personalmente. Se llamaba *Albert Bertie*, cuando nos hicimos amigos. Lo compré cuando era muy pequeño y lo tuve durante varios años. Los corvatos no saben volar y a veces se estrellan contra el suelo. A esa edad se les llama rameales, porque lo único que saben hacer es saltar con torpeza de rama en rama. A veces no saben bajar y se ponen a gemir como niños hasta que se sube a cogerlos. Creo que *Bertie* comió más de la cuenta y se cayó del árbol en que estaba. Por entonces tenía un gato que se llamaba *Little John*; *Little John* encontró el corvato y lo metió en casa mientras el pobre pájaro se rompía la garganta graznando. Tuvimos una pelea para ver quién se quedaba con él. *Bertie* tuvo suerte porque gané yo. El gato y el cuervo se hicieron amigos más tarde, pero durante una temporada tuvieron sus diferencias. *Little John* estaba muy enfadado porque pensaba que iba a ser su cena del día de Acción de Gracias y yo me había entrometido en su vida...

Levantó la cabeza. El camarero se acercaba; iba vestido como un almirante y llevaba guantes blancos.

—Buenas tardes. ¿A los señores les apetecerá beber algo antes de comer? —Era de modales sobrios y evitaba mirarnos a los ojos.

—¿Le apetece algo? —me dijo Dietz.

—Vino blanco —dije.

—¿Chardonnay, sauvignon blanc? —preguntó el camarero.

—Chardonnay.

—¿Y el señor?

—Una cerveza. ¿Tienen de importación?

—Amstel, Heineken, Beck's negra, Beck's rubia, Dos Equis, Bohemia, Corona...

—Beck's rubia —dijo Dietz.

—¿Van a pedir ya los señores?

—No.

El camarero se quedó mirando a Dietz, asintió y se fue.

—No volveremos a verle en media hora —dijo Dietz—, pero me revienta que me fuercen.

Siguió contándome la historia de *Bertie*. Le gustaba dar largos paseos a pie y se alimentaba a base de pastillas de chocolate M&M, huevos duros muy hechos y comida de gato seca. Mientras hablaba vigilaba el restaurante con ojos inquietos. No se fijaba en las caras, sino siempre en las manos, en busca de armas ocultas, atento a los movimientos imprevistos, señales tal vez. Apareció un mozo con las bebidas, pero no el camarero. Dietz recorrió el comedor con la mirada, pero no había el menor rastro de él. Transcurrieron veinte minutos. Vi que consultaba la hora y con gesto nervioso dejó un billete sobre la mesa y se puso en pie.

—Vámonos. No me gusta esto.

—¿Es que tiene que ver trampas en todas partes? —dije mientras trotaba tras él.

—Si seguimos con vida, puede que sea únicamente por eso.

Me encogí de hombros y lo dejé correr. Llegamos a la puerta principal y vimos el Porsche estacionado junto a los arbustos. Cogió él mismo las llaves del tablero y me abrió la puerta. Se sentó ante el volante y puso en marcha el vehículo.

Volvimos por la playa. Estaba rendida y otra vez empezaba a dolerme la cabeza. Cuando llegamos a mi casa, Dietz cogió la alarma portátil y me explicó cómo se conectaba y desconectaba. La instaló en la puerta.

—Le diré a Henry que vigile mientras estoy fuera...

—¿Se marcha? —Noté que me subía una ola de pánico que puso de manifiesto hasta qué extremo mi sentido de la seguridad dependía ya de él.

—Quiero tener otra charla con el teniente Dolan. Me dijo que hablaría con el fiscal del distrito de Carson City para saber si podía identificarse al tipo que iba con el niño. Alguien tiene que conocerle. Si estuviera fichado, por lo menos sabríamos qué aspecto tiene. Volveré dentro de media hora. Aquí estará usted a salvo. Procure descansar. Parece agotada.

Cuando se fue, me tomé un analgésico y subí al desván. Había prometido a Irene que la llamaría y en lo más profundo oí que se me quejaba la vocecita de la conciencia. Sonó el teléfono cuando me quitaba ya los zapatos. Dietz me había dicho que no contestara mientras él estuviese fuera, pero no pude evitarlo. Me eché sobre la cama y cogí el auricular. Era Irene Gersh.

—Ah, menos mal. La llamo desde el asilo. Me alegro de haberla encontrado. Tenía miedo de que no estuviera.

—Acabamos de llegar. Pensaba llamarla, pero me faltaban fuerzas.

—¿Soy inoportuna?

—No se preocupe por eso. ¿Se sabe ya algo?

—Nada. Eso es lo que me inquieta. Siento ser tan pesada, pero no hago más que darle vueltas al asunto. Hace ya ocho horas que desapareció mi madre y no hay ni rastro de ella. Clyde dice que deberíamos buscarla nosotros.

—No es mala idea —dije—. ¿Quieren que les eche una mano? —Sin darme cuenta siquiera, la preocupación por la seguridad de Agnes había eclipsado mis propios problemas.

—Es usted muy amable y no sabe cómo se lo agradezco. Cuanto más tardan en encontrarla, más asustada estoy. Alguien tiene que haberla visto.

—Es lo más lógico —dije—. ¿Cuándo quiere que vaya?

—Lo antes que pueda. Clyde me ha llamado desde el trabajo y ya está en camino. Yo no quisiera molestarla, pero... —Me dio un número de la manzana 1100 de Concorde.

—Ahora mismo voy para allá —dije y colgué. Llamé al teniente Dolan y le dije que comunicara a Dietz que se reuniera conmigo en el asilo; le di la dirección dos veces. Bajé las escaleras con cuidado. Necesitaba acción. Me sentía entumecida, con las articulaciones agarrotadas a consecuencia del accidente. Había ciertas posturas que me provocaban tanto dolor que la garganta se me llenaba de gemidos involuntarios. Esperaba que el analgésico surtiera efecto pronto.

Cogí una cazadora y el bolso, comprobé que la pistola seguía en este y mientras me dirigía a la puerta busqué las llaves del coche en el bolsillo exterior de piel. ¿Dónde diantres estaban? Me detuve en seco y llena de confusión. Entonces caí en la cuenta. No *tenía* medio de transporte. El VW seguía en el garaje de Brawley. Bueno, pues es igual, me dije.

Giré sobre mis talones, cogí el teléfono y llamé a un taxi. A estas alturas ya había asimilado las advertencias de Dietz. Nada de salir inmediatamente para ponerme al descubierto en plena acera. Lo que hice, por el contrario, fue meterme en la bañera del lavabo de la planta baja y esperar al taxi mientras vigilaba por la ventana. Cuando llegó, volví a coger la cazadora y el bolso. Al abrir la puerta se disparó la alarma y me llevé tal susto que estuve a punto de mojarme en los pantalones.

La puerta trasera de Henry se abrió de golpe y él salió corriendo con una cuchilla de carnicero en la mano. Sólo llevaba unos calzoncillos azul turquesa y estaba más pálido que la harina.

—¿Qué pasa, qué pasa? ¿Estás bien?

—No pasa nada, estoy bien. Yo misma he disparado la alarma sin darme cuenta.

—Pues vuelve a entrar enseguida. Me has dado un susto de muerte. Iba a darme una ducha cuando oí el ruido. ¿Qué haces aquí? Dietz me dijo que te habías echado un rato. Tienes muy mal aspecto. Anda, acuéstate. —Me pareció que el miedo le había desquiciado un poco.

—¿Quiere dejar de preocuparse? No nos pongamos histéricos. Me ha llamado Irene Gersh y voy al asilo para ayudarla a encontrar a su madre. Tengo un taxi esperándome.

Me cogió la cazadora.

—No te moverás de aquí —dijo con resolución—. Esperarás a que Dietz vuelva y él te acompañará.

Noté que se me despertaba la ira. Sujeté yo también la cazadora y nos pusimos a dar tirones como colegiales en el patio de recreo. Lo malo era que, como seguía con la cuchilla en la mano, la herramienta hacía a veces movimientos peligrosos. Me hice por fin con la prenda y la sostuve en alto y fuera de su alcance.

—Henry —le dije en son de advertencia—, soy una ciudadana libre. Dietz sabe que voy hacia allí. He llamado al despacho de Dolan y se lo he dicho personalmente. Él ya está en camino.

—No lo has hecho. Te conozco y sé que mientes como respiras —dijo.

—¡Le *he* llamado!

—Pero no *has hablado* con él.

—Bueno, pero le he dejado un mensaje, que es lo mismo.

—¿Y si no lo recibe?

—¡Entonces dígame usted dónde estoy! Adiós.

—¡No te irás!

Estuvimos discutiendo cinco minutos sin que me dejara salir. El taxista, mientras tanto, había hecho sonar el claxon dos veces y había entrado en el jardín en busca de su cliente. No sé lo que pensaría al vernos, yo con la cara magullada y Henry en calzoncillos y con una cuchilla de carnicero en la mano. Dio la afortunada casualidad de que Henry le conocía y tras formular una rápida promesa de seguridad a tres bandas, mi casero me dejó partir. No le gustaba la idea, pero era poco lo que podía hacer. El taxista no dejaba de cabecear con pudor fingido.

—Vamos, Pitts, ponte los pantalones, que te pueden detener.

Eran casi las dos cuando llegamos al asilo. Estaba en la parte alta del sector oriental y cuando paró el taxi recordé que conocía la zona. Rosie y yo la habíamos recorrido a conciencia en busca de una pensión para su hermana Klotilde. Casi todos los inmuebles del barrio se habían construido a gran escala: habitaciones laberínticas, techos altos, ventanas enormes, porches espaciosos; todas las casas estaban rodeadas de robles macizos y palmeras hirsutas.

Por el contrario, el asilo del que Agnes se había escapado era un edificio Victoriano de dos plantas, con una cochera antigua en la parte de atrás. El revestimiento exterior de los muros era de color gris claro y el marco de las puertas y ventanas se había pintado de blanco recientemente. La empinada techumbre a dos aguas consistía en una sucesión de tejas de pizarra, superpuestas como las escamas de un pez. En el primer piso se había añadido, a modo de salida de emergencia, una terraza en forma de L y una escalera de peldaños de madera. El edificio se alzaba en una parcela grande y triangular, sombreada por multitud de árboles, salpicada de macizos de flores y flanqueada por arbustos atravesados por las enhiestas lanzas de una decorativa verja de hierro.

Irene, al parecer, me había estado esperando. Pagué al taxista, bajé del vehículo y la vi avanzar hacia mí por el sendero, seguida por un hombre que supuse era Clyde Gersh. Otra vez me llamó la atención el aire enfermizo que la envolvía. Estaba flaca como un palillo y andaba con paso inseguro. Llevaba un vestido de seda entallado y de color verde jade que le realzaba la palidez espectral de la piel. Se notaba que se había preocupado por adecentarse, pero el resultado no podía ser más desastroso. Se había puesto una primera capa de maquillaje demasiado rojiza y por culpa de las pestañas postizas los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas. Y el colorete que le embadurnaba los pómulos le daba un aspecto decididamente griposo.

—Kinsey, Dios la bendiga. —Me tendió ambas manos. Las tenía frías y le temblaban.

—Hola, Irene. ¿Se sabe ya algo?

—Me temo que no. La policía ha tomado nota de la descripción y ha hecho circular una... ay, ¿cómo se dice?

—Una orden de búsqueda —dijo Clyde.

—Sí, eso es. El caso es que habrá un coche patrulla dando vueltas por los alrededores. No creo que la policía pueda hacer más por el momento. Yo ya no puedo con mi alma.

Clyde volvió a tomar la palabra mientras me tendía la mano.

—Clyde Gersh.

Irene pareció turbarse.

—Ah, disculpad. La señorita Millhone. No sé dónde tengo ya la cabeza.

Clyde Gersh tendría cincuenta y ocho o cincuenta y nueve años, unos diez más que su mujer. Era alto y cargado de espaldas, y vestía un traje de aspecto caro que parecía colgarle de los hombros. Tenía el pelo gris y ralo, la cara llena de arrugas y la frente fruncida con preocupación.

Sus facciones poseían la cualidad lánguida de los que aceptan su destino con resignación. La mala salud de su mujer, voluntaria o no, tenía que resultarle un calvario. Había adoptado una actitud paciente pero con señales de abatimiento. Caí en la cuenta de que ignoraba por completo en qué trabajaba. Seguramente en una profesión que compaginaba el horario flexible con los zapatos de punta calada. ¿Abogado? ¿Contable? Nos dimos la mano.

—Encantado de conocerla, señorita Millhone. Lamento que sea en estas circunstancias.

—Lo mismo digo. Si no le importa, por favor, llámeme Kinsey. Bueno, ustedes dirán en qué puedo serles útil.

Miró a su mujer como quien pide perdón.

—De ello hablábamos precisamente. Le decía a Irene que se quedara aquí. Ella puede defender el castillo mientras nosotros vamos de puerta en puerta. Ya le he dicho al director de esta institución de pacotilla que presentaré una demanda si le ha ocurrido algo a Agnes...

Irene lo fulminó con la mirada.

—Podríamos dejar eso para después —dijo. Y añadió, dirigiéndose a mí—: El personal del asilo se ha portado muy bien. Dicen que lo más probable es que mi madre haya sufrido un trastorno temporal. Ya sabe usted que es muy testaruda, pero estoy convencida de que se encuentra perfectamente.

—Desde luego —dije, aunque tenía mis dudas.

Por la cara que ponía Clyde, advertí que su fe era tan firme como la mía.

—Yo iba a salir ya —dijo—. Si quiere acompañarme... En primer término podríamos preguntar por Concorde hasta el cruce con Molina y luego continuar en dirección norte.

—Quiero ir con vosotros —dijo Irene—. No quiero quedarme aquí sola.

En la cara del marido se dibujó un asomo de exasperación, pero acabó por acceder asintiendo con la cabeza. Fueran cuales fuesen las objeciones que hubiera puesto con anterioridad, las arrinconó tal vez por respeto hacia mí. Me recordó a esos padres que no se atreven a castigar a los hijos delante de los demás. Quería quedar bien en público. Miré a ambos lados de la calle por si aparecía Dietz. Irene se dio cuenta de mi indecisión.

—¿Le ocurre algo? Parece preocupada.

—Tenía que reunirme aquí con una persona. No quisiera irme sin dejarle una nota.

—Esperaremos si usted quiere.

Clyde hizo un gesto de impaciencia.

—Obrad como os plazca. Yo me marcho —dijo—. Yo iré por este lado, vosotras por el otro. Nos reuniremos aquí dentro de treinta minutos.

Antes de partir, dio a su mujer un beso superficial en la mejilla. Irene lo vio alejarse con nerviosismo. Me pareció que iba a decir algo, pero dejó pasar la ocasión.

—¿Quiere dejar en el asilo alguna nota indicando adónde vamos?

—Es igual —dije—. Dietz lo adivinará.

Empezamos por la casa que en diagonal quedaba enfrente del asilo. Al igual que muchas otras de los alrededores, se había construido con solidez, probablemente a principios de siglo. Era de dos plantas, de fachada ancha y revestida de listones de cedro pintados de color verde claro. En el centro sobresalía un soportal rematado por un frontón, a tono con los grandes miradores cuyos vidrios reflejaban la amplia copa de un roble imponente. Al avanzar por el camino de entrada me pareció ver movimiento en una de las ventanas de arriba. Irene me había cogido del brazo para apoyarse. Por su culpa tenía que ir yo también a paso de tortuga, pero no me atreví a comentárselo. Esperaba que con la colaboración se le pasara un poco el nerviosismo.

Pulsé el botón de la puerta y sonó un timbrazo desagradable. Poco después se entreabrió la puerta y se asomó una anciana. Advertí que no había quitado la cadena de seguridad. Si hubiera sido una ladrona, me habría bastado una patada estratégica para abrir la puerta.

—¿Sí?

—Disculpe si la hemos molestado —dije—, pero estamos preguntando a todos los vecinos. Se trata de una señora mayor que ha desaparecido del asilo de enfrente y queríamos saber si la ha visto usted por casualidad. Creemos que se escapó a eso de las siete de la mañana.

—Últimamente no me levanto hasta las ocho. Ordenes del médico. Antes me levantaba a las cinco, pero dice que es absurdo, que a una hora tan temprana no ocurre nada que me pueda interesar a los setenta y seis años.

—¿Y los vecinos? Puede que le hayan comentado algo...

Hizo un ademán de rechazo con la mano. Tenía los nudillos hinchados y llenos de manchas.

—No nos hablamos. Hace quince años por lo menos que no cortan ese seto de ahí. Todos los meses le doy unas monedas al repartidor de periódicos para que le dé unos tizeretazos. Si no lo hiciera yo, ya habría llegado hasta los cables del teléfono. Y encima tienen un perro que se me cuela en el jardín y hace sus necesidades donde se le antoja. Cada vez que salgo, encuentro cagarrutas de perro por todas partes. Mi marido no hace más que burlarse de mí. «Méate encima, Ethel. Ya has vuelto a pisar mierda de perro».

Saqué una tarjeta y apunté en el dorso el teléfono del asilo.

—¿Le importa si le doy mi tarjeta? Así, si se entera de algo, puede usted llamarme. Se lo agradeceríamos.

La cogió a regañadientes. Saltaba a la vista que no le entusiasmaban las fugitivas de la tercera edad.

—¿Cómo se llama esa señora?

—Agnes Grey.

—¿Y qué aspecto tiene? No es fácil identificar a una persona que no se conoce.

Le hice una somera descripción de Agnes. Con Irene delante no le podía decir que tenía pinta de avestruz.

—Estaré al tanto —dijo y cerró la puerta.

Probamos en la casa siguiente, y en la otra, siempre con resultados parecidos. Cuando llegamos a la esquina habían transcurrido ya cuarenta y cinco minutos. Fue un trabajo lento e infructuoso. Nadie había visto a Agnes. Avanzamos por Concorde en dirección este. Se acercaba una camioneta de Correos y tuvimos que esperar en la acera hasta que pasó. Cogí a Irene del brazo y cruzamos la calzada, tan preocupada por su seguridad como Dietz por la mía.

A través de la seda verde del vestido percibía un temblor ligero. La observé con inquietud. Se había teñido tantas veces el pelo a lo largo de los años que se le había quedado como un estropajo blancuzco y raleante, como si su intención hubiera sido eliminar todo rastro de color. Carecía prácticamente de cejas y en su lugar no tenía más que dos curvas marrones que ella misma se había perfilado a mano, dos arcos de medio punto semejantes a los que habría trazado un niño al dibujar una cara risueña. Era evidente que en otra época habría podido pasar por hermosa. Tenía rasgos elegantes y unos ojos azules de claridad insólita. Se le había despegado una pestaña postiza, que le sobresalía como un plumón. Aunque de textura consistente, tenía la piel tan pálida que a la fuerza tenía que estar enferma. Era como esas oscuras actrices de los años cuarenta que hacían una película nada más y que al cabo de los años descubríamos con sorpresa que aún seguían vivas. Puso una mano temblorosa encima de la mía. Tenía los dedos tan helados que di un respingo. Su respiración era débil y entrecortada.

—Irene, por el amor de Dios, tiene usted las manos como témpanos. ¿Se encuentra bien?

—Me ocurre a veces, pero me recuperaré enseguida.

—Vamos a sentarnos —dije.

La casa más cercana era un edificio de madera, alto, estrecho y con tres porches, uno en cada lado. El sol daba de lleno en el jardín; la hierba se había cortado hacía muy poco, pero las flores parecían descuidadas. Sabía que era una pensión porque figuraba en la lista que Rosie y yo habíamos confeccionado. Yo no llegué a entrar en el edificio, pues una vez Rosie comprobó que no podía entrarse con silla de ruedas, la acabamos tachando de la lista. Recordaba que el patrón era un sujeto de setenta y tantos años, lleno de vitalidad y muy amable, pero no parecía estar preparado para tratar con huéspedes fijos. Cuando empujé la chirriante verja de la entrada, vi que se movían los visillos de la ventana y que una persona se ponía a espiarnos. Todo el mundo parecía estar alerta en aquel barrio. No podía creer que Agnes hubiese recorrido ni siquiera media manzana sin que la hubieran visto.

Llegamos al porche delantero e Irene se dejó caer en el peldaño inferior. Apoyó la cabeza en las rodillas. Le puse la mano en la nuca y la observé con atención. Podían oírse sus jadeos.

—¿Quiere echarse?

—No, por favor. Se me pasará enseguida. Es el asma. No quiero llamar la atención. Sólo quiero estar sentada un rato.

—Modere el ritmo respiratorio, de lo contrario se desmayará.

Busqué a Clyde en la calle, pero no lo vi por ningún lado. Subí los escalones del porche y me dirigí a la puerta. El propietario de la pensión apareció cuando me disponía a llamar.

Tenía que haber sido robusto de joven. Los hombros, antaño musculosos, se le habían ablandado y en la actualidad trazaban una curva que se perdía bajo la camisa. Recién afeitado, la calva incipiente y la frente despejada le daban un aire infantil. Tenía bolsas bajo los ojos y un lunar en la mejilla izquierda que le abultaba como una pasa.

—¿Buscan algo? —Posó los ojos en Irene y yo seguí la dirección de su mirada. Menuda complicación me iba a caer encima si Irene perdía el conocimiento.

—Se pondrá bien pronto. Se ha mareado y necesita estar un rato sentada —dije—. Ha desaparecido una mujer del asilo de aquí al lado y estamos preguntando a los vecinos si alguien la ha visto.

Arrugó el entrecejo mientras me miraba con fijeza.

—Yo a usted la conozco. ¿Nos hemos visto antes?

—Me llamo Kinsey Millhone —dije—. Estuve aquí hace quince días con una amiga...

—Exacto, exacto, exacto. Ya me acuerdo. Una pelirroja vivaracha con una hermana en silla de ruedas. Una lástima que no la pudiera alojar. ¿Es ella la que ha desaparecido?

—No, otra persona —dije. Me pasé la palma de la mano por encima de la cabeza y volví a describirla—. Alta, muy delgada. Se fue esta mañana y desde entonces nadie parece haberla visto. Pero no creo que haya ido muy lejos.

—Hay personas mayores que corren mucho —dijo—. Y si no se las vigila, dan esquinazo a cualquiera. Me gustaría ayudarlas, pero tengo trabajo dentro. ¿Han avisado a la policía?

—Fue lo primero que hicimos. Creo que ya han rastreado la zona, pero pensamos que no estaba de más intentarlo otra vez.

—Pasa de tarde en tarde y más en este barrio. Pero suelen aparecer.

—Esperémoslo. Gracias de todos modos.

Volvió a fijarse en Irene, que seguía sentada en el peldaño inferior.

—¿Le traigo un vaso de agua a su amiga?

—No hace falta, gracias, se pondrá bien. —Terminé la conversación con la habitual petición de ayuda—. Tenga mi tarjeta. ¿Sería tan amable de llamarme si la ve o habla con alguien que sepa algo? Si no me localiza, puede llamar también al asilo.

Cogió la tarjeta.

—De acuerdo —dijo. Le llamaron desde el interior, una voz débil y algo malhumorada. Murmuró una disculpa y entró.

Ayudé a Irene a ponerse en pie. Echamos a andar por el camino y cruzamos la entrada. Caminaba con pie inseguro, con la cara contraída y en tensión.

Cabeceó con movimientos exagerados.

—Todavía no. Ya me siento mejor. —Y estiró la espalda para convencerme.

Aprecié una fina película de sudor en su frente, pero parecía resuelta a continuar. Yo tenía mis dudas, pero no podía hacer gran cosa.

—Está bien —dije—. Una casa más y nos reunimos con Clyde.

La casa siguiente era un *bungalow* grande de tejado a dos aguas; constaba de planta baja y medio piso, y toda la estructura estaba revestida de tablas pintadas de color crema. El soportal, ancho y abierto, consistía en una cubierta apoyada en pilares de ladrillo unidos entre sí por una barandilla de madera. Avanzábamos ya por el sendero de entrada cuando vi que la pintura de una de las barandillas se resquebrajaba de repente, dejando al descubierto la madera desnuda, igual

que una flor que abriera los pétalos a toda velocidad. Oí un taponazo y ruido de vidrios rotos. Di un salto, pensando que se trataba de un temblor de tierra capaz de derribar la casa. Oí rugir el Porsche de Dietz en la esquina de nuestra izquierda. Me volví y por el rabillo del ojo entreví el perfil de la camioneta de Correos que seguía estacionada junto a la acera. El conductor se acercaba a nosotras por el sendero. Me sonreía y de manera automática le devolví la sonrisa. Era un hombre corpulento, musculoso, recién afeitado, de pelo rizado y rubio, ojos azules que resaltaban en el bronceado de la cara, boca carnosa y con hoyuelos en las mejillas. Pensé que tenía que conocerlo porque parecía contento de verme, había bondad en sus ojos y toda su cara irradiaba a la vez simpatía y sensualidad. Llegó a mi altura y se inclinó como si fuera a besarme. Estaba tan cerca que percibí el denso olor de sus emanaciones corporales: pólvora, Aqua Velva y chicle de frutas. Retrocedí confusa. A mis espaldas volvió a crujir la madera como si un rayo hubiera caído sobre un árbol. Ví que se le encendía la cara, como un amante poco antes del orgasmo. Me dijo no sé qué. Le miré las manos. Parecía empuñar la boca de una manguera y ¿por qué el conductor de una furgoneta de reparto llevaba guantes de jardinero? De la manguera brotó un chispazo. Vacilé sin comprender y de repente se me hizo la luz. Cogí a Irene de un brazo, levantándola prácticamente del suelo. La arrastré por los peldaños del soportal, en dirección a la puerta. El ocupante de la casa, un cuarentón, abría el cancel en aquellos momentos, intrigado por el ruido. Deduje por su expresión que no esperaba a nadie. Le cogí por la pechera y le arrojé a un lado para apartarlo de la línea de fuego, mientras me arrojaba de cabeza contra la puerta, arrastrando a Irene conmigo. El cristal de una ventana saltó hecho añicos, cubriendo el suelo. Irene y yo aterrizamos en el suelo. La pobre estaba demasiado sorprendida para gritar, pero oí la ráfaga de aire que le brotó de la garganta cuando dio con sus huesos en el suelo de madera noble. La puerta golpeó con fuerza contra el tope, dejando al descubierto un pasillo y unas escaleras. El propietario de la casa se había refugiado en el salón y pude verlo agachado tras el sofá con las manos en la cabeza. Me recordó a esos niños que se creen invisibles sólo porque cierran los ojos con fuerza. Un proyectil agujereó la pared del fondo. Se formó un pequeño cráter en el yeso, como si hubiera explotado una bomba en miniatura, y se levantó una nubecilla de polvo blanco.

De pronto se hizo el silencio. Oí que alguien se alejaba corriendo por el jardín y supe de manera instintiva que Dietz iría en su persecución. Entré a gatas en el comedor y miré con cautela por la ventana lateral, con los ojos a la altura del alféizar. Ví que Dietz doblaba la esquina corriendo. Irene se puso a gemir a mis espaldas, de miedo, de dolor, a causa de la conmoción y el desconcierto. Noté que la adrenalina me inundaba y me ponía el corazón en la boca. La garganta se me secó. Me sujeté al alféizar y pegué la mejilla al papel frío que decoraba la pared, rosas de color carne en campo de plata. Cerré los ojos. Volví a ver lo ocurrido en el escenario de la imaginación. Primero el hombre... la calidez de su mirada, la boca que se le curvaba al esbozar una sonrisa de reconocimiento. La impresión de que iba a besarme, de que me decía algo con voz ronca, y luego el estampido amortiguado. A juzgar por el ruido, inferí que había puesto silenciador en la pistola, pero yo había visto salir una llama del cañón. Me pareció ilógico, ya que era de día; a no ser que el fognazo lo hubiera añadido mi imaginación. ¿Cuántas veces había disparado? ¿Cinco? ¿Seis?

Entró Dietz y cruzó el salón a toda velocidad. Tenía la respiración jadeante, los músculos tensos pero bajo control, sudando y con un brillo inflexible en la mirada. Me puso en pie de un estirón sin parpadear siquiera. Noté sus manos hundidas en las axilas, pero fui incapaz de

quejarme.

—¿Se encuentra bien?

Me zarandeó y asentí con la cabeza. Me echó a un lado como si fuera un oso de peluche y se acercó a Irene, que lloraba de un modo tan lastimero como una niña de tres años. Estaba sentada en el suelo con las piernas abiertas, la falda hacia un lado, los brazos pegados al vientre, las manos con la palma hacia arriba. Dietz le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Le habló en voz baja para que se calmara, con la boca pegada a su oído para que pudiera oírle. Le hizo una pregunta. Vi que ella negaba con la cabeza. Jadeaba y cada vez que formulaba una frase tenía que detenerse a respirar.

Vi al dueño de la casa en el umbral. Ya no estaba asustado, sino indignado.

—¿Se puede saber qué pasa? ¿Qué es esto, una reyerta entre traficantes de drogas? ¡Abro la puerta y por poco me matan! Fíjense qué destrozo. ¿Quién va a pagar la reparación?

—Cállese y llame a la policía —dijo Dietz.

—¿Quién es usted? ¡Estoy en mi casa y a mí no me habla nadie de ese modo!

Me dejé caer en una silla del comedor. Vi por la ventana que los vecinos empezaban a concentrarse, murmurando entre sí con nerviosismo; grupúsculos de dos y tres personas, algunos ya en el jardín.

¿Qué me había dicho el hombre? Traté de recordar: había oído el coche de Dietz en la calzada, me había vuelto y había sonreído al hombre que me sonreía. Ahora le oía con claridad, por fin comprendía lo que me había dicho al acercármeme. «Eres mía, nena», en tono insinuante, posesivo, y a continuación el inverosímil acaloramiento sexual de sus facciones. Las lágrimas me inundaron los ojos y empecé a verlo todo borroso. La ventana se llenó de brillos. Las manos me temblaban.

Dietz palmeó el brazo de Irene y volvió a mi lado. Se agachó ante mí y su cara quedó a la misma altura que la mía.

—Lo ha hecho usted muy bien. Se ha comportado de un modo magnífico. Usted no podía saber que sucedería una cosa así.

Tuve que meter las manos entre las rodillas y apretar con fuerza para que el temblor no se contagiara a los brazos. Le miré a la cara, los ojos grises, la nariz aplastada.

—Quería matarme.

—No, no quería matarla. Quería asustarla. Habría podido matarla desde el primer momento, en la carretera de Brawley. Habría podido matarla ahora, al hacer el primer disparo. Pero si la mata, el juego termina. Y no es eso lo que quiere. No es un profesional. Es un enfermo. Podemos utilizarlo en contra suya. ¿Comprende lo que le digo? Ahora conocemos su debilidad.

—Sí, yo —dije, todavía aturdida.

La verdad es que comprendía muy poco. Había visto la faz de la Muerte. Había creído que se trataba de un amigo. Otras personas también habían querido matarme, por venganza, por odio. Pero en ningún caso me había parecido que hubiera nada personal en el fondo; hasta que había visto al hombre del sendero. Nadie se había introducido tan profundamente en mí como aquel hombre.

Me volví hacia Irene. Sus dificultades respiratorias aumentaban en vez de remitir. Respiraba de un modo superficial, acelerado e inútil, y de la garganta le brotaba un gemido que recordaba las notas agudas de la gaita. Las yemas de los dedos se le habían coloreado de azul. Se estaba

asfixiando.

—Hay que ayudarla —dije.

Dietz se volvió.

—Maldita sea...

Se puso en pie al instante y cruzó la habitación. El dueño de la casa hablaba por teléfono y volvió a dar su dirección al agente de guardia.

—Hay que pedir una ambulancia —me dijo Dietz. Y a Irene—: Tranquilícese. Se pondrá bien. Pronto llegará el médico. No se asuste...

Ví que Irene asentía; era lo máximo que podía hacer.

Clyde Gersh se presentó en plena confusión, atraído sin duda por los vecinos que rodeaban la casa. Más tarde me dijo que al ver los destrozos de la casa había pensado que habíamos encontrado a Agnes y que se había producido un forcejeo. Lo último que esperaba era ver a Irene en el suelo, en mitad de un ataque agudo de asma. Al cabo de unos minutos llegó la policía con una ambulancia. Los enfermeros pusieron a Irene una mascarilla de oxígeno y se la llevaron en camilla. Durante toda la operación me sentí extrañamente abstraída. Sabía lo que tenía que hacer e hice lo que se me indicó. Conté lo ocurrido a la policía con voz monocorde y dejé que Dietz explicara el contexto. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que Dietz estuvo en situación de llevarme a casa. El tiempo se había detenido como si cada minuto durase una hora. Ni siquiera supe cómo se llamaba el propietario de la casa. La última vez que lo vi estaba de pie en el soportal, como si fuese el único superviviente de un terremoto de intensidad 8,8 en la escala de Richter.

Nada más entrar en casa, subí al desván dando traspiés. Me quité las zapatillas deportivas. Me tendí en la cama, amontoné almohadas bajo la cabeza y me puse a hacer inventario de lo que me sucedía. Todos los pinchazos y dolores habían desaparecido, arrastrados por la ola de adrenalina que me había inundado durante la agresión. Me sentía vacía, aletargada, con todo el cuerpo insensibilizado; sólo el cerebro producía algún que otro chisporroteo. Oí abajo los murmullos de Dietz mientras hablaba por teléfono. Creo que me quedé dormida. Cuando abrí los ojos, vi a Dietz sentado en la cama. Tenía un puñado de papeles en una mano y una taza de té en la otra.

—Tómeselo —dijo.

Cogí la taza y me concentré en el calor que transmitía. El olor del té siempre me ha parecido más agradable que su sabor. Aún recuerdo el respingo que di de pequeña cuando me dejaron probarlo por primera vez. Alcé los ojos y miré el círculo negrizulado de la claraboya.

—¿Qué hora es?

—Las siete y diez.

—¿Ha llamado Clyde?

—Hace un rato. Irene está bien. La atendieron y la enviaron a casa. Aún no se sabe nada de Agnes. ¿Y usted? ¿Cómo está?

—Mejor.

—Estupendo. Cenaremos dentro de poco. Henry ha preparado no sé qué.

—Detesto que me cuiden.

—Yo también, pero no hay más remedio. A Henry le gusta sentirse útil, yo me muero de hambre y ni usted ni yo sabemos cocinar. ¿Le apetece charlar un rato?

Negué con la cabeza.

—Aún tengo el alma flotando lejos del cuerpo.

—Ya volverá. Gracias a la policía de Los Angeles hemos identificado a nuestro hombre. ¿Quiere echarle un vistazo?

—De acuerdo.

Me pasó unas seis o siete circulares y fichas identificativas del departamento de Policía de Los Angeles. Miré la primera, SOSPECHOSOS BUSCADOS POR DELITOS DE TRÁFICO. Había diez fotos, tipo ficha de comisaría, una de ellas señalada con un círculo trazado con bolígrafo. Era él. Parecía más joven. Pálido. Taciturno: un delincuente nato en los albores de su carrera. Se llamaba *Mark Darian Messenger*, alias «Mark Darian», alias «Darian Marker», alias «Buddy Messer», alias «Darian Davidson». Varón, blanco, treinta y ocho años, pelo rubio, ojos azules, con una

mariposa tatuada en el dorso de la mano derecha, en la membrana entre el pulgar y el índice (a mí se me había pasado por alto). Había nacido el 7 de julio, cáncer, todo un devoto de la vida doméstica. Figuraba su número de carnet de conducir, el de la Seguridad Social, el del Servicio de Información Militar, el de la ficha del FBI, el de la ficha de la policía local y el de la orden de detención. Dicha detención, efectuada al parecer en el verano de 1981, había sido por infracción del artículo 201 del Código de Circulación (atropello mortal y fuga) y del apartado a del artículo 3, sección 192 del Código Penal (homicidio accidental conduciendo en estado de embriaguez). La foto, de unos nueve centímetros cuadrados, se le había hecho de frente y lo había reducido al tamaño de los enanos, como en los sellos. Parecía un golfo de mala muerte, aunque en blanco y negro era muchísimo menos siniestro que en la coloreada realidad.

La segunda circular decía: DETENCIÓN POR ASESINATO DE UN AGENTE DE POLICÍA, Orden de Detención de la Jefatura Superior de Los Angeles, una serie de cifras, acusaciones tocantes a la sección 187 (a) del Código Penal (homicidio intencionado) y a la sección 664/187 (intento de homicidio) y un informe de seis líneas: «El 9 de octubre de 1981, dos agentes de policía de Los Angeles se presentaron en un domicilio donde tenía lugar una pelea doméstica, durante la cual el sospechoso disparó contra su compañera oficial con una semiautomática de modelo desconocido. Cuando los agentes trataron de reducirle, el sospechoso disparó a uno de ellos en la cara, produciéndole la muerte. El sospechoso huyó corriendo a continuación».

Debajo se consignaba el nombre de los dos inspectores encargados del caso y una serie de teléfonos a los que llamar en caso de obtenerse alguna información. En la parte inferior de la circular había una frase en mayúsculas, POR FAVOR, COMUNÍQUENSE CON EL COMISARIO JEFE DE LA POLICÍA DE LOS ANGELES, decía. POR FAVOR, MÁTENLO EN CUANTO ASOME LA NARIZ, me dije yo.

La tercera circular era de hacía menos de dos meses, SE BUSCA INFORMACIÓN SOBRE EL ROBO DE UN MILLÓN DE DÓLARES. Allí estaba otra vez, en un retrato-robot de la policía, con un bigote que había tenido que afeitarse desde entonces. Según la declaración de la víctima, el 25 de marzo el sospechoso había seguido a un comerciante de oro al por mayor hasta el Mercado de Joyeros del centro de Los Angeles, punto donde se posesionó de todo el oro que la víctima llevaba encima y que se había valorado en más de 625.000 dólares. El sospechoso había sacado una pistola y había robado a la víctima y a un empleado 346.000 dólares más en oro granulado y 46.000 en metálico. Se había podido identificar a Mark Messinger por las huellas que había dejado en el lugar de los hechos.

Miré por encima las restantes circulares. Por lo visto no había delito que Mark Messinger no fuera capaz de cometer, desde homicidio hasta agresión con objeto contundente, pasando por atraco a mano armada. Sus movimientos parecían responder a una mezcla de impulso irracional y fuerza bruta. En sus operaciones no tenían cabida ni la elegancia ni el detalle intelectual. El robo del millón había sido probablemente lo más sutil que había hecho en toda su vida.

—Bueno, ya sabemos por qué se ha permitido el lujo de aceptar un encargo mal pagado — dije.

Dietz me señaló una de las últimas indicaciones que había en la circular. Al parecer, el sospechoso tenía parientes en Santa Teresa.

—Así se explica su relación con Tyrone Patty. Se conocieron aquí. Hace cuatro años fueron compañeros de celda en la penitenciaría del condado. Probablemente siguieron en contacto

después.

—¿La policía de aquí ha hablado con su familia?

Dietz asintió.

—Pero sin resultado. Su padre dice que hace años que no sabe nada de él. Está claro que miente, pero nada se puede hacer al respecto. Dolan dice que le leyó la cartilla en lo tocante a complicidad y encubrimiento, pero el viejo hizo una cruz con los dedos, la besó, y juró que si aparecía daría parte inmediatamente.

Noté que se me formaba un nudo de miedo en la boca del estómago.

—Hablemos de otra cosa.

—Hablemos de repeler agresiones.

—Mañana —dije—. Ahora no estoy de humor.

—Acábase el té y dese una ducha. La espero abajo.

Henry había preparado una cena fuerte: chuletón con revoltillo de setas, puré de patatas, judías verdes naturales, bollos caseros, tarta de merengue al limón y café. Comió con nosotros y apenas pronunció palabra mientras me observaba con ojos de preocupación. Dietz tenía que haberle advertido que no me regañase por haberme ido de casa. Saltaba a la vista que quería guerra, pero tuvo la suficiente presencia de ánimo como para mantener la boca cerrada. De todos modos me sentía culpable, como si yo fuera personalmente responsable de la agresión que había sufrido. Henry leyó las circulares de la policía, memorizó la cara de Mark Messinger y los detalles de sus (presuntos) delitos.

—Un pájaro de cuidado. Usted habló de un niño. ¿Qué pinta en todo esto? —preguntó a Dietz.

—Se lo quitó a su compañera oficial. La mujer se llama Rochelle. Trabaja en un salón de masaje de Hollywood. He hablado con ella hace un rato y no sabe qué pensar. El niño se llama Eric. Tiene cinco años. Estaba en una guardería del barrio donde vive Rochelle. Messinger lo raptó hace unos ocho meses y la madre no lo ha vuelto a ver desde entonces. Sé lo que es tener hijos y mataría a cualquiera que se atreviese a tocarlos.

Dietz comía con el mismo talante con que hacía todo lo demás, con gran concentración. Cuando apuró el último bocado, se retrepó en la silla y se tocó de manera automática el bolsillo donde había llevado el tabaco. Vi que sacudía la cabeza, como si se riera de sus propias reacciones.

Se puso a hablar de otras cosas: deportes, la bolsa, sucesos políticos. Mientras los dos se entretenían charlando, recogí los cubiertos y los platos y los llevé a la cocina. Llené el fregadero de agua y detergente y lo metí todo dentro. No hay nada tan relajante como fregar los platos cuando se busca el aislamiento. Es útil, entretenido y tan agradable como un baño de sales. Por lo pronto, me sentía segura. No me habría importado no salir de casa nunca más. ¿Qué tenía de malo permanecer en ella toda la vida? La pondría en orden y aprendería a cocinar. Plancharía la ropa (la que tuviera). También aprendería a coser, incluso podía construir cosas con los palitos de los polos. El caso era no volver a salir a la calle. Empezaba a pensar en el mundo real como si vivir en él fuera igual que nadar en el océano. Las aguas del Pacífico que bañan la costa de Santa Teresa son lóbregas y frías y están llenas de «oanis» (objetos amenazadores no identificados) susceptibles de causar daños de consideración: organismos de gelatina y barro, criaturas cubiertas de caparazón con aguijones y pinzas capaces de rebanarte el pescuezo. Mark Messinger era de la misma calaña: perverso, implacable e insensible.

Henry se fue a las diez. Dietz puso la televisión y esperó a que dieran las noticias mientras yo me iba a dormir. En dos ocasiones desperté sobresaltada, la primera a la una y cuarto, la segunda a las dos y treinta y cinco. Aún había luz abajo y comprendí que Dietz seguía despierto. Unas horas de sueño parecían bastarle, mientras que yo nunca tenía suficiente por mucho que durmiera. La luz que bañaba la barandilla de la escalera era de un tono amarillento y jovial. Quienquiera que entrase a buscarme tendría que vérselas antes con él. Me sentía seguirá. Volví a dormirme.

A pesar de la tensión general que me dominaba, dormí bien y al despertar noté que había recuperado parte de la vitalidad perdida, por lo menos hasta que pisé la planta baja. Dietz estaba en la ducha. Fui a la puerta para ver si seguía echado el pestillo. Acaricié la idea de apostarme en la puerta del cuarto de baño para oírle cantar, pero temía que me descubriese y se ofendiera. Hice café y preparé la leche, las cajas de cereales y las tazas. Entreabré las contraventanas de madera para echar un vistazo al exterior, pero no vi más que un fragmento de un macizo de flores. Imaginé a Messinger en la acera de enfrente con un fusil de repetición y mira telescópica, con el dedo en el gatillo y dispuesto a volarme la cabeza en cuanto la asomara unos centímetros. Me retiré a la cocina y me serví un zumo de naranja. No sentía tanto miedo desde mi primer día de escuela.

Dietz salió del cuarto de baño y pareció sorprenderse al verme ya levantada. Llevaba un pantalón ancho de algodón y una camiseta ceñida. Parecía macizo y musculoso, sin un gramo de grasa de más. Desconectó la alarma, abrió la puerta y recogió el periódico. Me di cuenta de que me mantenía rezagada, fuera de la línea de fuego. Puede que ciertas enfermedades mentales conlleven una pauta de conducta parecida. Cogí un taburete y me senté.

Dejó el periódico en el banco de madera de la cocina y dio un pequeño rodeo por la sala. Volvió con la Davis, que por lo visto había cogido de mi bolso. La colocó en el banco, delante de mí. Se sirvió una taza de café y se sentó en el taburete que había al otro lado del banco.

—Buenos días —murmuré.

Señaló la Davis con la cabeza.

—No quiero verla con ese trasto.

—¿Por qué?

—Es una pistolita de bolsillo. Inútil en el caso presente.

Me entraron ganas de darle un corte, pero me contuve.

—¡Es la única que tengo!

—Pues cómprese otra.

—Pero ¿por qué?

—Es barata y poco segura. Es peligroso llevarla con un cartucho en la recámara, lo que significa que hay que llevarla con el cargador lleno, la recámara vacía y el seguro quitado. Si surge un imprevisto, antes de apretar el gatillo tendrá que tirar hacia atrás del cierre de culata para que entre un cartucho en la recámara. Y de paso cómprese otra sobaquera.

Lo fulminé con la mirada, pero ni se inmutó.

—¿Dónde está la armería más próxima?

—Todo lo que usted dice me costará quinientos o seiscientos dólares. No tengo tanto dinero.

—Más le vale que se compre un arma de mil cien.

—¿Cuál exactamente?

—Una Heckler und Koch P-7 de 9 milímetros. La puede comprar de segunda mano en cualquier parte. Es la que llevan los *yuppies* últimamente. Queda muy bien en la guantera de un

BMW, pero a usted le puede ser útil y todo.

—¡Olvídelo! —dije. Esta vez fue él quien me fulminó con la mirada. Me entró la duda—. Aunque la comprara hoy mismo, tardarían dos semanas en entregármela.

—Utilice la Davis hasta entonces, pero no con esos cartuchos. Debería ponerle uno de punta hueca y de alta velocidad como el Winchester Silvertip, o un cartucho prefragmentado como el Glaser de seguridad. Le sugiero el Winchester Silvertip.

—¿Y por qué precisamente esos? —Me importaba un rábano. Yo sólo quería llevarle la contraria.

Me explicó los motivos, subrayándolos con los dedos.

—En primer lugar sale más barato y por otra parte son los que más utiliza la policía. Respecto al cartucho de 0,32 pulgadas, que tiene menos potencia, la capacidad de penetración es lo más importante de...

—Ya lo he entendido, ya lo he entendido —dije con irritación—. ¿Es a esto a lo que se dedicó anoche? ¿A preparar el sermón?

—Exactamente —dijo. Abrió el periódico y miró la primera página—. Yo tengo un Colt 0,45 en el coche. Puede practicar con las dos armas cuando vayamos al campo de tiro.

—¿Y cuándo vamos a ir?

—Las armerías abren a las diez, ¿no? Pues tendrá que ser después de las diez.

—No tengo ganas de salir.

—Ese tipo no tiene por qué modificar su vida hasta tal extremo. No se lo vamos a permitir. — Me miró con fijeza a los ojos—. ¿Está claro?

—Tengo miedo —dije.

—¿Por qué cree usted que hacemos todo esto?

—¿Y el banquete?

—Creo que deberíamos ir. Nuestro amigo estará unos días inmóvil. Quiere que usted piense en su propia vulnerabilidad. Quiere ponerla tan nerviosa que dé un salto cada vez que suene el teléfono.

—Ya lo hago.

—Tómese el desayuno. Se sentirá mejor.

Llené la taza de leche y vertí el cereal. Seguí dándole vueltas al asunto mientras comía.

Dietz levantó los ojos del periódico y rompió el silencio.

—Voy a decirle otra cosa, así que escúcheme con atención. Un auténtico asesino profesional mata de dos maneras: de muy cerca o de muy lejos. Si lo hace de cerca, podría utilizar un fusil de 0,22 pulgadas con silenciador y munición subsónica. De lejos, un fusil de repetición de 0,308 pulgadas. Messinger es un tarado y encima un aprendiz. Y me lo voy a cargar.

—¿Y si le alcanza él primero?

—No podrá. —Y se puso a leer las páginas deportivas.

Juro por lo más sagrado que me sentí mucho mejor.

Pasamos primero por la oficina. Comprobé el contestador automático (ningún mensaje) mientras Dietz miraba el correo de la víspera (ningún paquete bomba). Cerré y entramos en las oficinas de La Fidelidad de California. Vera acababa de llegar. Se había puesto un conjunto de seda roja, maxifalda flotante y blusa de manga larga, ceñido con un cinturón también de color rojo. Durante las veinticuatro horas que habían transcurrido desde que la viéramos por última vez, el pelo se le había vuelto de un rubio pajizo, con mechuras de contraste, y había cambiado las gafas de la víspera por otras de sol de cristales azules. Como siempre, parecía la mujer perfecta con la que a cualquier hombre le gustaría saltar desde un avión, una imagen que no dejó de surtir efecto en Dietz. Llevaba en la mano una percha con ropa, protegida por una bolsa de plástico de lavandería.

—¡Ah!, hola. ¿Vais a ir esta noche?

—Precisamente veníamos a decírtelo —dijo—. ¿Tengo que avisar al hotel?

—Ya lo he hecho yo —dijo Vera—. Supuse que acudirías. Esto es para ti. —Levantó la percha—. Ven a mi despacho, a ver qué te parece. Es cosa de mujeres —dijo a Dietz—. ¿Sigue sin probar el tabaco?

—Tres días —dijo Dietz.

No sabía que los hubiera estado contando.

—Yo ya llevo siete —dijo Vera.

—¿Y qué tal?

—Voy tirando. Me siento más dinámica, con ganas de hacer cosas. Parece que la nicotina me aplatanaba. ¿Y usted?

—Perfectamente —dijo Dietz con vocecita dulce—. Me gusta ponerme a prueba.

—Estoy convencida de ello —dijo y lanzó una sonora carcajada—. Volvemos enseguida. —Se alejó a buen paso hacia el fondo.

—¿Por qué le has dicho eso? A mí me ha parecido muy desagradable —le solté mientras corría para alcanzarla.

Me miró por encima del hombro.

—Oye, rica, el día que me ponga desagradable, no tendrás ninguna duda al respecto.

Colgó la percha en la mampara que definía su cubículo, se empotró en la boca un cigarrillo apagado y le dio unas chupadas en frío. Cerró los ojos, como si rezara.

—¡Oh, Señor, mi reino por un mechero... por una buena bocanada de humo, con mucha nicotina y mucho alquitrán...! —Abrió los ojos y cabeceó—. Esto de la salud es inaguantable. ¿Por qué se me ocurriría dejar el tabaco?

—Porque ya escupías sangre.

—Sí, es verdad. Había olvidado esa faceta. En fin. Dime qué te parece. —Cogió la percha, le quitó la bolsa y vi un vestido-pantalón de una sola pieza, de seda negra, con tirantes muy finos y cinturón estrecho. Conjuntaba con una chaquetilla de manga larga y cuello de uniforme chino—. ¿Qué dices, eh?

—Es perfecto.

—Claro que sí. Si no te viene bien, me lo dices y ya buscaré otra cosa. Te vienes a las seis y te lo pones en mi habitación. Estos días me alojo en el Edgewater, así que no tendré que coger el coche para volver. Eso de controlar la alcoholemia es una lata.

—Pero ¿no tienes pareja? Pensaba que ibas a ir con Neil.

—He quedado allí con él. De ese modo es libre de hacer lo que quiera. Esta noche me llevaré la bisutería y pensaré algo para tu pelo. Me temo que voy a tener que vestirme como a una muñeca.

—Oye, Vera, que no soy ninguna inútil.

—No, hija, *inútil* no. Sólo una ignorante total en lo que se refiere a la ropa. Seguro que ni siquiera se te ha ocurrido hacerte un tratamiento facial en toda tu vida.

Me encogí de hombros con indiferencia, como dándole a entender que me hacía un tratamiento facial dos veces por semana.

—No importa —añadió—. Tú eres tipo estival. Te ahorraré los cincuenta dólares. No deberías vestir de negro, pero lo pasaremos por alto. Estarás fabulosa. —Guardó silencio mientras me observaba la cara—. Muy apropiados, digo los cardenales... sobre todo el que se está poniendo verde. —Volvió a meter el vestido en la bolsa de plástico, el cigarrillo bailoteándole en la comisura de la boca—. ¿Cómo te sienta pasar las veinticuatro horas del día con un tío tan macizo?

—¿Te refieres a Dietz?

Vera suspiró y elevó los ojos al cielo.

—No, hija, me refiero a Jerry Lewis. Es igual, déjalo. Seguramente te gusta porque es competente, ¿verdad?

—Bueno, sí. De eso se trata, ¿no? —dije—. ¿Sabes lo que me intriga? Que siempre acabo rodeada de marimandones. Rosie, Dietz, Henry... y ahora tú.

—Muy amable, chica, muy amable. Tú sigue haciéndote la dura y verás.

—Soy una mujer dura —dije, poniéndome a la defensiva.

—Neil caerá rendido a tus pies. ¿Le has llamado ya?

—No he tenido ocasión. Hemos vuelto hace poquísimo.

—Si acude esta noche es sólo por conocerte. No lo olvides. Y no pruebes bocado.

Fruncí el ceño.

—¿A qué viene eso ahora? Es una cena de despedida, ¿no?

—¿Y si tienes ganas de acostarte con él?

—No ocurrirá —dije.

—Imagina que ocurre.

—Bueno, ¿qué tiene que ver eso con comer o no comer?

Se le estaba acabando la paciencia, pero se guardó de decirlo.

—Nunca te acuestes con un tío después de una comilona. Por los gases, ¿no lo entiendes?

—¿Y por qué me tendría que acostar con un individuo con el que no puedo atracarme antes?

—Ya te atracarás después, cuando estéis casados.

Tuve que echarme a reír.

—Te aseguro que no habrá boda, pero gracias por el consejo.

—De nada. Hasta la noche.

Vi a Dietz sentado en el escritorio de Darcy, hojeando un folleto sobre siniestros en propiedades no aseguradas. Bajamos a la calle y al llegar al coche metí el vestido en el maletero con sumo cuidado.

—No creo que pueda ponerme el chaleco antibalas debajo de esto —dije.

No hizo ningún comentario, pero quien calla otorga.

Antes de dirigirnos al campo de tiro pasamos por la armería y estuvimos una hora discutiendo sobre pistolas. Él sabía mucho más que yo y tuve que ceder ante su experiencia. Entregué una cantidad a cuenta de la Heckler und Koch P-7 de 9 milímetros y rellené la solicitud correspondiente. Y aboné 25 dólares por una caja de cincuenta cartuchos Winchester Silvertip, tal como Dietz me había indicado. A cambio de mi obediencia, tuvo el buen gusto de no alardear de que todo aquello era idea suya. Pensaba que seguir su consejo me iba a resultar irritante, pero al final me dije que no valía la pena. ¿Qué tenía yo que demostrar? Él llevaba en el oficio mucho más tiempo y sabía lo que se hacía.

Condujo el Porsche hasta el puerto de montaña como si alguien nos pisara los talones. Puede que estuviéramos practicando con vistas a una persecución posterior. El vehículo no disponía de frenos para uso del copiloto, pero hundí los pies en el hueco que se abría entre el chasis y la consola de mandos por si encontraba algún pedal escondido por allí. Desde mi posición, el paisaje se veía como a través de un visor de diapositivas, sólo que cuesta arriba y a toda velocidad. Deseé ardientemente creer en una vida ultraterrena por si despertaba en ella en el momento más inesperado. Dietz no pareció advertir el pánico que me embargaba. Como estaba totalmente concentrado en la carretera, no quise distraerle con los penetrantes alaridos de terror que pugnaban por salirme de la garganta.

En el club de tiro no había nadie, salvo el encargado que nos cobró la entrada. El sol de mayo apretaba lo suyo y la brisa era seca y olía a salvia y a laurel. No llovería hasta Navidad. En agosto, las montañas se secarían, la vegetación se pondría amarillenta y los árboles estarían listos para arder. Abajo en el valle se veía ya flotar una especie de neblina que parecía anunciar los incendios futuros.

Dietz colocó una diana humana, tipo B-27, a siete metros de distancia. Yo ya había practicado con la Davis a veinticinco metros, pero cuando se lo dije a Dietz, me respondió con un cabeceo.

—Las pistolas de calibre 0,32 sirven para defenderse a quince metros de distancia a lo sumo, preferentemente a menos de diez. La bala tiene que penetrar unos veinte centímetros aproximadamente, lo suficiente para alcanzar los órganos vitales. El cartucho Silvertip es muchísimo más eficaz.

—¡Cómo me gusta lo tranquilo de este trabajo! —dije.

—¿Por qué cree que lo voy a dejar?

Llené el cargador de la Davis mientras me explicaba un ejercicio denominado defensa Mozambique. Me hizo empezar por la posición de guardia: la pistola con el cargador puesto, el proyectil alojado ya en la recámara, el seguro echado, el dedo fuera del guardamonte y con la boca del arma mirando hacia abajo en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Levante el brazo hasta la posición de fuego y dispare dos veces seguidas al pecho, a la altura del esternón. Haga una rápida comprobación visual para saber dónde ha dado y efectúe un tercer disparo, más cuidadoso, a la cabeza, a este punto —y se señaló el entrecejo.

Me puse los auriculares e hice lo que me había dicho, sintiéndome al principio algo incómoda, ya que me estaba observando. Saltaba a la vista que había perdido facultades en los años transcurridos desde que estuviera en la academia. Subía al campo de tiro a menudo, una vez al mes aproximadamente, pero más en los últimos tiempos para entregarme a la meditación que para practicar. Abandonada a mi propia iniciativa, ni me sometía a una disciplina rigurosa ni mejoraba la puntería. Dietz era un buen profesor; era paciente y metódico y me corregía de tal modo que sus observaciones no me sonaban a críticas.

—Probemos ahora con la pistola que lleva en el bolso —dijo cuando quedó satisfecho.

—¿Cómo sabe tanto de armas?

Esbozó una ligera sonrisa.

—Porque me apasionan. Mi primera experiencia en el campo de la defensa personal armada fue un cursillo para guardas jurados. Apenas había clases prácticas, pero aprendí mucho sobre la legislación relativa a las armas de fuego. Después estuve en el Instituto Estadounidense de Armas Cortas. —Hizo una pausa—. ¿Pero hemos venido aquí a trabajar o a charlar?

—Ah, ¿puedo elegir? —dije.

Estaba claro que no. Me dijo que probara con el Colt 0,45, pero era mucho revólver para quien acababa de tirar con una pistola del 0,32. Se apiadó de mí y me dejó continuar con la Davis. Seguimos practicando. El olor de la pólvora perfumaba el aire. Ya no pensaba en Mark Messinger como en una persona. Se había convertido en una entidad abstracta, en poco más que una figura negra y plana situada a siete metros, con corazón de papel y cerebro de papel.

Dispararle, ver cómo se rompía y se pulverizaba era como un proceso curativo. El miedo empezó a desaparecer y fui recuperando la confianza. Disparaba al cuello de papel y le daba a una de las arterias dibujadas con tinta. Quise escribir mis iniciales en su pecho. Cuando recogimos las cosas y salimos del campo de tiro eran ya las doce y me sentía como si fuese otra vez la de antes.

Comimos en La Diligencia, un bar empotrado en la roca de la montaña, cerca de un arroyo, protegido y sombreado por los laureles y los robles virginianos. Lo único que rompía el silencio era el gorjear de los pájaros. De tarde en tarde aparecía un vehículo por la cuesta que conducía al establecimiento y se perdía en busca de la carretera principal. Dietz no había abandonado la actitud vigilante —miraba en derredor continuamente—, pero entre sorbo y sorbo de cerveza y con el pie apoyado en la madera sin desbastar de su banco, parecía un poco más tranquilo. Yo me había sentado a su izquierda, con la espalda en la pared, y hacía lo mismo que él: mirar, aunque había muy poco que ver. Sólo había otros tres clientes, tres motoristas sentados alrededor de una de las mesas rústicas de madera que había en la terraza.

La camarera nos trajo lo que habíamos pedido: guisado de cerdo con pimientos verdes, con una capa de salsa de cilantro encima y dos tortas de maíz dobladas y metidas hasta el fondo. De las cosas que podía alcanzar un pecador sin necesidad de arrepentirse, aquella era la que más se parecía al paraíso.

—¿Qué relación tiene con La Fidelidad de California? —preguntó Dietz mientras comíamos.

—La compañía me cede un despacho y yo le hago a cambio un par de servicios al mes. Por lo general investigo reclamaciones relacionadas con incendios y falsas defunciones, pero también

muchas otras cosas.

—No está mal el arreglo. ¿Cómo lo consiguió?

—Mi tía trabajó en la empresa durante varios años y yo acabé por conocer a casi todo el personal. Cuando estudiaba en el instituto, mi tía me conseguía trabajos temporales en verano. Al cumplir los diecinueve años entré en la academia de policía, pero como no podía ingresar en las fuerzas de orden público hasta cumplir los veintiuno, trabajé mientras tanto en La Fidelidad de recepcionista. Luego, al dejar la policía, trabajé en una agencia de detectives hasta que me dieron la licencia; entonces me instalé por mi cuenta. Uno de mis primeros trabajos de importancia fue para La Fidelidad.

—El oficio está lleno de mujeres —dijo.

—¿Y qué? Es divertido y tiene su morbo. Se pasan momentos difíciles, pero por lo menos trabajas para ti y sin que nadie te dé órdenes. Es cuestión de carácter. Soy curiosa por naturaleza y me gusta meter la nariz donde no me llaman —dije—. ¿Y usted? ¿Qué hará si deja el oficio?

—No lo sé. Tengo que hablar con un tipo de Colgate que organiza planes de defensa antiterrorista para bases militares en el extranjero.

—¿Simulacros de ataque y todo eso?

—Exacto. Se acerca de noche con sus hombres, cruza las alambradas, se introduce en el complejo militar y filma toda la operación para que los mandos vean dónde hay que reforzar las defensas.

—Policías y ladrones, pero sin tiros.

—Más o menos. Con todo el estímulo y el vacío que entraña el peligro. —Guardó silencio mientras apuraba el fondo del plato con una torta de maíz—. Da la sensación de que usted tiene ya todo lo que quiere.

—Es verdad —dije—. Vera no estaría de acuerdo. Según ella, soy un caso perdido. Demasiado independiente, sin clase...

—¿Y ella? ¿De qué pie cojea?

—Si he de ser sincera, nunca me he detenido a pensarlo. Es la mejor amiga que tengo, pero ni siquiera puedo afirmar que nos conozcamos a fondo. Paso mucho tiempo por ahí y alterno muy poco. Ella frecuenta los centros de gente soltera y yo me desenvuelvo muy mal en esos sitios. La admiro. Es elegante. Tiene estilo. Y nunca pierde la calma...

—Pero ¿esto qué es? ¿Una campaña publicitaria?

Me eché a reír y me encogí de hombros.

—Fue usted quien preguntó.

—Sí, bueno, es de esas mujeres a las que nunca he acabado de entender.

—¿En qué sentido?

—No sabría decirle. Tampoco eso lo he entendido nunca. Pero tiene algo que me intriga —dijo.

—Es buena persona.

—No lo dudo. —Acabó de rebañar el plato, pero no volvió sobre el tema. A veces me resultaba difícil saber en qué estaba pensando y no lo conocía lo suficiente para apretarle las clavijas.

Salimos hacia el hotel a las seis. Dietz se había aseado y acicalado para la ocasión con unos pantalones informales, camisa de vestir, corbata con estampados y una chaqueta deportiva de tono oscuro, diseñada según el estilo del oeste: ancha por los hombros y ajustada por la cintura. Al final de la pernera podía vérsese el nacimiento de la caña de las botas negras que calzaba y cuya punta había cepillado a más no poder. Debajo de la chaqueta llevaba un chaleco Kevlar, capaz de detener un proyectil de calibre 0,357 Magnum a diez metros de distancia. Además, le había visto ceñirse la pistolera y colocarse detrás de la cadera derecha la funda donde había guardado su 0,45.

Yo me había duchado, me había puesto unos tejanos, un suéter de cuello alto y unas zapatillas deportivas, con la intención de cambiarme en cuanto llegase a la habitación de Vera. Me había probado el vestido-pantalón poco antes de salir. Los pantalones me quedaban un poco largos, pero podía solucionarlo dándoles un par de vueltas por la cintura. Había metido en un neceser unos zapatos negros y planos, unos pantis, unas bragas negras y una serie de pertrechos secundarios. Dietz me había dispensado de la obligación de ceñirme el chaleco antibalas, ya que llamaría absurdamente la atención bajo los tirantes del vestido. La Davis la había guardado en un bolsillo exterior del enorme bolso de cuero, que más que un bolso de mano parecía una valija diplomática. Habitualmente lleno de por sí, Dietz me había dicho que guardara también en él un nictaloscopio. El aparato sólo pesaba medio kilo, pero abultaba igual que el zoom de una cámara de 35 milímetros y me hacía escorar hacia un lado.

—¿Para qué lo llevamos? —le pregunté.

—Es mi último juguete. Lo suelo llevar en el coche, pero no quiero dejarlo en el aparcamiento del hotel. Me costó trescientos dólares.

—¡Ah!

Fuimos dando un rodeo y sin apenas hablar. A pesar de que me había asegurado que Mark Messinger no daría señales de vida durante un par de días, Dietz parecía tener los nervios en tensión y eso repercutía en mi estómago. Se le notaba concentrado, vigilante y dispuesto a entrar en acción. Hundió el encendedor empotrado en la consola y con aire meditabundo se llevó la mano al bolsillo del tabaco.

—Mierda —dijo. Cabeceó, irritado consigo mismo. Dobló una esquina y redujo la velocidad —. En situaciones así envidio a los que trabajan para el Estado. Usted debería estar protegida por un pelotón de agentes. La administración cuenta con recursos ilimitados, tiene acceso a los archivos de seguridad y autoridad legal para dar patadas en las puertas...

No supe qué decir y guardé silencio.

Nos detuvimos en la ancha calzada de ladrillo que se extendía delante del hotel, Dietz bajó del vehículo y deslizó en la mano del mozo del aparcamiento el consabido billete doblado, mientras le indicaba que no perdiera de vista el coche. Aún no había oscurecido y la luz del sol crepuscular bañaba el paisaje. El césped, de un verde profundo, se había cortado casi a ras del suelo y estaba bordeado de balsaminas rosáceas y blancas y matas de ceragallos de un azul casi fosforescente. Al otro lado de la avenida, las olas golpeaban contra el dique, inundando el aire con el perfume salobre del belicoso Pacífico.

El hotel *Edgewater*, además del ancho edificio principal, constaba de una serie de bungalows del tamaño de una vivienda unifamiliar, que se alzaban en la parte trasera. La arquitectura dominante era de estilo colonial español, fachadas enlucidas, vigas gruesas, tejados de tejas rojas descoloridas ya por los años y patios interiores. Bajo la entrada abovedada por la que se accedía a los jardines se estaba congregando un cortejo nupcial: cinco damas de honor vestidas de rosa con reflejos grises y una florista histérica que iba de un lado para otro con una cesta de pétalos de rosa. Dos jóvenes vestidos de esmoquin, ujieres seguramente, contemplaban la escena mientras meditaban sobre la eficacia del control de natalidad.

Como de costumbre, Dietz me cogió por el codo y me condujo hacia la entrada manteniéndose unos centímetros por delante de mí mientras avanzábamos. Al igual que él, escrutaba con ojos rápidos la cara de las personas que teníamos más cerca. Su actitud denotaba concentración y vigilancia cuando entramos en el gran vestíbulo flanqueado por dos mesas enormes de mármol rosado de importación. Nos dirigimos al conserje y sostuvimos una breve charla. Según parece, Dietz había vuelto a hablar con el gerente porque Charles Abbott, el jefe de seguridad, se presentó minutos más tarde. Tendría sesenta y tantos años y con el traje, la corbata y el chaleco, las uñas arregladas y el Rolex en la muñeca, parecía un ejecutivo de Fortune 500 ya jubilado. Era de esos a los que nunca hay que llamar Charlie o Chuck. Tenía el pelo del mismo matiz grisáceo que el traje y en el centro de la corbata centelleaba un alfiler de diamantes. Me dio la sensación de que en la actualidad se lo pasaba muchísimo mejor que en los trabajos que había desempeñado anteriormente. Nos condujo a un rincón del vestíbulo donde tres grandes sillones de orejas vegetaban a la sombra de una higuera del caucho de tres metros de altura.

Dietz había hecho fotocopias de la circular donde aparecía la cara de Mark Messinger.

—Este es el individuo que nos preocupa. Me gustaría repartir las fotocopias entre el personal encargado de servir el banquete de esta noche.

Abbott miró por encima las fotocopias y se las devolvió a Dietz. Tenía los ojos de un azul brillante y miraba mucho a los de los demás.

—Quisiera recordarle, señor Dietz, que no estamos preparados para adoptar medidas especiales con las que proteger a un ciudadano particular. Colaboramos con el Servicio Secreto cuando las circunstancias lo exigen, pero el hotel no puede responsabilizarse en el caso de que ocurra alguna desgracia. Estamos aquí fundamentalmente para encargarnos de la seguridad de los huéspedes inscritos. Mientras estemos informados de lo que ocurre, haremos con mucho gusto lo que esté en nuestra mano, pero no puedo prometerle nada más.

Dietz sonrió.

—Lo comprendo —dijo con amabilidad—. Por nuestra parte se trata únicamente de precaución. No está previsto que suceda nada, pero la prudencia nos exige tomar ciertas medidas

elementales para que no haya ninguna sorpresa.

—Desde luego —dijo Abbott.

Dietz era cortesía pura, estaba tranquilo, incluso se mostraba casi indiferente. Saltaba a la vista que necesitaba la ayuda de aquel hombre.

La cara de Abbott delataba confusión. Tenía aspecto de fumar con boquilla y de encenderse los cigarrillos con un pequeño Dunhill de oro.

—No sé qué más puedo hacer. Si quiere, puedo poner a su disposición a un miembro de mi equipo.

—Se lo agradezco, pero no creo que sea necesario. Por indicación nuestra, Vera Lipton, una empleada de La Fidelidad de California, se ha inscrito en el hotel por una noche. Me gustaría saber el número de su habitación y el nombre de los huéspedes que ocupan las habitaciones contiguas. ¿Puede encargarse usted de ello?

Abbott meditó la petición. Debajo de su educación y cortesía había hielo y pedernal.

—Supongo que sí. —Murmuró una disculpa y se dirigió al mostrador de recepción. Tras cruzar unas palabras con el recepcionista, apuntó algo en un pequeño cuaderno de piel que había sacado del bolsillo derecho. Volvió junto a nosotros, arrancó la hoja y se la entregó a Dietz.

—¿Conoce usted a alguna de estas parejas? —preguntó Dietz.

—A las dos. Los Clark se han hospedado aquí en múltiples ocasiones. Y los señores de Thiederman da la casualidad de que son mis tíos.

Dietz se guardó el papel y estrechó la mano de Abbott.

—Le estamos muy agradecidos.

—Celebro haber podido serles útil —dijo el hombre.

Recorrimos el pasillo alfombrado que se abría a la derecha, siguiendo en sentido descendente el orden numeral de las habitaciones. Dietz miraba atrás de vez en cuando sin dejar de conducirme con la sempiterna mano en el codo. Así, si ocurría algo imprevisto, podía controlar la situación inmediatamente.

La habitación de Vera se encontraba en la misma ala que el comedor donde iba a celebrarse el banquete.

—¿Ha sido idea suya? —le pregunté al ver lo cerca que estaba.

—No me hacía gracia que entre unas cosas y otras tuviese usted que recorrer el hotel entero.

Llamó a la puerta. Guardamos silencio. Supongo que Vera atisbaría primero por la mirilla de la puerta. Oímos descorrer el cerrojo y apareció tras la cadena de seguridad. Vestía un kimono de seda verde y llevaba la pechera prácticamente al descubierto. Bajó la vista y cerró las solapas con la mano.

—Había puesto la cadena. Hay que ser prudentes, ¿no?

—Vera —dijo Dietz—, es usted una joya. Ahora déjenos entrar.

Ella ladeó la cabeza tratando de ver el pasillo.

—¿Cómo sé que no hay nadie detrás de vosotros con una pistola en la mano?

Dietz se echó a reír. Le miré intrigada. Era la segunda vez que le oía reír desde que le conocía.

—Buen detalle —dijo.

A mí no me pareció que el detalle fuera tan bueno; también es verdad que nadie me pidió mi opinión.

Vera volvió a cerrar para quitar la cadena y nos hizo pasar al interior. La habitación era

enorme: supercama de matrimonio y aparador gigante de estanterías con un televisor empotrado de ochocientas pulgadas por lo menos. El color dominante era el amarillo claro: la gruesa alfombra lo proclamaba y el papel de la pared estaba sembrado de azucenas dibujadas con trazo muy fino. El motivo del papel reaparecía en la brillante colcha de algodón que cubría la cama y en las cortinas que, sujetas por sendos aros de bronce, hacían juego con la colcha. La luz exterior que se filtraba por los visillos indicaba que la habitación daba a la entrada del hotel. La tapicería de los dos sillones era de color verde pálido con una franja de cuadrículas blancas en diagonal. Me asomé por una puerta y vi un cuarto de baño con la misma planificación cromática: un jarrón con flores blancas de seda, gruesas toallas de manos de color amarillo y dobladas en una cesta de mimbre que había encima de la pila.

Vera había puesto sus efectos personales en todos los sitios imaginables: encima de la cama había ropa tirada de cualquier manera y de las puertas del armario colgaban algunas prendas. La cómoda estaba cubierta de cosméticos, había visto rulos y unas tenacillas de rizar el pelo en la repisa del cuarto de baño y una toalla húmeda encima de la tapa del retrete. En el bastidor del equipaje había un maletín abierto con mucha ropa interior de seda y nailon. Sobre uno de los sillones habían aterrizado unos pantis, que habían quedado con las perneras abiertas y con el rombo de la horcajadura apuntando al cielo, igual que una flecha. Dietz fue derecho a la puerta que comunicaba con la habitación contigua para comprobar que estaba cerrada. Acto seguido corrió las cortinas.

Vera se acercó a la mesita de servicio. Le habían subido una bandeja con una botella de champán en un cubo plateado con hielo y cuatro copas alargadas. Cogió la botella por el gollete y empezó a quitar el papel de estaño del tapón.

—Sentaos. Vamos a tomar una copa.

—Yo no, gracias. Tengo que trabajar —le dijo Dietz. Y a mí—: Tenga siempre echado el pestillo. Si suena el teléfono, cójalo si quiere, pero no se identifique. Si es una persona a quien usted conoce, procure que la conversación no se prolongue. No dé a nadie ninguna clase de información. Si se trata de una equivocación, dígamelo. Puede que sea para saber si hay alguien en la habitación. —Consultó la hora—. Volveré a las siete en punto para llevarla al comedor.

Vera alzó los brazos cuando Dietz se hubo ido y se puso a bailar, agitando los hombros y toda la anatomía.

—¡A deprimirse tocan! —exclamó, trazó un par de círculos con las caderas, dio una culada al aire y lanzó un grito. Quitó la funda de alambre de la botella de champán, cubrió el tapón con una toalla y empujó el corcho con los pulgares hasta que saltó. Llenó un par de copas y me alargó una —. Yo ya me he maquillado —dijo—. ¿Por qué no te metes en la ducha mientras me visto? Luego nos encargaremos de tu pelo.

—Ya me he duchado. Sólo me falta ponerme el vestido y estoy lista.

Me dirigió una mirada de reproche para hacerme comprender que estaba muy equivocada. Me quité los tejanos y deslicé las piernas en el pantalón del vestido. Hizo una ligera mueca mientras me observaba las moraduras. Yo tenía que tener una expresión parecida a la de un perro achacoso cuando lo llevan al veterinario. Uf. Maquillaje. Acabé de ponerme el vestido y empecé a remeter el pantalón por la cintura. Me dio un golpe en la mano.

—No hagas eso —dijo. Se arrodilló, remetió el dobladillo de las perneras hasta donde creyó oportuno y los sujetó por dentro con cinta adhesiva que llevaba en el bolso.

—Estás en todo —dije.

—En casa me llamaban la Prevenida, tesoro.

Hecho lo cual, empezó a transformarme.

Me senté en la tapa de la taza del inodoro con una toalla alrededor del cuello mientras Vera se ponía delante del espejo que abarcaba toda la anchura del poyo de mármol.

—¿Qué vas a hacer con los cardenales?

—Confía en mí, criatura.

Tenía frascos, polvos, lociones, cremas, cepillos, pinceles, aplicadores, esponjas. Trabajaba con la cara pegada a la mía, murmurándome instrucciones: «Cierra los ojos. Ahora mira al techo... ¡No parpadees, diantre! Lo vas a estropear». Me aplicó el lápiz de labios con ayuda de un pincel, poniendo la boca tal como quería que la pusiese yo.

Cuarenta minutos más tarde retrocedió para contemplar su obra a una distancia prudencial. Se puso a enroscar la barra de labios para devolverla a la funda cilíndrica.

—Sí. Me gusta —dijo—. ¿Qué te parece? —Se apartó para que pudiera verme en el espejo.

Me observé. ¿De verdad eran míos aquellos ojos apasionados? ¿Aquel rosieler que despuntaba en mis mejillas como si fuese una doncella impúber? ¿Aquella boca escarchada? ¿Aquel pelo hueco como el algodón de azúcar? Me dio un patatús.

—Anda, ríete —dijo con resentimiento—. Pero estás inmejorable.

Dietz volvió a las siete y nos miró sin hacer el menor comentario. Vera se había vestido en seis minutos escasos, todo un récord, según ella. Se había puesto un vestido negro con el escote rebosante hasta el borde de sus turgentes pechugas, pantis negros con costura y zapatos negros de tacón alto. Al entrar en la habitación se detuvo en seco con los brazos en jarras.

—¿Qué le parece, Dietz? Vamos, escúpalo.

—Muy bien. De verdad. Las dos están muy elegantes.

—«Elegante» es quedarse corto —le dijo Vera. Y a mí—: Seguro que este es de los que aún llaman «chavalas» a las mujeres.

—Hasta ahora no —dije.

Dietz sonrió para sí, pero no quiso comprometerse. Nos hizo salir al pasillo y tras pasar delante de tres puertas desembocamos en la seguridad del comedor, que era pequeño y lujoso: candelabros, ebanistería blanca, paredes acolchadas con seda de color carne. Había seis mesas de seis personas cada una y en todas destacaba un centro de orquídeas. Las mesas estaban numeradas, en cada sitio había una tarjeta y en cada tarjeta un nombre.

Casi todos los empleados de La Fidelidad de California habían llegado ya y formaban grupos de tres o cuatro personas, con la correspondiente copa en la mano. Vi a Mac-Voorhies y a Marie, su mujer; a Jewel y a su marido (al que sólo había visto en una ocasión); a Darcy Pascoe y su novio, el cartero del que se decía que traficaba con drogas al por menor. Vera cogió a Dietz del brazo y los tres recorrimos la sala presentándonos unos a otros y olvidándonos inmediatamente de los nombres. Advertí que Vera recorría el comedor con la mirada para ver si Neil Hess había llegado ya. Esperaba que fuese lo bastante alto para no pasar desapercibido.

Dietz se encargó de servirnos la primera ronda. Su vaso contenía zumo de lima con gaseosa, el mío vino blanco y el de Vera un combinado de tequila. Vera apuró su bebida de un trago y se sirvió otra. La observé con atención. Nunca la había visto tan nerviosa.

—¿Cómo puede beber sin fumar? —preguntó a Dietz.

—Esto no es alcohol.

Vera alzó los ojos al techo.

—Peor todavía. Yo voy a encender uno —dijo—. Bueno, no. O quizá sí. Una calada.

—¿Es Neil el de allí? —le pregunté. En la puerta había aparecido un hombre con cara de médico que buscaba entre el gentío una cara conocida. Sin ningún punto de referencia era imposible saber lo bajo que era, pero a mí me gustó su aspecto. Rostro agradable, pelo negro y cortado a la moda. Vestía traje azul marino y camisa azul claro; y seguro que con sus iniciales bordadas en los puños. La pajarita me chocó; hacía años que no veía una. Vera levantó la mano. La cara del hombre se iluminó al verla. Se abrió paso entre la concurrencia mientras Vera hacía lo propio; cuando se encontraron en el centro, se cogieron del brazo. Vera tenía que inclinarse un poco para hablar con él, pero la diferencia de estatura no me pareció digna de nota. Traté de imaginármelo con la cabeza apoyada en mi almohada, pero la verdad es que no pegaba.

Vera, que se encargaba de la distribución de los comensales, arregló las cosas para que Neil y yo nos sentáramos juntos. Ella y Dietz lo hicieron en la mesa de nuestra izquierda. Dietz, según parece, había intervenido en el reparto hasta cierto punto, ya que por razones de seguridad le interesaba que yo estuviese en una esquina de la sala, de cara a la puerta. Dietz me daba la espalda para poder vigilar la puerta igualmente. Vera se había sentado a su izquierda, justo enfrente de mí, mientras que de Dietz sólo alcanzaba a ver la nuca. Las dos mesas flanqueaban una salida de emergencia que, según había dicho a Dietz el jefe de seguridad, estaría abierta durante el banquete.

A las ocho habían llegado ya todos los invitados y cada cual estaba en su silla. El ruido había subido unos cuantos decibelios a consecuencia del alcohol ingerido. La relación que teníamos todos era estrictamente de trabajo y, como es lógico, no se podía pasar bruscamente de los temas laborales a los mundanos sin acusar cierta extrañeza. La cena constaba de tres platos, que se sirvieron a ritmo lento: ensalada de repollo, pechuga de pollo sazonada con limón y alcaparras, verdura, panecillos calientes y pastel de chocolate con vainilla. Comí como una bestia salvaje, sin levantar la cara del plato más que para vigilar la puerta y temiendo que Mark Messinger apareciese de pronto con una ametralladora Uzi y nos cosiera a todos contra la pared. A juzgar por la inmovilidad de los hombros de Dietz, él estaba más tranquilo que yo, aunque lo cierto es que se entretenía mirando el escote de Vera, un espectáculo que habría distraído a cualquier hombre.

Me concentré en la conversación de mi mesa. La compartíamos con dos suscriptores de pólizas de seguros y sus respectivas señoras, un cuarteto que hablaba del bridge con un entusiasmo que me despertó la envidia. Por lo que decían, deduje que acababan de regresar de una especie de crucero organizado por algún club de bridge, en el que había habido tantos platos de alta cocina como «pequeños slams». Y no paraban de hablar de sin triunfos, impases, pujas y repujas, y sus posibles estrategias. Puesto que Neil y yo no sabíamos jugar, quedamos a merced de nuestros propios recursos, posibilidad que Vera, sin duda, había tenido muy en cuenta.

De cerca era un hombre muy atractivo, aunque no vi ninguna señal que corroborase la presencia de las virtudes que Vera le había atribuido. Manos elegantes. Boca agradable. Algo pagado de sí mismo tal vez, aunque podía tratarse de incomodidad disfrazada de arrogancia. Advertí que, cuando hablábamos de asuntos profesionales (de su trabajo, vamos), era la seguridad en persona. En cambio, cuando tocábamos su vida privada, se mostraba inseguro y por lo general cambiaba de conversación y abordaba temas menos comprometedores. Cuando llegó el postre, seguíamos dando rodeos, en busca de unos intereses comunes que no acababan de perfilarse

satisfactoriamente.

—¿Y dónde estudiaste?

—En el instituto de Santa Teresa.

—Digo en qué universidad.

—No he ido a la universidad.

—¿En serio? Es extraño. Pareces muy lista.

—No me contratan para que sea «lista». Me contratan porque soy demasiado tonta para saber cuándo hay que dar marcha atrás. Además, como soy mujer, los clientes piensan que cobro menos.

Se echó a reír. Yo lo había dicho totalmente en serio y me encogí de hombros. Apartó el postre con la mano y tomó un sorbo de café.

—Si obtuvieras algún título, podrías dictar tú las condiciones.

Lo miré de frente.

—¿Qué clase de título?

—No sé. De criminología, quizá.

—La única salida sería trabajar en el FBI o en la policía local. Ya lo hice y no me gustó. Prefiero estar donde estoy. Además, la escuela acabó con mis ganas de estudiar. Lo único que hacía era fumar hierba. —Me acerqué a él—. ¿Puedo preguntar yo ahora?

—Claro.

—¿Cómo conociste a Vera?

Pareció ligeramente desconcertado y noté que se removía en la silla.

—Un amigo común nos presentó hace un par de meses. Desde entonces nos hemos visto... en plan amistoso, desde luego. Nada serio.

—Desde luego, desde luego —dije—. ¿Y qué piensas?

—¿De Vera? Que es fabulosa.

—Entonces, ¿por qué te has sentado conmigo?

Volvió a echarse a reír, con un graznido más falso que Judas y que quería soslayar la respuesta.

—Hablo en serio —dije. La sonrisa se le enfrió poco a poco. Pero como seguía sin decir nada, tuve que estimularle—: ¿Sabes qué pienso yo? Yo creo que le interesas pero que no sabe cómo plantearlo.

Me miró como si le estuviera hablando en chino.

—Me cuesta creerte —dijo. Sin embargo, reflexionó unos segundos y añadió—: En cualquier caso, es demasiado alta para mí, ¿no te parece?

—En absoluto. Formáis una pareja perfecta. Me di cuenta cuando llegaste.

Movió la cabeza en sentido negativo.

—Sé que le molesta. Bueno, no me lo ha dicho directamente, pero...

—Lo superará.

—¿Lo crees de veras?

—¿Te molesta a ti?

—De ningún modo.

—¿Cuál es el problema entonces?

Se quedó mirándome. Su cara empezaba a resultarme atractiva. Sus ojos despedían una luminosidad encantadora que hacía pensar en cualidades como la sinceridad y la buena

disposición. Seguramente era de esos médicos a los que se puede dar un telefonazo a las dos de la madrugada, un hombre capaz de cuidar de un niño hasta que le bajara la fiebre. Me entraron ganas de subirme la pernera del pantalón para enseñarle el cardenal, pero me pareció un poco grosero.

—Tendrás que verla cuando habla de ti —continuó—. «Ocho y medio en una escala del uno al diez». Así es como te describe. Te lo juro por lo más sagrado.

—¿Bromeas?

—Neil, yo no bromearía con una cosa así. Está totalmente colada por ti. Lo que pasa es que aún no se ha dado cuenta.

La nueva carcajada que lanzó fue de las que le iluminaban las facciones. Transparentaba tanta alegría infantil que habría dicho que se ruborizaba y todo. Era un hombre realmente encantador. Al levantar la vista de pronto sorprendí a Vera observándome con expresión ceñuda. Le enseñé un dedo retozón y volví a concentrarme en Neil.

—A ver si nos entendemos —proseguí—. ¿Qué es una relación en el fondo?

—Pero es que ella nunca me ha dado a entender que...

—Ya te lo estoy diciendo yo. La conozco desde hace siglos y nunca ha hablado de un hombre en los términos en que habla de ti.

Me di cuenta de que reflexionaba al respecto, pero también de que no se lo acababa de creer.

—¿Cuánto mides? —le pregunté—. A mí no me pareces bajo.

—Uno sesenta y nueve.

—Ella sólo mide uno setenta y cuatro. ¿Dónde está el inconveniente?

En aquel momento, Mac Voorhies se puso a golpear su vaso con una cucharilla.

—Señoras y caballeros —dijo—, si tienen la bondad...

Mac Voorhies y Marie estaban en la mesa dos, más o menos en el centro de la sala. Jewel y su marido estaban en la misma mesa y vi que Jewel se removía con modestia nerviosa, en previsión del discurso que íbamos a escuchar. Maclin Voorhies es uno de los vicepresidentes de La Fidelidad de California, es delgado, de pelo canoso que empieza a clarear, carece de sentido del humor y siempre va con un puro entre los dientes. Es inteligente, sincero, honrado, tradicional y a veces se muestra irritable pero es muy competente. La idea de recibir en público los elogios de aquel hombre había teñido ya de escarlata las mejillas de Jewel.

Poco a poco se impuso el silencio.

Mac observó a los reunidos.

—Estamos aquí esta noche para rendir homenaje a una de las mujeres más admirables con las que he tenido el honor de trabajar. Como todos sabéis, Jewel Cavaletto deja la compañía después de veinticinco años de servicio...

Hay algo hipnótico en el tono y carácter de los discursos de sobremesa, tal vez porque en esos momentos los comensales ya están saturados de comida y licores y la sala se ha caldeado demasiado. Por suerte Mac se saltó los chistecitos baratos de rigor y fue directo al grano. No sé qué fue lo que me obligó a mirar hacia la puerta. Todos miraban a Mac. Pero percibí algo por el rabillo del ojo y me volví.

Era el niño. Al principio lo miré sin comprender, como si se tratara de una alucinación. Entonces me venció el pánico.

La única vez que lo había visto con claridad había sido en el área de descanso de la carretera. Mark Messenger se encontraba echado en un banco, fingiendo dormir con una revista sobre la

cara, mientras Eric, de rodillas en el suelo, jugaba con camiones de juguete, emitiendo ruidos bucales, reproduciendo con onomatopeyas los crujidos y chasquidos del cambio de marchas. Había vuelto a verlo de noche, en el aparcamiento del motel, con los rasgos confundidos entre las sombras del recodo donde el padre le había comprado un refresco. Sus risas habían resonado en la oscuridad como un repique maligno que me había recordado el inframundo tenebroso de los elfos y las hadas. Lo había visto por última vez con la cara medio oculta por el papel pegado al parabrisas de la camioneta con que su padre quería enviarme al otro mundo.

Para tener cinco años era muy pequeño. La luz del pasillo brillaba en su pelo rubio y largo. Tenía los ojos clavados en mí y en sus labios bailoteaba una sonrisa. Se volvió para mirar a una persona que estaba en el pasillo y a quien yo no alcanzaba a ver. Obedecía instrucciones, igual que un niño que interpreta un papel totalmente nuevo para él en una obra de teatro escolar. Me di cuenta de que preguntaba: «¿Qué?». No quise esperar para saber lo que le indicaba el apuntador.

Cogí el bolso y me incorporé y a punto estuve de tirar la silla mientras lo hacía. Dietz se volvió y siguió la dirección de mi atónita mirada. Pero cuando puso los ojos en la puerta, ya no había nadie allí. Rodeé la silla de Neil, cogí a Dietz del brazo y eché a andar hacia el pasillo.

—El niño —le murmuré.

Desenfundó la pistola, me cogió del brazo y de un tirón me situó a sus espaldas mientras avanzaba hacia la puerta. Mac se dio cuenta de que pasaba algo y se interrumpió en mitad de una frase, mirándonos con asombro. Los demás se volvieron también. Una mujer lanzó un grito al ver el Colt de Dietz, pero este se encontraba ya en la puerta, con la espalda pegada a la pared. Asomó la cabeza, miró a la derecha, luego a la izquierda y retrocedió.

—Vamos —dijo.

Me empujó con la mano en el brazo y anduvimos aprisa por el pasillo de la izquierda. Nuestros pasos resonaban en las baldosas del suelo. Creí que iba a encerrarme en la habitación de Vera mientras él rastreaba los alrededores, pero me condujo hacia la salida que se abría al extremo del pasillo. Nos detuvimos con brusquedad en la puerta y comprobó que no había nadie en la zona. El aire de la noche nos sentó como un jarro de agua fría tras haber estado en el ambiente caldeado del comedor. Evitamos la luz y al doblar la esquina, camino del aparcamiento, buscamos la protección de los arbustos.

—¿Está segura de que era él? —me preguntó en voz baja.

—Por supuesto que sí.

Nos encontrábamos en un sendero mal iluminado que bordeaba uno de los patios interiores. Los grillos cantaban y percibí el olor ligeramente fétido de las damasquinas. Oímos voces delante. Nos acuclillamos tras unos arbustos que crecían pegados al edificio. Yo empuñaba la Davis con la mano metida en el bolsillo exterior del bolso. El único indicio de la tensión que dominaba a Dietz era la fuerza con que me clavaba los dedos en la carne del brazo derecho. Pasaron dos mujeres; las había visto antes, en el grupo de las damas de honor. Oí el frufrú de sus maxifaldas de tafetán mientras se alejaban.

—Lo que me faltaba... un tipo con una Fourex —decía una.

—Vamos, olvídale. Es un fantasma... —dijo la otra y las voces se perdieron cuando doblaron la esquina y entraron en el pasaje abovedado que teníamos a la izquierda.

Dietz volvió al sendero sin soltarme.

—Vamos a inspeccionar el aparcamiento —dijo—, no sea que el tipo esté allí esperándonos.

En la puerta había un grupo de huéspedes aguardando a que los tres mozos de chaqueta blanca que se habían desplegado al trote por el aparcamiento volvieran con sus respectivos vehículos. La zona estaba bien iluminada. Las ventanas del ala de nuestra izquierda proyectaban rectángulos de luz amarilla sobre el césped, cortados a intervalos regulares por las palmeras. A la derecha, sobre el telón de fondo de la oscuridad, había un macizo de aves del paraíso iluminadas por focos exteriores azules y verdes y que parecían pájaros picudos con los ojos fijos en el vacío. Salió un vehículo del aparcamiento y abandonó el camino de entrada para girar a la derecha, barriendo con los faros los erguidos contrafuertes del dique. El océano que se extendía al otro lado era una masa batiente, miniada por el claro de luna.

Desde donde estábamos se veía con toda claridad la parte trasera del Porsche rojo de Dietz, estacionado junto a la línea de arbustos que bordeaba el camino circular.

Dietz me indicó por señas que le diese el nictaloscopio que llevaba en el bolso. Pegó el ojo al visor e inspeccionó los alrededores.

—Mire. Ahí —murmuró.

Me pasó el aparato y miré por el visor. La claridad verdosa y fantástica que de pronto adquirió el paisaje resultaba increíble. Allí donde la oscuridad parecía densa e impenetrable se apreciaba ahora una fina película verdosa sobre la que resaltaban los objetos como si fueran anuncios de neón. El niño estaba agachado entre los helechos que había junto a una palmera, sentado sobre los talones y abrazándose las rodillas huesudas, visibles a causa del pantalón corto. Mientras le espiaba, levantó la cabeza y miró hacia la entrada con la esperanza tal vez de localizarnos. El frágil cuerpecillo acusaba la tensión de quien juega al escondite. No vi a Messinger, pero no tenía que andar lejos. Rocé el brazo de Dietz y señalé al niño con el dedo. Cogió el nictaloscopio y volvió a mirar por el visor.

—Ya lo veo —murmuró.

Miró sin el aparato y luego otra vez con el ojo pegado al visor. Retrocedimos sin decir palabra y volvimos por donde habíamos llegado. Rodeamos el edificio principal y entramos por una puerta de servicio. Dietz llamó a un taxi desde un teléfono público que había cerca de la cocina. Minutos más tarde nos recogía en una travesía próxima a la parte trasera del hotel.

Cuando llegamos a casa eran casi las once y Dietz estaba de un humor de perros. Había permanecido callado en el taxi y sin decir palabra había abierto la puerta y entrado en casa. Se quitó la chaqueta con furia. La manga derecha se le enganchó en el gemelo de la camisa. La soltó de un tirón, hizo un hato con la prenda y la arrojó al otro extremo de la sala, aunque aterrizó mucho antes de llegar al punto de destino. Se dirigió a la cocina, abrió la botella de Jack Daniel's, se sirvió un chorro de whisky en un vaso de plástico y apuró el licor sin pestañear. Recogí la chaqueta del suelo y me la colgué del brazo.

—No es culpa suya —dije.

—¿De quién es, si no? Fui yo quien insistió en que fuéramos a la cena. Era ridículo... demasiado peligroso... ¿y para qué? Messenger habría podido presentarse con una Uzi y freímos a todos.

La verdad es que me resultaba difícil rebatirle aquel punto, ya que también se me había ocurrido a mí.

—Bueno, pero no pasó nada.

Fue a echar mano del tabaco, pero se detuvo a medio camino.

—Me voy —dijo.

—¿Y me va a dejar aquí sola? —exclamé.

Me miró con cara de pocos amigos y con los dedos tan crispados alrededor del vaso que temí fuera a romperlo. Su reacción tuvo la virtud de sulfurarme.

—¿Quiere dejar de comportarse así? El tipo vuelve a poner en práctica otro de sus trucos llamativos. Genial. Quiere ponerme nerviosa y que usted se suba por las paredes. Hasta aquí se sale con la suya. Usted se va corriendo ahora a comprar tabaco, él entra y me liquida sin contratiempos. Muchísimas gracias.

Estuvo callado unos momentos. Dejó el vaso y se apoyó en el banco de la cocina con los brazos rígidos y la cabeza gacha.

—Tiene razón.

—Sí, la tengo, la tengo —dije con saña—. Y hay que descubrir la manera de darle por el culo. Estoy harta de desgraciados que quieren matarme. Tenemos que adelantarnos a él.

Mis palabras le subieron un poco el ánimo.

—¿Cómo?

—No lo sé.

Sonó un golpe en la puerta y dimos un respingo. Dietz empuñó su arma y me indicó por señas

que me escondiese en la cocina. Se dirigió a la puerta principal y se pegó a la pared de la derecha.

—¿Quién es?

—Clyde Gersh —dijo una voz apagada. Eché a andar hacia la puerta, pero Dietz me indicó con la mano y el ceño fruncido que retrocediese.

—¿Qué quiere?

—Han encontrado a Agnes. Está en la sala de urgencias del St. Terry y quiere ver a Kinsey. Dejamos un par de recados en su contestador automático, pero al no tener noticias tuyas, hemos venido personalmente. Vamos camino del hospital. ¿Está ella en casa?

—Un momento —dijo Dietz.

Señaló el contestador automático, que se encontraba en la estantería que había detrás del sofá. Me acerqué al aparato, miré la ventanilla de las llamadas y vi un 2 iluminado. Bajé el volumen, pulsé la tecla de *playback* y escuché las grabaciones. El primer mensaje era de Irene, el segundo de Clyde y los dos venían a decir lo mismo. Habían encontrado a Agnes y preguntaba por mí. Cambié una mirada con Dietz. Arqueé las cejas. Encendió la luz exterior, pegó el ojo a la mirilla y abrió la puerta con precaución. Ví a Clyde en el umbral, bañado por un haz de luz mortecina. Detrás de él, todo era oscuridad. Se estaba levantando la niebla, distinguía algunas volutas transparentes bailoteando en las cercanías de la bombilla exterior.

—Disculpen la intromisión —dijo—. No me gusta molestar a la gente a estas horas, pero Irene insistió.

—Pase —dijo Dietz, retrocediendo para que Clyde pudiese entrar. Dietz cerró a sus espaldas e indicó a Clyde que tomara asiento, invitación que el aludido declinó con un ligero movimiento de cabeza.

—Irene espera en el coche. No quisiera dejarla sola mucho tiempo. Está ansiosa por llegar al hospital.

Parecía agotado y el nerviosismo le acentuaba las bolsas de los ojos. Llevaba una gabardina de color tabaco y tenía las manos hundidas en los bolsillos. Su mirada tropezó con la pistolera de Dietz, pero no hizo ningún comentario, como si hablar de armas fuera de mala educación.

—¿Cómo está Agnes? ¿Han podido informarse? —pregunté.

—No lo sabemos con seguridad. El médico dice que ha sufrido heridas y golpes insignificantes... nada serio... pero el corazón le late de manera irregular y supongo que le pondrán un monitor o algo por el estilo. La admitieron en cuanto firmamos los papeles. Creo que su vida no corre peligro, pero hay que tener en cuenta que tiene ya más de ochenta años.

—¿La encontró la policía?

Asintió.

—Una mujer la vio vagando por la calle y avisó a la policía. Según dijo el agente que nos llamó, está desorientada, no sabe en absoluto dónde se encuentra ni dónde ha pasado todo este tiempo. El médico dice que desde que la ingresaron no ha hecho más que hablar de usted. Le agradeceríamos que nos acompañara, si no es mucha molestia.

—Desde luego que sí —dijo—. Pero permítame cambiarme antes. No quisiera ir así.

—Voy a decírselo a Irene —me dijo. Y acto seguido, a Dietz—: ¿Viene con nosotros o prefiere hacerlo en su coche?

—Iré con ustedes. Ya volveré en taxi.

Mientras subía la escalera de caracol me quité la chaquetilla de seda negra e hice lo propio con los zapatos al llegar arriba. Me asomé apoyada en la barandilla.

—¿Dónde la encontraron?

Clyde alzó la cabeza para mirarme y se encogió de hombros.

—En el mismo barrio donde está el asilo... cerca de allí... no fue muy lejos, por lo que parece. Es inconcebible que no la viéramos. A no ser que nos viese ella y se escondiera.

—La creo muy capaz de hacer una cosa así.

Me aparté del hueco de la escalera, me quité el vestido-pantalón y salté a la pata coja mientras me enfundaba los tejanos encima de los pantis negros. Me puse un sostén, cogí un polo de la cómoda, me lo puse y me sacudí el pelo. Me calcé las Reedbok sin atarme los cordones por el momento y dos segundos después bajaba por la escalera y cogía el bolso de mano.

—Andando —dije mientras Dietz abría la puerta.

El Mercedes blanco de Clyde estaba estacionado junto a la acera. Irene, sentada en la parte de delante, se volvió cuando nos acercamos y nos miró con cara de preocupación.

Quince minutos tardamos en llegar al St. Terry y la tensión fue la tónica dominante del trayecto. Dietz y yo nos habíamos sentado detrás, él de lado, para no perder de vista la ventanilla trasera y comprobar si nos seguían. Yo había apoyado los brazos en el respaldo del asiento delantero e Irene me cogió una mano como si fuera un salvavidas. Tenía los dedos helados y sin darme cuenta me puse a escuchar su ritmo respiratorio, en busca de los síntomas de otro ataque de asma. Apenas hablamos. Ya se había dicho todo lo que se sabía de Agnes y repetirlo carecía de sentido.

La zona de estacionamiento que había delante de la sala de urgencias estaba llena. Un coche de la policía ocupaba el extremo. Clyde se detuvo delante mismo de la puerta, esperó a que bajáramos y se alejó a continuación para buscar sitio en la calle. Irene se demoró, reacia a entrar sin el marido. Llevaba un abrigo cruzado de entretiempos, de paño ligero y color rojo; se subió el cuello como si tuviera frío. Advertí que no quitaba los ojos de la calle.

—Vendrá enseguida —dije.

Se cogió de mi brazo mientras Dietz vigilaba la retaguardia. Las puertas deslizantes se abrieron automáticamente cuando nos aproximamos. Entramos en el vestíbulo, donde no vi ni un alma. Me chocó el silencio reinante. En el fondo esperaba ver actividad, carreras, palabras de apremio, ese ambiente dramático que solemos atribuir a toda sala de urgencias: pacientes con huesos rotos, heridas profundas, cortes, picaduras de insectos, reacciones alérgicas, quemaduras superficiales. Sin embargo, daba la sensación de que todas las salas estaban vacías y no veía la menor señal indicadora de que nadie cuidara de nadie. Puede que fuera la hora; tal vez se tratase de un hiato imprevisto en el curso normal de los acontecimientos.

Irene y yo esperamos en recepción, cerca de un mostrador curvo en cuyo interior había una mesa llena de formularios. A la derecha teníamos las dos ventanillas donde se gestionaban los ingresos, cerradas a aquella hora. A la izquierda discurría un tabique en sentido horizontal; en la parte exterior había dos teléfonos públicos; detrás se encontraba la sala de espera. Vi un televisor en color que en aquel instante daba las noticias, pero habían bajado tanto el volumen que no se oía nada. Cuanto se veía era azul y gris. Todo estaba en orden, tranquilo y silencioso. Por el vano de una puerta abierta entreví la sala de enfermeras, rodeada de cubículos de reconocimiento. No había el menor rastro ni de la policía ni del personal hospitalario.

Dietz estaba nervioso y se golpeaba ruidosamente la palma de una mano con los dedos de la otra. Se dirigió a la puerta del fondo y se asomó para comprobar la situación de los pasillos y las habitaciones, para idear rutas de escape en caso de que Messinger volviera a hacer acto de presencia. Tuvo que verle la recepcionista porque segundos después apareció por la puerta del fondo y nos sonrió con educación.

—Disculpen si les he hecho esperar. ¿Querían algo?

—Hemos venido a ver a Agnes Grey —dijo.

Era una cuarentona vestida con ropa de calle normal: pantalón de poliéster, suéter de algodón, zapatos de suela de goma. Del cuello le colgaba un fonendoscopio como si fuese un collar de perlas. Tenía los ojos de un castaño que tiraba a chocolate y que le llenaba de simpatía toda la cara. Consultó unos papeles de la mesa y miró a Irene.

—¿Es usted la señora Gersh?

—En efecto —dijo Irene.

La mujer hablaba con cordialidad, pero advertí que le temblaba la sonrisa. Su actitud general revelaba esa neutralidad cuidadosamente controlada que parece de rigor cuando los resultados de los últimos análisis no corresponden con lo que se esperaba.

—Por favor —dijo—, pase al despacho del fondo. El doctor estará con usted enseguida.

Irene la miró con ojos angustiados. Cuando habló, lo hizo entre susurros.

—Quisiera ver a mi madre. ¿Se encuentra bien?

—Sería conveniente que hablara antes con el doctor Stackhouse —dijo—. Sígame, por favor.

No me gustó aquello. Aquella mujer se comportaba con bondad excesiva. Disponía de un amplísimo repertorio de comentarios y respuestas y habría podido elegir cualquiera.

Tal vez le habían recomendado que no discutiera los pormenores médicos. Tal vez había sufrido ya alguna reprimenda por opinar antes que el especialista. Puede que la política de la institución le prohibiese detallar la situación de los enfermos por complejos motivos de prudencia. Era posible que Agnes Grey hubiera muerto. La mujer se quedó mirándome.

—Su hija puede venir también...

—¿Quiere que vaya? —pregunté a Irene.

—Sí, por favor —me dijo Irene. Y a la recepcionista—: Mi marido ha ido a aparcar el coche. ¿Tendría la bondad de indicarle dónde estamos?

—Ya se lo diré yo —dijo Dietz—. Vayan ustedes. Yo me quedaré aquí.

Irene le dio las gracias con un murmullo. Dietz y yo intercambiamos una mirada.

La recepcionista nos abrió la puerta y pasamos al interior. Tomó la delantera y la seguimos por un pasillo de suelo blanco y reluciente. Llegamos a un despacho de los que suelen utilizar los médicos de guardia.

—Enseguida las atenderán. ¿Les apetece algo? ¿Café? ¿Té?

Irene negó con la cabeza.

—No, gracias.

Nos sentamos en sendas sillas tapizadas en tela azul, con cojín en el asiento. No había ventanas. La mesa de formica estaba completamente vacía. En los cojines del sofá de cuero gris se notaba una depresión que coincidía con el tamaño de una persona. Era demasiado pequeño para hacer las veces de cama y en uno de los brazos vi rozaduras producidas por el calzado. Había manuales de medicina en una estantería. La planta de la maceta era una hiedra artificial, tenía las

hojas de papel y las ramas más tiesas que el alambre. Los únicos cuadros que había en las paredes parecían reproducciones de la *Anatomía* de Gray. Admito que eso de tener las extremidades totalmente despellejadas tiene que ser un fastidio. Las venas ilíacas y femorales y sus correspondientes ramificaciones parecían la red de carreteras del área metropolitana de Los Angeles, a vista de pájaro.

Irene se abrió el abrigo sacudiendo los hombros y se estiró la falda.

—Me cuesta creer que la hayan admitido sin presentar ninguna solicitud.

—Ya sabe usted cómo son los hospitales. Cada cual sigue su propio procedimiento.

—Clyde lleva los papeles del seguro en la cartera. Cruz Azul, según creo, pero no sé si ella está incluida.

—Pásenle la factura al asilo —dije—. Ha sido culpa suya.

Estuvimos un rato en silencio. Me pregunté si tener familia consistiría en aquello. Crisis geriátricas y discusiones caseras a propósito de lo que convenía hacer con la abuelita. Oímos pasos en el pasillo y el médico apareció en la puerta. Como en el fondo esperaba que se presentara también la recepcionista, seguida de Clyde y Dietz, tardé unos segundos en prestar atención al recién llegado. Tendría treinta y tantos años, pelo rizado de color zanahoria y cara rojiza. Vestía el típico uniforme verde de los hospitales, compuesto por una camisa de algodón de manga corta, cerrada por delante y con el cuello en forma de V, pantalones a tono y zuecos blancos de suela blanda. Del cuello le colgaba un fonendoscopio y en la pechera llevaba un pequeño rectángulo de plástico blanco que decía: «Warren Stackhouse, doctor en Medicina». Entre el pelo de pancha, las pecas rojizas y el uniforme verde manzana, parecía salido de una película de dibujos animados en technicolor. Olía a esparadrapo y a mentol y parecía haberse lavado las manos recientemente. Traía un sobre marrón que no contenía más que una hoja. Lo puso encima de la mesa de manera que coincidieran los bordes de uno y otra.

—¿Señora Gersh? Soy el doctor Stackhouse. —Estrechó la mano de Irene y se apoyó en la mesa—. Lamento decirle que la hemos perdido.

—Dios mío, otra vez no —exclamó Irene—. ¿No saben dónde puede estar?

—Creo que no lo ha dicho en ese sentido —murmuré.

—La señora Grey sufrió un paro cardíaco —continuó el médico—. Lo siento. Hicimos lo que pudimos, pero no fuimos capaces de reanimarla.

Irene se quedó inmóvil, la cara sin expresión y la voz algo malhumorada.

—¿Quiere decir que ha muerto? Eso es imposible, no tiene sentido. Tiene que ser una equivocación. Clyde me dijo que sólo había sufrido lesiones insignificantes. Cortes y magulladuras. Tengo entendido que habló con usted.

Observé al médico y me di cuenta de que elegía cuidadosamente las palabras.

—Cuando la ingresaron ya presentaba síntomas de arritmia. Estaba confusa y desorientada, y sufría insolación y estrés. A su edad, y con una salud tan frágil...

Irene dio un suspiro y acabó por aceptarlo.

—Ay, pobrecita.

Las lágrimas le inundaron de súbito los ojos y le corrieron por las mejillas. La cara y el cuello se le habían cubierto de manchas rojas. Se echó a temblar, sin poder dominarse, igual que un perrito empapado mientras lo bañan. Le cogí la mano.

Clyde apareció en la puerta. A juzgar por su expresión sabía ya lo sucedido. Seguramente la

repcionista se lo había dicho nada más llegar. Irene se dirigió a él en tono suplicante.

—Clyde... mi madre ha muerto.

Le tendió ambas manos, se levantó de la silla y cayó en brazos del marido, que la estrechó con fuerza. En aquel momento me di cuenta de que era mucho más delgada de lo que había creído. No quería entrometerme en su intimidad y desvié la mirada.

Ví a Dietz apoyado en la pared del pasillo, en la misma postura en que lo había visto por primera vez. Botas camperas, chaqueta de mezclilla. Como en el hospital de Brawley. Sólo le faltaba el cepillo de dientes asomando por el bolsillo igual que una estilográfica. Su mirada se detuvo en mí, luego en Irene y otra vez en mí. En sus ojos había una expresión de extrañeza y perplejidad que oscilaba entre la convicción y la incertidumbre. Me sentí sofocada de pronto y aparté la mirada, consciente de que me había ruborizado. Cuando volví a mirarle, vi que seguía con los ojos clavados en mí con un aire melancólico que no le había visto hasta entonces.

Esperamos con cierta turbación a que Irene dejara de llorar. El doctor Stackhouse se dirigió a la puerta y fui tras él. Echamos a andar por el pasillo. Al acercarnos a la sala de urgencias, Dietz nos alcanzó y me puso la mano en la nuca de un modo que me despertó la curiosidad y la alarma. Fue un gesto posesivo y tan bruscamente cargado de electricidad que el aire que había entre ambos se llenó de zumbidos.

—Lo siento. Sí que ha sido mala suerte —dijo el doctor Stackhouse cabeceando—. ¿Es usted nieta suya? Lo digo porque habrá que comunicarlo a la policía.

Me concentré en lo que me decía como quien sube corriendo a la superficie en busca de aire.

—Soy amiga de la señora Gersh. Kinsey Millhone —dije.

Me miró un momento.

—Ah, sí. Estuvo preguntando por usted.

—Eso me dijeron. ¿Sabe por casualidad para qué?

—Bueno, puedo repetirle sus palabras, pero no sé qué sentido pueden tener. Decía una y otra vez que era verano. «Díganle que entonces era verano». ¿Significa algo?

—Para mí no —dije. Tal vez estuviese relacionado, en la imaginación de la anciana, con la extraña y deshinchada historia que me había contado en el desierto. Emily y el terremoto, las Arpista y Arthur James—. ¿No dijo nada más?

—Es lo único que le oí decir.

—¿Se le hará la autopsia?

—Es probable. Llamaremos al juez de instrucción y de paso al ayudante del *sheriff*. El hablará con el patólogo y decidirá si la medida está justificada.

—¿Qué patólogo? ¿Yee o Palchak?

—Palchak —dijo—. Por supuesto, el ayudante del *sheriff* puede saltarse estos trámites y autorizarnos a firmar el certificado de defunción.

—¿Podemos ver a Agnes?

—Desde luego —dijo asintiendo con la cabeza—. Está precisamente al final de este mismo pasillo. La enfermera les conducirá cuando la señora Gersh esté preparada.

Habían trasladado provisionalmente a Agnes a una sala de observación que apenas se utilizaba y que estaba al final del pasillo. Cuando nos marcháramos, la llevarían al sótano y la dejarían en la congelada oscuridad del depósito de cadáveres. Dietz y Clyde esperaron en el pasillo mientras Irene y yo permanecíamos en silencio junto a la camilla en que yacía la anciana.

La muerte le había alisado muchas arrugas faciales. Debajo del sudario blanco parecía pequeña y frágil, y la nariz ganchuda le sobresalía de modo llamativo de entre los apacibles pliegues de la cara.

Sonó un leve golpe en la puerta. Entró un joven policía de uniforme y se presentó. Era el agente que había conducido a Agnes al hospital y cambió con Irene unas palabras en relación con el episodio.

—Era una persona muy simpática, señora. Yo sólo quería que usted supiese que no me causó ningún problema.

Los ojos de Irene volvieron a humedecerse.

—Gracias. Es usted muy amable. ¿Sabe si sufrió mucho? No quiero ni pensar en todo lo que tuvo que haber pasado.

—Yo creo que no, señora. Puede que estuviera un poco ida, pero a mí no me pareció que sufriera ni nada por el estilo.

—Gracias a Dios. ¿Preguntó por mí?

Las mejillas del agente se colorearon.

—No estoy seguro. Sólo sé que hablaba de una persona llamada Sheila.

—¿Sheila? —dijo Irene sin comprender.

—Ese fue el nombre que oí. Lloró durante unos momentos. Dijo que lamentaba ser una molestia. Yo quise tranquilizarla y le dije que no pasaba nada. Se calmó y todo fue bien hasta que llegamos. Sé que en el hospital han hecho todo lo posible por salvarla. Pero las personas se mueren a veces sin ninguna causa.

La barbilla de Irene se puso a temblar. Se llevó un pañuelo a la boca mientras cabeceaba y murmuraba:

—Yo no sabía que se estaba muriendo. Señor, si nos hubiéramos dado prisa habríamos llegado a tiempo...

El agente se removió con incomodidad.

—Me voy a la sala de espera a terminar el informe. Supongo que el ayudante del *sheriff* habrá llegado ya. Les tomará declaración cuando ustedes lo crean oportuno. —Salió al pasillo y dejó la puerta entornada.

Minutos más tarde entraba Clyde. Pasó el brazo por el hombro de Irene y se la llevó hacia el vestíbulo. Antes de que la puerta volviera a cerrarse entreví al ayudante del *sheriff* hablando en el pasillo con un colega del departamento de Policía de Santa Teresa. Supuse que la policía del municipio habría notificado el fallecimiento al juzgado de instrucción del condado, puesto que la desaparición de Agnes se había denunciado en su momento y oficialmente aún no se sabía nada sobre lo ocurrido durante sus últimas horas de vida. Era el juez quien tenía la última palabra en lo tocante a las circunstancias, modo y causa de la defunción. Si se la clasificaba oficialmente como víctima de homicidio, la responsabilidad de las investigaciones recaería sobre la policía del municipio. Supuse que la muerte se consideraría «indeterminable», en términos judiciales, pero eso estaba aún por ver. En última instancia siempre se le podía hacer la autopsia.

A solas todavía con el cadáver, levanté un extremo de la mortaja y alargué los dedos para tocar la carne fría y dura de la mano izquierda de Agnes. Tenía los nudillos arañados. Dos uñas se le habían roto. Bajo las uñas de los dedos anular y meñique había tierra incrustada. La recepcionista abrió la puerta a mis espaldas. Cubrí la mano de Agnes con la mortaja y me volví.

—Hola.

—El señor Gersh me ha encargado que le diga que ha ido a buscar el coche con su mujer. El otro caballero está esperándola.

—¿Y los efectos personales de la difunta?

—No los tenía. El doctor Stackhouse ha guardado su ropa hasta que el juez decida. Cuando la trajeron, no llevaba nada encima.

Escribí una nota para la doctora Palchak en la que le pedía por favor que me llamara. Se la entregué a la enfermera de la sala de urgencias. Dietz quería pedir un taxi, pero Clyde insistió en llevarnos de vuelta a casa. Irene lloró desconsoladamente durante el trayecto. Me sentí aliviada cuando Dietz abrió la puerta por fin y entramos en casa. En el asiento trasero del Mercedes, su mano había estado muy cerca de la mía y nuestros meñiques se habían rozado de tal modo que fue como si me hubieran magnetizado todo el costado izquierdo.

Nada más entrar, me dirigí a la escalera. Estaba demasiado cansada para entretenerme con cortesías.

—¿Le apetece un vaso de vino? —preguntó.

Me cogió por sorpresa y titubeé. Parada en el descansillo me volví para mirarle. Tenía ya un pie en el primer peldaño y la mano en la barandilla curva de la escalera.

—No, gracias.

Se produjo una pausa.

—¿Se encuentra bien? —dijo.

Hablábamos de un modo que se me antojaba extraño, como si cada frase contuviera un mensaje oculto. Su cara parecía la misma, pero había algo nuevo en los ojos. Allí donde su mirada había sido como un muro infranqueable, había ahora una intención, una llamada que no podía expresar del todo verbalmente. La sexualidad agitaba el aire como las aspas de un ventilador. El cansancio se me desvaneció. Todo el peligro, toda la tensión se había transformado en aquello, en deseo silencioso. Sentía la lengua de la ansiedad subiéndome por las piernas, calándome la ropa, un sentimiento antiguo y misterioso como el mundo, el único antídoto de la humanidad contra la muerte. El calor parecía trazar un arco en el espacio que nos separaba, igual que en un experimento de antaño, como nacido de las entrañas de la noche. He aquí lo que yo entendía: aquel hombre era igual que yo, mi hermano gemelo, y de súbito supe que lo que veía en él era el reflejo deformado de mí misma, de mi arrojo, de mi competencia, de mi temor a depender de otros. Había estado con él tres días, aislada por circunstancias externas, inmovilizada por el instinto de supervivencia. Sólo el deseo podía darnos la valentía necesaria para salvar la distancia, pero ¿cuál de los dos daría el primer paso?

Ví que echaba el cerrojo de la puerta. Ví que apagaba las luces y cruzaba el salón. Subí por la escalera y me volví en el tercer peldaño. Me sujeté a la barandilla y me senté en el escalón al ver que se acercaba. Se detuvo ante mí, con la cara a la altura de la mía. A sus espaldas reinaba la oscuridad. La luz procedente del piso superior le bañaba las facciones, envolviéndolas en un aire de seriedad. Se acercó para besarme, su boca fría al principio, los labios suaves. Mi deseo de él era tan tangible como un hierro al rojo que me traspasara las entrañas. Me recosté en la escalera. Las aristas de los peldaños se me clavaron en la espalda y el dolor y el deseo acabaron por fundirse en una sensación indiferenciable. Le acaricié la mejilla, le acaricié las mechas sedosas del cabello mientras pegaba su cara a la mía y me frotaba los pechos por encima de la camiseta. Nos movimos como en un simulacro de coito, con la ropa puesta, con el cuerpo arqueado. Oía el

murmullo de la ropa al rozarse, de su respiración, de la mía. Alargué la mano y le acaricié. Emitió un gemido animal, se irguió para pasar por encima y me instó a seguirle mientras subía. Era preferible la cama y nos desnudamos por etapas sin dejar de besarnos. El primer ramalazo de calor que sentí cuando su carne desnuda entró en contacto con la mía me hizo decir «Ay... Señor» con voz apagada. Pero después ya no hubo palabras hasta el instante del olvido. Hacer el amor con aquel hombre fue una experiencia única en su especie... como la resolución natural de un acorde en el momento culminante, como una música sin tiempo que vibrara en nuestros huesos, comunicación de secretos, carne contra carne, momento tras momento hasta la fusión total. Caí en un sueño profundo abrazada a él y no desperté hasta que despuntó el nuevo día. Me removí a las seis en punto, vagamente consciente de que estaba sola en la cama. Le oí moverse en la planta baja. Había puesto la radio y a mis oídos llegaron los compases de una canción de Tammy Wynette que me partieron el alma. Por una vez no me importó.

Poco más tarde sonó el timbre... un cartero (auténtico) que traía la caja facturada en Brawley. Yo no estaba para nadie y Dietz se hizo cargo de la entrega. Minutos después percibía el aroma del café recién hecho. Me levanté, hice la cama, fui al cuarto de baño y me cepillé los dientes. Me duché, me lavé la cabeza y volví a ponerme los tejanos y la camiseta de la víspera. No tenía ganas de aumentar la cantidad de ropa sucia. Bajé a la planta inferior.

Dietz estaba junto al banco de la cocina, encaramado en un taburete, con el periódico abierto ante sí y, al lado de este, ya vacíos, un vaso de zumo y una taza de cereales. Alargó la mano y le abracé por detrás. Me besó con una boca tan fresca que percibí el sabor de los cereales.

—¿Estás bien? —dijo.

—Sí. ¿Y tú?

—Ajá. Ha llegado el paquete.

La caja estaba al lado mismo de la puerta y ostentaba la etiqueta en la que yo misma había escrito mi dirección.

—¿Has mirado si contiene alguna bomba?

—No contiene ninguna —dijo con indiferencia—. Puedes abrirlo.

Cogí del cajón de la cocina un cuchillo de pelar patatas y corté la cinta adhesiva. Las prendas estaban tal como yo las había puesto, con el vestido multiuso encima de todo. Lo saqué para inspeccionarlo. Fue un alivio comprobar que no había acabado en tan mal estado como pensaba. Sólo un poco manchado de barro, aunque desprendía un tufo que oscilaba entre el olor de los huevos podridos y el de las tazas de retrete en desuso.

Dietz percibió el olor y se volvió con una mueca de asco.

—¿Qué es esa porquería?

—Mi mejor vestido —dije—. Lo meteré en la lavadora y quedará como nuevo.

Lo puse a un lado y seguí sacando prendas y objetos. En el fondo vi la caja de cartón con el juego de té que había sacado de debajo del remolque de Agnes Grey.

—Tendré que devolverle esto a Irene —comenté mientras dejaba la caja junto a la puerta.

Los objetos personales que quedaban para recordar los ochenta y tres años que Agnes Grey había estado en este mundo eran escasos, pero pensé que a Irene le gustaría conservarlos.

Dietz levantó la vista del periódico.

—Por cierto. La doctora Palchak llamó a las siete y media. Ya ha hecho la autopsia. Dijo que la llamasen en cuanto te levantas.

—Sí que ha ido rápida la cosa.

—Eso pensé yo. Dijo que entra de guardia a las cinco y que puso manos a la obra de inmediato.

Marqué el número del St. Terry y pedí que me pusieran con Patología. Ya había hablado con Laura Palchak un par de veces. Es baja, fea, gorda, competente, laboriosa, concienzuda y muy lista; está contratada por las autoridades del condado y hace autopsias para el juzgado de primera instancia.

—Palchak —dijo una voz al otro extremo de la línea.

—Hola, Laura. Soy Kinsey Millhone. Gracias por haber respondido a mi nota. ¿Qué se sabe de Agnes Grey?

Se produjo una breve pausa.

—El juzgado no ha notificado aún el resultado de la autopsia a la señora Gersh, o sea que lo que voy a decirte es confidencial, ¿de acuerdo?

—Tranquila.

—El resultado es negativo. Hasta dentro de unas semanas no tendremos el resultado de los análisis toxicológicos, pero en términos generales no hay nada anormal.

—¿Cuál es entonces la causa del fallecimiento?

—Básicamente, paro cardíaco, pero no sé... todo el mundo muere de paro cardíaco o respiratorio, si vamos a ello. El caso es que no hay prueba alguna de que padeciera una enfermedad cardíaca orgánica ni he encontrado nada susceptible de haber contribuido a la defunción de manera natural. Técnicamente, no hay más remedio que calificar de indeterminable la causa del fallecimiento.

—¿Qué quieres decir con eso de «técnicamente»? No me gusta cómo lo has dicho.

Se echó a reír.

—Buena pregunta. Es verdad lo que dices. Tengo una corazonada, pero he de hacer antes ciertas averiguaciones. He pedido al bibliotecario del hospital que me encuentre cierto artículo que se publicó hace unos años. No sé por qué me vino a la cabeza, pero en este asunto hay una especie de alarma sonando al fondo.

—¿A qué te refieres? ¿Puedes darme algún detalle?

—Todavía no. He encargado a mi ayudante que me prepare unas muestras de tejido que analizaré seguramente esta misma tarde. Tengo dieciséis casos en lista de espera y todos estaban por delante de este, pero me pica la curiosidad.

—¿Puedo echarle una mano?

—Hay algo que quizá podrías hacer. Sería interesante averiguar qué le ocurrió a la anciana durante el tiempo que anduvo perdida. Si pudieras enterarte de lo sucedido durante esas horas, me sería muy útil.

—Lo intentaré —dije—, pero te advierto que podemos llevarnos un chasco. ¿He de buscar algo concreto?

—En la muñeca derecha presenta rozaduras producidas al parecer por una cuerda; y tiene un par de uñas rotas en...

—Sí, ya me di cuenta —dije, acordándome de pronto—. Y arañazos en los nudillos de la mano izquierda.

—Exacto. Es posible que estuviese retenida contra su voluntad en alguna parte. Busca un

cobertizo con herramientas de jardinería o un invernadero. He cogido muestras de la tierra que tenía en las uñas y podemos compararlas con lo que encuentres. Tenía además rozaduras y contusiones menores en la espalda. La semana pasada atendí a un niño con señales muy parecidas en los muslos y las nalgas. Le habían pegado con una percha... y otros objetos.

—¿Quieres decir que fue golpeada?

—Es posible.

—¿Lo sabe el teniente Dolan?

—Él y el fotógrafo de la policía estuvieron presentes durante la autopsia, o sea que vieron lo mismo que yo. Lo que ocurre es que no había traumatismo interno y las lesiones eran demasiado insignificantes para considerarse causa de la defunción.

—¿Y tú qué opinas?

—Nada en absoluto hasta que haya comprobado más cosas. Llámame esta tarde; mejor aún, ya te llamaré yo cuando haya visto lo que todavía me queda por analizar. Puede que entonces ya hayas averiguado algo.

Colgó. Devolví el auricular a la horquilla del aparato. Me sentía confusa. Dietz me observaba. Por lo que inevitablemente había escuchado, tenía que saber ya que el caso había experimentado un giro imprevisto.

—¿Qué ocurre?

—Vamos por tu coche. Quiero ir a casa de Irene. Me gustaría hablar con Clyde.

Les llamé para decirles que iba a verles y a continuación llamé a un taxi.

Le expliqué los detalles de la nueva situación mientras nos dirigíamos al hotel con la caja de Irene en el regazo. Llegamos al Edgewater y Dietz estuvo un rato inspeccionando el motor y el sistema eléctrico del Porsche. El mozo que estaba a cargo del aparcamiento no era el mismo que el de la noche anterior y aunque juró que nadie se había acercado al vehículo, Dietz prefirió no fiarse.

—No creo que en cuestión de bombas Messinger sepa distinguir un culo de una calabaza, pero tampoco estamos ahora para sorpresas —dijo.

Esperé mientras se tendía en el suelo y se metía a medias bajo el coche para inspeccionar la parte inferior del chasis. No encontró cables misteriosos ni detonadores ni cartuchos de dinamita. Satisfecho de la revisión, se puso en pie, se sacudió la ropa y me abrió la puerta del copiloto. Arrancó y salimos del aparcamiento. Excepcionalmente, condujo despacio. Tenía pintada la preocupación en la cara.

—¿En qué piensas? —dije.

—En Messinger. Me pregunto si no sería interesante hablar con su exmujer.

—¿En Los Angeles?

—Podríamos hacer que viniera. Sabemos que su hijo Eric está con él, por lo menos anoche estaba. Si le decimos a ella que puede recuperarlo, es posible que quiera aprovechar la oportunidad. Incluso podríamos ayudarla y pedirle a cambio que nos ayude.

—¿Cómo?

Se encogió de hombros.

—No lo sé aún, pero es mejor eso que nada.

—¿Sabes cómo localizarla?

—Tengo una idea: te dejo en casa de los Gersh y voy a hablar con Dolan.

—De acuerdo.

Nos detuvimos delante de la casa de los Gersh. Dietz me sostuvo la caja mientras yo liberaba mi cuerpo de las reducidas dimensiones del vehículo. Al llegar al soportal, dejó la caja junto a la puerta y yo pulsé el timbre. Habíamos acordado que le esperaría allí hasta que pasara a recogerme.

—Date prisa —murmuré—. No quiero cargar con Irene todo el día.

—Tres cuartos de hora a lo sumo. Si veo que voy a tardar más, te llamaré. Ten cuidado. —Me clavó en la pared con un beso que me levantó los dedos de los pies, me dijo adiós con la mano y se alejó hacia el coche.

Jermaine abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar. Oí que el Porsche se ponía en marcha y se alejaba. Traté de concentrarme e hice un esfuerzo por parecer una investigadora seria, porque si he de ser franca notaba la humedad en mis bragas. Cambié con Jermaine el saludo de rigor. Oí que sonaba el teléfono en el interior de la casa. Ella lo oyó igualmente y exclamó a voz en cuello «¡Voy a ver quién es!»), como si hablase para el fondo de la platea. Murmuró una disculpa y se alejó hacia la cocina con andares insospechadamente graciosos.

La casa, por lo demás, estaba totalmente en silencio. Los enebros del jardín oscurecían la sala de estar. Me acerqué a una mesita y encendí una lámpara. Me asomé a un pasillo abovedado que tenía a la izquierda. Ví a Irene sentada junto a un escritorio en una solana adjunta a la sala. Una pequeña radio portátil emitía música clásica y supuse que no había oído mi llegada por aquel motivo. Estaba envuelta en un albornoz y calzaba zapatillas y con peor aspecto que la noche anterior. Su cara parecía más blanca que nunca, como si se la hubieran cubierto con esparadrapo. Saltaba a la vista que había llorado a moco tendido y supuse que había dormido poco. Se había quitado las pestañas postizas y parecía tener los ojos hinchados y perdidos.

—¿Irene?

Alzó la vista con un sobresalto y buscó el origen de la voz con la mirada. Al verme, se incorporó apoyándose en la mesa. Entró en la sala con paso inseguro y me tendió los brazos como un niño de pocos meses que acaba de descubrir la posición erguida, emitiendo sonidos lastimeros como si le dolieran todos los músculos. Se cogió a mí igual que la víspera, pero con una desesperación que no le había visto la noche precedente.

—Ah, Kinsey, gracias a Dios. Qué alegría verla. Clyde tenía una reunión en el banco. Dijo que regresaría en cuanto terminara.

—Estupendo. Quería hablar con él. ¿Cómo se encuentra?

—Fatal. No me siento capaz de hacer nada a derechas ni soporto estar sola.

La acompañé al sofá, asombrada de la fuerza bruta de su estado menesteroso.

—Se diría que apenas duerme usted.

Se dejó caer en el sofá sin querer soltarme las manos. Me atrajo hacia sí como si estuviera borracha, con sensiblería empalagosa y con el aliento cargado de amargura como si de alcohol se tratase.

—He estado aquí casi toda la noche para no molestar a Clyde. Ya no sé qué hacer. He ido a rellenar el certificado de defunción de mi madre y de pronto me he dado cuenta de que no me acuerdo de nada. No lo comprendo. Es vergonzoso. Mi propia madre... —Otra vez se echó a llorar.

—Tranquila, mujer. Le ayudaré, que para eso estoy aquí. —Alcé una mano con la palma hacia

ella—. Usted quédese aquí quietecita. Y relájese. ¿Está allí el papel?

Pareció esforzarse por recordar. Asintió con la cabeza, sin decir nada y con los ojos clavados en mí con gratitud mientras me dirigía a la estancia contigua. Cogí de la mesa una pluma y el formulario y volví junto al sofá, preguntándome cómo soportaría Clyde la impotencia de su mujer. La compasión que sentía por ella empezaba a ceder ante la impresión de que se estaba convirtiendo en una carga inaguantable.

—Lo rellenaremos como si fuera un examen escolar —dije—. Primero contestaremos las preguntas fáciles y dejaremos para después las difíciles. Empezaremos por el «Nombre del/la fallecido/a». ¿Tenía segundo nombre?

Negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no.

Escribí «Agnes... APELLIDO... Grey».

Con la cabeza pegada a la suya fui consignando en cosa de un minuto la escasa información que recordaba y que se refería a la raza (blanca), el sexo (mujer), servicio militar (—), número de la Seguridad Social (—), estado civil (viuda), profesión (jubilada) y distintos subapartados bajo «Domicilio habitual». Lo que le angustiaba era no saber cuándo ni dónde había nacido su madre, y tampoco recordaba el nombre de los padres de la difunta, datos que, según ella, cualquier persona que tuviera un poco de responsabilidad recitaría de memoria.

—Deje de torturarse, por el amor de Dios —dije—. Vayamos al revés y veamos hasta dónde llegamos. Puede que recuerde usted más cosas de las que cree. Por ejemplo, todo el mundo dice que tenía ochenta y tres años, ¿no?

Asintió sin mucha seguridad, deseando probablemente que las preguntas del formulario contasen ya con varias respuestas optativas. Se notaba sin embargo que pensar en su propia ignorancia le seguía resultando turbador.

—Irene, no puede usted suspender este examen —dije—. ¿Entiende lo que quiero decir? O lo aprueba o no la entierran. —No quería ser brusca, pero sólo con un buen zarandeo se podría liberar de la autocompasión.

—Es que no quiero que salga mal —dijo—. Hacerlo bien es fundamental. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Lo comprendo, pero no se va a terminar el mundo por dejar una casilla en blanco. Sabemos que era ciudadana norteamericana, así que consignémoslo... La información restante podemos obtenerla por la partida de nacimiento de usted. En ella constará el lugar de nacimiento de sus padres y la edad que tenían cuando usted nació. ¿Sabe dónde la tiene?

Asintió y se sonó la nariz con un pañuelo que se guardó en el bolsillo del albornoz.

—Estoy casi segura de que la puse en el archivador de aquí —y señaló la solana, que por lo visto había transformado en despacho—. En el cajón de arriba hay una carpeta con una etiqueta que dice «Documentos importantes».

—No se levante. Ya lo busco yo.

Pasé a la solana y abrí uno de los cajones archivadores. «Documentos importantes» era una gruesa carpeta marrón situada en primer término. Saqué la carpeta entera y se la llevé a Irene para que buscara ella el documento. Cogió una partida de nacimiento y me la entregó. La miré por encima, fruncí el ceño y volví a mirarla.

—Esto es una fotocopia. ¿Dónde está el original?

—No lo sé. Este es el papel que he tenido siempre.

—¿Qué hizo a la hora de solicitar el pasaporte? Porque hay que entregar una partida certificada.

—No tengo pasaporte. Nunca me ha hecho falta.

La miré con asombro.

—Creí que la única persona que no tenía pasaporte en este país era yo —comenté.

Me pareció que se excusaba.

—No me gusta viajar. Me da miedo ponerme enferma y no tener un buen médico a mano. Siempre que Clyde ha tenido que viajar al extranjero por motivos de trabajo, lo ha hecho solo. ¿No sirve acaso? —Sospechaba que había discutido más de una vez con Clyde acerca de aquella actitud suya.

—Sí, por supuesto que sí, pero me parece extraño. ¿Cómo cayó en sus manos la fotocopia?

Cerró la boca y las mejillas se le tiñeron de rosa, como si hubiese recuperado de pronto la salud. Al principio pensé que no iba a decir nada; frunció la boca.

—Me la dio mi madre cuando estudiaba secundaria. Fue uno de los momentos más humillantes que me hizo pasar. En clase de lengua nos habían puesto como tema de redacción la historia de nuestra propia vida y el profesor quiso que incluyéramos la partida de nacimiento. Recuerdo que mi madre no encontró la mía y tuve que entregar la redacción sin ella. El profesor la calificó de «insuficiente»... el único de mi vida estudiantil... y encima mi madre se enfadó. Fue espantoso. La llevó al instituto al día siguiente y se la tiró al profesor a la cara. Había bebido, claro. Y todos los alumnos mirando. Fue una de las situaciones más vergonzosas que me ha tocado vivir.

La observé con curiosidad.

—¿Y su padre? ¿Dónde estaba mientras tanto?

—No me acuerdo de él. Mis padres se separaron cuando yo tenía tres o cuatro años. Murió en la guerra tiempo después. En 1943, según creo.

Me dispuse a continuar lo que habíamos empezado y consulté la partida de nacimiento. Era una auténtica mina de datos. Irene había nacido en Brawley el 12 de marzo de 1936, a las dos y media de la madrugada. Su padre era Herbert Grey, natural de Arizona, blanco, de treinta y dos años de edad, de profesión soldador de una compañía aérea. El apellido de soltera de Agnes era Branwell, había nacido en California, profesión sus labores.

—Estupendo —dije, pero entonces leí lo que ponía debajo—. Un momento. Qué raro. Aquí dice que cuando usted nació, Agnes tenía veintitrés años... o sea que en la actualidad habría tenido que tener setenta. Esto no coincide.

—Tiene que ser una errata —dijo acercando la cabeza. Me quitó el papel de las manos y se quedó mirando el renglón que acababa de leerle—. La diferencia es de varios años. Si mi madre tiene ahora ochenta y tres, cuando nació tenía que tener treinta y seis, no veintitrés.

—Igual era más joven de lo que pensábamos.

—Pero no tanto. No tenía alrededor de setenta, ni por asomo. Usted la vio personalmente.

Medité el asunto un momento.

—Bueno, no creo que tenga tanta importancia.

—¡Y tanto que la tiene! Se mire como se mire, la diferencia sigue siendo de trece años.

Desconecté la clavija del enfado. No tenía sentido sulfurarse.

—No hay forma de comprobarlo —dije—. Por lo menos no se me ocurre ninguna. Dejémoslo en blanco.

—No quiero —dijo con tozudez.

Ya la había visto en aquella actitud y sabía que podía ponerse muy pesada.

—Haga lo que le parezca. No es asunto mío.

Oí una llave en la cerradura. Se abrió la puerta principal y entró Clyde vestido, como de costumbre, con traje, corbata y chaleco. Arrastraba la caja de cartón que yo había dejado en la puerta. Se acercó al sofá, me saludó con un murmullo y puso la caja encima de la mesita de servicio. Se inclinó para dar un beso a Irene en la mejilla, un gesto ritual sin ningún afecto perceptible.

—Estaba en la entrada...

—Es de Irene —dije—. La encontré debajo del remolque de Agnes e hice que me la mandaran por correo. Ha llegado esta mañana. —La acerqué, abrí las tapas y metí la mano entre las tazas, envueltas todavía en papel de periódico—. Puede que no sea el mejor momento, pero es lo único que los intrusos no destruyeron.

Desenvolví una taza y se le di a Irene. El asa de porcelana tenía una grieta fina como un cabello en la parte inferior, pero por lo demás estaba impecable: rosas pintadas a mano sobre fondo blanco, pero a la manera infantil. Irene la miró sin comprender y de pronto se le iluminaron los ojos. Del fondo de su ser pareció brotar un rumor. De pronto la tiró lejos de sí con un inesperado alarido de repugnancia. Noté un escalofrío de miedo al ver el suyo. Clyde y yo dimos un respingo y automáticamente murmuramos interjecciones de asombro. Su alarido rasgó el aire trazando en espiral una melodía aterrorizada. La taza, como si se moviese a cámara lenta, rebotó en el borde de la mesita de servicio y se partió en dos tan limpiamente como si la hubieran cortado con un cuchillo.

Irene se puso en pie con los ojos que se salían de las órbitas. Su respiración se había vuelto tan rápida y superficial que la cantidad de oxígeno que aportaba a la sangre tenía que ser insuficiente. Vi que se tambaleaba sin apartar los ojos de mí. Me alargó los brazos mientras caía entre convulsiones que la sacudían de pies a cabeza. Clyde fue más rápido que yo y la sujetó a tiempo. La tendió en el sofá y le levantó los pies.

Jermaine llegó corriendo con un paño de cocina en la mano. Sus ojos se abrieron alarmados:

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué pasa? Dios mío...

Irene tenía las pupilas escondidas bajo el párpado superior y sufría sacudidas rítmicas a instancias de algún terremoto íntimo que la obligaba a contraer espasmódicamente la frágil envoltura corporal. El olor penetrante de la orina impregnó el aire. Clyde se quitó la chaqueta y se puso de rodillas a su lado, tratando de contenerla para que no se lesionara involuntariamente. Jermaine parecía petrificada; retorció el paño con las manos grandes y morenas mientras emitía sonidos guturales de ansiedad.

El ataque cedió poco a poco. Irene se puso a toser con arranques tan crujientes e infructuosos que acabaron por perforarme las entrañas. Después de la tos vino un gemido agudísimo que tuvo

la virtud de ponerme otra vez en movimiento. Le puse una mano bajo el brazo derecho y me volví hacia Clyde.

—Sentémosla. Así respirará mejor.

La pusimos en posición sentada. La operación se caracterizó por su torpeza, dado que pesaba muy poco, seguramente menos de cuarenta y cinco kilos. Se conducía como si estuviera paralítica y mareada y sus ojos iban de una cara a otra sin dar muestras de saber ni dónde se encontraba ni qué sucedía.

—¿Quiere el señor que llame al hospital? —preguntó Jermaine.

—Aún no. Tengámosla así un rato. Parece que ya vuelve en sí —dijo.

La cara de Irene se cubrió de una finísima capa de sudor. Tanteó en mi dirección como si estuviera ciega. Tenía las manos frías y húmedas, como un pez que da las últimas boqueadas en el fondo de una barca de pesca.

Jermaine desapareció y volvió al cabo de unos segundos con un paño frío y mojado que entregó a Clyde sin decir nada. Este lo pasó por la cara de su mujer. Irene se puso a emitir sonidos apagados, gimoteantes, impotentes e infantiles, como si despertara de una pesadilla de efectos catastróficos.

—Había arañas. Olía el polvo...

—Siempre ha tenido pánico a las arañas —me dijo Clyde.

De manera instintiva, recogí las dos mitades de la taza, preguntándome si no habría visto algo en el fondo de la misma. Casi esperaba ver una de esas arañas que llevan muertas un montón de meses y que yacen panza arriba, con las patas encogidas sobre el vientre como una flor que se cierra al anochecer. Pero no vi nada. Irene, mientras tanto, seguía con su delirio.

—La pintura chorreaba por la pared y era horrible. Echaba a perder las violetas y yo estaba muy asustada... No quería portarme mal...

Clyde le murmuraba palabras de consuelo mientras le acariciaba la mano.

—Estás bien, Irene. Ya ha pasado todo. Estoy aquí contigo.

En los ojos femeninos había una expresión de súplica y su voz era un susurro lastimero.

—Era el juego de té que tenía mamá desde pequeña... A mí no me dejaban jugar con él. Me escondí para que no me pegaran una vez y otra, y otra. ¿Para qué lo quería ella?

—Voy a llevarla a la cama —dijo Clyde. Le pasó un brazo por debajo de las rodillas, el otro por debajo de la espalda y la levantó con algún esfuerzo. Se apartó poco a poco de la mesa de servicio y avanzó de lado hasta que tuvo el camino libre; entonces se dirigió a la escalera. Jermaine iba con él y le ayudaba a equilibrar la carga.

Me dejé caer en el sofá y apoyé la cabeza en las manos. El ritmo cardíaco volvía a normalizarse, lo que no era pequeña hazaña habida cuenta de la subida de adrenalina que había experimentado. El miedo de los demás es contagioso y la proximidad magnifica el fenómeno; no por otro motivo causan un impacto tan notable las películas de terror en los cines abarrotados. Percibía el olor de la muerte, el olor de una experiencia aterradora que ni Irene ni Agnes habían podido afrontar racionalmente al cabo del tiempo. En cuanto a las proporciones del acontecimiento, sólo podía formular conjeturas. Ahora que Agnes había fallecido, dudaba que la realidad pudiera reconstruirse.

Me estremecí con inquietud y miré la hora. Habían pasado sólo treinta minutos. Dietz no tardaría en llegar y me sacaría de aquel infierno. Hojeé una revista que había en la mesita de

servicio. En las últimas páginas había una lista de recetas de cocina, muy nutritivas y equilibradas, cuya preparación costaba sólo unos centavos. El nombre que habían puesto a los platos se me antojaba espantoso: eran frecuentes las «sorpresas de atún» y los «sofritos de leche de soja cuajada con salsa agridulce». Abandoné la revista. Por hacer algo, volví a coger la taza rota, la envolví en el papel de periódico y la metí en la caja. Me levanté y trasladé la caja a la puerta. Era una insensatez dejarla a merced de Irene. Ya se la devolvería si me la pedía más adelante. Alcé la vista y vi que Clyde bajaba la escalera con aire abatido.

Parecía un zombie. Se dirigió a un sillón de orejas, tomó asiento y me acerqué a él. Se frotó los ojos y se pellizó el puente de la nariz. Tenía la camisa arrugada y a la altura de las axilas, abarcando varias rayas azules, sendas manchas de sudor.

—Le he dado un Valium. Jermaine se quedará con ella hasta que se duerma.

Yo seguía de pie, dispuesta a aprovechar la ventaja psicológica que tal vez me diera el estar a mayor altura que él.

—¿Qué es lo que ocurre, Clyde? Jamás he visto a nadie reaccionar así.

—Irene es de naturaleza enfermiza. Ya lo era cuando la conocí. —Lanzó un bufido—. Es increíble... Y yo que pensaba que su inutilidad resultaba incluso encantadora...

—Es algo más que inutilidad. Está aterrorizada. Y a Agnes le pasaba lo mismo.

—Siempre ha sido así. Todo le da pánico... los espacios cerrados, las arañas, el polvo. ¿Sabe qué le asustan? Los pestillos de las puertas. Y las violetas. Dios mío, *las violetas*. Y cada día que pasa se pone peor. Es hipocondríaca, sufre alergias y depresiones. Vive medio muerta de miedo y seguramente es adicta a todos los medicamentos que le recetan. La he llevado a todos los especialistas habidos y por haber y todos se llevan las manos a la cabeza. Los psiquiatras se relamen durante la primera visita, pero cuando ven que no les funciona el vudú de costumbre, acaban por aburrirse. Lo que pasa es que no quiere ponerse bien. Es la verdad.

Le gusta sentirse llena de achaques. He intentado compadecerla, pero sólo he conseguido desesperarme. Mi vida se ha convertido en una pesadilla, pero ¿qué más puedo hacer? ¿Divorciarme? No tengo valor para hacer una cosa así. No me lo perdonaría nunca si lo hiciera. Es como una criatura. Creía que cuando muriese su madre... que cuando Agnes desapareciera de este mundo, mejoraría. Que sería como un exorcismo. Pero ya ve usted.

—¿No sabe en absoluto cuál puede ser la causa?

Negó con la cabeza. Parecía sentirse más impotente que un ratón acorralado por un gato.

—¿Y su padre? ¿Podría estar relacionado con él lo que le ocurre? Me ha dicho que murió en la guerra...

—Mis sospechas van también en esa dirección —dijo sonriendo con melancolía—. Es muy probable que se casara conmigo a causa de él.

—¿Porque necesitaba un padre?

—Pues claro. En realidad necesitaba de todo: comodidad, protección, seguridad. ¿Sabe qué es lo que quiero yo? Vivir una semana sin histerias ni dramatismos... siete días sin lágrimas ni disgustos, sin notar que depende de mí para todo, que es incapaz de hacer nada sola. Siete días sin

chuparme la sangre. —Volvió a cabecear—. No viviré para verlo. Ni ella tampoco. A veces pienso que si me pegase un tiro, por lo menos se acabaría todo de una vez.

—Tiene que tratarse de un trauma de la infancia...

—No me venga con esas ahora. ¿Después de cuarenta años? Sería imposible llegar hasta el fondo de la cuestión, y aunque se consiguiera, ¿qué importancia tendría ya? Irene es lo que es y yo estoy atrapado, sin poder hacer nada.

—¿Por qué no se marcha?

—¿Y dejar a Irene? ¿Cómo voy a hacer una cosa así? Cada vez que hablo de irme, cae enferma y no hay quien la saque de la cama. No puedo mandarla a paseo en plena depresión...

Oí un tamborileo en la ventana próxima a la puerta y vi a Dietz escrutando el interior. Di un suspiro de alivio. Nunca me había alegrado tanto de ver a alguien.

—Yo abriré.

Me dirigí a la puerta e hice pasar a Dietz, que inmediatamente posó los ojos en Clyde. Este había recostado la cabeza en el respaldo del sillón y cerrado los ojos, haciéndose el muerto. La sola presencia de Dietz despejó la tensión acumulada en el ambiente, aunque se dio cuenta en el acto de que algo iba mal. Arqueeé las cejas para darle a entender que se lo explicaría todo cuando no hubiera nadie delante.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunté.

—Luego te lo cuento. Vámonos.

—Clyde... —dije.

—Lo he oído. Ande, váyase. Seguiremos hablando en otra ocasión. Irene dormirá varias horas. Las aprovecharé para dar una cabezada yo también.

Vacilé.

—Una pregunta. Ayer, cuando peinábamos el barrio en busca de Agnes, ¿recuerda haber visto alguna casa donde hubiera un invernadero o un cobertizo para herramientas?

Abrió los ojos y se quedó mirándome.

—No. ¿Por qué?

—La patóloga lo mencionó. Le dije que la tendría al tanto.

Negó con la cabeza.

—Yo me limité a llamar a las puertas. Todas las casas tienen patio trasero y en cualquiera podía haber un cobertizo.

—Si recuerda algo en este sentido, ¿me lo dirá?

Asintió resignadamente con la cabeza, deseando que le dejaran solo.

Recogí la caja del suelo y nos dirigimos al coche. Dietz me ayudó a subir al vehículo.

—¿Qué pasa? ¿No le ha gustado el juego de té? —dijo.

Cerró la puerta de mi lado, pero no pude responderle hasta que dio la vuelta al coche y se hubo sentado al volante. Puso en marcha el motor y arrancó. Le describí brevemente el ataque que había sufrido Irene.

—¿Qué crees tú que le pasa a esa mujer? —preguntó cuando hube terminado.

—No sé qué pensar. Se me ocurren varias posibilidades. Por ejemplo, malos tratos —dije—. Puede que fuera testigo de algún acto de violencia o puede incluso que *ella* cometiese alguna barrabasada de la que se siente culpable.

—¿Una niña?

—Bueno, los niños, a veces, hacen cosas sin mala intención. Nunca se sabe. En cualquier caso, si tiene recuerdos conscientes, jamás ha dicho una palabra. Y Clyde dice que no tiene ni la menor idea.

—¿Crees que Agnes lo sabía?

—Pues claro. Creo incluso que quiso decírmelo, pero que no se atrevió. Estuve con ella una noche en un hospital de convalecencia de Brawley y me contó una historia larga y confusa; estoy casi convencida de que la verdad se encuentra oculta en esa historia. Lo que no estoy dispuesta a hacer es volver al desierto para investigar.

—En cualquier caso sería absurdo después del tiempo transcurrido.

—Eso mismo dice Clyde. ¿Qué hay de Rochelle Messinger?

Sacó un pedazo de papel del bolsillo de la camisa.

—Vive en Hollywood Norte. He conseguido su teléfono. Dolan no quería dármelo al principio, pero le convencí. Dice que si localizamos al tipo, que nos mantengamos al margen y no intervengamos bajo ningún concepto.

—Claro, hombre —dije—. ¿Qué hacemos ahora?

Me miró sonriendo de lado.

—¿Te apetece una superhamburguesa con queso?

Me eché a reír.

—Vale.

Volvímos a casa a la una, con el depósito de los lípidos repleto. Tenía las arterias endurecidas, las placas ateromatosas se me acumulaban en los tejidos como los troncos en las angosturas de los ríos madereros y el sodio ingerido me había disparado la presión arterial.

Dietz llamó a Rochelle Messinger. Dejó que el teléfono sonara quince veces y al ver que no contestaban, me pasó el auricular. Yo me moría por echar la siesta, pero estimé oportuno averiguar si la doctora Palchak había analizado ya los tejidos. No me hacía ninguna gracia tener que volver al barrio del asilo para ponerme otra vez a aporrear puertas. Con un poco de suerte, no habría necesidad de hacerlo.

Marqué el número del St. Terry, pedí que me pusieran con el departamento de Patología y pregunté por Laura Palchak. Tenía en el regazo la caja de cartón de Irene. Con sólo proponérmelo, habría apoyado en ella la cabeza y me habría quedado dormida allí mismo. A veces añoro la sencillez de las guarderías; fue en una de ellas donde aprendí a dormirme cuando me apetecía.

Oí la voz de Palchak al otro extremo del hilo.

—Hola, Laura, soy Kinsey Millhone —dije—. ¿Has analizado ya los tejidos?

—Puedes apostar a que sí —dijo. Percibí en su voz una satisfacción morbosa.

—Y tu corazonada ha resultado cierta.

—Pues claro. Era la primera vez que veía algo de tal naturaleza, pero recordaba haber leído hace años un artículo sobre el asunto en cuestión. El bibliotecario del hospital me buscó la revista; la tengo precisamente en mi mesa. Aguarda.

—¿A qué asunto te refieres?

—A ello voy. El artículo se titula «Cardiopatía del estrés humano» y lo escribieron dos médicos de Ohio. Del artículo se desprende —dijo— que la señora Grey sufrió una lesión típica en el corazón, una degeneración de las células de las miofibrillas cardíacas producida por la tensión nerviosa que origina el miedo.

—Traduce, por favor.

—Es muy sencillo. Cuando el organismo acumula un nivel excesivo de adrenalina, esta empieza a destruir las células del corazón. El vacío dejado por las células muertas impide la transmisión normal de los impulsos eléctricos que regulan el músculo cardíaco. Al destruirse las fibras nerviosas, el corazón se pone a latir de manera arrítmica y esto fue lo que, en el caso que nos ocupa, provocó el paro cardíaco.

—Ya —dije con cautela. Me dio la sensación de que había más—. ¿Cuál es la conclusión entonces?

—Que la ancianita murió de miedo.

—¿Qué?

—Como suena. La asustó tanto lo que le ocurrió durante las horas en que anduvo perdida que el miedo le produjo la muerte.

—¿Te refieres al hecho de haberse perdido o a otra cosa?

—Sospecho que a otra cosa. En teoría, la tensión nerviosa y el sufrimiento psicológico, cuando se acumulan en determinadas circunstancias, pueden generar cargas mortales en el tejido cardíaco.

—Ponme un ejemplo.

—Imagínate una niña pequeña. El padre le pega con el cinturón, la ata y la encierra toda la noche en una habitación vacía. A la mañana siguiente, está muerta. Las lesiones físicas no son suficientes para causar la muerte. Y no me refiero a la tensión que siente casi todo el mundo en el curso de la vida cotidiana. No sé si lo entenderás, pero ciertos experimentos con animales han puesto de manifiesto la relación existente entre la tensión nerviosa y la necrosis miocárdial.

—¿Me estás diciendo que ha sido un homicidio?

—Básicamente, sí. No creo que Dolan lo considere como tal, pero es lo que yo pienso.

Guardé silencio mientras asimilaba la información.

—No me gusta.

—Ya lo suponía —dijo—. Si no has averiguado aún dónde estuvo, podrías intentarlo otra vez.

—Sí.

Sentí una opresión en el pecho, un temor ancestral activado por la vecindad del homicidio. Había hecho bien el trabajo que me habían encargado. Había localizado a la anciana. Había colaborado en el plan para trasladarla a Santa Teresa a pesar de sus temores, a pesar de sus súplicas. Ahora estaba muerta. ¿También era yo responsable involuntaria de su muerte?

Después de colgar permanecí inmóvil durante tanto tiempo que de pronto advertí que Dietz me miraba con ojos intrigados. Manoseé las tapas de la caja de cartón y me puse a arrancar la capa de papel que cubría las ondulaciones. Traté de imaginar cómo había sido el último día de Agnes Grey. ¿Se la habían llevado a la fuerza? Si fue así, ¿con qué objeto? No se había recibido ninguna petición de dinero. Que yo supiera, no había habido ni cartas ni telefonazos de aquel juez. ¿Quién tenía motivos para matarla? Las únicas personas que conocía en la ciudad eran Irene y Clyde. Bueno, también me conocía a mí. Casi todos los homicidios son de índole personal: la gente muere a manos de parientes próximos, de amigos y conocidos... razón por la cual no quiero tener muchos.

Me miré las manos, totalmente abstraída. El papel de periódico que envolvía la taza rota estaba medio abierto. El tiempo lo había vuelto amarillo. Parpadeé y me concentré en el titular,

visible a medias, que recorría a lo ancho la parte superior de la hoja. Incliné la cabeza para leerlo. La página pertenecía a la sección financiera del *Santa Teresa Morning Press*, el antepasado del actual *Santa Teresa Dispatch*. Intrigada, saqué el papel de la caja y lo alisé apoyándolo en el muslo. 8 de enero de 1940. Miré la caja por fuera, pero no vi matasellos ni etiquetas de facturación. Qué extraño. ¿Había estado Agnes en Santa Teresa alguna vez? Me parecía recordar que Irene me había dicho que no.

Alcé los ojos. Dietz se había acuclillado y me miraba con las manos apoyadas en las rodillas.

—¿Te encuentras bien?

—Mira. —Le di el pedazo de papel.

Le dio la vuelta para leer ambas caras. Se fijó en la fecha, como yo, y frunció los labios en actitud meditabunda. Asintió varias veces con la cabeza.

—¿Qué piensas?

—Creo que lo mismo que tú. Todo parece indicar que las tazas se empaquetaron en Santa Teresa en enero de 1940.

—El 8 de enero —puntalicé.

—No necesariamente. Mucha gente guarda los periódicos durante un tiempo. Puede que este estuviera amontonado con otros en cualquier rincón. Ya sabes. Tienes que envolver platos o lo que sea, vas al montón de periódicos y arrancas unas páginas.

—Es verdad —dije—. ¿Crees que fue Agnes quien lo hizo? ¿Estaba en esta ciudad por aquellas fechas? —Era, como es lógico, una pregunta imposible de responder por el momento, pero tenía que formularla.

—¿Estás segura de que la caja era suya? Puede que fuera de otra persona y se la estuviese guardando.

—Irene reconoció la taza. Lo vi en su cara medio segundo antes de que se pusiera a gritar.

—Veamos qué contiene —dijo Dietz—. Tal vez haya más.

Estuvimos unos minutos sacando el contenido de la caja. Todas las piezas de porcelana —las tazas, los platitos, el recipiente de la leche, el azucarero, la tetera de tapa decorada con motivos florales de color de rosa, quince unidades en total— estaban envueltas con distintos fragmentos del mismo periódico. En la caja no había ninguna otra cosa de interés y las noticias por sí mismas no revelaban nada significativo.

—Vamos a sacar a Irene de la cama y a averiguar qué pasa aquí —dije.

Dietz cogió las llaves del coche y nos dirigimos a la puerta.

Pulsamos el timbre de la casa de los Gersh y esperamos con impaciencia a que Jermaine nos abriese. Me la había imaginado poniéndolo todo en orden durante nuestra ausencia, pero la sala de estar tenía el mismo aspecto que una hora antes. Los cojines del sofá seguían tan torcidos como cuando los había desplazado Irene durante sus convulsiones, y la partida de nacimiento, el certificado de defunción y la carpeta de «Documentos importantes» todavía estaban de cualquier manera encima de la mesita de servicio. Percibí un olor a orina seca. El silencio que parecía caracterizar la casa volvía a enseñorearse de ella, como si la vida fuera allí algo confuso y apagado.

Las facciones morenas de Jermaine se volvieron impenetrables cuando le dije que queríamos ver a Clyde o a Irene. Se cruzó de brazos, reflejando con el gesto su intención de no colaborar en la empresa. Dijo que la señora Gersh dormía y se negó a despertarla. En cuanto al señor Gersh,

había ido a «echarse un rato» y tampoco quería molestarle.

—Es un asunto de importancia —dije—. Cinco minutos serán suficientes.

Vi la determinación en su cara.

—Lo siento, señora. No pienso molestarles. Déjeles descansar.

Miré a Dietz. Tenía la resignación pintada en las facciones. Volví a mirar a Jermaine y le señalé con la cabeza la mesita de servicio.

—¿Puedo llevarme los papeles que dejé aquí?

—¿Qué papeles? No sé nada de eso.

—Por el momento, sólo necesito los documentos que estaba revisando con Irene —dije—. Ya volveré más tarde para hablar con ella.

Me miraba con fijeza y suspicacia. Procuré no alterar la actitud amable que había adoptado.

—Bueno —dijo—. Si eso es todo lo que quiere...

—Gracias. —Me acerqué a la mesita con indiferencia y cogí la partida de nacimiento y la carpeta con los documentos. Treinta segundos después estábamos de lluevo en la entrada.

—¿Para qué has cogido eso? —preguntó Dietz mientras bajábamos los peldaños del soportal.

—Se me ocurrió de pronto que podía ser interesante —dije.

Le dije que doblase la esquina y se detuviera en un callejón. A la sombra calada de un roble de copa ancha me puse a mirar los papeles que contenía la carpeta de «Documentos importantes» de los Gersh. Su importancia me pareció más bien relativa. Vi una copia del testamento y se la pasé a Dietz.

—Mira si dice algo anormal.

Cogió las páginas grapadas y automáticamente se llevó la mano al bolsillo de la camisa. Creí que buscaba por enésima vez el tabaco, pero se trataba de unas gafas de montura semicircular. Se las caló y se volvió a mí.

—¿Qué tal estoy? —dijo.

Asentí valorativamente.

—Son bonitas. Así pareces una persona mayor y juiciosa.

—¿De verdad? —Estiró el cuello para mirarse en el espejo retrovisor. Bizqueó y sacó la lengua para demostrar lo mayor que era.

Se puso a hojear las páginas del testamento mientras yo repasaba pólizas de seguros, la escritura de la casa, una copia del certificado de la inspección a que se había sometido un vehículo que tenían, un seguro de American Express contra accidentes aéreos.

—Qué pesadez —dije.

—Pues mira que esto...

Vi que miraba por encima las cláusulas del documento. Volví a fijarme en los papeles que tenía yo. Cogí la partida de nacimiento de Irene y la inspeccioné desde varios ángulos.

—¿Qué es eso?

—La partida de nacimiento de Irene. —Le conté lo que la aludida me había explicado sobre la redacción autobiográfica de la clase de lengua—. En este papel hay algo que me molesta la vista, pero no acabo de cogerlo.

—Es una fotocopia —dijo.

—Ya, pero no es eso.

—Trae a ver. —La pegó al parabrisas para mirarla a contraluz. El encabezamiento decía: DEPARTAMENTO DE SANIDAD DEL ESTADO DE CALIFORNIA. SECCIÓN DE ESTADÍSTICA. CERTIFICACIÓN DE EXTRACTO DE INSCRIPCIÓN DE NACIMIENTO. El resto era una serie de casillas de dos líneas que se habían rellenado a máquina con los datos correspondientes. Dietz acercó la cara como si sufriese miopía galopante.

—Algunas líneas están partidas y la tipografía parece algo sucia. Tal vez deberíamos ponernos

en contacto con Sacramento y localizar el original.

—¿Crees que es una falsificación?

—Es posible. Se cubren las frases del original con cualquier líquido corrector. Luego se escribe encima y se hace una fotocopia. Es un poco burdo, pero en una escuela puede dar el pego. Puede que eso explique por qué Agnes tardó un día en encontrarla. Lo fundamental de las partidas certificadas es que están certificadas, ¿no? —Me sonrió con picardía y un destello de malignidad en los ojos grises.

—Vaya montaje —dije—. ¿Qué tendría que ocultar la anciana?

Dietz se encogió de hombros.

—Puede que Irene sea hija ilegítima.

—Eso es —dije—. ¿Conoces a alguien en Sacramento?

—¿En el departamento de Sanidad? Directamente no. Pero podemos hablar con los funcionarios del Registro Civil de aquí y sugerirles que llamen ellos.

—¿Crees que lo harán?

—Claro, ¿por qué no?

—Bueno, podemos intentarlo —dije—. Además, si lo hacemos ahora, Irene correrá con los gastos. Si dejamos pasar dos semanas, ya se habrá olvidado de que fue ella quien me contrató.

—Intentémoslo pues —dijo—. ¿Quieres que mire más papeles?

—No, es suficiente.

—Qué alivio. —Me pasó el testamento y la partida de nacimiento y los metí en la carpeta. Puso en marcha el coche y salimos a la calle principal.

—¿Adónde vamos?

—Pasemos antes por tu despacho. Vamos a llamar otra vez a Rochelle Messinger.

Dejamos el coche en el aparcamiento de la parte trasera y subimos por las escaleras exteriores. Dietz, como de costumbre, se comportaba como si tuviera cien ojos. Me cogió por el codo y no dejó de mirar a todas partes hasta que estuvimos dentro del edificio. El pasillo del primer piso estaba vacío.

—Necesito entrar un momento —dije cuando pasamos ante los lavabos—. ¿Quieres las llaves?

—Sí. Te esperaré en el despacho. —Fue a comprobar el interior de los excusados y le respondieron con un grito de indignación. Siguió andando por el pasillo y yo entré en los lavabos.

Darcy estaba ante una pila remojándose la cara. A juzgar por su palidez y por la hinchazón de los ojos, aún le duraba la resaca de la borrachera que había cogido la noche anterior. Se miró en el espejo. Tenía el pelo amazacotado y aplastado en un par de sitios.

—Cuando el pelo se te rebela, mal asunto —dijo, hablando más consigo misma que conmigo.

—¿A qué hora te acostaste? —pregunté.

—No muy tarde, pero estuve bebiendo anís dulce y cogí una de miedo. Empecé a vomitar a medianoche y aún no he parado —dijo. Se frotó la cara y tiró hacia abajo de los párpados inferiores para observarse la conjuntiva—. No hay nada mejor que una resaca para desear la muerte...

Oí el agua a presión de una cisterna y Vera salió de uno de los cuatro excusados abotonándose un vestido-pantalón cortado como un uniforme militar de camuflaje, de color caqui y verde oliva, con hombreras enormes y galones. Parecía como si fuese a participar en la invasión paracaidista

de Anzio. Me miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué te pasó anoche? —dijo con mordacidad. Yo estaba cansada y con los nervios a flor de piel, su retintín me sentó como un tiro y no me gustaba su actitud.

—Tú siempre tan discreta —dije—. Pues ocurrieron muchas cosas. Por ejemplo, que Agnes Grey se murió. No me acosté hasta las tres de la madrugada. ¿Y tú?

Se acercó a una pila, dando sonoros taconazos contra las baldosas. Abrió el grifo, pero el agua salió con demasiada fuerza y le salpicó la ropa. Retrocedió de un salto.

—¡Mierda! —exclamó.

—¿Agnes Grey? —dijo Darcy. Nos miraba por el espejo con expresión recelosa.

—La madre de mi cliente —dije—. Sufrió un ataque al corazón.

Darcy frunció el ceño.

—Qué raro.

—Sí, fue muy raro, pero ¿cómo lo sabes tú?

—¿Te *importaría*...? —dijo Vera a Darcy con segundas. Por lo visto, quería hablar conmigo a solas. Se me ocurrió de pronto que podían haber estado hablando de mí poco antes de aparecer yo. Ay, madre.

Darcy se excusó con la mirada. Puso las manos bajo el chorro de aire caliente del aparato adosado a la pared y terminó de secárselas frotándoselas en las posaderas.

—Hasta luego, pandilla —dijo. Cogió el bolso y se marchó con cara de alivio.

Antes de que la puerta acabara de cerrarse, Vera se dio la vuelta y me clavó su mirada.

—Lo que le dijiste a Neil anoche no me hace ninguna gracia —dijo con la cara en tensión y los ojos echando chispas.

Me inundó una ola de calor. Tenía ganas de mear, pero me parecía inoportuno hacerlo en aquel momento.

—¿De veras? ¿Y qué le dije?

—Yo no estoy *colada* por él. Somos amigos y nada más. ¿Estamos?

—Pero ¿por qué te pones así?

Se apoyó en la pila con una mano en la cadera.

—Te lo presenté porque creí que podías ligar con él, no para que le dieras *la vuelta* a la situación.

—¿Eso hice?

—Lo sabes muy bien. Le dijiste que estaba loca por él y no veas cómo se puso.

—Dejó de hablarte.

—¡No dejó de hablarme! ¡Se me *declaró*!

—No me digas. Pero eso es magnífico. Enhorabuena. Supongo que le dirías que sí.

Le temblaron las comisuras de la boca y se echó a llorar de pronto. La reacción me cogió por sorpresa. Con lo mundana que era y gimoteando como una niña. La abracé como pude y le palmeé la espalda con torpeza. No es fácil consolar a una persona que abulta el doble que nosotros. Ella tuvo que encorvarse y yo me tuve que poner de puntillas. Tampoco fue ese abrazo cerrado que se da la gente que se conoce desde la infancia. Sólo estábamos en contacto por la zona de la axila, como si mis clavículas fueran una prolongación de las suyas.

- No sé qué haceeeeer —gimoteaba en mi oído derecho.
—¿Por qué no os casáis? —le sugerí con la mejor intención.
—No pueeeedo.
—Claro que puedes. La gente lo hace todos los días.
—Soy demasiado mayor y demasiado alta y él quiere tener hijos.

La risa pugnaba por salirse a borbotones y tuve que morderme la lengua para no hacer un chiste a su costa. Opté por murmurarle frases maternales de consuelo. «Vamos, vamos» y «Tranquila, ya encontraremos la solución». Todavía me cuesta creerlo, pero dio resultado. Al cabo de un minuto se contentaba con emitir hipidos y sollozos. Dejó escapar un suspiro fuerte y prolongado y se sonó la nariz con un pañuelo de papel que sacó del bolsillo del uniforme. Se pasó el pañuelo por los ojos y estalló en carcajadas mientras se miraba el maquillaje.

- Cuando os vi tan juntos y hablando tan en secreto, me entraron ganas de sacarte los ojos.
—Sí, ya me di cuenta de que te pasaba algo —dije—. Pero no acababa de entender qué era.
—Mac se puso entonces a soltar su discurso y cuando me di cuenta ya te habías ido. ¿Qué pasó?

Le detallé algunas de las actividades que me habían tenido ocupada la noche anterior y cuando terminé le pregunté por las suyas. Me contó lo sucedido después de nuestra partida. Mientras Mac continuaba el discurso, Neil ocupó furtivamente la silla de Dietz. Estaba tan enfadada con él creyendo que era yo quien le interesaba que se puso a beber un brandy tras otro y cuando se dio cuenta estaba en su habitación haciendo el amor con Neil. Estalló otra vez en carcajadas.

—Ni siquiera llegamos a la cama. Cuando entró la doncella a la mañana siguiente para cambiar las sábanas, aún estábamos abrazados en el suelo. Ni siquiera la oímos llamar. Por una maldita casualidad, resultó que la mujer era paciente de Neil. ¿Sabes esas situaciones en que estás sentada en la taza y suena el teléfono? Pues tenías que haberlo visto correr hacia el lavabo con los pantalones en las rodillas.

—Vera, si me río, me mearé encima. —Le di una palmadita y me metí corriendo en el excusado más próximo, desde donde continué la charla a través de la puerta—. ¿Y la doncella? Le tuvo que dar un telele. Ver nada menos que a su médico de cabecera con el culo al aire. Jesús.

—Salió de la habitación como una flecha. Fue entonces cuando Neil se me declaró. Se puso a gritarme que la culpa era mía. Que si nos casábamos, por lo menos follaríamos en el suelo de nuestra propia casa sin que nadie nos interrumpiera...

- Ese hombre sabe hacer bien las cosas.
—¿Tú crees?

Tiré de la cadena y salí del excusado.

—Vera, hazme un favor. Cásate con él. Es una monada de hombre. Serás feliz hasta el fin de los tiempos. Te lo prometo. —Me lavé las manos, me las sequé y cogí el bolso—. Dietz me espera. Si tardo un poco más, creará que me han secuestrado. Quiero reservarme el derecho de ser la madrina, pero no pienso ponerme un vestido rosa pálido. Ya me dirás cuándo es la boda.

Cuando salí, me miraba con cara de aturdimiento.

Pasé ante la puerta de La Fidelidad de California y vi a Darcy ante el archivador que había detrás de la mesa de recepción. Estaba prácticamente inmóvil y me dio la sensación de que en realidad se limitaba a apoyar la cabeza en el metal del mueble para refrescarse la frente. Crucé la puerta. Me buscó con los ojos sin apartar la cabeza del archivador.

—¿Te ha echado un rapapolvo?

—Qué va. Lo que pasa es que quiere casarse. Tú podrías ser la que lleva las flores. Por cierto, cuando mencioné la muerte de Agnes Grey, dijiste que era raro. ¿Qué quisiste decir exactamente?

—Ah, bueno, pero yo no me refería al fallecimiento de esa señora, sino al título del libro.

—¿Qué libro?

—*Agnes Grey*, una novela que escribió Anne Brontë en 1847. Lo sé porque fue el tema de una tesina que hice cuando estaba en la Universidad de Las Vegas.

—¿Estudiaste en la Universidad de Las Vegas?

—¿Qué tiene de malo? Me crie allí. En cualquier caso, me había especializado en filología inglesa y fue la única vez que me dieron matrícula.

—La escritora esa, ¿no se llamaba Charlotte?

—Anne era la menor de las tres hermanas. Lo que ocurre es que la gente conoce más a las dos mayores, Charlotte y Emily.

Sentí que me recorría un escalofrío como si fuese una araña de patas largas.

—Emily...

—La autora de *Cumbres borrascosas*.

—Ya, ya —dije con la cabeza en otra parte. Darcy siguió dándome detalles de las hermanas Brontë mientras yo recordaba lo que Agnes me había contado a propósito de la muerte de Emily, de la desdichada Lottie, que tenía menos cabeza que un clavo y que cuando salía por una puerta se olvidaba de cómo se volvía a entrar. ¿Sería Charlotte el verdadero nombre de Lottie? ¿Podía ser Anne el verdadero nombre de Agnes? ¿O era todo una coincidencia? Di media vuelta y me dirigí al pasillo.

—¿Kinsey?

Darcy parecía asustada, pero no tenía tiempo para explicarle lo que ocurría. Entre otras cosas porque ni yo acababa de entenderlo.

Dietz colgaba el teléfono cuando entré en el despacho.

—¿Has hablado con Rochelle? —le pregunté distraída.

—Todo ha salido a pedir de boca. Dice que se pone en camino inmediatamente. Tiene un amigo que dirige un motel en Cabana que se llama Vista del Océano. Tenemos que reunirnos allí a las cuatro. ¿Conoces el lugar?

—Da la casualidad de que sí —dije.

El Vista del Océano había sido justamente el motel donde había tenido lugar mi último y más esclarecedor encuentro con mi exmarido Daniel Wade. No fue el mejor día de mi vida, pero en cierto modo supuso una liberación. ¿Qué había dicho Agnes sobre Emily? Que había muerto durante un terremoto. ¿En Brawley o en otro sitio? Lottie había sido la primera en morir. Luego, la chimenea se había desplomado sobre Emily. Había más, pero ya no recordaba qué. Dietz consultó la hora.

—¿Qué hacemos hasta que llegue? ¿Quieres pasar por tu casa?

—Déjame pensar un minuto.

Me senté en el sillón de los clientes y me pasé la mano por el pelo. Dietz tuvo la sensatez de no abrir la boca mientras meditaba. No estaba yo en aquellos momentos para interrupciones y menos aún para ponerme a pensar por los dos. ¿Habría sido la muerte de Emily el factor que había

inducido a Agnes Grey a marcharse de Santa Teresa, en el caso de que hubiera vivido aquí por entonces? Si Agnes Grey era un nombre falso, ¿cómo se llamaba realmente? ¿Y por qué había adoptado un nombre falso?

—Escucha, a ver qué te parece —dije. Antes le conté lo que me había dicho Darcy—. Supongamos que no se llamaba realmente Agnes Grey. Supongamos que empleaba este nombre como una especie de clave...

—¿Con qué objeto?

—No lo sé —dije—. Creo que estaba deseosa de contar la verdad, de que los demás la supieran, pero que no se atrevía a decirla. Venir a Santa Teresa le daba miedo, de eso estoy segura. Yo creía entonces que lo que la ponía nerviosa era la idea de viajar y que la perspectiva de ir a un asilo le disgustaba. Suponía que su inquietud estaba relacionada con el presente, pero ahora creo que no. Puede que viviera aquí en otra época. Creo que tenía dos hermanas, Emily y Lottie. Y cabe la posibilidad de que en su momento conociera algún detalle importante relacionado con la muerte de Emily...

—¿Y qué? ¿Te das cuenta de que ni siquiera sabemos cómo se llamaba en realidad?

Levanté un dedo.

—Pero sabemos que hubo un terremoto.

—Kinsey, en California hay siete u ocho al año.

—Lo sé, pero casi todos son insignificantes. Este tuvo intensidad suficiente para matar a una persona.

—¿Y?

—Vayamos a la Biblioteca Municipal, documentémonos sobre los terremotos de Santa Teresa y tal vez descubramos quién fue la persona que falleció.

—Tienes intención de investigar todos los terremotos locales que hayan causado víctimas —dijo con la voz crispada por la incredulidad.

—Todos no. Empezaré por el 6 o el 7 de enero de 1940... un día antes de que embalaran el juego de té.

Se echó a reír.

—Me encanta.

La sala de publicaciones periódicas de la Biblioteca Municipal de Santa Teresa se encuentra en el sótano y es un recinto amplio cubierto de alfombras cobrizas lleno de sillas tapizadas en azul oscuro y de estanterías hasta el techo que contienen multitud de revistas y periódicos. La luz del día entra a raudales por una fila de ventanas y las lámparas laterales incrementan la iluminación general. Recorrimos la sala en sentido longitudinal y nos dirigimos al mostrador en forma de L que había a la izquierda.

El bibliotecario tendría cincuenta y tantos años, iba en mangas de camisa, llevaba corbata, pero se había despojado de la chaqueta. Tenía el pelo rizado y gris y llevaba gafas de montura de concha con la media luna típica de las bifocales adosada a la parte inferior de cada lente.

—Ustedes dirán.

—Queremos averiguar la identidad de una mujer que por lo visto murió en Santa Teresa durante un terremoto. ¿Por dónde cree usted que podríamos empezar la búsqueda?

—Un momento, por favor —dijo. Consultó con otro miembro del personal, una señora mayor, se dirigió luego a su mesa, revisó un montón de folletos y cogió uno. Al volver traía en la mano una publicación local titulada *Manual de historia sísmica de Santa Teresa*—. Veamos. Hubo terremotos en 1968, 1952, 1941...

—Es una posibilidad —dije a Dietz.

Negó con la cabeza.

—Demasiado posterior. Si tomamos las hojas de periódico como punto de referencia, ha de ser anterior a 1940. ¿En qué otras fechas hubo corrimientos de tierras?

El bibliotecario abrió el folleto por un diagrama que enumeraba los seísmos ocurridos entre la costa de Santa Teresa y las islas.

—El cuatro de noviembre de 1927 hubo un terremoto de 7,5, pero fue al oeste de Punta Arguello y causó pocos daños.

—¿Hubo víctimas? —preguntó Dietz.

—Parece que no. Hubo otro en 1812 que destruyó la misión de La Purísima. Y varios entre julio y diciembre de 1902...

—Buscamos uno más reciente —dije.

—Bueno, en tal caso tal vez deberían empezar con el gran terremoto de 1925.

—Está bien. Seguiremos su consejo.

El bibliotecario asintió, se dirigió a una fila de archivadores anchos de color gris y volvió poco después con un microfilm.

—Aquí tenemos desde el 1 de abril hasta el 30 de junio. El terremoto tuvo lugar el 29 de junio, pero lo lógico es que se comentara en la prensa al día siguiente. —Señaló a nuestra izquierda—. Las máquinas están allí. Consulten el diagrama para insertar la cinta.

—Si encontrase algo de interés, ¿podría obtener una copia?

—Desde luego. Basta con colocar el artículo en cuestión entre los dos puntos rojos de la pantalla y apretar el botón blanco que hay delante.

Tomamos asiento ante una de las cuatro máquinas, insertamos el carrete en el eje de la izquierda, pasamos la cinta por el visor y la fijamos al carrete que había a la derecha. Giré el disco de pase automático hasta la posición de avance lento. En la pantalla apareció la primera página del periódico enmarcada por el fondo negro. En el borde de algunas páginas había arrugas y muescas, pero la imagen era diáfana en términos generales. Dietz estaba detrás de mí y miraba por encima de mi hombro mientras yo giraba el disco para acelerar el avance.

Los días desfilaron por la pantalla como una estela de imágenes borrosas, igual que en ciertos efectos cinematográficos. De vez en cuando detenía el pase de la cinta para ver dónde estábamos. 22 de abril. 14 de mayo. 3 de junio. Aminoreé la velocidad. Por fin apareció en la pantalla el 30 de junio. El gran terremoto había tenido lugar a las seis y cuarenta y dos minutos de la mañana del 29 de junio. Según el periódico, había sido tal la potencia del seísmo que se había levantado el asfalto y los postes callejeros se habían desplomado como si fueran mondadientes. El dique del pantano se había roto y Montebello se había inundado de barro y agua. El gas y la electricidad se habían cortado en el acto, por lo que no hubo más que un incendio, que se apagó enseguida. Muchos edificios del centro sufrieron daños de consideración, se desplazaron los raíles de los tranvías y el suelo se hundió hasta quince centímetros en algunos lugares. Los vecinos durmieron al sereno aquella noche y un ejército de vehículos partió hacia el sur por la autopista. Se habían producido treinta víctimas en total y se daba el nombre tanto de los muertos como de los heridos. En algunos casos se especificaba la edad y el empleo, así como la dirección, cuando se sabía. No había nadie, en la lista de fallecidos, que pareciera estar relacionado ni de lejos con lo que Agnes Grey me había contado.

Accionaba ya manualmente el pase de la cinta y la detenía cada tanto para inspeccionar una columna tras otra. Una viuda muy conocida había muerto aplastada al caérsele encima las paredes de un hotel. De entre los escombros de un edificio se había recuperado el cadáver de un dentista. No se mencionaba a nadie que se llamara Emily.

—¿Tú qué dices? —pregunté a Dietz.

Señaló el suelo con los pulgares. Rebobiné el microfilm y saqué el carrete del eje. Lo dejamos dentro del estuche correspondiente en el mostrador principal y parlamentamos en voz baja para ver qué hacíamos a continuación, en el caso de que hubiera algo más que hacer.

—¿En qué año nació Agnes? —preguntó Dietz.

—Parece que en 1900... aunque hay dudas. Puede que naciera en 1913.

—En ese caso, en 1925 tendría entre doce y veinticinco años. Si partimos de la hipótesis de que su hermana era cinco o seis años mayor o menor que ella, entonces tendría entre seis y treinta años.

—Entre las víctimas del terremoto no figuraba ninguna persona de sexo femenino de esas características —dije.

Dietz arqueó una ceja.

—Por los datos que tenemos, Emily podía ser tanto su hermana como la perra de la familia. El bibliotecario se nos acercó esbozando una sonrisa de cortesía.

—¿Han encontrado lo que buscaban?

—Pues no —dije—. ¿Podría indicarnos otra fecha?

Volvió a coger el folleto con paciencia servicial.

—Vamos a ver. Vaya, parece que el terremoto de 1925 tuvo una secuela. Sí, fíjense. El 29 de junio de 1926... exactamente un año después. Una víctima. Hubo otro seísmo digno de nota el 4 de noviembre de 1927, pero según parece no hubo ninguna víctima. ¿Quieren echar un vistazo al del 26?

—Desde luego.

Volvíamos a la máquina de antes y repetimos las operaciones para insertar la cinta. Otra vez pasamos las páginas a toda velocidad y el tiempo desfiló como una tromba blanquinegra. Reduje la velocidad hacia el final de la cinta y accioné a mano el pase de los días de modo que pudiéramos ver cada columna por separado. Dietz se había apoyado en mi hombro para cerciorarse de que no se me escapaba nada. Yo empezaba a perder ya la esperanza. Al principio había creído que era una buena teoría..., como que no tenía otra. Si no encontrábamos nada allí, no íbamos a tener más remedio que confiar en la suerte.

Leí el caso de Babe Ruth, que había conseguido dar allá en Filadelfia su vigésimo sexta vuelta de la temporada de béisbol. Leí el caso de una mujer que llevaba seis años casada y cuyo matrimonio tuvo que anularse al descubrirse que su marido anterior seguía vivo. Leí el caso de Aimee Semple McPherson, que se había defendido con gallardía de sus presuntos secuestradores...

—Ya lo tenemos —dijo Dietz y señaló la pantalla con el dedo.

Di un grito y me eché a reír. Seis usuarios se volvieron a mirarme. Me llevé la mano a la boca, llena de vergüenza. Me concentré en la pantalla. Fue como un don del cielo, como un placer inesperado y los renglones parecían saltar de la página. Era un artículo breve y de estilo algo anticuado, pero los hechos eran contundentes y todo parecía encajar.

MUJER SEPULTADA POR UN ALUD DE LADRILLOS
Se desploma una chimenea y mata a una vecina de la localidad

La señorita Emily Bronfen, de 29 años de edad, que trabajaba de contable en Brookfield, McClintock and Gaskell, falleció al derrumbarse sobre ella la chimenea de su domicilio, sito en Varano Street, número 1107, a consecuencia del temblor de tierra que se produjo ayer a las tres y veinte de la tarde. El cadáver se trasladó a la funeraria de los Hermanos Donovan y será incinerado hoy a las 16 horas.

Según noticias difundidas por la agencia Associated Press, los vecinos de Pasadena advirtieron que las puertas se abrían y cerraban solas, los de Santa Mónica vieron oscilar las torres del tendido eléctrico y en muchas oficinas de Los Angeles las sillas giratorias se desplazaron por el suelo siguiendo una trayectoria caprichosa, a consecuencia del mencionado temblor.

En Ventura se registraron dos temblores independientes que duraron entre cuatro y cinco segundos cada uno. Y en Santa Mónica se produjo otro poco después de las siete de la tarde de ayer.

L. L. Pope, inspector de Edificios y Construcciones del Ayuntamiento de Santa Teresa, hizo un recorrido por la ciudad ayer por la tarde e informó que no ha encontrado desperfecto alguno en los edificios construidos según la nueva normativa urbanística. «Ninguno ha sufrido daños estructurales dignos de tenerse en cuenta», afirmó. «Las chimeneas de construcción antigua, de las cuales se agrietaron algunas durante el terremoto del año pasado, han sido las más afectadas».

Alcé la cabeza y me quedé mirando a Dietz. Nos sostuvimos la mirada durante unos segundos y su boca se acercó a la mía hasta fundirse con ella. Levanté el brazo, le puse la mano en la nuca y la cerré con fuerza. Él me deslizó la suya por debajo de la camiseta y me recorrió el pecho izquierdo con la yema de los dedos.

—Saca una copia —dijo con voz gutural.

—Oh, cielos —dije sin aliento.

El bibliotecario, que estaba tras el mostrador, se bajó las gafas y nos miró por encima de la montura.

Roja como un tomate, me subí el escote y me recompuse la camiseta. Apreté el botón. Al devolver el microfilm, cogimos del mostrador el abono de la fotocopia. Salimos de la sala de publicaciones periódicas sin despedirnos de los dos bibliotecarios, enfrascados a la sazón en una charla sobre un tema que tenía que resultarles muy ameno.

—Bronfen —dije mientras subíamos las escaleras—. Me gusta. Se parece a Brontë. A los padres tenía que chiflarles la literatura victoriana.

—Es posible —dijo Dietz—. Pero no sé qué demuestra a estas alturas.

Ya en la planta baja, consultamos diversos directorios municipales. En la edición de 1926 figuraba una tal Maude Bronfen (de profesión, viuda) domiciliada en la dirección consignada en el periódico.

—Qué chasco —dije—. Yo esperaba ver el nombre de Anne.

—Puede que Maude fuera su madre —dijo Dietz—. ¿Y ahora?

—Probemos en el Registro Civil. Está ahí enfrente. A lo mejor encontramos la partida de nacimiento de Irene.

Abonamos el importe de la fotocopia, salimos de la biblioteca y para dirigirnos a los juzgados cruzamos la calzada unidireccional. Dietz me había cogido por el codo y repartía la atención entre los coches que venían por la izquierda, los peatones más próximos y los puntos estratégicos en que podía haberse apostado Mark Messinger en el caso de que hubiera decidido tirotearme en aquella zona.

—¿Sobre qué base teórica hemos de actuar ahora? —pregunté.

Dietz reflexionó durante unos segundos.

—Bueno, si yo quisiera falsificar un documento como el que nos ocupa, procuraría no hacer demasiados cambios para limitar las posibilidades de meter la pata.

—¿Crees entonces que el nombre de pila de Irene es auténtico?

—Es muy probable. Pienso que el nombre del médico y la fecha y hora del nacimiento son exactos también, al igual que la fecha de la inscripción y el nombre del juez de paz o el del secretario.

—¿Por qué cambiaría Agnes su edad? Me parece un detalle significativo.

—¿Quién sabe? Puede que fuera mayor que el padre de la criatura y demasiado vanidosa para permitir que constara en un documento oficial. Puestos a modificar la realidad, se puede suprimir también todo lo que no gusta o no conviene.

Los registros civiles del condado se encuentran en unas dependencias adjuntas al Palacio de Justicia de Santa Teresa, en la planta baja de la esquina noroccidental del edificio. Atravesamos la amplia plaza bordeada de césped y cruzamos la puerta de cristal y madera, de cinco metros de altura. A la izquierda había un antedespacho con un mostrador de atención al público, el suelo era de baldosas rojas, había una mesa y sillas para los usuarios que necesitaban cumplimentar solicitudes y formularios y a la derecha se sucedía una profusión de pequeñas vitrinas, adosadas a la pared, con un amplio muestrario de monedas extranjeras. Detrás del mostrador se abría un espacio despejado, compartimentado en esas omnipresentes «áreas de trabajo» que parecen ser el

distintivo de todas las oficinas que he visto últimamente.

Ante el mostrador había ya una pareja que por lo visto quería obtener una licencia de matrimonio. El futuro marido era uno de esos sujetos delgadísimos de culo estrecho que tienen los brazos cubiertos de tatuajes. La novia abultaba el doble que él y su embarazo estaba en una etapa tan avanzada que seguramente asistía ya a las últimas clases de ejercicios para partos sin dolor. Se sujetaba al mostrador con ahínco, tenía la cara húmeda de sudor y jadeaba con esfuerzo visible mientras la funcionaria se afanaba por acelerar las gestiones.

—¿De verdad se encuentra bien? Si quiere, le busco una silla de ruedas —decía.

La funcionaria tendría sesenta y tantos años y se notaba que más que estar nerviosa, lo que quería era ser eficaz. Sin duda tenía la cabeza llena de imágenes relacionadas con pleitos y denuncias. Por otra parte, tampoco tenía por qué estar licenciada en obstetricia. Me pregunté si Dietz sabría algo de partos.

La novia, en lo más duro de una contracción, negó con la cabeza y con los dientes apretados.

—Estoy... bien... ah, ah, ay... estoy bien... —Llevaba una gardenia en el pelo. Imaginé la noticia de la boda en los ecos de sociedad. «La novia, con una elegante bata de parturienta de raso y lamé, entró en la iglesia del brazo de su tocólogo...».

—El juez Hopper nos espera arriba —dijo el novio. Olía a tabaco y a Brylcreem y se sujetaba los tejanos con una cuerda que le arrugaba la cinturilla como un acordeón.

La funcionaria les dio la licencia.

—¿No les resultaría más cómodo que June llamara al juez por teléfono para decirle que baje y les atienda aquí?

La funcionaria aludida, con los ojos girando en las órbitas, cogió el teléfono y marcó a toda prisa una extensión mientras la novia avanzaba dando traspiés hacia la puerta. Se habría dicho que se daba ánimos canturreando.

—Ah... ah... ah...

El novio estaba totalmente tranquilo. Se limitaba a ir al mismo paso que ella con los ojos puestos en los titubeantes pies de su futura.

—No respiras como es debido —dijo con voz enfadada.

La funcionaria se volvió hacia nosotros.

—Ustedes dirán.

Dietz seguía mirando a la pareja con expresión intranquila. Enseñé a la funcionaria la fotocopia de la partida de nacimiento.

—¿Podría hacernos un favor? —dije—. Creemos que esta partida se ha falsificado y quisiéramos cotejar el original de Sacramento. ¿Podría hacerse desde aquí? Como ve, figuran los números de referencia.

La funcionaria estiró el brazo para ver el papel de lejos y lo recorrió de arriba abajo con la uña del pulgar.

—No va a ser tan fácil. Fíjese en el número de distrito. Está mal. Aquí pone Brawley, pero el número de distrito no es el de Brawley. El número del condado de Imperial es el mil trescientos y no sé qué más. El 5.950 corresponde al condado de Santa Teresa.

—¿De veras? Eso es fabuloso —dije—. ¿Quiere usted decir que tienen aquí una copia?

—Desde luego. El 2 pequeño del margen se refiere al tomo y este otro número se refiere a la página. Si tienen la bondad de esperar un poco, enseguida les traerán el microfilm. Las máquinas

están allí detrás. Tomen asiento y dentro de nada se reunirá con ustedes otra funcionaria.

Esperamos alrededor de cinco minutos, transcurridos los cuales la otra funcionaria, June, se presentó con un carrito y lo introdujo en la máquina.

Como sabíamos el número de página, no nos costó mucho dar con el nombre de Irene. Dietz tenía razón. La fecha y hora de nacimiento y el nombre del médico eran los mismos. También coincidían el nombre de pila de Irene, la edad de los padres y la ocupación de la madre. Todo lo demás se había cambiado.

El padre se llamaba Patrick Bronfen y era a la sazón vendedor de coches. El nombre de pila de la madre era Sheila y su apellido de soltera Farfell.

—Pero ¿quién diantres es esta Sheila? —dije con incredulidad—. Yo ya daba por sentado que el nombre de la madre sería Anne.

—¿No fue Sheila el nombre que mencionó Agnes al policía que la llevó a urgencias?

Me volví y me quedé mirando a Dietz.

—Es verdad. Lo había olvidado.

—Si no hay aquí ningún error, es lícito pensar que Agnes y Sheila son la misma persona. Hice una mueca.

—Eso tira por tierra la teoría de las Brontë. Eh, eh, eh, mira esto. —Señalé un punto de la pantalla.

El domicilio consignado era el mismo que el de la Emily Bronfen que había fallecido diez años antes de nacer Irene: es decir, catorce años antes de embalar el juego de té en la caja de cartón. Fruncí el ceño. La cosa se complicaba cada vez más. Dietz parecía igualmente intrigado. *¿Qué pasaba allí?*

Abonamos 11 dólares y esperamos diez minutos hasta que nos entregaron una copia certificada de la partida de nacimiento de Irene. Si no nos creía a nosotros, tendría que admitirlo con el documento delante. Al dirigirnos a la salida, me detuve ante el mostrador, donde la funcionaria que nos había atendido hojeaba un montón de impresos informatizados.

—¿No tendría usted un plano de la ciudad? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Puede que tenga uno el conserje que está en información, arriba, en la primera planta —dijo—. ¿Qué calle buscan? Puede que yo la conozca.

Le enseñé la dirección que figuraba en la partida de nacimiento.

—Aquí dice Varano Street, 1107, pero nunca había oído el nombre de esta calle. ¿Existe?

—Claro que sí, lo que pasa es que el nombre se cambió hace años. Ahora se llama Concorde.

—¿Concorde era antes Varano? —dije, repitiendo sus palabras con los ojos fijos en el vacío. Aquello era nuevo para mí. Entonces caí en la cuenta—. Dietz, es lo que Agnes estuvo diciendo en urgencias. No decía: «Entonces era verano», sino «Varano». Es la calle donde está el asilo. Agnes la conocía muy bien.

—Parece que tiene lógica —dijo Dietz.

Me cogió por el codo, salimos a la calle y dimos la vuelta para dirigirnos al aparcamiento público donde había dejado el Porsche.

Nos acercábamos a la solución y el entusiasmo me daba alas. Podía sentir mis células cerebrales bailando un zapateado de placer. La excitación me hacía flotar y cuando crucé la calle, lo hice casi patinando.

—Quiero información, la quiero, la quiero. ¿No es fabuloso? ¡Estoy que salto!...

Dietz, que no quería que le distrajeran mientras calibraba la situación, meditaba con el ceño fruncido sin dejar de vigilar la zona peatonal que había entre la biblioteca y el aparcamiento. Este constaba de tres plantas y cuando llegamos nos dirigimos a las escaleras exteriores.

—¿Lo sabes ya todo? —me preguntó al llegar al rellano del primer piso.

Yo iba tras él con la lengua fuera, esforzándome por mantenerme a su altura. Parecía estar en una forma envidiable y eso que sólo hacía cuatro días que había dejado de fumar.

—Todavía no —dije—. Patrick podría ser un hermano. Vivían en el mismo domicilio. El caso es que Emily murió durante el terremoto, tal como dijo Agnes. Por lo menos, es la impresión que dio...

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con Irene Gersh? Ni siquiera había nacido por entonces.

—Esa parte de la historia no la he resuelto aún, pero tiene que encajar. Estoy convencida de que presencié algún acto violento. Y no me refiero a Emily. Vayamos a Concorde 1107 y veamos quién vive allí. Puede que averigüemos algo sobre el tal Bronfen.

—¿No prefieres hablar antes con Irene?

—¿Para qué? Está demasiado deprimida. Ya se lo contaré todo más tarde.

Llegué a la última planta sin aliento y con el corazón en la boca. Me dije que tenía que recuperar cuanto antes la costumbre de hacer *footing*. Es sorprendente lo poco que tarda el cuerpo en habituarse a la mala vida. Al llegar al vehículo, Dietz se dedicó a inspeccionarlo mientras yo daba saltitos de impaciencia; revisó las puertas por si habían puesto alguna trampa explosiva, luego miró el motor, la parte inferior del chasis y la cara interior de los guardabarros. Por último, abrió con la llave la puerta del copiloto y me ayudó a entrar. Abrí yo la otra desde dentro, subió al vehículo, se puso al volante y encendió el motor.

—Te apuesto lo que sea a que no encontramos a nadie. Si el acontecimiento traumático tuvo lugar en enero de 1940, es decir, hace casi medio siglo, los principales actores del drama tienen que tener ahora más de cien años; eso en el caso de que quede alguno con vida.

Le tendí la mano.

—Cinco dólares a que te equivocas.

Me miró con sorpresa y sellamos la apuesta con un apretón de manos. Consultó la hora.

—Lo que hayamos de hacer, hagámoslo rápido. Dentro de una hora habrá llegado Rochelle Messinger.

Salimos del aparcamiento, recorrimos un pasaje que dividía en dos una manzana, giramos a la izquierda y accedimos a Santa Teresa Street. Concorde estaba a nueve manzanas del juzgado, en dirección norte; era la misma avenida silenciosa y flanqueada de árboles que los Gersh y yo habíamos recorrido la víspera en busca de Agnes. O me equivocaba de medio a medio, o Agnes estaba familiarizada con la zona. Era, ciertamente, la calle donde se encontraba el domicilio oficial de Emily Bronfen en la época de su fallecimiento. También allí había estado el domicilio de los padres de Irene cuando esta, diez años más tarde, había venido al mundo.

Dietz dobló a la derecha y entró en Concorde. Vi el asilo a media manzana de distancia, por encima de la copa de los árboles. Me puse a mirar el número de las casas, que, en la dirección que seguíamos, presentaba un orden ascendente. El estómago me gruñía con una mezcla de previsión y miedo. Por favor, que exista todavía, me dije. Por favor, déjanos llegar al fondo de este asunto...

Dietz redujo la velocidad y se detuvo junto a la acera. Paró el motor y me quedé mirando la casa. Era la que se alzaba inmediatamente a la derecha de aquella otra en que Mark Messinger me había salido al paso y se había puesto a vomitar fuego. Alargué la mano a Dietz sin mirarle siquiera.

—Para —dije, sin poder quitar los ojos de la casa de tres plantas y revestimiento exterior de madera—. Vi a Bronfen ayer mismo. Acabo de darme cuenta. Ha transformado la casa en una pensión. Lo conocí hace días, mientras acompañaba a una amiga que buscaba alojamiento para una hermana suya que va en silla de ruedas. —Durante una ráfaga de segundo vi una cara pegada a una ventana del primer piso. Abrí la puerta del coche y cogí el bolso—. Vamos, no sea que el tipo escape por la puerta de atrás.

Dietz me pisaba los talones cuando crucé la rechinante verja de hierro. Recorrimos el camino

de entrada y subimos los peldaños del porche de dos en dos.

—Si quieres que intervenga, no tienes más que decirlo —murmuró Dietz—. Adelante. Tú mandas.

—De todos los hombres que he conocido, eres el primero que me concede el mando sin organizar una pelea.

—No puedo esperar a ver cómo peleas.

—Ni tú ni yo.

Llamé al timbre. El propietario tardó lo suyo en contestar. No había preparado nada y en el fondo no sabía qué decirle. Podía fingir que hacía una encuesta sobre la acogida de ciertos productos, pero seguramente no se lo creería.

Se abrió la puerta y vi a un setentón corpulento con la cabeza medio calva aureolada de reflejos. Me chocó comprobar cómo había cambiado en veinticuatro horas. Durante el encuentro de la víspera, había visto en su frente despejada un aire de inocencia infantil, pero el ceño fruncido del hombre que tenía delante en aquellos momentos indicaba más bien que se trataba de un ciudadano con muchas preocupaciones. Tuve que esforzarme seriamente para no quedarme mirando el lunar que tenía en la mejilla.

—¿Sí?

—Me llamo Kinsey Millhone. Nos vimos ayer, ¿lo recuerda?

Fruunció los labios en una mueca poco cordial.

—Sería difícil olvidarla después del tiroteo que se organizó. —Sus ojos se desplazaron—. A quien no recuerdo es al caballero.

Señalé a Dietz con un movimiento de cabeza.

—Mi socio, Robert Dietz.

Dietz alargó la mano sin moverse de donde estaba y estrechó la que le tendía Bronfen.

—Encantado de conocerle, señor. Lamento lo del alboroto. —Se llevó la mano a la oreja—. No he oído bien su nombre.

—Pan Bronfen. Si están buscando todavía a la anciana, me temo que no voy a poder ayudarles. Ya le dije a usted que estaría al tanto, pero es todo lo que he podido hacer. —Retrocedió como si fuese a cerrar la puerta.

Le enseñé un dedo.

—Estamos aquí por otra cosa. —Saqué del bolso la partida de nacimiento y se la tendí abierta. No quiso cogerla, pero observó lo que ponía en el anverso de la hoja. Adoptó una expresión de cautela al ver de qué se trataba.

—¿Cómo ha llegado a sus manos?

El Espíritu Santo me iluminó en aquel preciso instante.

—Me la dio Irene Bronfen en persona. De pequeña la adoptó un matrimonio de Seattle y ahora quiere averiguar la identidad de sus padres verdaderos.

Me miró de hito en hito, pero no dijo nada.

—¿Me equivoco —añadí— o es usted el Patrick Bronfen que se menciona en el documento?

Ví que titubeaba antes de contestar.

—¿Y qué, si lo soy?

—¿Podría decirme dónde puedo encontrar a la señora Bronfen?

—No, señora. Me abandonó hace más de cuarenta años y se quedó con Irene —dijo con

visible aire de enfado—. Desde entonces no he sabido nada ni de Sheila ni de la niña. Ni siquiera sabía que la hubiera cedido en adopción. Nadie me dijo una sola palabra. Eso va contra la ley, ¿no? Quiero decir el que ni siquiera me lo notificaran. No se puede ceder la hija de uno sin pedirle antes permiso como mínimo.

—No estoy al tanto de los detalles legales —dije—. Irene me contrató para que averiguara su paradero y el de su exmujer.

—No es mi exmujer. Ante la ley, sigo casado con ella. No he podido divorciarme si no sabía dónde estaba. —Hizo un ademán de impaciencia, pero advertí que el enfado empezaba a pasárselo y que cambiaba de humor—. No sería Irene la mujer que estuvo sentada ayer en los peldaños del porche, ¿verdad?

—Pues sí.

Negó con la cabeza.

—Imposible. No puedo creerlo. La última vez que la vi era así de alta. Ahora tiene que tener cuarenta y siete años. —Su mirada se desplazó hacia el porche y su entrecejo pespuntó un par de costuras paralelas—. Mi propia hija y ni siquiera la reconocí. Y yo que pensaba que sería capaz de reconocerla en medio de una multitud.

—No se encontraba bien. En realidad, usted ni siquiera se fijó en ella.

Me miró con aire melancólico.

—¿Sabía ella quién era yo?

—No, estoy convencida. Tampoco yo he caído en la cuenta hasta hace unas horas. La partida de nacimiento habla de la calle Varano. Tardamos en comprender que la calle seguía existiendo.

—Me sorprende que ella no reconociera la casa. Tenía casi cuatro años cuando Sheila se la llevó. Solía sentarse ahí, en esos escalones, y se ponía a jugar con sus muñecas. —Hundió las manos en los bolsillos.

Se me ocurrió de pronto que el ataque de asma de Irene podía haberlo causado el reconocimiento inconsciente del lugar.

—Puede que recupere la memoria cuando sepa de la existencia de usted —dije.

Había vuelto a posar los ojos en mí y me miraba con curiosidad.

—¿Cómo han dado conmigo?

—Por la entidad que gestionó la adopción —dije—. En sus archivos constaba la partida de nacimiento de Irene.

—Bueno —dijo cabeceando—, espero que le digan que me gustaría mucho verla. A pesar de los años transcurridos, no he perdido la esperanza. Supongo que si les pido su dirección y su teléfono, no querrán ustedes dárme los.

—Sin permiso de ella, no —dije—. De todos modos, me interesa localizar también a la señora Bronfen. ¿No podría usted indicarnos por dónde comenzar la búsqueda?

—No, señora. Cuando se marchó, recurrí a todo lo imaginable para dar con ella: policía, detectives privados... Puse anuncios en todos los periódicos de la costa. Nadie me dio la menor noticia.

—¿Recuerda cuándo se marchó?

—No sabría decirle la fecha exacta. Fue en otoño de 1939. En septiembre, creo.

—¿Tiene algún motivo para creer que puede haber muerto?

Meditó unos segundos al respecto.

—La verdad es que no. Pero tampoco tengo ningún motivo para creer que siga viva.

Saqué del bolso un cuaderno de espiral y pasé un par de páginas. Lo que en realidad tenía ante los ojos era una antigua lista de la compra. También Dietz se puso a mirarla con atención por encima de mi hombro.

—Según la entidad que se encargó de la adopción —dije—, hubo por medio una persona llamada Anne Bronfen. ¿Era hermana de usted? El expediente es un poco ambiguo y no aclara la relación que tuvo con el caso. Supongo que se citó en calidad de pariente cercano cuando se tramitó el papeleo.

—Bueno, yo tenía una hermana que se llamaba Anne, pero falleció en 1940... tres o cuatro meses después de que Sheila se marchara.

Le miré con atención.

—¿Está seguro?

—Está enterrada en Mount Calvary, en una parcela familiar bastante grande que hay en la falda de la colina, nada más entrar. Sólo tenía cuarenta años, una verdadera desgracia.

—¿Cómo murió?

—De fiebre puerperal. En la actualidad ya no es tan frecuente, pero en aquella época todavía acababa con muchas mujeres. Se había casado años antes con un individuo de los alrededores de Tucson, un tal Chapman. Tuvieron tres hijos varones, los tres seguidos; mi hermana falleció muy poco después de dar a luz al tercero. Costeé el traslado del cadáver. Supuse que no quería que la enterrasen en Arizona, en mitad de aquellos campos dejados de la mano de Dios. Son feos y demasiado secos.

—¿Cabe la posibilidad de que supiese algo de Sheila durante aquellos meses?

Negó con la cabeza.

—A mí nunca me dijo nada. Vivía ya en Tucson cuando se marchó Sheila. Desde luego, cabe la posibilidad de que fuese a verla, pero a mí nunca me dijo nada. Oiga, le voy a hacer yo una pregunta a cambio. ¿Qué ha sido de la anciana que se fugó del asilo? No me ha dicho si ha aparecido o no.

—Pues sí, anoche, a eso de las once. La encontró la policía en esta misma calle. Murió en la sala de urgencias del hospital poco después.

—¿Murió? Vaya, es una lástima.

Nos despedimos con las frases de rigor. Volvimos al coche sin decir una palabra. Dietz abrió la puerta con la llave y me ayudó a subir. El silencio se prolongó hasta que se sentó al volante.

—¿Qué piensas? —dijo con la cabeza vuelta hacia mí.

Me giré para mirar la casa.

—Creo que nos ha mentado.

Puso en marcha el vehículo.

—Yo también lo creo. ¿Vamos al cementerio e inspeccionamos la parcela familiar de la que nos ha hablado?

Todos estaban allí. Había algo fantástico en las tumbas de las tres hermanas —Charlotte, Emily y Anne—, cuyas lápidas seguían un orden cronológico. Las inscripciones eran muy sencillas y no daban más que la información imprescindible. Los padres, Maude y Herbert, estaban enterrados en tumbas adyacentes, a la derecha de otras dos hijas que al parecer habían fallecido en la infancia. A un lado se abría un espacio vacío que supuse ocuparía Patrick cuando le llegara la hora. En el otro lado estaban las tres hijas que conocíamos: Charlotte, nacida en 1894, fallecida en 1917; Emily, nacida en 1897, fallecida en 1926; y Anne, nacida en 1900, fallecida en 1940.

Eché a andar colina abajo. Mount Calvary era una sucesión de lomas verdes, flanqueadas por un bosque de coníferas y eucaliptos. Casi todas las lápidas del cementerio se habían colocado en sentido horizontal, pero había otros sectores donde dominaban las esculturas funerarias y los panteones de fines del siglo XIX. La intensidad del calor vespertino comenzaba a mitigarse. Aunque la noche tardaría horas en caer, empezaría a refrescar muy pronto, como era habitual en la temporada. Oí trinar a un pájaro en algún punto del bosque. Sacudí la cabeza, deseosa de poner orden en la información que tenía. Dietz, tan sensato como siempre, había guardado silencio, pero en su cara leí una pregunta, «Y ahora ¿qué?», con la misma claridad que si la hubiera formulado en voz alta.

—Esto no tiene sentido. Si Sheila Bronfen y Agnes Grey eran la misma persona, ¿por qué no coincide su edad? Es imposible que Agnes tuviera setenta años. Tenía ochenta y tantos. Eso es un hecho.

—Bueno, pues no eran la misma persona. ¿Y qué? Formulaste una hipótesis y se ha comprobado que no es cierta.

—Quizá —dije.

—Nada de quizá. Date por vencida, Millhone. No puedes alterar los hechos para que encajen en tu teoría. Parte de lo que sabes con certeza y concede a la verdad una oportunidad para salir a flote. No fuerces las conclusiones sólo para satisfacer tu vanidad.

—Yo no fuerzo nada.

—Y todavía dices que no. Reconoce que no te gusta admitir que te equivocas.

—No es verdad.

—Sí lo es. A mí tú no me engañas.

—¡Se trata de otra cosa! Si no eran la misma persona, pues de acuerdo. Pero entonces ¿quién era Agnes Grey y cómo se quedó con Irene Bronfen?

—Puede que Agnes fuera una prima o una amiga de la familia. Podía ser incluso la criada...

—Está bien, está bien. Supongamos que fue la criada quien se fugó con la niña. ¿Por qué no nos lo ha dicho Patrick en tal caso? ¿Por qué ha fingido que lo hizo su mujer? Patrick está convencido de que fue Sheila quien se la llevó; a no ser que mienta como un bellaco.

—Kinsey, la solución de un caso no te la puedes jugar a los chinos, ¿me comprendes?

Me agaché en el suelo y me puse a dar tirones a la hierba. Me sentía frustrada e impotente. ¡Me había sentido tan cerca de desenredar la madeja! Solté un bufido. En todo momento había estado convencida de que Agnes Grey y Anne Bronfen eran la misma persona. Deseaba que Bronfen hubiera mentado en lo de la muerte de Anne, pero al parecer había dicho la verdad... ¡el muy cabrito! Vi por el rabillo del ojo que Dietz consultaba la hora.

—¡Maldita sea, estate quieto! —exclamé—. No me gusta que me presionen. —Me tragué la irritación—. ¿Qué hora es? —dije con voz más tranquila.

—Casi las cuatro. No quiero meterte prisa, pero hay que moverse.

—El Vista del Océano está cerca de aquí.

No dijo nada y se puso a contemplar la pendiente de la loma, seguramente sintiendo por dentro su pequeña dosis de irritación. Era un hombre inquieto, un hombre de acción, y estaba más preocupado por Mark Messinger que yo por la historia de Agnes Grey. Se agachó, cogió un terrón, lo lanzó a lo lejos y se quedó mirando como si esperase que rebotara en la hierba igual que un guijarro en la superficie del agua. Se metió las manos en los bolsillos.

—Te espero en el coche —dijo con sequedad. Y echó a andar colina abajo.

Le observé durante unos segundos.

—Mierdaaaa —murmuré y eché a andar tras él.

Me sentía como una adolescente sin coche propio. Como me había dicho en repetidas ocasiones que no me separase de él bajo ningún concepto, no tenía más remedio que seguirle allí donde iba, depender de su medio de transporte, detenerme donde no quería estar y abandonar las pistas que me interesaban. Aceleré el paso y le alcancé en la carretera.

—Oye, Dietz. Déjame en casa, ¿quieres? Le pediré el coche a Henry y tú mientras tanto te vas a hablar con Rochelle.

Me ayudó a subir al vehículo.

—No.

Le miré ofendida.

—¿No? —Tuve que esperar a que diera la vuelta al coche y se sentara ante el volante—. ¿Qué significa esa respuesta?

—Que no voy a dejar que te vayas por ahí. No es seguro.

—¿Quieres abandonar esa actitud? Tengo cosas que hacer.

No respondió. Fue como si se lo hubiera dicho a la pared. Salimos del cementerio y enfilamos Cabana Boulevard, en dirección a la ristra de moteles que hay enfrente del puerto. Me entretuve mirando por la ventanilla, con inconcretas intenciones de fuga.

—Y no cometas ninguna tontería —dijo.

No le manifesté en voz alta lo que me vino instantáneamente a la cabeza, aunque era breve y muy a propósito.

El Vista del Océano es uno de esos moteles anodinos y de una sola planta que bordean a cierta distancia el ancho paseo que discurre en sentido paralelo a la costa. Aún no había comenzado la temporada turística, la afluencia de clientes era escasa y toda la acera estaba jalonada de rótulos

de neón que anunciaban HABITACIONES LIBRES. La única vista que en realidad se disfrutaba desde el Vista del Océano era la fachada trasera del motel que se alzaba al otro lado del callejón divisorio. El edificio, construido básicamente con piedra artificial, se había envuelto en una capa de yeso de fingida antigüedad, ya que las tejas rojas que lo coronaban poseían la homogeneidad cromática y formal que delata la fabricación reciente.

Dietz detuvo el coche delante de la oficina de recepción, dejó el motor en marcha y entró en el motel. Me quedé mirando las llaves que colgaban debajo del volante. ¿Lo había hecho para probar mi carácter, que todo el mundo sabe lo malo que es? ¿Me *invitaba* Dietz a robarle el Porsche? Me moría de ganas de saber el mes y el día en que Anne Bronfen había fallecido y rabiaba por comprobarlo. Necesitaba un coche. Yo estaba dentro de uno. Así pues...

Miré la puerta de la oficina en el momento justo en que salía Dietz. Subió, cerró de un portazo y dio la vuelta al coche.

—Habitación 16, en la parte trasera —dijo. Me sonrió con picardía mientras ponía la primera —. ¿Todavía estás aquí? Si te dejé las llaves puestas y todo.

No dije nada. Las réplicas ingeniosas se me ocurren siempre cuando ya es demasiado tarde para que surtan efecto.

Aparcamos en el espacio reservado a la habitación 18, ya que era el único vacío en toda la parte trasera. Fue Dietz quien llamó. Por hacer algo, metí la mano en el bolso y palpé la pistola para tranquilizarme. Se abrió la puerta. Como Dietz se me había puesto delante, no pude ver a la persona que había abierto y yo tengo demasiada clase para ponerme de puntillas y fisgar por encima de los hombros ajenos.

—¿Rochelle? Soy Robert Dietz. Ella es Kinsey Millhone.

—Hola. Pasen.

Ví a Rochelle Messinger cuando cruzamos la puerta y entramos en la habitación.

—Gracias por haber accedido a venir con tan poco margen de tiempo —dijo Dietz.

Yo no sé qué esperaba. Admito que soy tan dada a prejuzgar como cualquiera y siempre había pensado que las mujeres que trabajan en los salones de masaje tenían que ser más bien horteras, desgarradas y (seamos realistas) de baja estofa. Ver un tatuaje no me habría sorprendido... una popa bien hinchada y enfundada en unos tejanos, zapatos de tacón altísimo, el pelo negro y estropajoso con una goma.

Rochelle Messinger era de mi estatura y muy delgada. Tenía el pelo rubio y arreglado al estilo surtidor y con un aire de descuido que probablemente le costaba 125 dólares mantener y retocar cada cuatro semanas. Su cara era ese óvalo perfecto que vemos en los cuadros renacentistas. Tenía la piel inmaculada, muy blanca y de textura finísima; los ojos eran de color castaño claro; y los dedos largos y con muchos anillos de plata, caros a juzgar por su aspecto. Vestía de azul claro; la blusa y la chaqueta eran de seda y los pantalones anchos le realzaban la estrechez de la cintura y las caderas huidizas. Oía a una mezcla exquisita de jazmín y lirio de los valles. A su lado me sentía tan elegante y femenina como un filete de ternera. Cuando fui a hablar, tuve miedo de decir muuuu. Pero no fue un mugido lo que me salió:

—Maldita sea, ¿cómo se le ocurrió a usted liarse con ese tipejo de mierda que es Mark Messinger? —barboté.

No reaccionó. Dietz se quedó mirándome con seriedad.

—Es que me gustaría saberlo —añadí, a la defensiva.

—Comprendo su curiosidad —dijo por fin—. Lo conocí en Palm Springs, en una fiesta nocturna. Era guardaespaldas de un actor muy conocido entonces y me pareció un hombre con clase. Cuando descubrí que me había equivocado, ya llevábamos una semana juntos y estaba embarazada.

—Eric —dije.

Asintió de un modo casi imperceptible.

—Lo que les cuento ocurrió hace seis años. Me habían dicho que era estéril y para mí fue como un milagro. Mark quería que nos casáramos, pero no quise agravar el primer error con otro. Cuando nació Eric, ni siquiera dejé que lo viese. Yo ya sabía lo retorcido que era. Contrató a un abogado muy hábil y me demandó. El juez le concedió el derecho de ver al niño. Una vez conseguido aquello, lo demás fue cuestión de tiempo. Yo sabía que trataría de llevarse a Eric, pero no podía hacer nada.

Hasta aquí había dejado más incógnitas en el aire que respuestas sobre la mesa, pero me dije que era el momento de retirarse para que Dietz pudiese actuar. No lo habíamos convenido de antemano, pero así como yo había tenido la iniciativa durante la entrevista con Bronfen, ahora le tocaba a él tenerla. Vi que se preparaba, que cargaba las baterías mientras su inquietud iba en aumento. Otra vez volvía a golpear los dedos de la mano derecha contra la palma de la izquierda, produciendo un ruido hueco y resonante.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con él? —le preguntó.

—¿Con Mark? Hace ocho meses. En octubre, recogió a Eric en la guardería y se lo llevó a Colorado, en teoría para pasar el fin de semana. Me llamó poco después para decirme que no pensaba devolvérmelo. De vez en cuando le deja llamarme, pero por lo general desde un teléfono público, y son conversaciones breves, para impedir que se localice la llamada. Esta es la primera vez que he sabido realmente dónde estaba. Quiero recuperar a mi hijo.

—Lo comprendo —dijo Dietz—. Sabemos que Mark tiene familia en esta zona. ¿Sabrán sus familiares dónde se encuentra?

Sonrió con actitud despectiva.

—No lo creo probable. Su padre lo echó de casa hace años y su madre ya no vive. Tiene una hermana, pero no creo que tengan ningún trato. Lo denunció a la policía la última vez que la llamó.

—¿Ningún otro pariente? ¿Amigos con los que pueda entrar en contacto?

Negó con la cabeza.

—Es un hombre solitario. No confía en nadie.

—¿Se le ocurre alguna manera de dar con él?

—Hay una y muy fácil. Llamar a todos los grandes hoteles. La policía me interrogó después de lo del robo en el mercado de joyeros. Estará forrado de dinero y, créame, es un hombre a quien le gusta vivir bien. Probablemente se habrá inscrito en cualquier hotel de cinco estrellas.

—¿Hay guía telefónica aquí? —preguntó Dietz.

Rochelle se acercó a la mesita de noche y abrió el cajón. Dietz tomó asiento en el borde de la cama de matrimonio y se puso a mirar las páginas amarillas. Me di cuenta de que se moría por fumar. Seguro que yo también, si hubiera sido fumadora. En aquella misma habitación y en aquella misma cama, en Navidad, había sorprendido a mi exmarido con su amante. Fueron unas fiestas divertidísimas.

Dietz se volvió a mirarme.

—¿Cuántos hoteles de lujo hay en la ciudad?

Medité unos instantes.

—De los que le pueden interesar, sólo hay tres o cuatro —dijo. Y a Rochelle, a continuación—: ¿Se habrá inscrito con su nombre verdadero?

—Lo dudo. Cuando está de viaje, suele utilizar uno de sus alias. Los que más le gustan son Mark Darian y Darian Davidson. Puede haber inventado uno nuevo últimamente.

Dietz miraba ya los hoteles/moteles que figuraban en las páginas amarillas.

—Dietz. —Me miró—. Yo probaría primero en el Edgewater —dijo—. Puede que su aparición de anoche en el salón del banquete fuera pura casualidad.

Se quedó mirando al vacío hasta que la lógica de la observación se abrió paso en su cabeza. Se echó a reír.

—No está mal. Me gusta. —Encontró el número, lo marcó y se concentró en la persona que estaba al otro extremo del hilo—. Por favor, ¿podría hablar con Charles Abbott, de seguridad? Sí, gracias. —Puso la mano en el auricular y dedicó la espera a informar a Rochelle de lo acontecido hasta la fecha. Se interrumpió con brusquedad—. ¿Señor Abbott? Soy Robert Dietz. Estuvimos hablando ayer acerca de las medidas de seguridad que convenía tomar a propósito del banquete... Exacto. Siento molestarle, pero quisiera pedirle un pequeño favor. Se trata de averiguar si hay cierta persona hospedada en el hotel. Se llama Mark Darian o Darian Davidson... puede que con alguna variante. El mismo. Pensamos que puede estar con su hijo pequeño. Claro...

Por lo visto tenía que esperar mientras Charles Abbott hacía las comprobaciones pertinentes en recepción. Dietz volvió a aprovechar la pausa para seguir contando a Rochelle lo que había comenzado. No me pareció que a Rochelle le costara entenderle. Cuanto más la miraba, más cuenta me daba de que, a pesar de su fachada serena, era un manojo de nervios. Seguramente era de las que no comían cuando se angustiaban, de las que sobrevivían a base de café y calmantes. Ya había visto madres así en otras ocasiones: dentro de una jaula del zoológico, siempre paseándose arriba y abajo. Por mucho que en apariencia se las domesticara, jamás se acabaría con su rabia ni con su salvajismo. Personalmente me sentía muy contenta de no haberle puesto la mano encima a su lobezno.

Cuando Dietz terminó de hablar con ella, en la cara de Rochelle se había dibujado una expresión sombría.

—Ustedes no saben lo despiadado que es —dijo—. Mark es muy listo y posee toda la siniestra intuición de un psicópata. ¿Han tratado alguna vez con un psicópata? Es como sufrir una especie de sondeo telepático...

Dietz fue a replicar, pero Charles Abbott se puso otra vez al teléfono.

—Exactamente —dijo Dietz—, el chico tiene cinco años. —Prestó atención unos instantes—. Muchísimas gracias. Descuide. —Colgó el auricular con un cuidado excesivo—. Está hospedado en el hotel con el chico, en uno de los *bungalows* de la parte trasera. Según parece, en este momento se encuentran en la piscina dándose un chapuzón. Le he dicho a Abbott que no habría problemas.

—Claro que no —dijo Rochelle.

—¿Quiere avisar a la policía?

—Yo no. ¿Y usted?

Por la mirada que cambiaron, se entendían a la perfección. Rochelle cogió de la mesa un bolso

de piel y sacó una pistola de bolsillo de cañón muy corto, con cachas de níquel. De dos tiros. Miré a Dietz con sonrisita engreída, pero mantuvo una expresión neutral. Vaya por Dios. ¡Y se había metido con *mi* pistola!

—¿Qué hará si conseguimos recuperar a Eric? —le preguntó Dietz—. No puede volver a su casa.

—He alquilado un coche que tengo que devolver en el aeropuerto. Mi hermano es piloto y nos recogerá en un lugar donde fletan aviones y que llaman Aeródromo Neptuno. Mark y yo lo utilizamos en una ocasión.

—¿Lo conoces? —me preguntó Dietz.

—Más o menos. Está pegado a Rockpit Road, a este lado del aeropuerto.

—¿A qué hora tiene que llegar su hermano? —preguntó a Rochelle.

—A las nueve. Tenemos tiempo de sobra, ¿no?

—En teoría, sí. ¿Y después?

—He comprado una casa donde podemos ocultarnos todo el tiempo que queramos.

Dietz asintió.

—Muy bien. Todo parece estar en orden. Andando.

Levanté un dedo para llamar la atención de Dietz. Señalé la puerta con la cabeza.

—¿Podemos hablar un momento?

Se quedó mirándome, pero no movió ni un músculo. No tuve más remedio que decírselo allí.

—Hay algo que quiero comprobar y necesito un coche. ¿Cojo el vehículo de alquiler y os vais vosotros con el Porsche? Como ya sabéis dónde está Messinger, podéis ir directamente a buscarlo. Yo no hago ninguna falta allí.

Se produjo un momento de silencio. Tuve que morderme la lengua para no enzarzarme en una discusión absurda. Soy demasiado mayor para gemir y suplicar. Y no me imaginaba participando en un secuestro, en una persecución automovilística o en un tiroteo con Mark Messinger. Estaba claro que yo sobraba allí. Tenía otro asunto que resolver. Rochelle cargó la pistola, un cartucho en cada cámara. Hay cosas que cuando se expresan con palabras resultan ridículas, pero en aquel gesto hubo algo que hizo que se me revolvieran las tripas.

Vi que Dietz calibraba los pros y los contras de mi proposición. En virtud de un repentino fenómeno de percepción extrasensorial, supe que Dietz se sentiría más seguro si les acompañaba. Me tendió las llaves sin mirarme a los ojos.

—Llévate el mío. Messinger podría reconocerlo si fuéramos con él al hotel. Iremos con el alquilado. No olvides lo que te dije antes. Nada de tonterías.

—Lo mismo te digo —repliqué, acaso con más mordacidad de la que debía—. Nos veremos en el aeródromo.

—Cuídate.

—Tú también.

Pasaban de las 4:40 cuando llegué al camino del cementerio por segunda vez en el curso de aquel día. Una larga hilera de eucaliptos sombreaba el asfalto con continuas franjas transversales. Mientras ascendía por la carretera serpeante, las fui pisando como quien cruza una serie interminable de puertas. Giré a la izquierda y entré en una zona de estacionamiento que había junto a la oficina y detuve el vehículo al lado mismo de una fuente de piedra que se alzaba en un círculo de césped. Entre las algas de color verde oscuro nadaban pececillos de color anaranjado. Cerré el coche con llave. Las altas puertas de madera de la capilla sin nombre estaban abiertas de par en par. La oscuridad reinaba en su pético interior.

Pasé entre una fila doble de lápidas heterogéneas de granito con inscripciones que ostentaban los estilos más variados. Las miré con tanta premura que no supe decir a ciencia cierta cuál me gustaba más. Llegué a la oficina y crucé las puertas de vidrio. El vestíbulo estaba vacío y en la mesa no había nada, salvo un montoncito de postales con imágenes diversas del crematorio. ¿Habría gente capaz de utilizarlas para escribir unas líneas? Descubrí un pequeño rótulo que decía LLAMAR AL TIMBRE, adosado a un aparato que parecía un abrecartas eléctrico. Moví una palanca. Una mujer apareció al fondo como por arte de magia. Como no estaba al corriente de la ética profesional que impera en los cementerios, no tuve más remedio que preparar una mentira.

—Hola —dije—, ¿podría usted hacerme un favor?

Por la expresión de su cara inferí que ella se había formulado la misma pregunta. Tendría cuarenta y tantos años y llevaba un vestido de lana gris con un detallito blanco en el cuello. Yo seguía con los tejanos y las zapatillas deportivas.

—No faltaría más —dijo.

Se abstuvo de decir en voz alta lo que realmente pensaba de mí en previsión de que yo fuera una niña bien con un tropel de difuntos en busca de sepelio por todo lo alto.

—Creo que mi tía está enterrada aquí y quisiera saber la fecha exacta de su defunción. Mi madre está internada en un asilo y está muy preocupada porque no consigue acordarse. ¿Hay alguna forma de comprobarlo?

—Si tiene la bondad de decirme cómo se llamaba...

—Anne Bronfen.

—Un momento.

Desapareció. Fui incapaz de imaginar sus fuentes de información. ¿Lo tendría todo archivado en algún ordenador situado en la trastienda? ¿En un fichero metálico de los antiguos? Si la fecha y el lugar de fallecimiento no coincidían con la versión de Bronfen, tendría que seguir indagando

hasta dar con el acta de defunción. Puede que tuviera que hacer unas cuantas llamadas a Tucson, Arizona, pero si así me enteraba de una vez de lo que le había ocurrido a Anne, lo daría por bien empleado.

La mujer volvió con prontitud sorprendente y me entregó una cartulina blanca. No decía gran cosa, pero todo era aprovechable. Apellido conyugal: Chapman. Nombre de soltera: Anne Bronfen. Edad: cuarenta años. Fecha de nacimiento: 5 de enero de 1900. Sexo: mujer. Raza: blanca. Lugar de nacimiento: Santa Teresa, California. Lugar de fallecimiento: Tucson, California.

Ajá. Fecha de defunción: 8 de enero de 1940. Muy interesante.

Fecha del entierro: 12 de enero de 1940. El espacio dedicado al nombre del empresario de pompas fúnebres se había dejado en blanco, pero constaban el número del sector del cementerio y el de la parcela.

—¿Qué es esto? —le pregunté, mostrando la cartulina y señalándole con el dedo la línea inferior, donde aparecía la palabra *cenotafio*, a mano y con tinta negra.

—Una lápida conmemorativa o un monumento en honor de una persona que está enterrada en otra parte.

—¿Dónde está enterrada?

Cogió la cartulina.

—Aquí pone que murió en Tucson, Arizona. Seguramente estará enterrada allí.

—No entiendo. ¿Qué sentido puede tener?

—Puede que los Bronfen quisiesen que se la recordara en la parcela familiar. A veces consuela pensar que todos están juntos.

—Pero ¿cómo se sabe entonces que la persona en cuestión ha fallecido?

Se quedó mirándome.

—¿Es que no ha fallecido?

—Le pregunto si no exigen ustedes ninguna prueba. Si basta con venir aquí para rellenar una cartulina de estas y comprar una lápida.

—No es tan sencillo, pero sí —dijo—, básicamente...

Dio comienzo a una serie de explicaciones a propósito de los detalles, pero yo ya iba camino de la puerta.

Puse rumbo a la pensión con el ánimo en suspenso. Había ido al cementerio para que me confirmaran la versión de Bronfen y de pronto me había encontrado con una historia completamente distinta. Puede que, a fin de cuentas, Agnes Grey y Anne Bronfen fuesen la misma persona. Al doblar a la derecha y entrar en Concorde, hice un gesto levantando el puño —«para que te enteres»— hacia donde supuse que estaría Dietz en aquellos momentos.

Detuve el vehículo junto a la acera y bajé. En aquella ocasión, milagrosamente, no vi moverse las cortinas al cruzar la entrada del jardín. Subí los peldaños del porche y llamé al timbre. Esperé. Pasaron varios minutos. Me desplazé hasta el extremo del porche y me asomé a la parte trasera. Al final del sendero vi un garaje monoplaza. Adosados al mismo había una estructura construida con listones y un cobertizo pintado de verde oscuro, de cuya puerta colgaba abierto un enorme y precioso candado. Oí que se abría la puerta principal de la casa.

—Ah, hola, ¿es usted, señor Bronfen? —dije mientras me volvía.

El hombre que había en el umbral era un anciano de aspecto frágil y espíritu indeciso, delgado, cargado de espaldas, de hombros estrechos y con los dedos agarrotados por la artritis.

Vestía una gastadísima camisa de franela a cuadros, raída por los codos, y unos pantalones que le llegaban hasta la mitad del pecho.

—Está fuera —dijo—, vuelva más tarde. —Su voz era una mezcla pastosa de aspereza y temblor.

—¿Sabe cuánto tardará en regresar?

—Cosa de una hora —dijo—. Acaba de salir.

—Vaya, qué lástima. Soy la contratista de obras —dije con el más cordial de mis tonos fingidos—. Creo que el señor Bronfen quiere ampliar el cobertizo y me pidió que echara un vistazo. Ya que estoy aquí, podría aprovechar la visita, ¿no le parece?

—Como usted quiera —dijo y cerró la puerta.

Me lancé en picado sobre el patio trasero, con el corazón a cien por hora y obsesionada por la idea de que disponía de un escaso margen de tiempo. Patrick Bronfen no me felicitaría precisamente por la intrusión, pero si actuaba con rapidez, no tenía por qué enterarse. El cobertizo se alzaba de cualquier manera sobre un macizo de hormigón que trazaba una especie de Z entre el garaje monoplaça y la estructura de listones. Tenía todo el aspecto de haberse construido sin los permisos municipales correspondientes y contraviniendo la legislación sobre seguridad. Puesto que aquel sector del patio estaba en pendiente y su límite era un muro de contención, habría hecho falta llamar a un equipo de arquitectos y aparejadores antes de abrir el primer saco de portland.

Quitó el candado del cierre y entré. El interior tendría dos metros y medio por tres y olía a marga, a turba, a tierra de maceta, a abono y a comida líquida para peces. No había ventanas y se filtraba muy poca luz exterior. Tanteé en la oscuridad en busca de un interruptor, pero al parecer no se había instalado ninguna bombilla. Metí la mano en el bolso, encontré la linterna de bolsillo y la encendí. El haz de luz iluminó un ancho bastidor adosado a la pared del que colgaban aperos de jardinería. Contra la pared había un cortacésped con briznas de hierba en el filo de las cuchillas. Vi un banco de carpintero de dos metros cubierto de macetas, paletas, tierra y bolsas de semillas desechadas. Sentía la humedad en los pies y los tobillos. Al mirar debajo del banco, cuya madera estaba medio podrida, advertí que faltaba una tabla.

A la derecha había una caja rectangular de madera con la tapa sujeta con goznes; tendría medio metro de altura y era el típico lugar donde se guardan herramientas. En un extremo se había clavado hacia poco una tabla de conglomerado. Encima de la tapa había varias bolsas de plástico con mantillo y Bandini 101. Una de las bolsas estaba rota por debajo y del agujero partía un reguero de tierra y hojarasca que llegaba hasta el agrietado suelo de cemento. En el suelo había una huella de forma triangular que permitía suponer que la caja se había movido hacia delante y vuelto a poner en su sitio. Pensé en los nudillos arañados y las uñas rotas de Agnes.

—Hola —dije, aunque solamente para comprobar el nivel de resonancia. Oí la palabra de un modo apagado, como si la hubieran amortiguado las sombras. Probé otra vez—: ¿Hola?

No había eco. Era muy probable que a dos metros del cobertizo no se oyera ruido alguno. Si tuviera que secuestrar a una anciana medio loca, aquel podría ser el lugar idóneo para tenerla escondida hasta que decidiera otra cosa.

Apoyé la linterna de bolsillo en el banco de carpintero, quité de encima de la caja las bolsas de plástico, cada una de las cuales pesaba alrededor de diez kilos, y las fui amontonando a un lado. Cuando la tapa estuvo despejada, la quité y miré dentro. Nada. Recogí la linterna y escruté la superficie desigual del fondo. La caja tenía más o menos el tamaño de un ataúd y se había

construido de un modo tan chapucero que se colaba aire suficiente para mantener con vida, al menos durante un tiempo, a cualquiera que permaneciese encerrado en su interior. Recorrí todos los rincones con la linterna, pero no vi nada que delatase ninguna presencia humana. Volví a colocar la tapa y a poner encima las bolsas de mantillo tal como estaban antes. Me puse a gatas e inspeccioné los alrededores de la caja. Nada tampoco. Nunca podría demostrar que Agnes Grey había estado allí.

Retrocedía ya hacia la puerta cuando percibí un hedor a podrido, un olor rancio y dulzón, tangible como una hebra de humo. Las células cutáneas se me contrajeron en señal de reconocimiento y los pelos de la nuca se me pusieron más firmes que un pelotón de soldados. La boca se me torció en una mueca de asco. Era el típico olor que producen las ardillas que han muerto atrapadas en la chimenea, los putrefactos restos ratoniles que deja el gato en un rincón del porche, todas esas criaturas que nos garantizan un sinfín de noches perfumadas hasta que la naturaleza completa el proceso de descomposición. Dios mío. ¿De dónde vendría?

Me erguí y, de rodillas como estaba, tanteé encima del banco de carpintero hasta que di con la paleta de hacer trasplantes. Volví a agacharme bajo el banco y pasé los dedos por el suelo de cemento. Era de textura porosa y el tiempo lo había vuelto frágil y quebradizo. Di con un punto donde la argamasa era particularmente desmenuzable y me puse a cavar con la paleta hasta que abrí un agujero. Apagué la linterna y seguí cavando con las dos manos, guiándome por el tacto. Debajo de la dura capa exterior había otra húmeda y de naturaleza arenosa, como si las aguas subterráneas se hubieran filtrado y corroído el cemento. El hedor se hizo más intenso. Había algo muerto allí debajo.

Volví a encender la linterna y seguí cavando hacia mi derecha, donde distinguía a la perfección dos grietas horizontales. Me puse a golpear el suelo como si tuviera un pico entre las manos, causando más destrozos en la paleta que en el cemento. Me puse en pie y busqué una herramienta más eficaz en el banco de carpintero. Vi un zapapico de mango corto en el bastidor de la pared. Volví a mi pequeño tajo y me puse a cavar con tesón. Hacía ya tanto ruido que era asombroso que los vecinos no se quejaran. Saltó un pedazo de cemento. De vez en cuando quitaba los escombros con el extremo plano del hierro y utilizaba el pico para cavar. Noté algo duro debajo, una raíz tal vez, o el extremo de algún hierro de refuerzo. Encendí la linterna otra vez e iluminé el punto de resistencia.

—No, mierda —murmuré.

Era la falange de un dedo humano. Di un salto hacia atrás y me golpeé contra el cortacésped. Tragué un chorro de aire por entre los dientes apretados mientras el codo lesionado me cantaba un aria entera. Dadas las circunstancias, sentir dolor era un entretenimiento que no había que despreciar. Apagué la linterna y me puse en pie. Puse una bolsa de mantillo encima del agujero y recogí el bolso de mano.

De la boca me brotaban sonidos gimoteantes mientras cruzaba la puerta a toda velocidad. Puse el candado como estaba y me alejé del cobertizo dando saltitos espasmódicos de repugnancia. Lo único que pude hacer durante unos instantes fue temblar, y me di palmadas en los brazos como para estimular la circulación. Me puse a dar vueltas en círculo, calculando cuál sería mi siguiente movimiento. Aspiré una bocanada de aire. Cuánta vileza, Dios mío. Por lo que había visto, el hueso tenía que estar allí desde hacía años. Ahora bien, si tenemos en cuenta que los esqueletos no apestan, ¿qué más había enterrado en aquel lugar? El anómalo macizo de cemento parecía brillar a

la luz menguante del atardecer. Las construcciones accesorias habían ido creciendo con el discurrir de los años. Primero se había adosado al garaje la estructura de listones y luego se había añadido a esta el cobertizo de las herramientas. A un lado de este último había una especie de tablero donde se amontonaba la leña. Si Anne Bronfen era Agnes Grey, el cadáver tenía que ser el de Sheila. Bronfen había dicho que su mujer se había fugado con Irene, pero no me lo creía. Al pensar en el dedo sufrí uno de esos escalofríos que nos sacuden de pies a cabeza. Estaba totalmente mondo, sin una brizna de carne. Di una cabezada al aire y respiré dos veces a pleno pulmón para quitarme de encima la sensiblería. En algún otro lugar de la casa tenía que haber más respuestas.

Volví a la puerta principal y llamé con los nudillos. Deseaba ardientemente que Bronfen no hubiera regresado aún. Oí que el viejo de antes se acercaba arrastrando los pies y vi que se entreabría la puerta. Tuve que carraspear para adoptar lo que esperaba fuese un tono de voz normal.

—Soy yo otra vez —dije—. ¿Le importa si espero dentro al señor Bronfen?

El anciano se llevó a los labios un dedo sarmentoso en actitud de quien medita. Asintió por fin y se hizo a un lado con torpeza, como si lo estuvieran moviendo con una serie de alambres. Consulté la hora mientras avanzaba tras él. Había estado en el cobertizo unos veinte minutos. Tenía tiempo de sobra; siempre que supiera lo que andaba buscando. El anciano se dirigió a la sala de estar.

—Siéntese aquí si quiere. Soy Ernie.

—Mucho gusto en conocerle, Ernie. ¿A dónde se fue el señor Bronfen? ¿No se lo dijo?

—No, creo que no. Pero vendrá enseguida. No tardará.

—Bonita casa —dije, echando un vistazo a la sala de estar.

Puestos a contar mentiras, una más no se notaría. El edificio estaba destartalado y olía a col hervida y a calzoncillos meados. Los muebles parecían estar allí desde principios de siglo. Las cortinas, antaño blancas, colgaban hechas jirones. El papel de las paredes del pasillo, con sus violetas estampadas, estaba lleno de agujeros, como si estuviera infestado de bichos. Menuda suerte había tenido Klotilde cuando la habían descalificado como huésped.

A la izquierda, una escalera sin alfombra conducía al primer piso. Vi un comedor con las paredes decoradas con platos de adorno. Me dirigí hacia el fondo y pasé ante una puerta pequeña que seguramente daba a un cuarto trastero construido bajo la escalera. Enfrente de dicha puerta se encontraba la del sótano.

—¿Está aquí la cocina? Quisiera lavarme las manos. —En realidad hablaba conmigo misma; Ernie se había metido en la sala de estar y ya se había olvidado de mi existencia.

La cocina era el arquetípico «antes» que aparecía en las revistas especializadas en reconstrucciones domésticas al lado del «después». Bancos cubiertos de azulejos resquebrajados, suelo de baldosas blancas y negras, carpintería marrón, el fregadero lleno de manchas, un grifo que goteaba. En un sagaz intento de modernizar el lugar se había cubierto el papel pintado original con un equivalente vinílico de última hora: fruta y legumbres de color verde claro combinadas con margaritas blancas y amarillas. En la parte inferior, las tiras de vinilo se estaban doblando hacia dentro igual que las insignias de los partidos políticos. Inspeccioné el recodo de la despensa. Los estantes estaban llenos de latas de maíz y guisantes de tamaño industrial. Me introduje en el recodo y me puse de cara al resto de la cocina con la puerta entornada.

Irene Bronfen tenía cuatro años cuando se la llevó su madre. Me agaché hasta quedar con los ojos a la altura del tirador de la puerta; olía a orín. Volví al pasillo. La puerta del cuarto trastero que había debajo de la escalera estaba cerrada con llave. Me pregunté si Irene lo habría utilizado para jugar. Me agaché otra vez y me puse de cara a la izquierda, hacia la cocina. No se veía gran cosa en aquella posición. Los homicidios son conflictos domésticos casi siempre. El alcohol es un factor determinante en más del 60 por ciento de los casos. Los cuchillos comprenden la tercera parte del armamento habitual; a fin de cuentas, son anteriores a la invención de la pólvora y no figuran en ninguna lista de la policía. Por razones de comodidad, la cocina es el escenario preferido de los crímenes pasionales de nuestros días. Uno, o una, está en la cocina con la mujer, el marido, los hijos; se sacan unas cervezas del frigorífico, se pone hielo al whisky; desde el momento en que uno de los cónyuges hace una observación mordaz, las réplicas y contrarréplicas pueden subir de tono hasta que se empuña el cuchillo para decir la última palabra.

Avancé por la cocina. En la parte de atrás había un porche cerrado, construido con tablas y listones de madera, donde podía verse un lavadero de los antiguos. El calentador de agua se encontraba allí, aunque parecía demasiado pequeño y decrepito para abastecer a los huéspedes.

Irene había estado a los cuatro años en aquella casa. Y seguro, seguro que jugando con su juego de té. ¿Qué me había dicho? Que la pintura chorreaba por las paredes y echaba a perder las violetas. Pensé en sus fobias: polvo, arañas, espacios cerrados. Me situé en el umbral y miré hacia el pasillo a través de la cocina. El techo era alto y estaba totalmente cubierto con un papel que repetía el mismo motivo floral que el del pasillo. Las paredes de la cocina habían vuelto a empapelarse, pero el techo no. Paredes y techo tenían que haber sido iguales en otra época. Inspeccioné el suelo en el espacio ocupado antaño por la antigua nevera. Encima, en la pared, estaba la trampilla por donde el repartidor del hielo entregaba las barras desde el exterior. Salvo en aquel punto, la pared discurría sin interrupciones entre el suelo y el techo.

El papel de vinilo se había despegado a la altura del suelo. Me agaché y tiré de una punta. Debajo había otro papel con ramilletes de rosas. Debajo, otro con las consabidas violetas. Cogí con firmeza el borde inferior del papel de vinilo y tiré hacia arriba. Produjo un ruido rasgante al despegarse de la pared, llevándose consigo algunos fragmentos del papel de los ramilletes. Quedaron al descubierto los regueros de color ocre, riachuelos tristes que discurrían por entre un campo de violetas, salpicaduras de color marrón oscuro que habían calado el papel y manchado el yeso de debajo. El chorro de sangre había trazado un arco al saltar y había alcanzado la parte superior de la pared, empapándolo todo. No habían dado resultado los iniciales intentos de lavar la sangre y a la primera capa de papel se había superpuesto otra. Y más tarde la tercera. Me pregunté si los laboratorios actuales contarían con recursos técnicos lo suficientemente avanzados para establecer un nexo entre la sangre de la pared y el cadáver enterrado bajo el cobertizo. Lottie había sido la primera en desaparecer. Su muerte tenía que haberse considerado natural puesto que yacía enterrada con el resto de la familia. La segunda había tenido que ser Emily, cuyo cráneo había quedado «aplastado» por los ladrillos de la chimenea. Y luego Sheila, cuya desaparición se había explicado con una patraña. Este era seguramente el asesinato que habían presenciado Agnes e Irene. Bronfen había inventado lo de la fuga de Sheila. Dudaba que siguiera con vida algún vecino contemporáneo que pudiera confirmar la sucesión cronológica de los acontecimientos. No hacía falta imaginar lo que en su momento les habría contado Bronfen. Alguna anécdota sencilla y convincente que explicara la desaparición.

Agnes se había desterrado voluntariamente para proteger a Irene. Me pregunté qué la habría empujado a volver a la casa. Puede que, después de más de cuarenta años, pensara que ya no había ningún peligro. Fueran cuales fuesen sus móviles, ahora estaba muerta también. Y Patrick, el querido hermano Patrick, era el único que quedaba con vida.

Oí cerrarse la puerta principal de la casa.

Se detuvo en la puerta de la cocina con una bolsa de comestibles en los brazos. Vestía una camisa de faena de color verde oscuro y un pantalón de tejido sintético, ceñido por debajo de la cintura. Jadeaba de cansancio y tenía la cara cubierta de sudor. Tenía la mirada fija en el pedazo de papel de vinilo que yacía ahora enroscado en el suelo. Sus ojos se desplazaron a la pared y buscaron los mios a continuación.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Ya es hora de afrontar el pasado, amigo mío.

Se acercó al banco de la cocina y depositó en él la bolsa de comestibles. Sacó algunos productos —papel higiénico, una docena de huevos, un paquete de mantequilla, una barra de pan— y los puso encima de la mesa. Advertí que trataba de adoptar una actitud definida, que buscaba el tono que más convenía. Durante años se había estado preparando para aquella situación, confiando sin duda en que sería capaz de afrontar cualquier diálogo fingiendo la máxima inocencia. El problema estribaba en que había olvidado lo que era la inocencia y qué aspecto tenía esta a la hora de los convencionalismos.

—¿A qué se refiere?

—A la sangre que hay en la pared, por ejemplo. Cometió un error al permanecer demasiado tiempo en silencio.

—¿De qué sangre habla? Eso son manchas de pintura. Estaba repasando unos muebles, se cayó el bote y lo salpicó todo. Fue un verdadero desastre.

—Cuando se corta una arteria ocurre lo mismo. La sangre salta como si la estuvieran bombeando. —Pasé por encima del enroscado pedazo de papel decorado, produciendo un ruido crujiente, y me lavé las manos en el fregadero de la cocina.

Metió en el frigorífico una caja de helado de dos kilos y dedicó unos instantes a poner en orden las verduras congeladas. Había perdido el ritmo. Los embusteros consumados saben que para fingir indiferencia el cronometraje es fundamental.

Me sequé las manos con un paño de cocina de procedencia dudosa. Podía ser un trozo de funda de almohada, un trapo de quitar el polvo o un pañal.

—He ido a Mount Calvary y he buscado la tumba de Anne.

—Vaya al grano, señora, tengo cosas que hacer. Anne está enterrada con la familia, en la falda de la loma.

—No exactamente —dije. Me apoyé en el banco. Le observé mientras sacaba unas latas de la bolsa—. Fui a las oficinas y pedí que me enseñaran la ficha del entierro. Usted le compró una

lápida, pero en la tumba no hay nadie. Anne se marchó con Irene en enero de 1940.

Trató de fingir que se sentía ofendido, pero fue incapaz de poner sentimiento a la pose.

—Yo costeeé su traslado desde Tucson, Arizona. Si no estaba en el ataúd, ¿qué quiere que le diga? Pregúntele al tipo de Arizona que dijo que la había metido en la caja.

—Vamos, vamos —dije—. Déjese de pamplinas. No hubo ningún marido de Arizona ni hubo hijos tampoco. Todo es un invento de usted. Usted mató a Charlotte y a Emily. También mató a Sheila. Anne estaba viva hasta ayer mismo por la noche y me lo contó prácticamente todo. Me contó que Emily quería vender la casa y que usted se negó. Sin duda insistió y usted se vio obligado a matarla para que acabaran las discusiones. Una vez libre de Emily, Anne fue el único problema. Hizo que la declarasen oficialmente muerta y usted pasó a ser el único propietario de la casa...

Se puso a cabecear.

—Está usted loca. No tengo por qué responder.

Me dirigí al teléfono que había en la pared, junto a la puerta que daba al pasillo.

—Como quiera. Ya responderá al teniente Dolan cuando llegue.

De pronto le entraron ganas de discutir, como si quisiera posponer la llamada.

—Yo soy incapaz de matar a nadie. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—¿Y cómo quiere que yo lo sepa? Supongo que por dinero. No sé exactamente *por qué* lo hizo. Pero sé que lo hizo.

—¡No es verdad!

—Vaya si lo hizo. ¿A quién quiere engañar?

—No tiene usted ninguna prueba. No podrá demostrar nada.

—Yo no, pero otros sí. La policía, Patrick, es muy lista. Y muy tenaz. Dios mío, no tiene usted idea de lo pesada que puede ponerse la policía cuando hay un homicidio por medio. Toda su maquinaria científica se pondrá en marcha. Técnicos de laboratorio, instrumental avanzado, análisis de alta tecnología. Los mejores científicos del mundo trabajan para la policía. ¿Y qué tiene usted para enfrentarse a eso? Nada. Mucha palabrería y punto. No tiene usted ninguna posibilidad. Puede que hace cincuenta años les hubiese engañado, pero en la actualidad es imposible. Está usted perdido, colega. Totalmente acabado.

—Un momento, joven, un momento. No le consiento que me hable así en mi propia casa —dijo.

—Usted perdone, señor. Veo que es un hombre de principios. Y no está dispuesto a tolerar mis obscenidades.

Le di la espalda y me dirigí al teléfono. Ya había cogido el auricular cuando la ventana de atrás saltó hecha pedazos. Los dos fenómenos se produjeron tan seguidos que pensé que había sido como una sucesión de causa y efecto. Cojo el teléfono, se rompe la ventana. Sufrí un sobresalto, se me cayó el teléfono de las manos y sufrí otro sobresalto cuando el auricular golpeó contra la pared. Vi una mano que se colaba por entre los vidrios rotos de la ventana, en busca del tirador de la puerta. Un patadón tremendo y la puerta se abrió con brusquedad y chocó violentamente contra la pared. Yo ya había cogido el bolso; estaba a punto de empuñar la pistola cuando apareció Mark Messinger con la suya en la mano y apuntándome directamente. A causa del silenciador, el cañón parecía medir treinta y cinco centímetros por lo menos.

Esta vez no había sonrisas ni emanaciones eróticas. Tenía el pelo mojado y repartido en rubios

mechones pegados al cráneo. Sus ojos azules eran tan fríos e inexpresivos como una piedra. Patrick se había dado la vuelta y corría hacia la puerta principal. Messenger le disparó despreocupadamente, sin detenerse siquiera a pensar y con la misma indiferencia con que se señala un objeto con el dedo. ¡Pop! El ruido de la semiautomática del 0,45 con silenciador fue un delicado trino de violín en comparación con el efecto que produjo. El proyectil lanzó a Patrick contra la pared, donde dio un rebote antes de caer al suelo. Del pecho comenzó a manarle sangre y en el lugar del impacto se le formó un boquete semejante al cáliz de un crisantemo, bordeado de jirones de algodón y carne desgarrada. Me quedé mirando al muerto como hipnotizada y en aquel punto me asió Messenger por el pelo y tiró de él hasta que mi cara quedó a dos centímetros de la suya. Me puso la boca del cañón bajo la barbilla con tanta fuerza que me hizo daño. Quise quejarme, pero no me atreví a moverme.

—¡No me mates!

—¿Dónde está Eric? —susurró.

—No lo sé.

—Ayúdame a recuperarlo.

El miedo se me había clavado en el pecho como una lluvia de astillas. La adrenalina se me había concentrado en el cerebro y me había vaciado las ideas. Pensé en Dietz y en Rochelle Messenger. Por lo visto habían conseguido arrebatarme al pequeño. Percibía un lejano olor a cloro en el aliento de Messenger. Me lo imaginé en el agua, Eric en el borde de la piscina, a punto de zambullirse. Si su madre había aparecido en aquel instante, lo lógico hubiera sido que el niño corriera hacia ella con un grito de alegría. Seguramente estarían ya camino del aeropuerto. El avión tenía prevista la llegada a las nueve, para darles tiempo de coger al niño. Alejé de mí aquellas imágenes. La mente se me quedó en blanco.

Messenger me propinó un bofetón tan fuerte que empecé a oír pitidos por todas partes. Estaba perdida. No había forma de salir con vida de aquella. Me empujó hacia la puerta trasera y de un puntapié apartó la silla que tenía yo delante. Entreví al anciano Ernie arrastrando los pies en dirección a la cocina. Tenía la confusión pintada en la cara y se le acentuó cuando descubrió a Patrick tendido en tierra con el floripondio de sangre en el centro del pecho. Mark Messenger se volvió en redondo y apuntó al viejo con la pistola.

—¡No, no! —barboté.

Me salió una voz extraña, aguda y áspera a la vez. Cerré los ojos con fuerza en espera del ¡pop! Miré a mis espaldas. El anciano se había dado la vuelta y se alejaba como podía, muerto de miedo. Oí resonar sus gritos en el pasillo, frágiles e impotentes como los de una criatura. Messenger le miraba inmóvil con la indecisión pintada en los ojos. Perdió el interés y se concentró en mí.

—Dame las llaves del coche.

Vi mi bolso en el suelo, debajo del teléfono. Incapaz de hablar, lo señalé con el dedo. Deseaba con todas mis fuerzas recuperar la pistola.

—Iremos en mi coche. Tú conducirás.

Me cogió otra vez por el pelo y tiró de mí con tanta violencia que se me escapó un alarido de pánico.

—Cierra el pico —susurró.

Iba con la cara pegada a la mía al descender los peldaños de atrás. Me tambaleé y tuve que

sujetarme a la barandilla con la derecha. Resbalé en el borde del escalón y estuve a punto de caer al suelo. Creo que fue Messinger quien lo impidió tirando de mí hacia arriba, arrancándome el cuero cabelludo con aquella mano que me aferraba como un torno. No podía mirar al suelo, no podía girar la cabeza en sentido lateral. Sentí que pisaba la grava del sendero. Avanzaba como una ciega, con los brazos estirados y poniendo en juego todos los sentidos salvo la vista. El coche estaba en el sendero, junto al cobertizo. Durante un segundo pensé que, andando de aquel modo tan torpe, tal vez llamáramos la atención de algún vecino. Estaba oscureciendo. Vi la cara de Rochelle en la imaginación. Por favor, sube al avión, dije para mí. Sube ya. Llévate a Dietz para siempre y tenlo en un lugar seguro. Volví a ver los gestos nerviosos de Dietz, la intensidad de su concentración. Deseé que estuviera en un taxi, lejos de todo peligro. Ya no podía salvarle, ni siquiera podía salvarme ya a mí misma. Messinger abrió la puerta del coche y me introdujo de un empujón. Era un Rolls-Royce amarillo: consola de nogal, tapicería de piel.

—Arranca —dijo. Subió a continuación y se pegó a mí. Me apoyó en la sien el cañón de la pistola. Respiraba con fuerza, con toda la tensión concentrada en el acto de empuñar la pistola. Si me mataba en aquel instante, ni siquiera lo notaría. Estaría muerta antes de que el dolor recorriera mis neuronas y transmitiera el mensaje al cerebro. Deseé que ocurriera, que todo terminara de una vez—. Adelante —dijo. Creí por un instante que la voz era mía, tal había sido la fidelidad con que había expresado mis propios pensamientos—. *¡Arranca de una vez!* —Le poseía una furia caprichosa, fuego unas veces, otras hielo, y su voluntad oscilaba incomprensiblemente entre el impulso irrefrenable y el autodomínio total. Giré la llave de contacto—. ¿Dónde se han llevado a mi hijo?

—No me lo dijeron.

—*¡Putá embustera!* Yo sí te lo voy a decir *a ti*. —Bajó la voz y noté la caricia de sus palabras en mi mejilla. Había vuelto el deseo, el mismo prurito que surge cuando se baila con un hombre por primera vez, como si la conciencia despertara a la carne y a todo cuanto puede prometer. Otra vez estaba tranquilo, confiado, y en su risa gutural despuntó un destello de júbilo—. Rochelle tiene un hermano gemelo que es piloto —dijo—. Sé que no se lleva a Eric a su casa porque sería el primer lugar donde les buscaría y ella moriría antes de cerrar siquiera la puerta. Piensa llevárselo en avión para tenerlo escondido por ahí hasta que las cosas se calmen. —Despegó la pistola de mi cabeza y gesticuló con el cañón—. Pon la marcha atrás, sal a la calle y dobla a la izquierda. Vamos al aeropuerto, cerca de allí hay un sitio donde fletan aviones. Y conduce con cuidado.

Asentí con aturdimiento. Mi estado de ánimo fluctuaba con la misma brusquedad que el suyo. Por lo pronto seguía con vida, no estaba mutilada y no tenía nada roto. Era una suerte que no me hubiera hecho daño y el no estar muerta ya me desconcertaba. Hice lo que me había dicho. Era ridículo, pero mientras retrocedía por el sendero me sentí contenta de que me tratara con amabilidad y de que se dirigiera a mí casi como si fuéramos amigos. Aquel hombre había conseguido transformar mi habitual fanfarronería en humildad. Aún había esperanza. Aún existía una posibilidad. Puede que ya hubieran despegado. Puede que ya se hubieran ido. Puede que le matase yo antes de que él me matara a mí. Imaginé a Rochelle recibiendo un balazo en el pecho. Messinger la mataría con la misma indiferencia con que había matado a Patrick Bronfen, con el mismo pragmatismo, la misma despreocupación, la misma facilidad. Dietz iba a morir. Messinger me canjearía por Eric al principio y luego nos mataría a todos. A Rochelle, a Dietz, a mí, en el

orden que resultara más horrible. Consciente de que tenía un volante en las manos, me concentré en la conducción. Percibía el olor de los asientos de piel, la fragancia de la rosa natural que había en un recipiente de vidrio. El coche rodaba en silencio. Giré a la derecha, entronqué con la 101 y puse rumbo al norte. No había a la vista ninguna patrulla de carreteras. Tenía la boca seca. Carraspeé.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Escondí un micrófono en el Porsche la primera noche que lo vi aparcado delante de tu casa. ¿Ves esto? Es el receptor. Os he seguido a todas partes con un par de coches de alquiler.

—¿Por qué has matado a Patrick?

—Porque sí. Es un soplapollas.

Le miré con curiosidad.

—¿Y por qué has perdonado a Ernie?

—¿Al viejo pedorro? No sé. Ahora que lo dices, a lo mejor vuelvo y acabo la faena —dijo. Hablaba en tono zumbón. Un poco de humor sádico para que todos supiéramos que era malísimo. Había apartado la pistola de mi cabeza y en aquellos momentos la tenía apoyada en la rodilla—. ¿Y ese guardaespaldas que te has echado? Es peor que un grano en el culo. Dos veces he estado a punto de darte y las dos veces se ha puesto por medio.

—Es un buen profesional.

Se quedó mirándome.

—¿Te lo has tirado?

—No es asunto tuyo.

—Venga...

—¡Lo conozco desde hace sólo cuatro días! —dije, haciéndome la puritana.

—¿Y qué?

—Que yo no me acuesto con nadie con tanta rapidez.

—Pues habrías podido aprovechar la ocasión. Ahora es hombre muerto. Vamos a hacer un trato. A ver... Él o tú. Mejor aún, Rochelle o él. Tú eliges. Si no eliges, os mato a los tres.

—Sólo te han pagado para matar a una persona.

—Es verdad, pero ¿sabes?, el dinero no lo es todo en la vida. Cuando haces lo que te gusta, lo harías incluso gratis. ¿Tengo razón o no? —Alargó la mano hacia el radiocasete—. ¿Un poco de música? Tengo jazz, clásica y *rhythm and blues*. Nada de heavy ni de reggae. No aguanto esa mierda. ¿Te pongo a Frank Sinatra?

—No, gracias. —Vi la salida que conducía a la ciudad universitaria y al aeropuerto y giré a la derecha. La carretera se empinaba, giraba a continuación a la izquierda, pasando por encima de la autopista, y seguía en línea recta. Dos minutos más y estaríamos en el aeropuerto. ¿Qué podía hacer? El reloj digital de la consola marcaba las 8:02. A kilómetro y medio de distancia y a mano derecha vi la rampa de acceso a Rockpit Road. Tomé la curva. Sabía que estábamos cerca del océano, pero lo único que me llegaba a la nariz era el olor a huevos podridos que despedían los pantanos que bordeaban la carretera. Se estaba levantando la niebla, una espesa franja de tonalidad blanquecina que destacaba del fondo negruzco del cielo. En lo alto de los riscos se alzaba la universidad, semejante a una ciudad amurallada, coronada de luces y torres de color crema. Nunca había tenido oportunidad de estudiar allí. Yo era de la estirpe de los asalariados; igual que el tipo que tenía al lado, si vamos a ello. Igual que Dietz.

Conduje por Rockpit a lo largo de un kilómetro hasta que aparecieron a la izquierda los hangares y edificios heterogéneos del Aeródromo Neptuno.

—Por aquí —dijo Messinger.

Reduje la velocidad y tomé el desvío. Messinger adelantó el tórax para ver mejor por el parabrisas, que se había cubierto de una fina capa de niebla.

Había cuatro coches diferentes en el aparcamiento, pero ninguno era el alquilado por Rochelle. Messinger me hizo estacionar el Rolls al socaire de un hangar de paredes metálicas. Bajo la V invertida del tejado, iluminado por una sola bombilla, había un rótulo que decía: CLASES DE VUELO, CENTRO DE REPARACIONES DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE AVIACIÓN CIVIL, CONTRATOS Y ALQUILERES 24 HORAS Y SUBASTAS, SERVICIOS COMERCIALES Y ARTÍCULOS DE VENTA AÉREA. La valla que lo rodeaba era de tela metálica, estaba coronada por alambre espinoso, tenía un candado en la entrada y estaba jalonada por una serie de carteles que prohibían el paso. La pista estaba vacía y la luz de los focos situados en el otro extremo del hangar despertaba en su superficie una constelación de reflejos apagados.

Bajamos del vehículo. Hacía frío; el viento se deslizaba sobre el macadán y me agitaba el pelo en todas direcciones. Al cruzar el aparcamiento, Messinger me cogió por el codo de una manera tan parecida a la de Dietz que se me formó un tapón de aire en la garganta.

Las oficinas del Aeródromo Neptuno estaban cerradas y el interior medio a oscuras. Sólo se veía brillar una luz mortecina al otro lado de los grandes paneles de cristal. Dimos la vuelta al edificio. En la parte trasera había una amplia terraza de madera rojiza donde se habían instalado una mesa grande y rústica y un par de bancos para que esperasen quienes tenían que emprender algún vuelo concertado. Me imaginé a los empleados del aeródromo (a los tres) comiendo en aquella mesa, mirando los aviones que aterrizaban y tomándose los refrescos enlatados de la máquina expendedora. A la derecha, ancladas al macadán, se veía una fila de avionetas particulares. Un kilómetro más allá se alzaban las naves de almacenaje del Aeropuerto de Santa Teresa y, descollando de modo manifiesto, la parte superior de la torre de control. Un United 737 maniobraba con pesadez en una de las pistas, preparándose para despegar. Messinger me hizo una seña y nos sentamos a la mesa rústica, el uno enfrente del otro.

—Hace un frío que pela —dijo.

Oí voces a mis espaldas. Me volví y vi a dos trabajadores, repostadores seguramente, que cerraban la puerta de servicio del hangar y se dirigían hacia el aparcamiento. Messinger se puso en pie y miró hacia donde estaban. Levantó la pistola, apuntó y... con la boca hizo *pum, pum*. Sopló el imaginario reguero de humo que habría tenido que salir del cañón del arma y sonrió.

—No saben la suerte que tienen, ¿verdad?

—Supongo que no —dije.

Volvió a sentarse.

El pelo se le había secado y el viento jugaba con sus rizos, que habían recuperado su forma. En lo alto de una esquina del edificio había una bombilla cuya luz se reflejaba en sus ojos. Me observó con atención.

—¿Te trajo tu padre aquí alguna vez para que vieras los aviones?

—Murió cuando yo tenía cinco años.

—El mío tampoco. Cabronazo. No me extraña que yo haya salido así.

—¿Qué pasó? ¿No quiso ir al estadio cuando jugaste tu partidito en la selección infantil de

béisbol?

—El pobre sólo sabía beber, fornicar y matar. De ahí proceden las grandes cualidades que me caracterizan. De él.

Me sentía ya menos atemorizada y el primitivo lugar del miedo empezaba a ocuparlo la mala uva. Una cosa era morir y otra muy distinta que me obligasen a estar allí, con el frío que hacía, charlando con un asno engreído como Messinger. Antes había estado pensando que a lo mejor me convenía hacerme la simpática. Ahora dudaba que tuviera algún sentido. No me quitaba la vista de la cara. Le devolví la mirada para ver cómo reaccionaba. Asintió con actitud valorativa.

—Ya tienes mejor el ojo amoratado.

Me pasé un dedo por el borde de la órbita. Había vuelto a olvidarme de la impresión que producía en los observadores desprevenidos. La última vez que me había observado las lesiones, había advertido que los distintos matices cromáticos habían cambiado de manera radical. Un fondo amarillo limón se había mutado en verde lima y sobre él se había aposentado una ligera capa ciruela.

—Casi me liquidaste aquella vez.

Rechazó el elogio con la mano.

—Fue un ejercicio de calentamiento. No iba en serio.

—¿Qué dijo Eric?

—No le afectó. Fíjate en los dibujos animados. Los críos ven violencia continuamente y no le dan la menor importancia. La gente no muere de verdad. Todo son efectos especiales.

—Dudo que siga pensando lo mismo si matas a su madre.

—No si la mato cuando... —desvió la mirada.

En la pista había aterrizado una avioneta que hacía el mismo ruido que un Volkswagen cuando se le estropea la correa del ventilador. Desapareció detrás de unas construcciones accesorias y reapareció avanzando lentamente con la proa hacia nosotros.

—Es él. Andando. Y ten la boca cerrada o te liquido la primera.

El avión llegó a la explanada de cemento que había junto al hangar y dio media vuelta para quedar de cara a la pista de aterrizaje. El piloto paró el motor y apagó las luces. Messinger me había cogido por la nuca y me empujaba hacia el aparato sin dilación. Imaginé al piloto quitándose los auriculares, escribiendo en el libro de vuelo, desabrochándose el cinturón de seguridad. Si de verdad era el hermano de Rochelle, reconocería a Messinger en cuanto le pusiera la vista encima.

Un reguero de miedo me subió por la columna como si fuera una columna de humo. Traté de oponer resistencia rezagándome, pero los dedos de Messinger se me hundían en la piel produciéndome un dolor insoportable. Habíamos acelerado el paso e íbamos prácticamente al trote, el uno al lado del otro, hasta que llegamos a la parte trasera del aparato. Delante mismo de nosotros se abrió la puerta de la cabina y bajó el piloto. Estábamos a dos metros de él.

—Eh, Roy —dijo Messinger.

Lancé un grito. El piloto se volvió con cara de sorpresa.

¡Pop!

Roy cayó de rodillas y se dio de bruces contra el suelo. El proyectil le había destrozado la nariz y al salir de su cabeza se llevó por delante un pedazo de cráneo. Lancé un grito de horror y aparté la mirada. Los ojos se me anegaron en lágrimas ardientes. Una nubecilla de pólvora

perfumaba el aire nocturno. Alargué la mano para apoyarme en el avión. Messenger había cogido al muerto por los brazos y lo arrastraba hacia las sombras sesgadas del hangar.

Me aparté del aparato de un empujón y eché a correr desesperada. Me dirigía al aparcamiento con la intención de alcanzar la carretera.

—¡Eh!

Oí correr a Messenger a mis espaldas, golpeando el suelo con violencia. No me atrevía a volverme. Era más rápido que yo y me ganaba terreno. Sentí un empujón y aterricé en el suelo con las manos por delante. Quise alejarme rodando en el suelo, pero no lo hice con rapidez suficiente. Quedé tendida boca abajo y se puso encima de mí, jadeando y ciego de cólera. Me dio la vuelta para ponerme boca arriba. Alcé los brazos para defenderme de sus golpes.

Algo tuvo que llamarle la atención porque levantó la cara de pronto. Se acercaba un coche procedente de la zona de los pantanos. Tiró de mí para incorporarme y buscó la protección del edificio principal llevándome medio a rastras. Pegó la espalda a la pared enlucida y me apretó contra sí mientras me tapaba la boca con la mano y me ponía otra vez el cañón de la pistola en la sien. Estaba medio asfiziada y los dos jadeábamos ruidosamente.

El vehículo se detuvo en el aparcamiento. Oí dos portazos casi simultáneos y a continuación un murmullo de voces. Vi primero a Rochelle, oí sus taconazos en el suelo, vi sus mejillas pálidas, el pelo flotándole por encima del cuello levantado de la gabardina. Eric caminaba a su lado con la cara vuelta hacia la de su madre. Iban cogidos de la mano. Dietz caminaba muy cerca de Rochelle sin dejar de escrutar las sombras en derredor. Advertí que vacilaba al ver el avión. Casi pude ver su ceño fruncido por el desconcierto. Alargó el brazo para detener el avance de Rochelle y Eric se detuvo igualmente.

Messenger se adelantó.

—Eh, colega. Aquí. Mira lo que tengo.

Los cinco formamos un cuadro vivo durante unos momentos. Fue como si formásemos parte de una cabalgata, de un grupo de teatro que escenificara episodios históricos archiconocidos. Nadie se movía. Messenger me había quitado la mano de la boca, pero nadie decía ni una palabra. Fue Eric el primero en recuperar la animación.

—¿Papá?

—Hola, valiente. ¿Cómo estás? He venido a por ti.

—Deja que me lo lleve, Mark —dijo Rochelle—. Te lo ruego. Tú lo has tenido ocho meses. Deja que se venga conmigo. Por favor.

A pesar de la distancia que había entre nosotros, nos oíamos perfectamente.

—No, muñeca. Es mi hijo. Pero tengo algo que decir. Quiero proponeros un trato. Yo me quedo con Eric. Vosotros os quedáis con Kinsey. Es justo, ¿no?

Dietz miró a Rochelle.

—No le hará daño al pequeño...

—¡Cállese! —le dijo ella a Dietz con brusquedad—. Esto es entre él y yo.

—Pero va a matar a Kinsey —dijo Dietz.

—¡Me importa una mierda! —exclamó Rochelle.

—¿Me disculpas, Dietz? —intervino Messenger—. Siento interrumpir, pero no hay quien la venza en las discusiones. Es más terca que una mula. Créeme, la conozco bien.

Dietz le observaba en silencio. Rochelle había abrazado a Eric con talante posesivo y lo

sujetaba del mismo modo que Messinger a mí. La atención de Messinger se había centrado en Dietz por el momento.

—Colega, te agradecería que te desprendieras del arma. No te importa, ¿verdad? Lo digo porque no quisiera tener que volarle los sesos a esta señora todavía. Supongo que querréis despediros antes.

—¿Has dicho en serio lo de hacer un trato? —dijo Dietz.

—Primero suelta la pistola, ¿quieres? Después negociaremos. Pero debo decirte que estoy nervioso. Empuño una del 0,45 con el seguro quitado y con un gatillo al que le basta una presión de novecientos gramos. Convendrás conmigo en que es preferible que te muevas con mucha lentitud.

Dietz, en efecto, pareció moverse a cámara lenta cuando sacó la pistola de la funda lumbar que llevaba bajo la chaqueta de mezclilla. Sostuvo el arma con el cañón hacia arriba, le quitó el cargador y tiró este al suelo. Oí el chirrido metálico que produjo cuando lo golpeó con el pie y se deslizó sobre el cemento. Tiró la pistola hacia atrás, por encima del hombro. Levantó las manos con las palmas hacia nosotros.

Dietz y yo nos miramos. Notaba la tensión de Messinger en los huesos de la espalda. Me tenía totalmente pegada a él y si hubiera mantenido inmóvil la cabeza, apenas me habría dado cuenta de la proximidad de su arma. El cañón quedaba tan largo con el silenciador añadido que Messinger no podía apuntarme directamente a la cabeza, sino que mantenía el arma ligeramente desviada. Me pregunté si el peso de la misma no le resultaría ya fatigoso.

Messinger observaba a Dietz con suma atención.

—Muy bien. Ahora te sugiero que convenzas a Rochelle de que colabore. Procura convencerla, porque si no lo haces, no tendré más remedio que cumplir cierto encargo de mil quinientos dólares.

—¿Por qué no le preguntas a Eric qué es lo que prefiere? —dijo Rochelle.

—Porque es demasiado pequeño para tomar decisiones sobre su tutela —dijo Messinger con condescendencia—. Joder, Rochelle. No puedo creer que me vengas ahora con esas. No se puede ser una buena madre adoptando esa actitud. Se volvería mariquita si se quedara contigo. Bueno, dejémonos de cháchara y hagamos el canje. Tú mándame a Eric y ya veremos después.

Dietz se volvió hacia Rochelle.

—Haga lo que le dice.

Rochelle no respondió. Miró a Messinger y luego a mí.

—No te creo. Piensas matarla de todos modos.

—No, no, no es verdad —dijo Messinger como si le estuvieran calumniando—. Por eso la he traído, para negociar. Yo jamás jugaría sucio con mi hijo. ¿Te has vuelto loca?

—Tendrá otra oportunidad de recuperar a Eric —dijo Dietz a Rochelle—. Se lo prometo. Yo la ayudaré. Ahora haga lo que le dice.

A pesar de la distancia, vi que la cara de Rochelle se contraía. Dio a Eric un leve empujón.

—Anda, ve. —Se echó a llorar y metió las manos en los bolsillos de la gabardina.

Eric no sabía qué hacer y su mirada iba de la cara de su madre a la de su padre.

—Vamos, ángel mío —dijo Rochelle.

El pequeño echó a andar hacia nosotros con decisión, la cabeza gacha, las facciones ocultas.

Messinger estrechó el apretón con que me sujetaba y percibí el pardo sudor erótico que le

manaba por los poros. El tiempo pareció detenerse mientras el niño seguía andando. Sólo distinguía el rumor del viento que barría la pista de aterrizaje.

Eric llegó a nuestro lado. Nunca lo había visto de cerca. Su cara parecía sacada de una postal del día de los Enamorados, mejillas sonrosadas, ojos azules, pestañas largas. Totalmente inerte. Las orejas le sobresalían un poco y parecía tener el cuello demasiado delgado.

—No le hagas daño, papá.

—No quiero hacerle daño —dijo Messinger—. Tengo el coche al otro lado del hangar. Espérame allí. Toma las llaves.

—¿Mark? —La voz de Rochelle quedó medio ahogada por el zumbido de un avión que se acercaba. Las lágrimas le corrían por las mejillas—. Quisiera darle un beso de despedida.

—Joder —murmuró Messinger. Añadió en voz alta—: De acuerdo, ven, pero date prisa. —Y a Eric, a continuación—: Espera a que venga tu madre y luego te vas al coche, como te he dicho. ¿Has cenado?

—Fuimos a un McDonald's y me comí una superhamburguesa.

—No me lo creo. ¿Recuerdas lo que te dije sobre la comida preparada?

Eric asintió con los ojos anegados en lágrimas. No tenía que resultarle fácil saber si debía obedecer a su padre o a su madre. Rochelle, mientras tanto, avanzaba ya hacia nosotros: lo hacía en línea recta, poniendo un pie delante del otro, igual que en las escuelas de modelos. Dietz me miraba con fijeza por encima del hombro femenino. Me pareció que me sonreía para darme ánimos. No quería verle morir, no lo soportaría, y si tal era la suerte que el destino le tenía reservada, tampoco yo quería seguir con vida.

Miré a Rochelle. Se había detenido a unos metros. Eric se acercó a ella y hundió la cara en su regazo. Rochelle se inclinó y pegó la mejilla a la cabeza infantil. Lloraba sin contención ni disimulo.

—Te quiero —murmuró—. Vas a ser bueno, ¿verdad?

Eric asintió sin decir nada, se apartó de la madre y echó a correr hacia el Rolls sin volver la cabeza. Su padre le llamó.

—¡Eric! La guantera está llena de cintas. Pon la que quieras.

Rochelle se quedó mirando a Mark. Sacó la minipistola del bolsillo de la gabardina, le apuntó directamente a la cabeza y apretó el gatillo. Pese a ser una pistola muy pequeña, la detonación fue particularmente ruidosa. Oí gritar a Messinger. Dejó caer la 0,45 y se llevó ambas manos al ojo derecho mientras zozobraba de costado y caía al suelo retorciéndose de dolor. Rochelle, con un sentido de la eficacia que había tenido que aprender de él, se acercó al caído y le disparó otra vez.

—Hijo de puta. No has jugado limpio en toda tu asquerosa vida.

Messinger yacía totalmente inmóvil.

Dietz echó a andar hacia mí y yo corrí a su encuentro.

Epílogo

Cuando la policía levantó el suelo del cobertizo y sus alrededores, encontró cuatro cadáveres. El enterrado en los cimientos era, según se dictaminó, un antiguo huésped de la pensión cuyos cheques previamente firmados estuvo cobrando Bronfen durante cinco meses. Los patólogos siguen sin determinar la identidad de los restantes, pero es casi seguro que uno es el de Sheila, la mujer de Bronfen. Irene se siente mejor ahora que sabe toda la verdad. Ha encontrado un buen especialista y con su ayuda está tratando de poner su cabeza en orden. Puede que le cueste años, pero por lo menos está en el buen camino.

Poco después de la muerte de Messinger, se detuvo en Carson City a un tercer (y último) asesino a sueldo. Ayer mismo estuve hablando con Lee Galishoff y me ha dicho que Tyrone Patty murió de un navajazo en el curso de una pelea con un recluso que abultaba la mitad que él.

En cuanto a Dietz, estuvo conmigo hasta el 29 de agosto, fecha en que recibió aviso de que se le esperaba en el trabajo del que me había hablado. Ahora está en Alemania, rodando simulacros de infiltración en bases militares. Me ha jurado que volverá. Me gustaría creerle, pero no sé si me atrevo. Aún tengo por delante mucho trabajo y sobre todo una vida que se ha enriquecido con su presencia.

Atentamente,
Kinsey Millhone



SUE TAYLOR GRAFTON, nacida en Louisville, Kentucky, el 24 de abril de 1940, es una escritora estadounidense autora de novelas detectivescas. Hija del novelista C. W. Grafton, se graduó en la Universidad de Louisville, donde obtuvo su título en Literatura inglesa. Además de sus libros, ha escrito para la televisión y para el cine, algunas de estas obras en colaboración con su marido desde hace más de veinte años, Steven Humphrey.

En 1982, tras trabajar como guionista de televisión en Hollywood, creó el personaje de la investigadora privada Kinsey Millhone, una especie de alter ego, para desquitarse de los disgustos del divorcio por el que estaba pasando, y dio comienzo a su magnífico *Alfabeto del Crimen*, ambientado en la ficticia ciudad de Santa Teresa en California.

Entre los premios recibidos por la escritora encontramos el Mysterious Stranger Award (1983), el Shamus Award (1986) y el Anthony Award (1987). En 2004, Grafton recibió el Premio Literario Ross Macdonald, dado a «una escritora californiana cuya obra supera el estándar de la excelencia literaria». En 2008 Grafton recibió el Cartier Dagger otorgado por la British Crime Writers' Association, y en 2009 el Grand Master Award entregado por Mystery Writers of America.

Notas

[1] El día de los Caídos o Memorial Day se celebra el último lunes de mayo, mientras que el día del Trabajo, el primer lunes de septiembre. *(N. del T.)* <<